

ANTONIA J. CORRALES

LA DÉCIMA CLAVE



Novela basada en personajes, hechos históricos reales
y en un controvertido proyecto tecnológico



Lectulandia

Doce forenses son requeridos para diagnosticar y atajar una misteriosa enfermedad que amenaza la salud de un grupo de religiosas residentes en un convento situado en el norte de España. Dos de los componentes del grupo de investigación son asesinados, sus cuerpos se hallan con evidentes muestras de tortura y rodeados de mensajes: símbolos matemáticos y religiosos.

Treinta años después, el forense Enrique Fonseca se verá envuelto en una extraña investigación que le conducirá hasta la verdad sobre la muerte de su padre...

¿Sabías que todos los seres humanos tenemos unas ondas de frecuencia que son fundamentales para la vida? ¿Qué consecuencias sufriríamos si se variaran estas ondas de frecuencia? ¿Sabías que existe un proyecto tecnológico americano llamado HAARP que utiliza la frecuencia de dichas ondas?

El proyecto HAARP (desarrollado en unas instalaciones militares situadas en Alaska) tiene como fin llegar a modificar y controlar el tiempo atmosférico. Se ha comprobado que también afecta a las personas por lo que se está desarrollando además otra línea de investigación con sus efectos sobre el ser humano. Probado con militares aumentaba enormemente su agresividad.

«La décima clave» es un libro de ficción, pero todo lo que en él ocurre podría estar sucediendo ahora mismo. En esta novela, los hechos y los personajes históricos utilizados son reales. También el proyecto tecnológico que envuelve la trama.

Lectulandia

Antonia J. Corrales

La décima clave

ePub r1.0

Ablewhite 12.12.16

Título original: *La décima clave*
Antonia J. Corrales, 2008

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis hijas, por y para ellas.
A mi agente, Antonia Kerrigan,
por todo y mucho más.



Nota del Autor

En los años cincuenta, los estudios que realizó el profesor Schumann constataban que existe un efecto de resonancia en la tierra, el aire y la ionosfera, cuyas ondas vibran en la misma frecuencia que las ondas cerebrales de los seres humanos y de todos los mamíferos.

Las «ondas transversal-magnéticas», llamadas ondas Schumann en honor a su descubridor, son fundamentales para la vida, y cuando faltan producen graves problemas de salud.

En la actualidad, existe un proyecto relativo a ellas tan controvertido como peligroso. Sus defensores aducen un sinfín de ventajas de carácter científico, geofísico y militar, pero sus detractores están convencidos de que podría tener consecuencias catastróficas para nuestro planeta, desde arriesgadas modificaciones en la ionosfera hasta la manipulación de la mente humana.

En esta narración, los hechos y los personajes históricos que aparecen son reales. También el proyecto tecnológico que envuelve la trama.

* * *

PRIMERA PARTE



Capítulo 1

No hablé con mi madre de las circunstancias que acompañaron la muerte de mi padre, hasta un día que hubiera sido como otro cualquiera de no ser porque fue el último en que la vi con vida. Me contó que cuando lo encontraron estaba desnudo mostrando sus vergüenzas. Las vergüenzas a las que ella se refería no eran sus partes pudendas, sino unos extraños símbolos que cubrían su cuerpo. Las divisas del diablo, las llamó, al tiempo que se persignaba. Me explicó, con la mirada perdida en el pasado, cómo su pecho y espalda tenían aquellos extraños símbolos que él llamaba estigmas y que ella odiaba hasta el extremo de haberle denegado relaciones.

Lo encontraron dos días después de su desaparición, los mismos que su cuerpo pasó sumergido en aquella gran tinaja de vino tinto, en el sótano de la casa, bajo la alcoba marital. No llevaba encima ni tan siquiera el anillo de oro de compromiso y le habían afeitado el vello de los genitales, de las piernas, del pecho... Tenía las uñas cortadas por encima de lo conveniente, como si hubiera sido sometido a tortura o quisieran hacer desaparecer cualquier rastro inorgánico de ellas que el rojo alcohol no pudiera llevarse en su largo y oscuro reposo. En sus omóplatos llevaba puestas unas alas de cera atadas a su cuerpo con una soga gruesa de esparto que le rodeaba el torso y pasaba por sus axilas y que en el tórax se cruzaba formando una cruz.

Mi madre y yo salimos del pueblo a los pocos días de su muerte. Nunca más hablé con ella sobre lo sucedido. Era como si algo sobrenatural me impidiera hacerlo, como si un recuerdo extraviado en algún recóndito lugar de mi mente luchara por permanecer allí, encarcelado. Como si algo me dijera que el silencio que se mantuvo en el pueblo sobre lo ocurrido, que el mutismo de mi madre, la falta de lágrimas, la aparente ausencia de dolor, solo eran producto del instinto de supervivencia, un instinto que todos debíamos mantener.

De no haber recibido la carta, parte de aquellos recuerdos habrían seguido igual; ocultos, formando parte de las imágenes desdibujadas de mi infancia. Los pocos instantes que aún luchaban por mantenerse vivos, permanecerían indefinidamente moribundos, flotando entre el pasado y el presente, licuándose silenciosos e impotentes mientras mi reminiscencia infantil perdía verosimilitud con el paso del tiempo.

Dicen que la infancia marca nuestro carácter y este encamina parte de nuestro futuro. A mí me señaló de alguna forma lo sucedido. El intentar olvidar todo aquello, junto a la atracción visceral por los jeroglíficos que me inculcó mi padre, forjó mi carácter mortecino, solitario y ajado. Aquellos años inundaron mi mente de una inquietud tan visceral como irrefrenable hacia todo lo que se relacionase con la muerte, y de una fascinación que, irónicamente y a pesar de lo sucedido, aún hoy se mantiene viva en mí.

Recuerdo cómo a diario mi padre me hacía descifrar historias que entremezclaba

entre los textos de varios cuentos. En cada una de ellas había insertado un mensaje en clave. La solución revelaba el lugar exacto en donde estaba escondido el último coleóptero que había disecado para mí. Aquella colección de coleópteros que su muerte me impidió terminar es lo único que conservo de él. La colección incompleta y el recuerdo de la idiosincrasia que tenía para construir un cuento con partes de otros cuentos. Historias de historias que, la mayoría de las veces, adquirirían un significado escalofriante, como la realidad. Él lo llamaba los mensajes ocultos de los genios de las letras; las logias de la verdad.

Capítulo 2

Recibí la carta junto a un paquete que contenía una máquina de escribir sin teclado, sin vísceras, hueca como los cadáveres que se embalsamaban a diario en la empresa donde prestaba mis servicios. Como los cuerpos en el depósito, ella también llevaba una etiqueta de identificación. Estaba colgada del rodillo y tenía escrito un pasaje del *Quijote*: Capítulo XXIX:

Dichosa buscada y dichoso hallazgo —dijo a esta sazón Sancho Panza—, y más si mi amo es tan venturoso que deshaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando a ese hideputa de ese gigante que vuestra merced dice, que si matará si él le encuentra, si ya no fuese fantasma: que contra los fantasmas no tiene mi señor poder alguno...

Dentro de un sobre lacrado había un dibujo de un rectángulo con la palabra «añil» escrita en su interior, junto a un diminuto boceto de un escarabajo egipcio. Con el paquete me llegó una carta en la que el remitente me explicaba el motivo del envío:

Estimado Hijo:

Recientemente hemos sufrido la desgraciada defunción de la que fue una de las prioras de nuestra orden, sor Vasallo. Ella mantuvo una relación estrecha con el señor Salas, amigo y mentor de su progenitor, el señor Fonseca. El señor Salas, días antes de ser fatídicamente asesinado, desgraciadamente en parecidas circunstancias a las de su padre, le hizo entrega a sor Vasallo de unos objetos personales y le rogó los guardara hasta su vuelta del viaje a Toledo que tenía programado para el día siguiente, viaje que, desgraciadamente, no llegó a realizar, al ser asesinado aquella misma madrugada. Si bien la hermana ha mantenido estos objetos en custodia durante los treinta años que han transcurrido desde los homicidios de su padre y el señor Salas, ahora, después de la defunción de la madre Vasallo, y no habiendo vuelto a saber nada más de su esposa, la señora Jana Bonet, la única persona que se ha interesado en treinta años por los desgraciados acontecimientos surgidos en este convento, nuestra orden ha decidido hacérselos llegar a usted para que le haga entrega de ellos a su esposa. Así lo había decidido la hermana Vasallo tras mantener varias entrevistas con su mujer. No sabemos si su esposa puede seguir estando interesada en estudiarlos, tampoco el significado, valor o trascendencia que pudieran tener en las investigaciones que lleva a cabo y por las que la orden le está muy agradecida. La señora Jana Bonet le comunicó a la hermana Vasallo que

estaría ausente durante un largo periodo de tiempo y que, una vez transcurrido el mismo, volvería al convento, pero, lamentablemente, la hermana Vasallo ha fallecido y su esposa no ha vuelto a ponerse en contacto con la orden. Hemos intentando localizarla en el número de teléfono que nos dejó, siendo esta labor infructuosa. Supimos de usted y su paradero al conocer, por uno de nuestros conventos establecidos en Francia, la muerte de su madre, por lo que le hacemos llegar nuestro más sincero pésame y le comunicamos que en nuestras oraciones siempre estará presente la que fue una de nuestras mayores benefactoras.

Si bien sabemos que usted y su esposa no residen en la misma ciudad, y que su relación marital no goza de buena salud, tenemos conocimiento de que, a pesar de ello, ambos mantienen contacto de forma asidua. Es por ello que le solicitamos tenga la amabilidad de hacerle llegar el paquete y comunicarle la defunción de la hermana Vasallo.

Sabemos, y entendemos, que usted se sentirá incómodo con este tema. Tanto su mujer como la hermana que se encargaba de asistir a su madre en sus últimos días de vida nos hablaron de su reticencia a recordar e investigar sobre lo que le sucedió a su progenitor hace ya más de tres décadas, algo comprensible. Sin embargo, las circunstancias nos obligan a ponernos en contacto con usted. Entienda que, de no haber sido estrictamente necesario, tal y como nos indicó su mujer, no lo habríamos hecho.

Siempre sostuvimos la posibilidad de que tras el crimen perpetrado en nuestro convento había, si cabe, algo más relevante que unos homicidios aterradores, como fueron las muertes del señor Salas y su progenitor, el señor Fonseca. Cuando la señora Jana Bonet le comunicó a sor Vasallo sus deseos de investigar sobre lo ocurrido, las esperanzas de esclarecer los desgraciados acontecimientos, de hacer justicia, volvieron a surgir entre las hermanas de esta orden, que, por unos motivos u otros, para nuestro infortunio, siempre ha estado en tela de juicio en todos los estamentos, tanto religiosos como políticos, desde hace demasiado tiempo. Esperamos que la señora Jana Bonet siga interesada en desenmarañar lo sucedido, tal y como le prometió que haría a la hermana Vasallo.

Sin más, confío en que, gracias a su ayuda, las pertenencias del señor Salas le lleguen a su esposa y pueda continuar con la ayuda de nuestro Señor las investigaciones. Rezamos porque Dios nuestro Señor encamine sus pasos y la proteja.

Suya afectísima,

SOR LAUDEUNA

Tanto la carta como el contenido del paquete me sorprendieron. En aquellos

momentos, intentaba olvidar lo sucedido días atrás. Quería desvincularme del pasado de mi padre, de aquellos acontecimientos que habían convertido mi presente en una especie de pesadilla de la que no era capaz de despertar. Sin embargo, la carta de sor Laudelina y el contenido del paquete volvieron a abrir la puerta del tiempo y, una vez más, mi presente se vio inmerso en el pasado de mi progenitor. Tras las palabras de la religiosa estaba la clave de lo sucedido hacía unos días. El contenido de la carta, desgraciadamente, era la prueba de que las advertencias de Daniel no eran producto de su exceso de celo, de su curiosidad desmedida y su vinculación con el clero. Tras su lectura, comprendí que Daniel estaba en lo cierto. El pasado de mi padre nunca me abandonaría; formaba parte de mi presente desde el mismo día en que su cuerpo fue encontrado sin vida.

No tenía referencias de que mi padre hubiese mantenido relación alguna con aquellas religiosas. Tampoco sabía de la existencia y muerte de Salas, ni de la relación que ambos mantenían. La colaboración benéfica de mi madre, a la que hacía referencia sor Laudelina, me era igualmente desconocida, sin embargo, no me sorprendió en absoluto, ya que mi madre siempre había sido, a mi juicio, demasiado obsesiva con todo lo concerniente a la religión. Esto incluía los donativos que había hecho a varias congregaciones españolas antes de establecerse definitivamente en Francia y dejarme a cargo de una orden de franciscanos, sin más dote que la cantidad que cubría mis estudios y necesidades vitales, cantidad que administró hasta mi mayoría de edad uno de los monjes. La relación con ella había sido lejana y distante, llegando a convertirse más en la que pueden tener un albacea y su administrado que la de una madre con su hijo.

Recordaba la relación estrecha de mi padre con varias órdenes religiosas. Sabía que había embalsamado los cuerpos de algunas monjas, por lo que, en un principio, el que la orden se pusiera en contacto conmigo, a pesar del tiempo transcurrido desde su asesinato, podía tener una explicación lógica.

Gran parte de la información que refería la sor me era desconocida, pero no me inquietó. No lo hizo ni tan siquiera el hecho que debería haber sido más trascendental para mí: que Jana, mi esposa, estuviera investigando sobre mi pasado y el de mi padre sin habérmelo dicho, sin pedir mi consentimiento. Ningún dato me intranquilizó tanto como lo hizo la palabra «añil» y el minúsculo boceto del escarabajo azul dentro de aquel rectángulo.

Capítulo 3

Al contemplar el dibujo estampado sobre el folio amarillento y ajado, impregnado de un olor rancio, el pretérito se abalanzó sobre mí, y los recuerdos, como si fuesen piratas del tiempo, se apropiaron sin permiso de mi presente.

Recordé a mi madre corriendo por el gran pasillo del caserón con la cabeza gacha, esquivando mi mirada, el día en que se encontró el cuerpo sin vida de mi progenitor. El martilleo atropellado de sus zapatos de tacón cuadrado sobre la vieja tarima de cedro. Las plañideras, sus llantos desmedidos y lastimeros. Los rosarios negros colgando como estandartes en las manos de las viejas, oscilando en el aire enrarecido del velatorio. El avemaria, el murmullo de aquellos padrenuestros enlutados. Los cirios blancos encendidos en el dormitorio, a la espera de que su cuerpo llegase del depósito. Las cacerolas con agua hirviendo en donde la ropa ennegrecía como el horizonte de una noche sin luna. El olor de la muerte impregnó las paredes, los suelos, incluso las ventanas, impidiendo que la luz del sol entrara con el esplendor de siempre. Aquel día todo simuló morir de repente, menos el cuadro del escarabajo azul. Aquel cuadro, con su marco de cristal azulón, seguía allí, colgando sobre la puerta de la entrada principal, sin que nadie se extrañara de su ubicación, del lugar tan anodino en donde había sido colocado; excepto yo. Su marco parecía un vampiro de la luz. Absorbía los rayos de sol que entraban por la claraboya del techo, tiñendo de añil el tabique frontal, en donde se ubicaba el rellano de la escalera del segundo piso de la casa. Cuando trajeron su cuerpo sin vida, el cuadro siguió proyectando sus reflejos zarcos como siempre, ajeno a la oscuridad mortuoria que invadía nuestro hogar.

Vi pasar el féretro de cedro delante de mí y, a pesar del dolor que sentía, no me levanté. Seguí inmóvil, sentado sobre uno de los peldaños, contemplando el cuadro como si dentro de él estuviera encerrada el alma de mi padre, como si aquel cilindro contuviera una parte de él que la muerte no había podido llevarse. Sus reflejos, como siempre, atraparon mi conciencia.

Les costó sacarme de mi ensimismamiento, del agarrotamiento que sufrieron todos mis músculos, teñidos de un añil cristalizado, detenidos en el pretérito. Después de varias horas sin conseguir que reaccionara, que volviese en mí, me subieron en brazos hasta mi cuarto, hecho un cuatro, como si debajo de mis piernas aún estuviera el escalón en el que me senté para contemplar recuerdos, para intentar volver a oír su risa. Para escuchar por última vez sus palabras.

Pasé tres días en estado de letargo, inmerso en una catarsis que me hizo olvidar gran parte de mi infancia. Olvidé todo menos los escarabajos, los juegos de acertijos y aquel cuadro con marco de cristal azulón en el que el escarabajo egipcio aparecía diseccionado como un cadáver sobre la mesa de autopsias.

Mi madre, después del entierro, puso patas arriba toda la casa buscándolo: «Júrame que no lo tienes, júramelo por tu padre. Si lo has cogido debes dármelo, ese

cuadro está maldito», gritaba, mirándome de frente, tan cerca que su aliento rozaba mis ojos y, por momentos, me impedía seguir retándola con la mirada. Pero, a pesar de su insistencia, de su presión, yo no contesté. Mi voz se había marchado tras el ataúd, con el murmullo constante y monótono que acompañaba al cortejo fúnebre.

Había visto cómo, nada más salir el féretro, comenzaron a embalar sus pertenencias: sus ropas, sus papeles, sus instrumentos de disección. Observé cómo aquellos hombres vestidos de uniforme se llevaban todo lo que le pertenecía, cómo me robaban lo poco que me quedaba de él. Sin preguntar ni pedir permiso, cogí la escalerilla de madera y descolgué el cuadro del escarabajo, nadie se percató de que lo hacía; estaban demasiado ocupados en no dejar rastro de la existencia de mi padre en la casa. Corrí hacia la parte trasera del jardín y lo enterré. Dos días antes de que abandonásemos el pueblo, lo extraje y lo guardé en la funda del violonchelo, donde permaneció hasta aquel día, el día que recibí la carta de sor Laudelina y el paquete con el dibujo del escarabajo dentro del rectángulo. Habían pasado treinta y cinco años.

Capítulo 4

Con la carta entre mis manos me dirigí al altillo del armario en donde guardaba el violonchelo. En aquel momento Daniel estaba en su dormitorio escuchando a Lluís Llach. Tiré del asa de la funda y lo bajé. Dentro estaba la caja de madera en donde conservaba la colección de coleópteros. Aquella colección de doce escarabajos a los que mi padre apodaba como «los arcanos» y entre los cuales se encontraba uno igual al que se representaba en el cuadro que mi madre calificaba de maldito.

El cuadro aún estaba intacto, como si el tiempo no hubiera transcurrido, con el mismo brillo cristalizado de antaño. Lo puse sobre la cama y su marco atrapó la luz que entraba por el gran ventanal, proyectando aquellos fascinantes reflejos azules sobre el techo. Durante un largo periodo de tiempo, con la mirada fija en los reflejos que se proyectaban sobre la cubierta del dormitorio, intenté buscar un nexo de unión entre aquellos objetos y los acontecimientos que habían sucedido días antes. Necesitaba hallar una clave que uniese cada una de las cosas que la religiosa me había enviado. Buscaba una razón que diera sentido a las investigaciones que ella, mi esposa, había realizado a mis espaldas. Deseaba entender los motivos que Jana tuvo para indagar en mi pasado, sabiendo que yo nunca se lo perdonaría, porque las consecuencias podían ser nefastas.

Sumergido en mis divagaciones coloqué el cuadro de cara a la pared y los reflejos azules volvieron a proyectarse como lo hacían entonces, cuando era un niño de diez años. Sin embargo, en aquel momento, los vi de diferente forma a como los recordaba. Ya no eran simples destellos azulados que se proyectaban de forma aleatoria. Apoyé el cuadro en el piecero para que la luz del sol, que entraba por la ventana, le diera directamente, haciendo que los reflejos se proyectaran sobre la pared, y tomé un lápiz. Atrapado por lo que estaba contemplando, sin perder de vista los puntos azulados, me dirigí al tabique y tracé una línea que fue uniendo cada uno de los reflejos hasta tener todos enlazados entre sí. Tras unos instantes, en los que el tiempo pareció detenerse, me senté en la cama, atónito ante lo que estaba contemplando. La unión de los puntos azules había formado un plano de una especie de galerías. Sin pensarlo, di la vuelta al cuadro y lo desmonté, seguro de que en su interior encontraría una explicación. En el envés había una llave y, escritos a pluma, un número y un símbolo numérico.

El número 12 y el símbolo que me había perseguido desde que mi padre fue asesinado: la grafía del número pi.

Capítulo 5

Cuando le conocí, pensé que aquella especie de obsesión por recopilar diarios y textos manuscritos de la que hacía gala sin pudor alguno era la manifestación de una patología mental, un tipo de esquizofrenia primaria aún sin diagnosticar. Jamás había visto tal cúmulo de periódicos y documentos apilados siguiendo un orden alfabético y numérico preciso, colocados con escurpulosidad absoluta, sin rastro de polvo sobre sus lomos y portadas.

La casa estaba ubicada en el centro de la capital, en la Corredera Baja de Madrid. La situación, junto a la amplitud que se me dijo tenía la habitación que ocuparía en régimen de alquiler, con derecho al resto de servicios, todo ello, unido a su condición de exterior, era lo que llevaba buscando hacía más de un mes, el mismo tiempo que había pasado alojado en una pensión sombría y ruidosa de la Gran Vía madrileña. Mi necesidad de un hospedaje más independiente, en cuanto a exigencias cotidianas, fue motivo suficiente para pasar por alto la mirada perdida de aquel individuo; su expresión vacía y aquellos gestos paranoides que se me antojaban ajenos a su voluntad, como si tuvieran vida propia e independiente, como si no le pertenecieran. Sus ojos oscuros, entrecerrados, dejaban escapar un brillo inquisitorio y morboso, haciendo que, bajo su mirada, me sintiese como parte de un descubrimiento arqueológico, inesperado e interesante y, por supuesto, digno de un estudio y observación minucioso, algo que él hacía sin pudor alguno. Me curioseó, indiferente a mi estupor manifiesto, durante unos instantes que me parecieron eternos. Lo hizo en silencio, con calma y de arriba abajo.

Tenía una apariencia desgarrada, de hombros caídos y encorvado de espalda. Me contemplaba apoyado sobre el marco grueso de la gran puerta de madera. Su desgarbo, y la aparente falta de compostura, le daban el aspecto de armario viejo y destartado a pie de acera, esperando la llegada del servicio de recogida municipal. Sus rasgos y gestos de esquizoide, junto a sus dos metros de estatura, me sobrecogieron en primera instancia. Sin embargo, tras oírle hablar, su fisonomía cambió, pasando a emparentarse más con la de un progre de los años sesenta que con la del loco que, en un primer momento, pensé tenía frente a mí:

—Hacía tiempo que no veía a nadie tan bien vestido por este barrio. Parece usted un empleado de funeraria. Porque va de marrón y no de negro o granate, si no fuese así, sería un digno representante de la parca —dijo tendiéndome la mano—. Soy Daniel, imagino que querrás echarle un buen vistazo a todo —concluyó, llamándome de tú, y haciéndose a un lado me indicó que pasara al interior de la casa.

—Enrique Fonseca —respondí.

Un pitillo apagado colgaba de su boca, aferrado a ella como lo hace un marsupial a la bolsa de su madre y, como este, se movía acompañando cada uno de sus vocablos, pegado a la piel semiseca de su labio inferior.

Al abrir la puerta, la música y la voz de una de las canciones más populares de

Paco Ibáñez corrió escaleras abajo. Los acordes del «caballito negro» se deslizaron por los cinco pisos que yo había subido exhausto minutos antes y nos acompañó durante nuestra permanencia en el rellano:

—Suelo escuchar a Paco en la mañana, es como el café, una especie de rito, después voy al baño, con el cigarrillo, por supuesto encendido —dijo sonriendo, y desprendiendo el cilindro, blanco y mal enrollado, del labio, sacó un mechero de cuerda. Tras darle varios empujones a la piedra prendió el tabaco—. Somos animales de costumbres. Cuando uno alcanza una edad determinada, las manías se convierten en una forma de vida de la que no podemos prescindir sin sufrir consecuencias que, a veces, son más graves que las extravagancias...

La vivienda, de construcción antigua, era una de las que mejor ubicación tenían en el edificio, ya que tres de sus cinco estancias daban al exterior, algo poco frecuente, porque la mayoría de los pisos de aquellos edificios antiguos eran interiores. En un principio pensé que estaría ocupada por más de un inquilino, pero a medida que recorríamos el corredor y las dependencias, que permanecían con las puertas abiertas, y vi lo que había en su interior, supe, sin necesidad de que él me lo explicase, que Daniel y yo seríamos los únicos habitantes de la vivienda. Era evidente que allí no había sitio para más. Todas las habitaciones estaban repletas de diarios y manuscritos encuadernados y apilados en el suelo y en los estantes de las paredes, que se mostraban al borde de su capacidad. Incluso, en una de las estancias, el ventanal permanecía semitapado, con una sola de sus hojas habilitada y entreabierta. En el tabique derecho, según se entraba en las habitaciones, colgaban, unidos por un cordón de lana, listas y planos numéricos que me recordaron a las relaciones censales que se exponen para su consulta en los procesos electorales. Eran el registro de colocación y denominación de toda la información que había archivada, enterrada, prisionera en las paredes de aquellas estancias de techos ligeramente abombados de unos cuatro metros de altura. Sin darme cuenta me paré en el marco de una de las dependencias, ensimismado.

—No creas que padezco ningún tipo de enfermedad. Intuyo, por tu manera de mirar el dormitorio —dijo parado junto a mí y señalando la estancia—, que estás pensando en el síndrome de Diógenes. No serías el primero al que le pasa. Perdí un posible inquilino por ese motivo. Lo que ves corresponde a mis investigaciones, es una recopilación de toda la documentación que necesito. Y, aunque no lo creas, o te parezca excesivo, aún me faltan bastantes publicaciones, no he conseguido hacerme con todo. Como me dijiste que eras forense, imaginé que no te incomodaría mi trabajo, y por ese motivo no hice referencia alguna sobre ello. La información que barajo supongo que no te será ajena ni desagradable. Todo lo que ves —dijo, señalando de arriba abajo los estantes y los periódicos que permanecían apilados en el suelo— está relacionado con decesos. Estudio la vida de los muertos «públicos», me refiero a los que salen en los diarios. Analizo las posibles paridades de algunos de esos decesos con acontecimientos de mayor o menor relevancia, pero la suficiente

como para estar reflejados en la prensa: artículos que muestran eventos políticos y científicos. Sus epitafios y quién fue el artífice de cada uno de ellos —concluyó.

Le sonreí, intentando disimular la desconfianza que sentía.

—Jamás había visto tal cantidad de periódicos. ¿Cómo puedes acceder a ellos? Si apenas hay sitio para pasar —cuestioné.

—Es difícil que, a estas alturas, necesite consultar la relación para saber dónde está cada ejemplar. Tengo memoria fotográfica. Es sencillo, para acceder al ejemplar que necesito paso por encima de los montones —concluyó sonriendo.

—Imagino que no fumarás dentro de los dormitorios —dije, mirando su cigarrillo que chisporroteaba amenazante sobre uno de los montones de papeles manuscritos que se apilaban cerca de sus pies.

—Pues no puedo decirte dónde, porque lo hago a todas horas y en todas partes, soy como una tea andante. Mucho me temo que si te interesa el dormitorio tendrás que perder el miedo a mis cigarrillos. Soy demasiado mayor para abandonar mis costumbres. Pero, si te sirve de algo, has de saber que todo lo que ves —dijo, levantando su mano y señalando una vez más el interior de la habitación— tiene más valor que mi vida. Estos papeles son la base de mis investigaciones. Vayamos a ver tu dormitorio; es exterior y luminoso. Era mi habitación, pero soy incapaz de conciliar el sueño con persianas o cortinas, y aquí las cortinas son necesarias —dijo, señalando una farola que pegaba a la fachada—. Necesito contemplar la calle a todas horas. Pasé varios años recluido y no soporto nada que me vete la vista del exterior. Fui fraile.

La habitación era amplia y, como bien había manifestado Daniel, luminosa. El gran ventanal del dormitorio daba a la calle empinada y angosta. Desde él se podían ver todos los comercios que se apostaban en los bajos de los edificios. Frente al ventanal había una tasca. Su dueño, Torcuato, era un hombre corpulento y rollizo, alopécico y de piel blanquecina. Su esposa, doña Paloma, una mujer exuberante de pechos grandes sujetos por un corsé prieto, permanecía en el exterior con los brazos en jarra. Mientras observaba el bar desde la ventana vi como Torcuato miraba a su mujer y me señalaba.

—El camarero —dije, dándome la vuelta y señalando a Torcuato—, ¿lleva mucho tiempo trabajando en el bar?

—Es el dueño, y ella, doña Paloma, su esposa, ¿por qué lo preguntas? —me explicó Daniel.

—Ha señalado la ventana —respondí, volviendo a mirar a Torcuato.

—Son amigos míos.

Capítulo 6

Cuando regresé a la pensión de la Gran Vía, con el fin de cancelar la cuenta de mi hospedaje, no dejé indicaciones para Jana, mi esposa, sobre mi nueva residencia, algo que acostumbraba a hacer llevado por la esperanza de que ella, algún día, decidiese contestar los muchos mensajes que le había remitido tanto al teléfono móvil como a su correo electrónico durante mi estancia y peregrinación por diferentes barrios de Madrid. Éxodo que, de igual manera, mantuve mientras vivía junto a ella en la Ciudad Condal. Mi residencia allí duró lo que nuestra unión civil. Durante aquel periodo, los cambios de domicilio se hicieron inevitables y constantes. Como Jana vaticinó, poco a poco me convertí en lo más parecido a un fugitivo de la justicia:

«Eres un prófugo de la vida y los sentimientos, de la realidad. Te has transformado en una persona que huye de sí mismo y de todo lo que le rodea. Huiste de tu pasado, de un pasado que desconocías. Todos necesitamos saber de nuestros orígenes, sean estos cuales sean. El pasado es una seña de identidad, sin él no somos nada, nada, ¿entiendes? —gritaba frente a mí convulsa, como a la espera de una reacción por mi parte que no obtuvo—. No dejas que te ayude, ni tú mismo lo haces. Lo he intentado, he intentado todo, pero es imposible. Nada, excepto esa obsesión tuya, esa maldita sombra sin rasgos que aparece en tus sueños, tiene valor para ti. Nada te importa; creo que ni yo misma he significado más que el llevar alguien a tu lado en tus constantes y obsesivas huidas hacia ninguna parte, como una maleta. Sí, me he convertido en una maleta más de tu equipaje. Eres como los cuerpos que diseccionas, no sientes absolutamente nada, y a mí, a mí —dijo mirándome de frente—, a mí me tratas como a uno de ellos, te falta taparme la cara con la sábana por las noches... y lo terrible, lo más terrible de todo esto es que te quiero, que no puedo evitarlo, y eso me está destrozando...».

Sus ojos grises dejaron escapar varias lágrimas que, al resbalar por sus mejillas, arrastraron con ellas toda la rabia que habían expresado sus gestos mientras recriminaba mi modo de vivir. En su rostro se perfiló, por unos instantes, un rasgo de tristeza que yo nunca antes había visto. Sin embargo, casi en el mismo momento, su expresión volvió a tornarse desapegada. Sacó un pañuelo de papel de aquel bolso enorme de piel marrón y correa larga que, colgado sobre sus pequeños hombros, parecía la bolsa de un cartero, y se secó los ojos sin mirarme. Se agachó. Tomó las dos maletas y, dándose la vuelta, comenzó a bajar las escaleras en dirección a la puerta de la calle. Nunca más volví a hablar con ella. Desapareció como lo hace la estela luminosa de un meteorito en el cielo de la noche. Como esas estrellas fugaces que ella, de forma persistente pero infructuosa, intentaba, noche tras noche, ver en el cielo de Barcelona. Se fue del mismo modo que llegó a mi vida, de golpe. Esperé arrellanado en la escalinata de piedra, apoyado en el marco dorado de la puerta, a que su figura se desvaneciera entre la fina niebla, a que su cuerpo pequeño se mimetizara entre los ajenos viandantes que corrían apresurados, enfundados en sus abrigos y

gabardinas, bajo los paraguas que protegían sus cuerpos de la lluvia que caía sin piedad sobre la Ciudad Condal en aquella tarde cerrada y plomiza de noviembre.

No fui capaz de articular palabra alguna, ni tan siquiera hice ademán de correr tras ella. Sabía que tenía razón, que Jana estaba en lo cierto, y no podía hacer nada para evitarlo. Ella no tenía por qué seguir soportando aquel tipo de vida, aquella obsesión mía que se estaba convirtiendo en enfermedad. Yo también la quería, la quería tanto como para dejar que se fuera sin oponer la más mínima resistencia. Mi actitud frente a la vida, sin que yo me diese cuenta, la había convertido también en una prófuga. Con una terrible y dolorosa diferencia: Jana no huía de una sombra, de un sueño. Tampoco lo hacía de aquel maldito número pi que alguien comenzó a pintar después de nuestra boda en todas las fachadas de las casas que íbamos habitando. Aquel maldito símbolo era el culpable de mi pánico, de mis huidas. Pero ella, Jana, mi esposa, no huía de él. Ella escapó de mí y de mi obsesión.

Mi vida, después de su marcha, siguió igual, y mis miedos se asemejaron en exceso a los informes médicos que el psicólogo me había entregado tras mi marcha de la capital catalana. Mi estado emocional, muy a mi pesar, daba la razón a las hipótesis y razonamientos que yo había desestimado. Esas conjeturas que me negaba a reconocer día tras día. Todo, según el especialista, era producto de un trauma infantil. El desbloqueo, como él lo llamaba en tono familiar, de mi estado no sería posible hasta que yo reconociese que existía, hasta que me decidiese a ver todos los rincones oscuros del sueño, cada uno de sus puntos muertos. En ellos debía estar agazapada la clave de mi temor, el desencadenante de mis miedos y huidas. Mi subconsciente había borrado recuerdos para protegerme y yo era incapaz de hacer que volvieran.

Según el psicólogo, padecía una amnesia voluntaria que, aparentemente, había creado tras una situación emocional traumática que se identificaba claramente con la muerte de mi progenitor. Afirmaba que ello era el origen de la imagen que se colaba como una emisión pirata de televisión en todos y cada uno de mis sueños, convirtiéndolos en la más atroz de las pesadillas. Aquel fantasma nocturno escribía un símbolo: el del número pi. Sus rasgos faciales nunca eran visibles, como tampoco lo era el espacio que lo rodeaba. Todo se tornaba negro, todo menos su silueta violácea, el símbolo escrito en rojo y la parte superior de su cabeza. Allí, detrás de él, siempre, con nitidez absoluta, aparecían unas piernas que se asemejaban a las de un cadáver. Unas piernas con la planta de los pies mirando hacia arriba, como si el cuerpo al que perteneciesen hubiese sido puesto boca abajo y paralelo al del individuo, como si colgase detrás de él por los pies de un techo que no existía. La imagen de los tobillos amoratados por la soga que los unía entre sí y aquellos pies desnudos sobresaliendo por encima de la cabeza del sujeto, mientras este escribía, con sus dedos empapados en sangre, el símbolo, seguían en mi memoria muchas horas después de que el pánico que me producía la pesadilla me hubiera despertado. Aquella sombra varonil y malva me perseguía por donde fuera, y su cara se me

antojaba la de cualquiera.

Tras la repetición constante del sueño, vino lo que para mí fue el comienzo real de mis miedos, la manifestación física de mi paranoia. La aparición del símbolo del número pi escrito en todas las fachadas de los edificios que íbamos ocupando mi esposa y yo trastornó mi vida. El símbolo parecía perseguirme de un sitio a otro, desapareciendo, al tiempo que lo hacíamos nosotros, cuando nos cambiábamos de residencia. Como un fantasma que hubiera tomado aquella grafía en pos de mí, se asentaba en las fachadas y desaparecía de ellas cuando nos mudábamos de domicilio. Jana insistía en que aquella grafía no era más que una casualidad, el producto de un grupo cualquiera de grafiteros que lo habían tomado como el anagrama de su organización y que su desaparición era el resultado de la eficacia de los servicios de limpieza públicos. Sin embargo, ella desconocía lo que aquel guarismo significaba para mí, lo que había significado para mi padre. Mi esposa desconocía que aquella grafía era la única imagen clara que recordaba del día en el que me hallaron inconsciente cerca de la tinaja que albergaba su cuerpo inerte. Estuve a punto de contárselo, con el único fin de que entendiera que mis temores tenían una base sólida y concreta, pero nunca lo hice. Jamás fui capaz de revelarle que el autor de aquella grafía podía ser el asesino de mi padre, el hombre sin rostro del sueño, el mismo que dibujó con sus dedos empapados en sangre el guarismo en la tinaja en donde encontraron su cuerpo sin vida. Y aquello, mi mutismo, nos separó. Jana luchó desesperadamente porque yo investigase lo acontecido durante mi infancia, todo lo relacionado con la muerte de mi padre y mi accidente, del que no tenía apenas referencias. Yo me negué una y otra vez, taxativamente. Me negué a investigar, a recordar, y le prohibí a ella que lo hiciera. No dejé de seguir huyendo, los símbolos me persiguieron de barrio en barrio, de ciudad en ciudad, convirtiendo nuestra vida en una fuga que ella no pudo soportar.

Capítulo 7

Poco llevé de equipaje a mi nueva residencia, a la casa de Daniel. Desde mi salida de Barcelona, fui aminorando mis enseres personales hasta que logré que cupiesen en las dos maletas que el franciscano que me tuteló durante la permanencia en el convento de su orden me regaló al terminar mis estudios en el centro:

—Su madre dijo que debía comprarlas usted. Pero yo pensé que le haría ilusión que yo se las regalase. El dinero que ella me envió para la compra lo tiene dentro de la más pequeña, en un doble fondo, el lugar más seguro para guardarlo. Debe tener en cuenta este aspecto a partir de ahora. Fuera del convento las cosas son muy diferentes, no todo sigue siempre en el mismo sitio, sobre todo, los dineros. ¿Sabe, hijo mío, a lo que me refiero? —preguntó, mirándome por encima de sus pequeñas y redondas gafas de presbicia.

—Sí, padre Manuel, no se preocupe, seré precavido —respondí, sonriendo con cariño al anciano cura que había sido como mi padre durante todos aquellos años.

—Como le decía —continuó, rodeando con su brazo derecho mis hombros—, no debe olvidar sus deberes cristianos. Sé que estos siempre le han supuesto sacrificio. Pero debe mantenerse firme y seguir la senda de estos años; prométame que asistirá a los oficios religiosos —dijo, inclinándose frente a mí como si yo aún fuese un niño pequeño.

—¡Padre!, nunca he manifestado que haría lo contrario.

—Lo sé, hijo, lo sé; pero no es lo mismo mantener la devoción aquí que fuera, donde las tentaciones están en cada esquina. Tampoco debe desatender sus estudios, tiene aptitudes sobradas para ellos. Y sus manos, sus manos —dijo cogiéndomelas— son, hijo mío, un milagro. No desdeñe mi sugerencia. Estoy convencido de que sería usted un gran cirujano. ¿Volverá por el convento? —preguntó con evidente tristeza.

—Sí, padre Manuel, ¡cómo no iba a hacerlo! Le debo a usted casi todo lo que soy.

—No, hijo, a mí no me debe nada. Es Dios el único que nos da las cosas y nosotros las tomamos o las dejamos. Lo que debe olvidar es esa pesadilla fruto de las garras del mal. También debe deshacerse del rencor que siente hacia su madre. Ella tiene motivos suficientes para su alejamiento; algún día usted lo comprenderá todo. Si sus obligaciones le impidiesen visitarnos, no deje de tenerme informado de sus quehaceres, escríbame de forma asidua.

Si bien mantuve correspondencia frecuente con él, nunca más volví a verle con vida. Años más tarde, recibí una llamada telefónica comunicándome su muerte. Asistí al sepelio y recogí dos cajas en donde el padre Manuel había ido archivando mi correspondencia junto a las fotos que yo le iba remitiendo. Con ellas, también me entregaron una última carta que no llegó a enviarme. En ella me encomendaba, una vez más, a recapacitar sobre mi decisión de ser forense, reiterándose en que mis manos estaban dotadas para el trabajo con los vivos y no con los muertos. Aquella recomendación fue constante desde que le comuniqué la especialidad por la que había

optado. Igual de reiterativa era la explicación y razonamiento que yo le daba a mi decisión. Mis respuestas a sus cartas siempre comenzaban igual:

Queridísimo padre Manuel:

Ya le he manifestado, en repetidas ocasiones, que mi trabajo está dedicado a los vivos, aunque se desarrolle con cuerpos inertes; no para los muertos como usted se empeña en repetir. Los últimos, querido padre, siempre dejan mensajes para los vivos en su cuerpo, unos de ayuda y otros de advertencia, pero ambos destinados a que muchos problemas se solucionen o algunas cosas no vuelvan a suceder. Tanto para la Medicina como para la Criminología la labor de la Ciencia Forense se ha convertido en un instrumento imprescindible, sin ella muchos avances médicos no habrían sido posibles. Debe intentar ver a los forenses más emparentados con la vida que con la muerte. De todas formas, sepa que, a pesar de hacer caso omiso a su insistencia, su preocupación es para mí un reducto en donde me recojo en los momentos de soledad, que son muchos...

En aquella última carta que el padre Manuel me escribió y que no llegó a mandarme, como siempre, como en cada una de las que me había enviado, había posdata. En ella se recogía la misma súplica de siempre: «*Debe perdonar a su madre, debe hacerlo antes de que ella muera*».

Nunca llegué a hacerlo. Ni tan siquiera el último de sus días, a los pies de la cama, mientras ella me lo suplicaba, fui capaz de perdonar que me hubiera dejado como a un huérfano entre las paredes frías de aquel convento por siempre y para siempre, desentendiéndose de mí cuando más la necesitaba, cuando mi padre también se había ido.

Cuando me entregaron el paquete del padre Manuel con las cartas, me dieron también mi violonchelo. El violonchelo que no había vuelto a tocar desde la muerte de mi padre. Dentro de su funda estaban la colección de escarabajos y el cuadro de marco de cristal azulón que yo había escondido el día del funeral, el cuadro maldito. El padre Manuel lo había custodiado desde que ingresé en el convento. Yo me negaba a abrirlo, a tocarlo, a verlo. Sin embargo, jamás quise deshacerme de él y le pedí que lo mantuviera bajo su cuidado hasta que estuviera preparado para volver a utilizarlo. Pensé dejarlo tras las paredes del convento para siempre, pero la lectura de la nota que el padre había prendido en una pequeña carta, fechada diez años antes, y que colgaba del asa de la funda, me hizo cambiar de idea:

Querido hijo:

No sé el tiempo que habrá pasado hasta que le hagan entrega del

violonchelo y esta carta, pero lo más probable, dada su reticencia a volver a tocarlo, es que cuando este vuelva a sus manos yo haya fallecido. Debe enfrentarse con el dolor del pasado, y para ello el instrumento que su padre tan bien le enseñó a tocar, este hermoso violonchelo, es un paso más. Vuelva a hacer vibrar sus cuerdas, quizás sea la única forma de que el pasado deje de hacerle daño. Al menos, hágalo en su memoria...

—¡Vaya, vaya!, un violonchelo, ¡qué maravilla! Con lo que me gusta a mí la música —dijo Daniel, mirando la funda y sacándome de la abstracción que me habían producido los recuerdos—, imagino que me honrarás con algunos acordes.

—Tiene un golpe en la base; debería arreglarlo, pero no creo que lo haga nunca. No he vuelto a hacerlo sonar desde que mi padre murió —respondí, caminando hacia el dormitorio.

—Mantener los recuerdos dolorosos sin digerir, en eterno proceso de masticación, es contraproducente y absurdo. No quieres recordar y, sin embargo, mantienes el violonchelo contigo. Algo no encaja —dijo.

—Hay tantas cosas que no encajan en la conducta de los seres humanos —respondí, extendiendo la mano derecha y exigiendo la llave de la habitación.

—Como el tequila, Enrique; los recuerdos desagradables son igual que un buen tequila, créeme. Primero te abrasan, pero a medida que van cayendo por tu garganta dejan de hacerlo y solo producen calor. Hay que echarle un par de cojones a esas cosas. De un trago, de un solo trago. Diría que es toda una reliquia. Debe tener bastante valor —dijo, haciendo ademán de cogerlo.

—¡No lo toques! —grité. Él se retiró con expresión de sorpresa.

—¡Joder! Sí que te putea este chisme. ¿Por qué no te deshaces de él?

—Eso es problema mío.

—Entiendo.

—No tienes ni idea —respondí, metiendo el violonchelo en el gran armario, que cerré con llave.

—No es necesario que cierres con llave. No suelo indagar en lo que no me pertenece. Pero eres libre de desconfiar; para mí es hasta divertido que lo hagas. Soy tan vulgar y abierto que me parece una deferencia por tu parte que pienses que no soy lo que parezco. Bajo a comer a la tasca de Torcuato, ¿te espero?...

Capítulo 8

No tenía pensado quedarme en aquella habitación más que lo preciso para ultimar los detalles que me permitieran viajar a mi pueblo natal. Tras la muerte de mi madre había heredado la casa de mis padres y pensaba venderla. Esperaba que los beneficios que me reportara su venta me permitiesen continuar con mis investigaciones, que estaban estancadas por falta de capital. Desde que terminé la carrera y la tesis doctoral quise desarrollar un estudio sobre la variación de los tejidos óseos y blandos de los cuerpos muertos al ser sometidos a determinadas energías, como la luz y el sonido, pero nunca había dispuesto del dinero suficiente para hacerlo. Tampoco había conseguido ninguna de las becas a las que, persistentemente, opté. De una forma u otra, siempre se anteponeía alguien a mí. Fue tal mi frustración que llegué a pensar que mi madre y sus influencias, que eran muchas, conocidas y relevantes, estaban detrás de mis fracasos.

Ella había mostrado, por activa y por pasiva, su desacuerdo con mi carrera. Lo hizo desde el primer momento en que tuvo conocimiento de la especialidad que había elegido. Fue tal su oposición que incluso llegó a amenazarme con dejar de costearme la residencia y las cuotas de las clases en la facultad si no la cambiaba. En aquel momento recurrí al padre Manuel y fue él quien consiguió que aquella amenaza nunca llegara a cumplirse. Cuando este falleció me quedé sin influencias, temiéndome lo peor.

Pero mi madre, contrariamente a lo que yo supuse, siguió costeando mi carrera como le había prometido al franciscano, hasta que finalicé la tesis doctoral. Llegado aquel momento, le remití a mi madre una especie de informe en el que intentaba explicarle, con la mayor claridad, las investigaciones que quería realizar y los motivos de las mismas. También le hacía saber que había recurrido a ella tras los múltiples fracasos para conseguir una beca que me permitiera desarrollar dichos exámenes sin tener que acogerme a nadie. La primera de sus respuestas fue casi inmediata. Una negativa rotunda:

Terminaste tu carrera y la tesis doctoral; esa carrera que tanto me hizo sufrir; algo que nunca tuviste en cuenta. Mi sufrimiento nunca te importó. Sabes mi oposición al respecto, te la he manifestado en infinidad de ocasiones, y ahora tienes la osadía de pedirme dinero para entrometerte en el descanso eterno de los muertos. Ya eres forense, ¿no era eso lo que querías? Pues que tu relevante y querida profesión costee las investigaciones. No cuentes conmigo ni con mi dinero...

A pesar de su negativa y de la dureza de sus palabras, yo, llevado por el recuerdo del padre Manuel, que siempre abogaba en su favor, seguí insistiendo. Relegué hasta

el dolor, el desarraigo que su actitud durante gran parte de mi niñez y adolescencia había producido en mí. Sin embargo, ella seguía negándose, calificando mis investigaciones como experimentos endemoniados que solo me llevarían por la senda del mal:

Ni un solo céntimo destinaré a esas terribles investigaciones. La Ciencia es el cáncer del hombre, la mano del diablo que todo lo destruirá...

Mi última carta, en respuesta a aquellas comparaciones que consideré ofensivas y maníacas, casi fundamentalistas, fue la llave que cerró nuestra escueta y gráfica relación para siempre:

Querida madre:

O ¿tal vez debería dirigirme a usted como querida benefactora anónima? Creo que así debería haberlo hecho desde el primer momento, desde nuestra primera carta, único medio de comunicación que hemos tenido. El último recuerdo que conservo de usted data de cuando yo tenía diez años; poco tiempo después de que me abandonase en un monasterio perdido y desolado del norte de España, país que usted se apresuró a dejar tras la muerte de mi padre, su marido, que también era forense como ahora lo es su hijo. Profesión que, como bien se esfuerza en manifestar en cada una de sus cartas, usted tanto parece odiar. Solo conservo de usted un recuerdo vago y emborronado de una señora enlutada y bien vestida a la que llamé madre por un tiempo. Eso creía en aquellos años, que usted era mi madre. Sin embargo, aquella señora de rasgos endurecidos por el luto de sus ropas y la ausencia de maquillaje en su piel me dejó como si fuese un huérfano ajeno que solo estuviera bajo su custodia por motivos legales, a cargo de unos frailes cuyos cuerpos enfundados en sotanas y sus caras de expresiones impertérritas me sobrecogieron tanto como para no pronunciar ni un solo vocablo durante meses. Mutismo del que usted tampoco se preocupó.

Sus críticas a mis investigaciones y sus odiosas comparaciones no se corresponden con la realidad, ni tan siquiera la rozan de lejos. No se preocupe por mí, por mis pasos zambos y torpes, como usted define mi caminar, si lo hace desperdiciará un tiempo precioso. Este carácter mortecino, solitario y ajado, esta soledad, esta tristeza que usted generó en mis entrañas al abandonarme, me hizo ser quien ahora soy, no lo olvide nunca. Mi orfandad me emparentó de cerca con el mundo de los muertos y me alejó del de los vivos. Resido desde hace décadas en el Valle de los Muertos. ¿De veras cree usted que fui yo quien llegó solo hasta allí? No, señora mía,

alguien me dejó en ese valle hace ahora treinta años. Una señora enlutada. Creo que usted la conoce bien...

No recibí respuesta alguna. La ausencia de correspondencia por ambas partes desde mi última carta hizo que nos alejáramos aún más de lo que siempre lo habíamos estado. Ella, imagino que como medio de presión y venganza, dejó de efectuar los ingresos en mi cuenta destinados a mi manutención aquel mismo mes. La falta de asignación me abocó a buscar un trabajo.

Si bien no dejé de lado mis investigaciones, que financiaba con los pocos ahorros que había conseguido reunir, me centré más en intentar llevar una vida lógica, o lo que la mayoría entiende por estable y convencional, que en seguir con las pruebas, investigaciones y estudio de aquella hipótesis que daba vueltas en mi cabeza desde hacía mucho tiempo.

Capítulo 9

La pesadilla, que durante mis años de internado era discontinua, una vez que concluí mis estudios universitarios y abandoné el colegio mayor, comenzó a producirse de forma asidua, casi diaria. Sin embargo, lo preocupante, lo que realmente alteró mi forma de vida y comportamiento, no fue el sueño que me aterrorizaba noche tras noche y que de tanto repetirse había pasado a ser algo cotidiano, sino la aparición de aquel maldito símbolo en las fachadas de los edificios que iba habitando. Cuando aquello comenzó a suceder, mi vida se vio alterada profundamente en todas sus dimensiones, incluida la relación emocional con mi esposa. Ver aquella grafía era como revivir una y otra vez la muerte de mi padre, su homicidio.

Desde que este fue asesinado, había crecido en mí una fobia incontrolable hacia los espacios abiertos en donde la gente se agrupaba y reunía en masa, algo que había conseguido evitar, en gran medida, durante mi residencia en el colegio mayor, del que no salía más que lo estrictamente necesario. Sin embargo, cuando mi vida comenzó a encaminarse por los cauces normales, y la grafía del número pi comenzó a aparecer en las fachadas de los edificios que iba habitando, no pude controlar la fobia, que aumentó de manera desmedida, haciendo de mí un ser extraño e introvertido. Aquella obsesión por no recordar, por olvidar mi infancia y los últimos días de convivencia con mi progenitor, fue lo que me llevó a buscar una jornada laboral nocturna, en donde las calles y recintos que debía recorrer, así como el lugar de trabajo, estuvieran casi desiertos, exentos de caras anónimas que siempre me evocaban la faz emborronada del hombre que dibujaba el símbolo del número pi en mi pesadilla. Aquel horario hacía que el insomnio no fuese algo preocupante, sino beneficioso para mí y mi estabilidad económica.

Pocos había que quisieran trabajar con los cuerpos inertes durante aquella jornada de noctívagos. Aquella ocupación siempre parecía más llevadera en las horas diurnas. En ellas, hasta los muertos figuraban estar un poco vivos. La soledad y aislamiento al que, de forma voluntaria, me había sometido, llevado por mis temores, duró un tiempo escaso. Igual que yo, había más personas que trabajaban y se divertían durante la noche, y no podía evitar encontrarme con rostros desconocidos en mis desplazamientos, en el metro o en los autobuses que recorrían las calles de la ciudad. Todos podían ser él, el hombre sin rostro del sueño.

Jana, conocedora y sufridora de mi paranoia, intentó compartir conmigo aquellos miedos, confiando en que así, junto a ella, serían más soportables y con el tiempo yo conseguiría superarlos. Puso todo de su parte para sobrellevar los cambios constantes de residencia a los que nos vimos sujetos, obligados por los temores que no me dejaban llevar una vida normal, por la aparición de aquel símbolo en las fachadas de las casas en donde residíamos, por la paranoia que me producía verlo allí. Lo hizo hasta que comprendió que su vida se estaba yendo en un deambular sin sentido de casa en casa, en la huida de un fantasma, de una obsesión que no era la suya.

Llevado por su advertencia de abandono, por el miedo a perderla, volvimos a la capital. Nos instalamos en nuestra casa, la primera y única en propiedad. Reanudé las consultas semanales con el psicólogo y me sometí a un análisis psiquiátrico que refutó la tesis del psiquiatra: debía tomar medicación y someterme a una terapia diaria. Pero la primera no surtió más efecto que una excesiva relajación que me impedía ejercer, dado el estado de absentismo parcial que me provocaban los fármacos. Pasé un tiempo de baja médica durante el cual intenté adaptarme a la vida diurna, saliendo, no sin esfuerzo, en las horas centrales del día a pasear entre la gente. Durante aquellas primeras jornadas de tratamiento farmacológico, mi vida pareció retomar la normalidad. Lo hizo hasta que una mañana en el Barri Gòtic, en la Plaça de Pi, un hombre que permanecía sentado en una mesa, frente a mí, después de solicitar la consumición al camarero que tomaba nota a su lado y, sin dejar de mirarme, tomó la libreta en la que estaba escribiendo y levantándola me enseñó el dibujo que había hecho en el papel. Era el símbolo del número pi. Pasados unos instantes, en los que las imágenes parecieron ralentizarse en mi retina, me llevé las manos a la americana y busqué el envase fechado de la medicación, y tras comprobar que había tomado la dosis diaria, volví a mirar al hombre, que había abierto el periódico y, en apariencia, leía ensimismado.

Nunca le hablé a Jana sobre aquel nuevo incidente. Sin embargo, y a pesar de intentar seguir con mi vida como si nada estuviera sucediendo, no pude hacerlo y volví a buscar una nueva residencia fuera de la Ciudad Condal, lejos de aquellas calles en donde me sentía vigilado, en donde la grafía numérica se representaba una y otra vez sobre las fachadas.

Busqué trabajo en Madrid y trasladé mi residencia allí. Jana se negó a seguirme.

Los incidentes siguieron repitiéndose en la capital madrileña y mi huida siguió teniendo las mismas pautas que en Barcelona. Vagué de pensión en pensión, de residencia en residencia, huyendo de aquellas grafías que me perseguían como fantasmas por las paredes de la capital, hasta llegar a la casa de Daniel, después de que mi madre falleciera.

Capítulo 10

No recuerdo con exactitud el tiempo que trascurrió desde que alquilé la habitación a Daniel hasta que llegó el paquete, solo cómo nuestra relación fue poco a poco convirtiéndose más en la de dos amigos que en la de casero e inquilino. Pero sí tengo una imagen clara del día en que Torcuato, mirándome desde el bar, levantó el paquete en sus manos, indicando con sus gestos que aquel maldito envío era para mí.

Torcuato y Daniel estaban en la calle charlando animadamente sobre la acera recién regada. El hostelero tenía en sus manos el paquete, que zarandeaba con cada uno de sus expresivos gestos. De vez en cuando, sus ojos se fijaban en la ventana donde yo estaba. Por su expresión, me pareció que ambos hablaban de mí. Tras unos instantes, en los que no me moví del ventanal, en los que no dejé de mirarlos con descaro, Daniel levantó su mano y me indicó con un gesto sobre su reloj de pulsera que era tarde y me esperaba para comer.

Cuando tomé asiento frente a él, en la mesa, a mi lado estaba el paquete envuelto en papel azulón que Torcuato me había mostrado minutos antes.

—Hay que ver lo que has tardado en bajar. El paquete es para ti —dijo Daniel al tiempo que lo señalaba.

—¿El paquete? —pregunté—. No dejé mi dirección a nadie. Ni tan siquiera mi mujer sabe que estoy residiendo aquí. Debe de haber un error.

—No hay error que valga, el paquete es suyo —respondió doña Paloma.

—No esperaba ningún envío, nadie sabe que llevo instalado aquí más de un mes —dije.

—Pues el joven dijo que usted esperaba el envío. Que era importante, imprescindible para descifrar su pasado, eso dijo exactamente. Como Daniel no estaba, nos lo dejó a nosotros para que le hiciésemos entrega. Tenía bastante prisa. Iba apurado, y se le notaba. Estos mensajeros, pobrecicos, hay que ver lo que trabajan. Estuvo en la casa antes que en el bar, le vimos subir.

Daniel no dejaba de observarme en silencio. Nos vigilaba a los dos, a doña Paloma y a mí. Como él decía, fotografiando el momento. Haciendo instantáneas de mis rasgos, que debieron adquirir un rictus mortal. La voz de doña Paloma me llegaba como si corriera a través de un tubo, hueca y lejana. Sin embargo, la mujer estaba a mi lado. Aquel envío podía significar que mis temores no eran infundados, podía ser la prueba física de que el asesinato de mi padre me tenía vigilado.

No miré el paquete ni abrí el sobre. Volví a cuestionarle a la mujer lo del supuesto mensajero, intentando darle a mi voz un tono tranquilo que no reflejase la angustia que ya debían de expresar mis gestos. Al menos, eso evidenciaba la expresión de Daniel, su postura, la forma de mirarme y su cambio de actitud. Él había dejado la cuchara en el plato y se había encendido un cigarrillo mientras me observaba como si

yo fuese un cuadro de arte abstracto colgado en una galería y él intentara descifrar su significado. Me escrutaba con desvergüenza.

—¿Recuerda si le dijo algo más el hombre que le entregó el paquete? ¿Qué indicaciones le dio? —pregunté.

—¿Se encuentra bien? —inquirió la mujer, inclinándose para mirarme.

—Estoy perfectamente, no se preocupe, solo quiero saber lo que le dijo —repetí.

—Pues nadie diría que está usted bien. Tiene mal aspecto, ya le dije yo a mi Torcuato que ese símbolo que hay escrito en el papel era muy raro, y no hay más que ver su cara para darse cuenta de que no estaba equivocada —respondió ella sin retirar la vista de mí—. No me dijo mucho más, tenía prisa por continuar con su trabajo.

—Te dije que no deberíamos habernos quedado con el paquete, te lo dije —apostilló Torcuato, que se había llegado a la mesa y escuchaba lo que su mujer relataba desde hacía unos minutos—. Verá usted, es como una chiquilla, se presta a todo. Yo desconfío de la gente que no conozco, pero ella, en cuanto ve a un hombre bien parecido y amable se le cae el mandil. Las cosas están muy delicadas en estos tiempos que corren. Fuimos un poco descuidados. Pero solo un poco, porque, como verá, está abierto —dijo señalándolo—, hice que el muchacho me enseñase el contenido. Le indiqué, he de reconocer que con cierta mala baba y una pizca de soberbia, que lo abriese, porque de lo contrario tendría que dejarle a usted la nota de visita, vamos..., que no nos quedaríamos con él. Podía ser cualquier cosa comprometida o peligrosa.

»La verdad es que fue una sorpresa muy agradable; es un documento precioso, toda una reliquia. De los de antes, aquellos de banda azul marino con la bandera española y el águila, nuestra rapaz, en el centro —dijo dirigiéndose a Daniel, que sonrió con cierta expresión de sorna—. Azul como los billetes de quinientas —apostilló, señalando un cuadro en el que se exhibía una colección de pesetas en papel—. Esos carnés ya no se encuentran ni de estraperlo. Sé de algunos amigos, y reconozco que está mal decirlo, que denunciaron su robo para quedarse con el DNI antiguo. Los nuevos son espantosos, no tienen señas de identidad. Hasta en los documentos se han perdido las raíces. Los de ahora parecen estampitas paganas —dijo mostrando su DNI, después cogió el paquete y sacó el DNI, entregándoselo a Daniel—. ¿A que se parecen como dos gotas de agua? —exclamó mirándome.

Yo seguía inmóvil, sin poder articular palabra.

—Es cierto —dijo Daniel, tendiéndome el carné de identidad de mi padre.

Un documento que desapareció junto a sus ropas y enseres personales el día que lo encontraron muerto.

—¿Está usted bien? —Me miró preocupado Torcuato.

—Sí..., sí... —balbuceé.

—Pues no lo parece, se ha puesto más blanco que la leche.

—Este documento significa mucho para mí —respondí, intentando que nadie percibiera mi estado real, el pánico que sentía—. Muchas gracias por haberlo

recogido.

Daniel seguía observándome y, con la misma curiosidad, miraba el sobre que yo aún tenía entre mis manos sin abrir. Cogí ambas cosas y fui a introducirlas en el maletín. Al hacerlo, del interior del paquete cayó el arco del violonchelo que me regaló mi padre. Estaba partido y faltaba una de sus mitades...

Capítulo 11

Cuando asesinaron a mi padre y me encontraron en el sótano de mi casa, yo estaba inconsciente. El médico no pudo precisar con exactitud el tiempo que llevaba sin conocimiento, tumbado en el frío suelo de losetas arcillosas y ennegrecidas por la humedad que rezumaba de las paredes e iba chorreando por los laterales hasta ser absorbida por el piso. Sobre mí estaba el violonchelo, como si hubiera querido arroparme con él, protegerme de la humedad que entumeció mis huesos, que los empapó de un olor a tierra mojada y vino tinto del que aún conservo un recuerdo preciso.

El violonchelo no volvió a sonar desde aquel día, su base estaba abierta y la pica de metal se había roto. Del arco nada se supo, no se encontró rastro alguno de él.

Me interrogaron sobre los motivos por los que estaba allí durante aquellas horas tardías de la noche, sobre lo que había visto, pero yo no recordaba más que el negro absoluto de un vacío por el que descendía y el dolor espantoso, insoportable, de mis oídos a medida que bajaba los escalones, por los peldaños que se convirtieron en un precipicio en el que las paredes rocosas no existían, porque todo era oscuridad, absoluta oscuridad. Eso, y el balanceo de la bombilla que oscilaba del cable en el centro de la bodega, sin control, como si alguien le hubiera dado un manotazo, fue lo último que vi antes de caer al suelo, lo único que recordaba.

El médico dijo que lo más probable, dado que estaba descalzo del pie izquierdo y que el zapato se hallaba sobre uno de los peldaños cuando me encontraron, fuera que hubiese resbalado al bajar, hasta caer y perder la conciencia debido al golpe. Pero la Guardia Civil, uno de sus forenses, tras examinarme, dictaminó que el golpe de mi cabeza no era consecuencia de los escalones ni del suelo, sino de un objeto. Incluso afirmó que podía tratarse de la culata de un revólver. El zapato, la dirección en la que se encontró la puntera, indicaba con claridad que lo perdí cuando subía los escalones, probablemente huyendo a toda velocidad en dirección a la salida de la bodega. Aquello, según los agentes, unido a que el golpe estaba en mi nuca, evidenciaba con claridad que me golpearon por la espalda, que caí y el violonchelo se precipitó sobre mí.

Nadie, por prescripción médica, me dio a conocer ni un solo dato sobre su muerte. Cuando el funeral pasó, por prohibición expresa de mi madre, no se volvió a hablar de lo sucedido.

Pero, a pesar de ello, jamás pude olvidar aquellos dedos ensangrentados trazando las líneas del número pi.

Acaricié los pedazos del arco roto, sin cerdas, castrado, mientras Daniel me miraba de soslayo. Tras unos instantes, lo guardé e intenté forzar una sonrisa para disimular con ella el terror que sentía en aquellos momentos en que el pasado se abalanzaba

sobre mí como una fiera hambrienta, como un jabalí herido que buscara venganza.

Capítulo 12

Una vez en mi dormitorio me dispuse a ver el contenido del sobre lacrado, en cuyo interior había percibido una especie de aro. Cuando doña Paloma me hizo entrega del mismo, pude palparlo. Al abrirlo, comprobé que mi tacto no me había engañado; era el anillo de compromiso de Jana. Durante unos instantes permanecí sin leer el papel, que deposité sobre la cama abstraído en la contemplación de la alianza, sin entender qué era todo aquello y por qué Jana me había remitido su anillo de compromiso. Miles de instantes compartidos con ella pasaron por mi mente como fogonazos que me abrasaban por dentro. Si había algo que no hubiera esperado nunca de ella, era lo que tenía ante mis ojos; y mi raciocino no paraba de decirme: «Te ha dejado, esta es la prueba más evidente de ello. Te ha dejado para siempre. Lo siguiente será la solicitud de separación, la carta de su abogado». El folio permanecía sobre la cama mientras yo daba vueltas a la alianza de oro, leyendo una y otra vez mi nombre y la fecha de nuestra boda, que tenía grabada en su interior. Nadie más que ella y el psiquiatra sabían lo que me sucedía. Aquello, pensé, llevado por el dolor que me produjo ver su alianza, era la forma que ella había escogido para decirme por qué me dejaba; aunque ya me lo hubiese manifestado con anterioridad, ahora lo hacía claramente. Se estaba vengando de su dolor, produciéndome a mí el mismo que yo le había hecho sentir día tras día con aquel maldito sueño y la huida incesante.

Ofuscado, seguí durante un largo periodo de tiempo divagando en una especie de paranoia que no podía controlar, que me llevaba una y otra vez a intentar entender su reacción, su falta de sensibilidad, la aparente maldad que había en todo aquello, hasta que el trozo del arco cayó al suelo. En aquel instante, mirando el pedazo de madera, comprendí que su ausencia, el amor que sentía por ella, me había obturado tanto como para olvidarme del resto de los objetos que había en el paquete: el arco y el DNI de mi padre. Jana no podía haberme remitido aquel documento, nadie a excepción del asesino podía haberlo hecho. Y, en cuanto al arco, Jana jamás supo que yo nunca lo recuperé.

Miré el papel y, tembloroso, consciente de que si la alianza era de Jana, ella podía estar en peligro, rompí el lacre que cerraba sus dos partes. En su interior había un seriado alfanumérico. Un mensaje encriptado.

Al ver aquella relación de letras con números entre paréntesis, así como las sílabas y el número que la concluía, recordé cómo mi padre, el último día que le vi con vida en casa, descifraba un seriado similar. Cuando tuvo una de las series descifradas tomó un ejemplar manuscrito del *Quijote* y subrayó parte de uno de sus capítulos. Tras leerlo para sí, gritó, dando un puñetazo sobre las notas que había ido tomando:

—¡Maldito!, será hijo de su madre. Lo sabía, siempre lo supe. ¡Cómo nos ha engañado!

—¿Quién, padre?, ¿quién os ha engañado? —pregunté.

—¿Qué haces aquí? —se sorprendió, tapando con su mano el seriado y sus notas —, no deberías estar aquí. ¿Cuánto tiempo llevas?

—Nada, padre, acabo de llegar —respondí.

Mentía. Lo hice llevado por el terror que su mirada, llena de ira, me produjo. Mientras permanecí tras él sin que advirtiese mi presencia, fui copiando el seriado y los apuntes que él iba haciendo bajo la serie alfanumérica. Su expresión de enfado me hizo guardarlo apresurado en mi bolsillo.

—No debes volver a entrar aquí sin antes llamar, prométemelo.

—Te lo prometo. Pensé que sabías que estaba aquí. Te hablé y no respondiste, estabas demasiado concentrado en descifrar esas letras. ¿Es un nuevo jeroglífico?, ¿me enseñarás cómo se soluciona? ¿Lo harás? Sé que ese texto no es de Cervantes, y que por eso te has enfadado. En el *Quijote* ese texto no está, no es de la novela, ¿verdad? —pregunté sonriendo orgulloso, seguro de mis conocimientos sobre la obra del insigne escritor.

Él mismo me lo había enseñado. Leí los ocho primeros capítulos tantas veces, junto a él, durante las tardes largas y bochornosas del estío, obligado por mi incapacidad para dormir la siesta, que casi los podía recitar de memoria.

—¿Qué frase, dime qué frase has leído? —preguntó, agarrándome fuerte por los hombros, algo que jamás había hecho, y que nunca volvió a repetir.

—La que tú has subrayado en esa copia manuscrita del *Quijote*, la que habla de los molinos de viento. En ese capítulo, don Alonso Quijano les cuenta a las damas cómo las doncellas cuidaban de él, no habla de molinos, solo habla de las doncellas, por eso sé que no es de la novela, que no está en el *Quijote* —dije sonriente a la espera de su felicitación.

—Veo que las lecturas se hicieron hueco en tu cabeza, eso es un orgullo para mí. Aunque no debes olvidar que el *Quijote* tiene más de ocho capítulos. Debes continuar su lectura y no quedarte en el octavo. Este libro —dijo, mirándome sonriente y levantando la copia manuscrita— solo recoge los ocho primeros. Me lo vendieron como un original escrito de puño y letra por el mismísimo Cervantes, pero, como bien has supuesto tú, me engañaron. La obra está adulterada con párrafos inconexos que no pertenecen al libro. El desaprensivo que la escribió no tuvo pudor en incluir de su propia cosecha. Pero todo esto es un secreto que ambos debemos guardar celosamente. Ya te he hablado de la importancia que tienen los jeroglíficos y conoces la forma de encontrar mensajes escondidos dentro de los textos. Un mensaje cifrado no tiene valor si se le da a todo el mundo la capacidad de descubrirlo. No olvides lo que te enseñé sobre ello.

—No, padre, no lo he olvidado. Es más importante el tiempo que uno pasa descifrando un mensaje que la emoción que proporciona el texto que hay en él.

—Debes guardar silencio sobre lo que has visto. Quiero encontrar al autor de esta herejía, pero antes debo buscar todos los párrafos que no pertenecen a la obra, para ello tengo que descifrar esta tabla —dijo, señalando un folio repleto de series iguales

a la que yo tenía apuntada en el papel que había guardado en el bolsillo de mi pantalón—. Si no lo hago, nadie me creerá. Estoy desarrollando el trabajo en secreto, nadie sabe que esta noche estoy aquí, solo tu madre, y ahora tú. No debes decirle a nadie que he estado en casa. A nadie —dijo, levantando el tono de voz—. Dame tu palabra.

—Sí, padre, lo juro —respondí tembloroso—, no se lo diré nunca a nadie.

—Debes entender que esto no es un juego. Nunca más entres aquí sin antes llamar, nunca, ¿lo entiendes? —exclamó, agarrándome con fuerza por los hombros.

No le contesté porque la congoja que me provocó su agresividad, algo a lo que no estaba acostumbrado, me lo impidió. Él pareció darse cuenta de que su reacción había sido desmedida y me abrazó pidiéndome perdón repetidas veces.

Al día siguiente, cuando me levanté, ya se había marchado. Busqué a escondidas la tabla de series y aquella copia manuscrita en su estudio. Su enfado, lejos de asustarme, de hacer que me olvidara del incidente, había incentivado mi curiosidad. Eso, y el que tanto mi madre como él ocultaran su estancia en casa aquella noche, había hecho que mi imaginación volara sin control. Supuse mil historias dentro de aquel manuscrito del *Quijote*. Mensajes de trascendencia que me harían un gran criptógrafo al que recurrirían todas las instituciones de investigación. Debía encontrar aquel texto y el folio amarillento lleno de seriados que él me enseñó, debía hacerlo antes de que volviera. Pensé que sería capaz de descifrar la tabla completa y después encontrar todos los párrafos que se correspondían con las series numéricas. Cuando regresara, su trabajo estaría hecho. Sería un gran criptógrafo, como lo era él. Busqué el folio en donde aparecían los seriados y el manuscrito, pero no lo encontré. Era evidente que él se los había llevado consigo. Sin embargo, la frase que mi padre había descifrado estaba en mi bolsillo. Si no podía tener el seriado y el texto, sí podía averiguar el procedimiento para descifrar aquellas claves. Llevado por mi empeño, por la curiosidad visceral que me poseía, perdí muchas horas de sueño en la labor. Realicé infinidad de combinaciones matemáticas hasta llegar a las coincidencias entre los números y las letras, y descifrar el significado:

Dentro del segundo capítulo está el nombre.

Guardé los papeles, pensando en que a su regreso él me prestaría la tabla completa para que yo la descifrara. Junto a ellos también conservé la frase que mi padre había extraído de aquel manuscrito, la frase que tanto le había hecho enfadar:

De viento que no de piedra fueron hechos los molinos. Gigantes son, tal como el caballero andante dijo. No fueron los libros que leyó sino el ruido de sus aspas lo que llenó sus horas de dolor y desatino.

Tiempo después, cuando mis investigaciones estaban muy avanzadas, supe su verdadero significado.

Capítulo 13

Daniel canturreaba «Lástima, Luis», de Luis Eduardo Aute, como si fuera el protagonista del guateque de que hablaba la letra de la canción. Era tal su euforia que, por unos instantes, olvidé el código alfanumérico y la alianza que me había puesto en mi dedo meñique. Sonreí mientras le oía cantar. Abrí la ventana de par en par y dejé que el aire ya fresco de la tarde entrase en la habitación junto al murmullo de la gente que caminaba por las aceras. Tras unos instantes en que mis pensamientos deambularon entre los ajenos viandantes, contemplé el seriado con calma. Combiné palabras una y otra vez, maldiciendo el no haber hecho un programa de informática que agilizase el trabajo, algo que sí había realizado para otras claves y relaciones de datos y decesos.

Durante el proceso de descodificación llamé varias veces al teléfono móvil de Jana. Intentaba aplacar el presentimiento aciago que me acompañaba desde que vi la alianza y el seriado alfanumérico, pero fue infructuoso: la compañía telefónica, su grabación automática, respondía con insistencia que el número solicitado estaba fuera de cobertura o desconectado. Esa circunstancia no hubiera debido intranquilizarme, ya que Jana solía tener apagado el móvil mientras trabajaba, pero, en aquellos momentos, con la alianza en mi meñique, lo hacía. No poder verificar que estaba bien, no conseguir oír su voz, me hacía sentir impaciente. Por ello, con insistencia robótica, no dejé de marcar el número una y otra vez, sin descanso, mientras tachaba las grafías que iba combinando en la formación de palabras. Miré el reloj y calculé que le faltaba una media hora para terminar su jornada, por lo que no volvería a llamarla hasta que no hubiera pasado ese tiempo. Era inútil hacerlo antes, sabía que ella no conectaría el teléfono hasta haber terminado su horario laboral.

Serían aproximadamente las seis de la tarde cuando descifré el código:

No cometas el mismo error que ellos.

Cuando leí la frase, sentí un pánico semejante al que producen los presentimientos nefastos. Pensé que su autor podía ser la misma persona que pintaba el símbolo en las fachadas. La misma que, por motivos que desconocía, se había encargado de que no olvidase la muerte, el asesinato de mi padre. Nadie más que el asesino podía conocer el código alfanumérico que mi padre descifró ante mis ojos, días antes de ser encontrado sin vida en el sótano de la casa. Tampoco nadie, excepto él, podía tener su carné de identidad y la mitad del arco de mi violonchelo. En aquellos momentos todo se entrelazó y tomó sentido. Pero lo más terrible no era sentirme directamente amenazado por sus palabras, sino el que Jana estuviera incluida en aquella advertencia. Lamentablemente así lo evidenciaba el hecho de que él me hubiera hecho llegar la alianza.

A pesar de haber descifrado la frase, por más que la leía, no conseguía deducir su significado completo. Advertía su amenaza, pero desconocía el error al que se refería. Si en aquel momento apenas conocía detalles sobre la vida de mi padre y el móvil real del asesino, con más motivo me era imposible saber qué error pudo cometer para que le matasen. Un error que, en apariencia y para mi estupor, parecía haber cometido también Jana.

Levanté el teléfono y marqué el número de la casa, ubicada en el Barrí Gòtic de Barcelona, esperando oír su voz a través del auricular. Lo intenté varias veces, pero ninguna de mis llamadas recibió respuesta. El contestador saltaba, y yo volvía a colgar y a llamar como lo había hecho durante la tarde a su número de móvil; una y otra vez. Desesperado, decidí, aun sabiendo que ella no me lo perdonaría, llamar a su trabajo.

Me atendió el ujier:

—No, señor, no está aquí. Hoy no ha venido. Dijo que tenía que resolver unos temas personales. Nosotros también estamos intentando localizarla, la situación tan delicada que se ha presentado nos obliga a ello. Hemos llamado a su casa y a su número de teléfono móvil, pero debe de tenerlo desconectado. Lo que ha sucedido es una verdadera tragedia, incalificable, nefasto —dijo exaltado.

—¿A qué se refiere? —pregunté sorprendido.

—El fresco, señor, el fresco que estaba restaurando su esposa; en su base alguien ha hecho una inscripción. Es un seriado numérico y varias réplicas del símbolo que representa el número pi. Una herejía que no sabemos si tendrá solución. Cuando la señorita Jana lo vea... ¡Dios mío, cuando vea lo que han hecho con la pintura!

—¿Números? ¿Qué números han puesto?

—Muchos. Los mozos de escuadra dicen que es obra de grafiteros, que debieron de entrar por la noche. Si me hubieran hecho caso, esto no habría sucedido; en más de una ocasión recomendé la vigilancia nocturna. Hay demasiado gamberro suelto, estas cosas son llamadas de atención y este es un lugar muy propicio para ello. La juventud está muy perdida en este siglo, muy perdida.

—¿Sería tan amable de avisarme si mi esposa se pone en contacto con ustedes? ¿O de decirle a ella que me llame? Es urgente.

—¡Por supuesto! Si usted hablara con ella antes que nosotros, también podría comunicarle que estamos buscándola, creemos que, cuanto menos tiempo pase, mejor se podrán eliminar esos números...

Capítulo 14

Los acontecimientos me produjeron una desazón incontrolable. Sin embargo, no podía hacer nada más que esperar. Esperar a que ella, viendo el gran número de llamadas perdidas y mensajes que le había dejado en el móvil, se pusiera en contacto conmigo. Intenté tranquilizarme, convencerme de que todo aquello podía ser una simple cadena de casualidades, pero la alianza de Jana en mi dedo meñique no me dejaba. Conecté el ordenador portátil al teléfono móvil y me dispuse a revisar el correo electrónico con la esperanza de que ella se pusiera en contacto conmigo a través de él. Cuando la línea comenzó a conectar con Internet, Daniel llamó a la puerta:

—Voy a hacer unos espagueti a la boloñesa, necesito que me digas si cenarás aquí o no.

Abrí y le di las gracias.

—Cenaré aquí, no tenía pensado salir.

—Vaya despliegue que tienes montado —dijo mirando la cama, en donde estaba el arco roto, el DNI, la nota y la alianza que momentos antes me había quitado—. Eso es parte del arco del violonchelo. Veo que no solo está roto el instrumento, el arco está para ponerlo en la chimenea. Tienes un aspecto terrible —dijo, mirándome de arriba abajo—, estás peor que durante la comida. No te encuentras bien, ¿verdad que no estás bien?

—Estoy preocupado.

—Es por el DNI de tu padre, ¿verdad? Tú nunca lo tuviste, alguien te lo ha hecho llegar, y tú no lo esperabas, ni eso ni lo demás, ¿me equivoco? —dijo, mirando una vez más la cama.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté desconfiado.

—Mis archivos, ¿recuerdas? La memoria de los muertos es parte del presente de los vivos. La muerte de tu padre está en los periódicos de hace treinta años. Consulté su nombre después de ver el DNI. Recuerda que te advertí que soy una máquina de fotografiar andante —dijo.

—¿Has estado investigando sobre mi padre?, ¡qué falta de escrúpulos!

—Yo no lo creo; más bien lo definiría como curiosidad visceral, algo que no niego. No pude resistirme al ver tu cara cuando doña Paloma te hizo entrega del sobre y Torcuato te habló del DNI. Tenías que haber visto tu expresión, te demudaste.

—Ah ¿sí?, ¿y qué pensaste? —pregunté irónico.

—Pues que nunca habías tenido ese documento entre tus manos. Que alguien te estaba amenazando. Tal vez por ello no te moleste vivir con un loco como yo. A partir del momento en que el trozo del arco cayó al suelo, al guardar el paquete en tu cartera, no probaste un bocado más. Era evidente que no esperabas ningún envío y que al ver el carné de tu padre sentiste pánico. Pero no te asustes más de lo que estás. No creas que sé mucho sobre ti. No porque no me haya dado tiempo a investigar,

tengo todo bien controlado, sé dónde está cada publicación, sino porque sobre la muerte de tu padre solo hay un artículo. Es muy extraño, porque fue un asesinato en toda regla y la normalidad informativa en aquellos años sobre esos delitos era más amplia. Los crímenes morbosos y los temas religiosos copaban la mente del pueblo. Sin embargo, sobre la muerte de tu padre, apenas he encontrado nada —dijo en un tono que me pareció burlesco—. En el artículo que he encontrado hablan sobre ti. ¿Es cierto que, como dice la crónica de sucesos, no recuerdas nada de lo sucedido aquella noche?

—No, y tampoco quiero hacerlo.

—Si necesitas consultar algo sobre tu pasado, no dudes en pedírmelo —dijo, mirándome a la espera de una respuesta por mi parte que confirmara sus hipótesis—. Tu padre era una persona relevante en aquellos años, y su asesino también pudo serlo, ¿no lo has pensado nunca?

—No acostumbro a hablar sobre mí, y menos sobre mi pasado. Si alguna vez se ha dado esa circunstancia ha sido con personas a las que ya conocía de mucho tiempo. Entiendo que la curiosidad te llevara a buscar detalles sobre mí y el pasado de mi padre, pero, como has comprobado, no hay mucho. La desgracia se cebó conmigo. Entiendo pero no apruebo que ello te seduzca, porque el morbo es connatural al ser humano, pero te ruego que dejes de lado las preguntas.

—No volveré a hablar sobre ello. Pero no olvides lo que te he dicho; si necesitas algo, dímelo.

Capítulo 15

Conecté el correo electrónico e inmediatamente entraron dos mensajes de Jana. Respiré aliviado. El primero era escueto y, dados los acontecimientos, pensé que muy significativo:

Querido Enrique:

Saldré en el primer vuelo hacia Italia. A mi regreso tenemos que hablar. Es necesario que nos veamos. Ahora no puedo darte explicaciones, prefiero que nuestra charla sea en persona. Lo que tengo que decirte es tan importante como trascendental para que, por fin, entiendas lo necesario que es llegar hasta el final.

JANA

Desconcertado, abrí el segundo correo que, según el servidor, había sido mandado ese mismo día, a las 12 de la mañana. En él había un seriado alfanumérico que, si bien era evidente escondía un mensaje encriptado, no se asemejaba al que me había llegado junto a la alianza, el DNI de mi padre y el arco del violonchelo. Su estructura seguía las mismas directrices que mi padre empleaba en sus anotaciones personales. Las mismas pautas y claves que él utilizaba para esconder los mensajes que me llevarían al lugar en donde estaban los escarabajos. Era mi código, el código de mis juegos de jeroglíficos, el código de iniciación a la criptografía que él creó para mí. Por ello, cuando lo vi en la pantalla del ordenador supe, sin necesidad de descodificarlo sobre el papel, lo que decía. Seguía las mismas pautas de las técnicas del descifrado por análisis de frecuencias^[1]. Para mi padre, cuando creó el cifrado, lo más importante no fue la correspondencia de los códigos con las letras, o la ocultación del mensaje, sino el que nadie percibiera que aquello era un mensaje encriptado. Si nadie lo percibía, nadie jamás trataría de descifrarlo.

Su forma matemática era el procedimiento que mi padre había creído más efectivo para despistar a los curiosos que tuvieran la osadía de meter las narices en sus documentos. Todos los textos que escribía se mezclaban a su vez con problemas matemáticos simples, con anotaciones irregulares sobre problemas que incluso planteaba en sus clases y con más de una respuesta de algún estudiante, por lo que las claves, los criptogramas, se perdían dentro de los folios que formaban sus apuntes y se hacían imperceptibles a simple vista. Dentro de ese desorden, había un orden preciso que solo él conocía. Estaba en el centro mismo de la hoja, de cada uno de los folios. Cuando me lo explicó, dándome las pautas a seguir para encontrar las series, no lo entendí. Preferí aprender el procedimiento para descifrarlo de memoria y buscar en los folios las líneas que tenían sentido, descartando las que solo eran operaciones

matemáticas. Aquello me llevaba bastante tiempo, pero aún no era capaz de hacer dibujos geométricos.

Años más tarde, al contemplar una de las obras de Maurits Cornelis Escher^[2], *Orden y caos*, supe lo que había querido decirme. Entendí cómo colocaba los seriados dentro de los folios y cómo estos formaban un dibujo perfecto de la esfera de un dodecaedro estrellado. Para encontrar las frases solo había que dibujar el dodecaedro estrellado dentro del folio o poner una plantilla transparente sobre él.

El texto encriptado que aparecía en la pantalla del ordenador, dentro del cuerpo del mensaje de Jana, estaba relacionado directamente con mi padre. Al descifrar el mensaje recordé sus palabras cuando me enseñó la clave, la forma de descifrar aquellos números, de convertirlos en palabras:

—Cuando creé la clave pensaba en el número pi, en la búsqueda que el ser humano lleva a cabo para hallar sus dígitos, todos ellos, lo que en realidad es su verdadero misterio, ¿por qué es infinito? Nadie ha conseguido hallar todos sus dígitos. Y estoy convencido de que así seguirá siendo. Lo estoy porque creo que es el número de Dios.

—No entiendo lo que dices —dije, mirándole expectante, buscando que me diera una explicación más sencilla.

—Si prestas atención a lo que voy a decirte, te servirá para mucho cuando seas adulto. El número pi es un número irracional, es decir, un número decimal con infinitas cifras decimales exento de una secuencia de repetición que lo convierta en un número periódico. Para que lo entiendas mejor; es totalmente imposible conocer todas las cifras que tiene. Para mí, es el número del que Dios se sirvió para crear el universo y tras su misteriosa cifra está la clave de la existencia y un mensaje claro y preciso que todos nos negamos a ver, cegados en la búsqueda del resultado final. Este no es más que el comienzo o el principio del fin. Una espiral perfecta.

»Una espiral que al mismo tiempo que se expande se contrae y sigue las mismas pautas para ambas cosas. Su dimensión es infinita, y posiblemente esté en ella el misterio de las dimensiones y del espacio tiempo. Muchos matemáticos han invertido cientos de horas en hallar todas las cifras que componen estos números, pero sus logros son avances que se quedan pequeños al lado de los siguientes, porque sus guarismos siguen aumentando cálculo tras cálculo. Isaac Newton decía: «La naturaleza se reduce a un número: pi. Quien comprenda el misterio de pi comprenderá el pensamiento de Dios...». En esa frase está la clave de pi. No es un número, sino que posiblemente sea una forma que aún no conocemos con precisión, una espiral numérica infinita y finita al mismo tiempo, un eslabón de una cadena que nos conduce directamente a una dimensión desconocida, por eso no podemos ver ni hallar el fin, sencillamente porque no lo tiene. Cuando llegamos al fin estamos en el comienzo de nuevo.

—Sí, padre, pero no entiendo qué tiene que ver el número pi con su código secreto —dije un tanto acogotado por sus palabras, aún demasiado complicadas para mí.

Él sonrió y, poniendo su mano sobre mi cabeza, en un gesto de cariño, continuó:

—Todo está relacionado; cada cosa que sucede aquí en la Tierra, como decía Kepler, sucede en los cielos —dijo, señalando las estrellas que se podían ver en el cielo despejado de aquella noche de agosto sin luna—. Solo quiero que entiendas que la respuesta a todo está ante nuestros ojos; todo está escrito. El secreto es saber verlo, observar con detenimiento lo que sucede y lo que le sucede a las cosas y seres que tenemos a nuestro alrededor, sin perder ni una sola de las perspectivas que se nos han dado. Newton no vio que una manzana le cayera en la cabeza, sino que percibió que aquello debía ser provocado por algo, lo que dio lugar a su descubrimiento: la ecuación de la gravedad. Observación, esa es la clave de todo. Solo es cuestión de ver más allá, algo que, como gran criptógrafo que espero seas, debes tener siempre en tu mente. No analices las cosas por lo que los demás creen que son o por lo que te quieren hacer ver, hazlo siempre por ti mismo.

»No te dejes cegar por el ansia de llegar al final y disfruta en cada paso de tu investigación sin tener en cuenta la satisfacción que quizás nunca tengas al hallar el resultado. Puede que una clave te conduzca a otra y esta a su vez a una más. El desarrollo de un criptograma, como el de una fórmula matemática, es más apasionante que el descubrimiento del mensaje encriptado o la resolución del problema, pero se nos olvida. La búsqueda de un final ha cegado muchas mentes, créeme. Mi clave es tan sencilla, está tan clara, que no se ve; ahí está su único misterio. Solo unos pocos serán capaces de intuir en ella un mensaje encriptado, los muy observadores. Como muy pocos ven que en el número pi no hay más que una prueba evidente de que Dios existe, de que nada tiene fin. Sus decimales infinitos nos indican que el resto de las cosas también pueden ser ilimitadas. Todo puede seguir descomponiéndose en formas diferentes, guardando la esencia de lo que fueron y volviendo a ser de nuevo, ya que el fin siempre da lugar al comienzo. En mi código, los números dan lugar a las letras y el orden de los mismos se corresponde con el alfabeto. Es fácil descifrarlo, solo tienes que invertir el orden y la colocación de ambas cosas: el fin es el principio y el principio es el fin. Como verás, todo está invertido, y los seriados lo que menos parecen es un mensaje cifrado.

»El universo es un gran criptograma, un estallido continuo de mensajes. El problema es que no lo vemos así y por ello jamás seremos capaces de descifrarlo. El ser humano solo ve en él una fórmula matemática, porque solo se fija en lo aparente, en lo establecido por otros. El ser humano está dejando de pensar por sí mismo, de imaginar...

Aquello quedó grabado en mi mente para siempre, de tal forma que durante mucho tiempo indagué sobretodo lo que él me había repetido una y otra vez. Y siguiendo sus enseñanzas encaminé mis investigaciones forenses, desde un ángulo

muy diferente al que se venía haciendo. Su idea de la inmortalidad, de lo infinito, marcó en mí una constante que dirigió mi vida. Creo que ese y no la genética que nos unía fue el determinante para que me decidiera por la Ciencia Forense.

Como él decía, nada muere, se transforma, y yo intentaba saber qué era lo que se transformaba, cómo y por qué lo hacía. Sin embargo, los acontecimientos que surgieron después de recibir los mensajes de Jana me adentrarían en un camino aún más desconocido e interesante del que me ofrecían las investigaciones forenses que estaba realizando. Un camino que intuí mi padre había recorrido antes que yo.

En el mensaje que emitía la pantalla del ordenador estaba encriptada la frase:

En la circunferencia
el comienzo y el fin coinciden^[3].

No sabría precisar con exactitud el tiempo que permanecí mirando la pantalla, sí que el ordenador entró en periodo de hibernación. De vez en cuando miraba la cama, en donde, sobre la manta de lana marrón, estaba la alianza de mi esposa. Nada más descodificar el mensaje, supe que este se refería a la sortija, por eso no me atrevía a cogerla, a comprobar qué podía esconder la circunferencia. Tenía la certeza de que había algo más que yo había pasado por alto, como verifiqué minutos más tarde al comprobar que el símbolo del número pi estaba grabado en su exterior. Llevado por la ansiedad había cometido el error sobre el que mi padre tantas veces me había advertido: había dejado de lado todo por saber cuál era el mensaje del sobre, cuando en realidad el verdadero mensaje estaba allí, grabado en la alianza, en su parte exterior, donde no había mirado.

Cogí el teléfono móvil para llamar de nuevo a Jana, pero este sonó antes de que yo marcara su número:

—¿Señor Enrique Fonseca? —dijo una voz varonil a través del aparato.

—Sí, dígame.

—¿Es usted el señor Enrique Fonseca, esposo de Jana Bonet?

—Sí, soy yo, dígame —respondí.

—Le habla el jefe de asistencia sanitaria desde la Ciudad Condal, siento tener que comunicarle...

Capítulo 16

La habían asistido los servicios de emergencia médica en el aeropuerto. Estaba embarcando rumbo a Italia cuando se desplomó inconsciente. Las pruebas a las que había sido sometida cuando llegué al hospital indicaban que había sufrido un accidente cardiovascular, un derrame cerebral. El tiempo que podía permanecer en estado de coma era imprevisible, así como su recuperación. El aneurisma que le había provocado el derrame era, como suele ser habitual en esos casos, de difícil diagnóstico previo por su carencia de sintomatología. Yo conocía los estudios existentes sobre aquel tipo de patología; su evolución, posibles causas, progresión y desenlace. Por ello, las esperanzas que me dio el especialista ni tan siquiera me sirvieron de consuelo. La recuperación era casi imposible y, en todo caso, tendría secuelas irreversibles; de hecho, estaba seguro de que, lo más probable, era que ya las hubiera sufrido.

A pesar de su distanciamiento, de nuestra separación, ella seguía llevando mi número de teléfono en la documentación que indicaba a quién se debía llamar en caso de que sufriera un accidente, ambos lo llevábamos junto al documento de identidad. Apenas permanecí con ella una hora, en la que no pude articular ni una sola palabra, solo acariciar sus mejillas pálidas y sujetar su mano izquierda entre las mías. Tampoco lloré. El profundo vacío que sentía en mi corazón, la sensación de vértigo e impotencia, me impedía manifestar el dolor que experimenté al verla allí; nívea, inmóvil, monitorizada y con respiración asistida. Sumergida en una espiral que la mantenía viva y muerta al tiempo. Una circunferencia infinita en donde el comienzo y el fin coincidían formando un espacio indefinido; una nada y un todo a la vez. Una especie de ironía nefasta que emparentaba su estado de forma macabra con el mensaje que había recibido encriptado y con la definición que en él se daba de la circunferencia.

Daniel tomó la decisión de acompañarme, llevado por el estado de ansiedad en el que entré después de recibir la llamada. Ni tan siquiera me di cuenta de lo que él hacía cuando levantó el teléfono y reservó dos billetes en el puente aéreo. Su voz me llegaba distorsionada y lejana, como si en vez de estar allí, a su lado, me encontrara a cientos de kilómetros. Me sentía preso en un limbo donde los recuerdos se mezclaban con el presente como si ambos tiempos fuesen uno.

Cuando el médico me comunicó a través de la línea telefónica el estado de gravedad máxima de mi esposa y el hospital al que se dirigía la ambulancia, tiré el teléfono móvil contra la puerta de la habitación y me metí en la ducha vestido. El agua comenzó a empapar mis ropas. Ausente, llevado por un ataque de ira, golpeé con mis nudillos los azulejos que revestían la pared frontal de la bañera. Daniel estaba en la cocina y corrió alertado por mis porrazos. Cerró el grifo y como si yo fuese un crío chico que se hubiera dejado llevar por una repentina rabieta, tendió sus manos hacia mí y me sacó sin decir palabra. Los zapatos de tafilete chorreaban

produciendo un ruido acuoso a cada uno de mis pasos. El líquido resbaló por el suelo de madera vieja y sin pulir hasta los pies de la cama, en donde Daniel me sentó como a un muñeco sin vida, dejado a su voluntad. No recuerdo si me desvestí mientras él hablaba con el hospital por teléfono, o fue él quien me quitó la ropa empapada que se adhería a mi piel. Solo sé que mientras hablaba me quitó los zapatos y dejó caer el agua de dentro de ellos al suelo. Tampoco sé precisar qué le conté cuando entró en el baño, pero debí de decirle lo que había pasado, debí de hacerlo, porque él supo adónde llamar y qué hacer exactamente. Recuerdo que grité el nombre de mi mujer al mismo tiempo que golpeaba con el puño la pared, y que la sangre que brotaba de mis nudillos resbalaba por los azulejos blancos, tiñéndolos de un rojo claro que se disipaba pared abajo hasta desaparecer por el desagüe.

Mientras permanecí con ella, Daniel estuvo en el pasillo, esperando en silencio, semiinclinado, con la espalda apoyada en la pared y mirando al suelo fijamente, mientras se pasaba la mano derecha por el pelo una y otra vez, en actitud de preocupación. En la otra mano sujetaba la bolsa que me habían entregado, hacía unos instantes, con los objetos personales de Jana. Entre ellos estaba su alianza. La llevaba puesta cuando la ingresaron. No sé bien cómo definir la sensación que me produjo su hallazgo. En aquel momento comprendí que había cometido el mayor de los errores, la falta de observación. Cuando encontré la alianza en el sobre, di por hecho que pertenecía a Jana, que era la de nuestra boda. Llevado por mis sentimientos solo miré el interior de la circunferencia y ni tan siquiera aprecié que estaba impecable, lo que hacía poco probable que fuese la misma sortija.

Capítulo 17

Al dejar el hospital me sentí en la obligación moral de explicarle a Daniel parte de lo acontecido antes de conocerle; su comportamiento conmigo había sido tan inesperado como loable y desinteresado. Entre todo lo que le relaté estaba el motivo de mis continuos traslados.

Nada de lo que le había sucedido a Jana tenía, en apariencia, relación con el paquete que yo había recibido. Al menos, no lo tenía para quien desconociese nuestro pasado y lo que este conllevaba. Aquello era, para el equipo médico que la atendió, un accidente cardiovascular, pues no existía indicio alguno que demostrase lo contrario. Sin embargo, para mí, todo estaba interrelacionado. La persona que me había mandado el paquete había tenido acceso a los enseres de mi padre cuando este fue asesinado, su DNI así lo demostraba. La copia exacta de la alianza de Jana también indicaba que sabía de ella lo suficiente como para tenerla controlada. El símbolo que la sortija tenía grabado era un claro mensaje de advertencia, como lo era la definición encriptada de la circunferencia que me había remitido a través del correo electrónico de mi esposa.

Los acontecimientos habían ocurrido con tanta rapidez que ni siquiera había podido acercarme a la empresa de mensajería para informarme sobre el envío y los datos del remitente, que, según la ley vigente, estaban obligados a comprobar. Mis sentimientos por Jana y la situación en la que estaba nuestra relación habían obturado mi cerebro por completo, impidiéndome ver más allá de mis narices desde el primer momento, ralentizando todas mis reacciones.

Sopesé la posibilidad de hablar con la policía y denunciar las amenazas a las que me sentía sometido. Exponerles la probabilidad de que Jana hubiera entrado en aquel estado de forma provocada, que su derrame cerebral no fuese un accidente. Aunque no había ningún dato médico que demostrase mi hipótesis, yo tenía la corazonada de que aquel aneurisma no había sido circunstancial, fruto de una patología sin diagnosticar, sino la consecuencia de una agresión muy estudiada, probablemente de alguien que sabía mucho de medicina. Sobre ello estuvimos hablando Daniel y yo:

—Debes esperar los resultados de las analíticas antes de dar por hecho que su estado es consecuencia de un intento de homicidio. Es evidente, por lo que me has contado, que quien te ha hecho llegar el paquete está poniéndote al tanto de lo que sabe, quiere que tengas conocimiento de ello. Tus miedos no le son ajenos y conoce el pasado de tu padre. Sabe lo que Jana significa para ti y lo utiliza para intimidarte. Lo que yo no veo tan claro es que sea una amenaza, como tú te empeñas en asegurar. Tiene, a mi juicio, más las características de una advertencia a la que puede seguir un chantaje.

—No lo creo.

—Tu numerito tiene mucho que ver en todo esto. Ese famoso número de dígitos infinitos también es de mi interés. Lo es para mucha gente. Claro que mis motivos

son diferentes a los tuyos. Yo le busco y él te busca a ti. Me refiero al número — aclaró al ver mi expresión de desconcierto.

—Cuando Torcuato me entregó el paquete y vi el carné de mi padre supe que las cosas habían cambiado. Ya no era solo la grafía. Estoy seguro de que la persona que me lo envió es el asesino de mi padre.

—Si, como dices, es el asesino de tu padre, es evidente que solo puede tener un motivo para perseguirte de esta forma: que le hubieras visto la cara, que pudieras reconocerle. Pero tú aseguras que no es así, que no recuerdas nada.

—Sí. Así es, pero él no lo sabe.

—Ya, pero estarás conmigo en que, si analizas los hechos fríamente, ese punto es el menos probable. Si fuera él, tú, con el tiempo que ha transcurrido, has dejado de ser un peligro, el delito ha prescrito y su edad debe de ser demasiado avanzada como para que los hechos le acarrearán repercusiones legales. Es más factible que sea alguien que estuvo relacionado con el asesino o con tu padre y su círculo. Lo más sensato es que dejes transcurrir el tiempo, que esperes a ver cómo evoluciona Jana. Desde el punto de vista policial tu hipótesis no se sostiene. Incluso el hecho de que hayas recibido tratamiento psiquiátrico es perjudicial, quiero decir...

—Sé lo que quieres decir —le interrumpí—. Que el mensaje me llegara desde el correo electrónico de Jana indica que estaba con ella, y si fue así, pudo administrarle algo que le provocara el derrame.

—El correo electrónico pudo mandarlo desde cualquier ordenador. Solo es necesario conocer las claves de acceso. Conseguirlas no es complicado; cuando regresemos a Madrid te haré una demostración de cómo se hace. En el caso de que quieras que chequeemos su ordenador, podemos hacerlo, si te sientes con fuerzas para ello.

—Voy a examinar el ordenador y todo lo que encuentre. Revisaré la casa palmo a palmo —respondí.

Capítulo 18

Por unos momentos Daniel permaneció mirándome sin decir palabra, sumergido en sus pensamientos. Su seguridad en cuanto a todo lo sucedido era tan grande que parecía que llevara años investigando sobre mí y mi padre. Volví a mirarle y él a mí. Durante unos instantes permanecemos en silencio, sin retirar la vista uno del otro, como si la desconfianza que yo sentía fuera mutua.

Todo en él, desde el principio, había sido un tanto anodino, demasiado lineal, como si estuviera preparado con anterioridad a que nos conociéramos. Incluso la oferta del alquiler de su habitación había llegado a mis manos de una forma que en aquellos momentos me pareció inusual, un anuncio a través de uno de los empleados de limpieza de mi empresa:

—Tenga, sé que busca usted hospedaje, y este creo que reúne las condiciones que requiere —dijo tendiéndome un papel.

—¡Gracias! —respondí—. ¿Cómo sabe que estaba buscando habitación en el centro de la capital? No se lo he comentado a nadie.

—Recojo sus periódicos a diario. Todos los anuncios sobre alquileres de habitaciones están subrayados. Vi ese —señaló el papel que me había dado— en una de las farolas de mi barrio y lo cogí para usted. Ya sabe, este mundo es una cadena de favores. Tal vez, en algún momento, necesite que usted me eche una mano —dijo sonriendo—, espero que si llega ese día me recuerde —recalcó, restregándose el sudor de la frente con la manga.

—¡Por supuesto!, estaré encantado. Incluso, si lo ha hecho porque necesita algo, no dude en pedirlo —respondí, mirando al joven de piel amarillenta, ojos vidriosos y extrema delgadez.

—Eso es lo que dicen todos ustedes, pero ni tan siquiera me ha visto y llevo limpiando su mesa varios días —dijo, dándose la vuelta, y, empujando el carrito de la limpieza, comenzó a andar por el pasillo.

—¿Cómo te llamas? —inquirí casi alzando el tono de voz.

—Salas, me llamo Salas. Soy trabajador temporal de la contrata de limpieza, pero mi verdadera vocación se centra en el estudio del sonido.

—Interesante.

—Espero que la habitación sea lo que anda buscando. Es una zona muy tranquila. ¡Que tenga un buen día!

Al día siguiente, después de haber alquilado la habitación, pregunté por él. Quería darle las gracias por todo. En la empresa no lo conocían, pero me enteré de que la contrata de limpieza lo había trasladado de zona.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Daniel, sacándome de mis pensamientos.

—En todo lo que has dicho. Has hecho un análisis muy preciso —contesté.

—Ya te dije que me gano la vida con ello. Cuando regresemos te enseñaré los trabajos que realizo. Quizás te haga partícipe del que realmente me importa. La investigación que me llevó a abandonar los hábitos. Pero ahora lo importante es que tu esposa se recupere y tú recobres la tranquilidad. Estaré en Barcelona el tiempo que quieras, hasta que decidas que debemos volver, o dejes de necesitar mi compañía.

Capítulo 19

En apariencia, Jana había dejado todo preparado hasta su regreso de Italia. La casa estaba en perfecto orden.

Nada más llegar, nos dispusimos a chequear el ordenador de mi esposa. Tal como Daniel me había sugerido, comprobamos que los mensajes habían sido remitidos desde un ordenador ajeno, utilizando las claves de acceso. Él se empeñaba en hacerme creer que quizás hubiera sido Jana quien los había mandado desde un cibercafé o un aparato portátil. Insistió en que mi esposa no tenía por qué haber estado en contacto físico con la persona que me había hecho llegar el paquete al bar de Torcuato. Sin embargo, yo seguía teniendo serias dudas sobre ello.

Registramos, palmo a palmo, la información de su ordenador, sin encontrar nada fuera de lo común. Nada relacionado con el mensaje que yo había recibido. Miré todas sus notas, carpetas e incluso las páginas de la red que había visitado en los últimos días, pero en ellas solo encontré información sobre restauración y pintura. En su agenda de mesa estaba anotada la dirección del Museo e Gallerie Nazionali di Capodimonte, ubicado en Italia, Nápoles, y el cuadro de la *Caída de Dédalo* del maestro Cario Saraceni. Esa anotación, la última de la agenda, para Daniel, fue la prueba de que el viaje de Jana era profesional y nada tenía que ver con lo sucedido:

—Todo indica que iba a realizar un viaje de trabajo, sin más.

Por unos momentos pensé que Daniel estaba en lo cierto. Pero, minutos después, el paquete que encontré en el interior de uno de los cajones de la mesita de noche y la nota que lo acompañaba hicieron que volviese a tener en cuenta la posibilidad de que el accidente cardiovascular de Jana no fuese tal.

La nota decía:

Espero que este prendedor te sirva para lo que hemos supuesto. Cuando todo esté preparado envíamelo y hablaré con él.

Busqué la dirección de procedencia del envío, pero ni Daniel ni yo encontramos nada. Jana debió de deshacerse de ella.

Llamé al hospital para verificar que me habían entregado todos los objetos de mi esposa, insistiendo en que comprobaran, una vez más, si había sido así, si no quedaba nada en las dependencias, algo que me confirmaron y reiteraron un poco molestos por mi insistencia.

Daniel había preparado el almuerzo. Seguía todos mis movimientos con síntomas claros de preocupación, ya que yo no paraba de buscar en la casa alguna evidencia que me demostrase que Jana había estado en contacto con la persona que me mandó el paquete al bar de Torcuato:

—No acabo de comprender qué buscas aparte de ese prendedor, que lo más

probable es que se perdiera en el aeropuerto o en el traslado hacia el hospital. Tal vez ni lo llevaba consigo. La nota no está fechada y no tienes papeles que indiquen cuándo lo recibió. Deberías comer algo e intentar dormir. Ambos deberíamos descansar.

—Debí enfrentarme con mi pasado hace tiempo, debí hacerle caso —murmuré, mirando uno de los estantes de las librerías superiores.

Sobre los libros había una fotografía. La cogí y, al darle la vuelta, comprobé que en ella aparecía mi padre junto a un grupo de hombres que jamás había visto. Todos llevaban colgado de su cuello la cruz de Ankh. Su extremo inferior estaba tallado con dientes como si fuese una tija. En el anverso de la foto estaba escrito:

Inútil es la labor del que se fatiga intentado cuadrar el círculo^[4].

Capítulo 20

Mi obcecación por encontrar el prendedor nos llevó a la oficina de objetos perdidos:

—¿Piensas reclamar un objeto que no has visto nunca? —inquirió Daniel.

—Sí.

—Tendrás que dar algún dato, alguna característica.

—Si la persona que se lo envió lo hizo siguiendo el encargo de Jana, el prendedor será de una libélula, la volvían loca las libélulas. Como verás, tiene varios broches de esas características —dije, abriendo el joyero y mostrándolos—. Tengo la corazonada de que el prendedor está relacionado con lo sucedido.

Cuando pregunté por el broche, y tras describir su forma de libélula, el encargado supo al instante a cuál me refería:

—Es un broche precioso y el cristal del que está hecho, según me dijo una compañera, es de Murano. Parece una pieza de artesanía. Me sorprendió que lo entregaran, la verdad. ¿Llamó usted hace una hora?

—¿A qué se refiere? —pregunté sorprendido.

—Recibí una llamada preguntando por el mismo objeto. Se identificó como el marido de Jana Bonet; curiosamente, la misma persona que usted dice ser. Le comuniqué que, para retirarlo, debía entregarme la documentación. ¿La trae usted?

—¡Por supuesto! —dije tendiéndosela.

Ni tan siquiera esperamos a llegar a casa para examinar la libélula. Nos sentamos en una de las cafeterías del aeropuerto y, como dos chiquillos ante un nuevo juego de intriga, observamos ensimismados el broche de cristal de Murano, color añil.

Lo levanté instintivamente y dejé que la luz de uno de los focos incidiera en él. Al hacerlo, un reflejo azulado se proyectó sobre el techo.

—Ves, eso es lo que produce el reflejo —dijo Daniel, señalando con su dedo meñique el centro del abdomen del insecto de cristal—. Es un prisma. Hay un pedazo de prisma dentro de ese bicho. Es un trabajo maestro —continuó mientras observaba con detalle el interior del abdomen.

—¿Qué crees que tiene dentro de la cabeza la libélula? —le pregunté acercándoselo.

Daniel sacó de su mochila las gafas de presbicia y lo miró con detenimiento...

Capítulo 21

Después de permanecer unos minutos más en el aeropuerto, nos encaminamos a la casa de mi amigo Josep, el zapatero. Este asomó la punta de su nariz por la mirilla y, después, tras un instante de silencio total que pareció dedicar a olisquearnos desde dentro, miró a través de ella por los gruesos cristales de miope que cubrían sus ojillos de topo. No tuve que decirle mucho, solo entregarle el prendedor, que él observó provisto de una pequeña lente de aumento que colocó en su ojo derecho. Hacía tiempo que no nos veíamos, desde que marché de la Ciudad Condal y me instalé en Madrid. Sin embargo, y a pesar de que nuestra relación siempre había sido tan estrecha como privada y desconocida por todos, y a pesar de que nunca habíamos perdido la comunicación, no hizo comentario ni reproche alguno al distanciamiento que había habido por mi parte. Tampoco a que un desconocido me acompañase, algo que jamás hasta ese día había sucedido. Siempre nos habíamos visto a solas.

Cuando el símbolo del número comenzó a aparecer en las fachadas de las casas, mi carácter se transformó, y las opiniones y conjeturas de Josep respecto de su significado y de la postura que yo debería tomar ante los acontecimientos nos fueron distanciando hasta hacer que dejara de verle y llamarle, evitando así enfrentarme con sus reproches y advertencias que cuestionaban mi comportamiento, situándolo al margen de lo que él consideraba correcto. Cuando le llamé por teléfono y le expliqué lo sucedido, describiéndole el broche y la forma del objeto que el insecto tenía incrustado en su cabeza, solo dijo que fuese lo antes posible.

—Iremos a la galería, allí tengo lo necesario, eso creo, porque, si bien bajo casi a diario, el material que necesito para saber con exactitud qué tiene el bicho de cristal en su cabeza, y poder extraerlo sin que sufra ningún deterioro, hace demasiado tiempo que no lo utilizo. ¿Él es de fiar? —preguntó, levantando su puntiaguda barbilla en dirección a Daniel.

—Sí. De no ser así no lo habría traído.

—Pues no lo parece, la verdad, su aspecto es de progre, sin embargo, y a pesar de su indumentaria, parece un cura —dijo mirándolo inquisitorio.

—Lo fui —respondió Daniel con un gesto de sorpresa—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Cosí y pegué muchas suelas de zapatos que encaminaron los pasos de muchos monjes. Pasé demasiados años junto a ellos, oyendo sus rezos, oliendo sus guisos... ¡cómo no iba a saberlo! ¿Cómo reconoce un ladrón a un policía? —preguntó mirándole, Daniel se encogió de hombros—. Exactamente, no hay respuesta. Es casi instintivo..., se le reconoce, sin más.

—Era el zapatero del convento de franciscanos en donde me crie —dije, añadiendo más información a las explicaciones incompletas de Josep.

Anduvimos detrás de él en silencio, observando cómo movía el prendedor entre sus manos, mientras emitía una especie de murmullo que se asemejaba a un rezo. Daniel caminaba detrás de mí por el pasillo largo, estrecho y demasiado oscuro que

distribuía las estancias de la casa.

—Es toda una obra de artesanía. Minúsculo, demasiado pequeño, demasiado —dijo, tosiendo con fuerza sobre un pañuelo de tela, amarillento y arrugado, que sacó del bolsillo de su pantalón—. Disculpádmeme, es esta maldita humedad que siempre tienen los pisos bajos antiguos. ¿Y dices que este prendedor lo llevaba tu esposa cuando sufrió el desmayo que ahora la mantiene en coma?

—Exactamente —respondí.

—¿Le ha contado que le hice el mejor zapatero remendón de la zona? —dijo mirando a Daniel, que negó con la cabeza—. Era igual de tozudo que ahora. Cuando se enfadaba propinaba patadas al muro del patio del convento y sus zapatos pagaban las consecuencias de sus ataques de ira. El padre Manuel quiso que se enmendara de aquella pérdida de control y, como castigo, le obligó a ayudarme en los trabajos de zapatería que realizaba para el convento. Sentía debilidad por él. Lo mandaban todos los fines de semana conmigo. Aquí pasaba sábado y domingo, remendando y pegando suelas. Pero al señorito no le gustaban las suelas ni los remiendos, tampoco la electrónica; al joven príncipe le gustaban los muertos, los cadáveres y los jeroglíficos; como a su padre. ¡Qué tiempos aquellos! ¿Verdad, Enrique? —Sonreí—. Bajemos pues —concluyó, levantando la trampilla del suelo que daba acceso al sótano—. ¿Dijo que su nombre era «Dios es mi juez»? —preguntó girándose hacia Daniel.

—Sí, exactamente. Me llamo Daniel, como el profeta hebreo.

—Es reconfortante hablar con personas que conocen el significado de sus nombres, hay que saber todo de uno. El suyo dice demasiado de usted, quizás sea juzgado por sus actos cuando menos lo espere —apostilló mientras encendía la luz del sótano.

Capítulo 22

El sótano ocupaba toda la superficie de la casa. Estaba dividido en dos partes, una para el almacenamiento de los materiales que Josep utilizaba para la reparación del calzado y otra donde se amontonaban los artilugios de relojería, piezas electrónicas y de radio, en una veintena de estanterías de metal. El suelo seguía siendo de tierra, sin enlosar, tal y como era treinta años atrás. Daniel comenzó a recorrer el habitáculo ensimismado. Mientras, Josep lo seguía sonriendo con malicia, encorvado en exceso, como si el techo no le diese para estirar su columna maltrecha y desviada desde siempre.

—Veamos qué tenemos dentro de este bicho de cristal —dijo, poniéndolo sobre la mesa de trabajo, bajo la luz de un potente foco, al tiempo que se colocaba una lente de aumento en su ojo derecho—. Parece una grabadora, pero no estoy seguro.

—¿Una grabadora?, pensé que era un transmisor —dije.

—Es una grabadora y en apariencia creo que es de este siglo. Aunque quizás, cuando lo saquemos, cambie. El tamaño del grabador es demasiado pequeño, y los aparatos a esta escala se construyeron recientemente. Los primeros que se hicieron fueron para los servicios de inteligencia. Pero este, este casi se podría calificar de nanotecnología. Para saber con exactitud de qué se trata tendré que romper el cuerpo de la libélula. No te puedo garantizar que al hacerlo el aparato no se destruya, es un riesgo. Si se rompe quizás no podamos saber para qué sirve, tú decides.

—Adelante —dije.

—Es un aparato muy sofisticado de grabación, y la forma en que ha sido confeccionado indica que está hecho con el fin de que nadie lo saque intacto si lo encuentra. Será difícil desmontarlo sin que sufra daños, pero lo intentaré. En el caso de que lo extraiga en buenas condiciones, no sé si podremos oír la grabación. Todo indica que para hacerlo debemos tener el macho.

—¿El macho? —inquirí desconcertado.

—Un aparato que recibe lo grabado aquí —dijo, señalando la cabeza del insecto—. No es una grabadora normal, tecnología punta —concluyó sonriente.

—¿Estás diciendo que una parte sin la otra no funciona? —pregunté.

—Exactamente. Pero no solo eso, también se debe conocer la clave del macho para que este funcione. ¿Sabe Daniel lo relacionado con la grafía del número pi? —preguntó mirándole.

—Le he contado parte de lo que me sucede —respondí.

—¡Parte! —exclamó—. No creo que con una parte tenga suficiente para saber dónde está metido. El símbolo del número pi está estrechamente relacionado con una organización que surgió en los años cuarenta, y esta, con Enrique y su padre. Se dice que su fundador tomó el número como nombre de su grupo porque sus primeros dígitos coincidían con la fecha de su nacimiento: 3,1415. Catorce de marzo de 1915. No se sabe si 3,1415 era de nacionalidad española o extranjera. Sí, que operaba en la

Península. Lo apodaban «el italiano». Se había introducido dentro de la mayor red clandestina de experimentación científica tecnológica mundial. Los miembros de esta red eran mercenarios de la ciencia, trabajaban sin preguntar ni conocer los límites o los fines de los proyectos o investigaciones para las que les contrataban, sin importarles las consecuencias de sus investigaciones, sin saber para quién. Eran piezas dentro de un engranaje; al núcleo del proyecto que se llevaba a cabo solo accedían los últimos de la cadena. Se dice que 3,1415 descubrió algo demasiado trascendental y peligroso, tanto que quiso darlo a conocer al mundo. Pero localizaron algunos de sus mensajes de alarma antes de que consiguiera su objetivo. Mensajes que encriptó en textos y objetos. Se dio por hecho que lo mataron, pero nunca se supo con certeza, ya que su identidad era desconocida. Entre nosotros corrió el rumor de que algunos de sus mensajes no habían sido localizados y que permanecían aún encriptados.

—Cuando dice que corrió el rumor entre nosotros, ¿se refiere a que usted formaba parte del grupo? —preguntó Daniel con gesto de asombro, sentándose en una de las cajas que había en el suelo como si de sopetón el cansancio, o la trascendencia de las palabras de Josep, le hubiera hecho desplomarse sobre ella.

—Así es —respondió mirando a Daniel—. Cuando la organización descubrió lo que estaba sucediendo perdimos contacto con las personas que nos encargaban los trabajos, y desapareció como si nunca hubiera existido.

—¿Me está diciendo que usted trabajó en los años sesenta para una red que contrataba científicos e investigadores que se hacían cargo de proyectos amorales y peligrosos y que no sabe para quién o para qué Estado eran esos proyectos?

—Exactamente he querido decir eso.

—Una red internacional de científicos mercenarios, sin pudor, sin moral, que solo actuaban por dinero, sin tener en cuenta la repercusión de sus investigaciones, ¡increíble!

—Sí, una red que evidentemente aún existe, solo que ahora ellos están en instalaciones preparadas para sus fines y controlados por sofisticados sistemas de vigilancia. Los tiempos cambian. Antes éramos los parias de la investigación, los mercenarios de la ciencia, ahora ellos son parte de las estructuras de los servicios de inteligencia de un país.

—¿Usted a qué se dedicaba? —preguntó Daniel.

—Los comienzos de la nanotecnología.

—¿Nanotecnología? Eso es imposible, ¡en aquella época!

—En aquella época. Aunque le parezca imposible es así. Desde que una investigación comienza hasta que se da a conocer al ciudadano de a pie, pasan muchos años, sin contar lo que nunca se divulga, bien porque no interesa porque los resultados no son económicamente rentables, o porque estos han sido monstruosos. Las primeras investigaciones en clonación hace años que se pusieron en marcha. Hubo muchos clones que no vieron la luz pública; lo de ahora es el resultado de unos

estudios que llevan años haciéndose. Una célula madre está al alcance de la mano, aunque esto le parezca aterrador, porque lo es, le aseguro que es totalmente cierto. ¿No se ha preguntado nunca de dónde sacó Adolf Hitler su obsesión por la raza pura? No crea que fue algo casual.

—Y el padre de Enrique, ¿qué tiene que ver con todo eso? —preguntó.

—En la tinaja donde se encontró su cuerpo estaba escrita la grafía del número pi. La muerte del padre de Enrique salió en la prensa de aquella época. Fue poca la publicidad que se le dio al homicidio, pero la suficiente como para que todos los que trabajábamos para la red tuviéramos conocimiento de que lo habían matado; ese, supuestamente, fue el fin que ellos perseguían, hacernos saber que 3,1415 había muerto. Era forense, un reputado forense y un reconocido criptógrafo a nivel mundial. Los bienes que poseía eran demasiados para los beneficios que le reportaba su profesión; gran parte de sus ingresos debían proceder de otra fuente diferente al trabajo por el que se le conocía. El que fuese un acaudalado forense y un gran criptógrafo, y que en la tinaja donde fue encontrado su cuerpo apareciese el guarismo, era la prueba más evidente de que él era 3,1415. Al menos eso era lo que se pretendía hacernos creer y lo que todos pensamos. Quisieron que lo supiéramos, que lo tuviéramos en cuenta por si decidíamos hablar, así lo entendimos. No hubo más investigaciones sobre lo sucedido y, como imaginaré, ninguno de nosotros quiso saber más de lo que decían los periódicos y lo que de boca a oreja se fue transmitiendo. La red se disolvió y todo quedó como siempre había estado, en el limbo, para el ciudadano.

Capítulo 23

Josep golpeaba con un diminuto cincel plateado la cabeza de la libélula de manera precisa y rítmica. De vez en cuando miraba el cristal como si sus golpes en vez de estar dirigidos a agrietar el vidrio fueran encaminados a esculpir en él una figura. Observaba con detenimiento cada una de las pequeñas ranuras que aparecían tras los envites del escoplo mientras le relataba a Daniel los detalles de su pasado y el de mi padre.

Yo permanecía al lado de Daniel, sentado en una de las cajas, sin decir palabra, escuchando el relato de Josep, que me parecía tan real y escalofriante como el que mi esposa permaneciera en la unidad de cuidados intensivos del hospital.

—Cuando el padre Manuel le trajo, me dio datos precisos y confidenciales de su padre, advirtiéndome de que su madre no quería que se hablara de su muerte al niño, ya que pensaban que esta era la causa de su conducta irregular y conflictiva. Pensaron que aquí se evadiría. Cuando llegó el primer fin de semana de estancia, me avisaron de que el niño que los frailes habían enviado a mi casa era el hijo de 3,1415 y que el que yo lo admitiera en mi casa podría acarrearle funestas consecuencias. Corría el rumor de que un familiar había visto al asesino del forense Fonseca: su hijo de diez años —concluyó, dejando de golpear el objeto, y miró fijamente a Daniel—. Pero, a pesar del peligro, él se ganó mi cariño y eso pudo más que el riesgo que yo pudiera correr —dijo mirándome con ternura—. Yo también gané su confianza. Poco a poco, me enseñó sus conocimientos sobre claves encriptadas, demasiado avanzados para su edad. También me habló sobre la obsesión que su padre tenía con el número pi. Así, poco a poco, tuve la certeza de que Enrique Fonseca, sin lugar a dudas, era 3,1415, como todos habíamos pensado —apostilló mirándome de soslayo—. Pero no quise decírselo a él, no lo consideré prudente. Años más tarde, cuando apareció la primera grafía escrita en la pared de la casa, Enrique ya no era un niño, era un hombre que podía enfrentarse con el pasado de su padre y el futuro que este pasado le tenía reservado. Entonces, hablé con él.

—Pensamos que la persona que escribe la grafía es el asesino de mi padre —dije, mirando a Josep, que seguía inmerso en precisar sus golpecitos—. Durante mucho tiempo he recibido llamadas cuestionándome sobre la identidad de pi.

—No me habías hablado de esas conversaciones telefónicas —dijo Daniel sorprendido.

—Ni a ti ni a nadie. Ni tan siquiera Jana lo sabe. En todas las empresas en las que he trabajado, desde que apareció la primera grafía, he recibido una llamada de teléfono instándome a investigar, a seguir el rastro de la identidad de pi. En esas llamadas me hablan de la vinculación de mi padre con el número y con una misteriosa copia manuscrita de los ocho primeros capítulos del *Quijote*. Creo que la copia es la que vi hace años, cuando él aún estaba con vida. Sé que en sus líneas había mensajes encriptados, pero no pude verla más que una noche; después él se

marchó de casa. Nunca más volví a verle con vida. Como verás, tengo motivos suficientes para no haber querido saber nada de todo lo concerniente al pasado de mi padre. El miedo sigue pudiéndome.

—Tengo que subir un momento, necesito una herramienta —dijo Josep, dejando el cincel sobre la mesa, y dirigiéndose a las escaleras desapareció.

Daniel y yo continuamos hablando sobre los posibles vínculos de mi padre con la organización. Tras unos instantes Josep regresó:

—Ciertamente, como dijiste, es una grabadora —dijo, y mirándonos dio un golpe impreciso sobre el aparato que se deshizo en mil pedazos.

—¿Qué has hecho? —pregunté gritando al ver cómo el cincel lo destruía.

—Te dije que mi precisión no era buena, que esto podía pasar. Debe bastarte con saber que no había nada de interés, quizás Jana lo quería utilizar como herramienta de trabajo, es posible que nos hayamos equivocado. Aunque mi pulso hubiera sido preciso y el aparato ahora estuviera intacto, lo más probable es que no hubiéramos podido sacar la grabación de su interior. Lo más sensato es que descanses, ya hablaremos más detenidamente. Yo, mientras tanto, intentaré recopilar información sobre las piezas que han quedado «vivas». Ahora es tarde, estoy cansado y tú irritado en exceso. Te llamaré mañana, cuando sepa algo más —dijo, recogiendo los pedazos que se habían esparcido por el suelo y quitándole a Daniel un trozo de cristal azulón de las manos—. Debes tenerme informado de todo y poner mucho cuidado en lo que haces y con quién andas —apostilló mirando a Daniel con descaro—. Intentaré ponerme en contacto con los miembros antiguos de la organización, quizás pueda sacarles algo sobre lo que está sucediendo. Después de haber visto esta grabadora —dijo, enseñándome un pedazo de metal que tenía en la palma de su mano derecha—, y si Jana no la utilizaba para su trabajo, es más que evidente que ella pudiera estar metida en algo peligroso. O tal vez tu mujer no sea la persona que tú crees...

Capítulo 24

La actitud de Josep me sorprendió. El golpe que le asestó al prendedor cuando ya estaba casi abierto me pareció premeditado, sin embargo, pensé que mi situación anímica era la causa de mi extrañeza ante su comportamiento. Pero, cuando salimos de la casa del zapatero, las palabras de Daniel me hicieron volver a albergar desconfianza hacia él:

—Creo que tu amigo sabe demasiado y que te ha ocultado datos. El golpe que le ha dado a la libélula ha sido desproporcionado. Sé que tú has pensado lo mismo que yo.

Le miré y no contesté, seguí caminando a la espera de que al día siguiente Josep me llamara dándome alguna explicación sobre el prendedor y su contenido, algo que dilucidara su comportamiento, que tirara por los suelos la desconfianza de Daniel y la mía. Aquella llamada no se produjo y aunque yo intenté, en repetidas ocasiones, ponerme en contacto con él, no lo conseguí.

La noche fue tranquila y Daniel, si bien no dejó de tomar notas sobre nuestros pasos y los comentarios que Josep había hecho sobre sus actividades extraoficiales, no volvió a hablar de él ni a comentar nada relacionado con la libélula ni con lo acontecido horas antes.

A primera hora del día siguiente pasamos por el hospital y, tras comprobar que, desgraciadamente, el estado de mi esposa seguía siendo el mismo, decidimos seguir con lo previsto: visitar el palacete en donde trabajaba Jana para ver el estado del fresco en el que, según el conserje, alguien había pintado un seriado numérico. Después, iríamos a casa de Josep. Su falta de respuesta me preocupaba; sin embargo, a Daniel le pareció algo previsible. Él seguía pensando que su reacción ante el descubrimiento del contenido de la libélula era una evidencia clara de que escondía sus verdaderas intenciones:

—¿A qué te referías cuando dijiste que Josep sabía demasiado? —le pregunté.

—Es evidente que tu amigo, el zapatero, nada más ver la libélula, en cuanto la tuvo en sus manos, supo de qué se trataba. Subió a la casa, según dijo, a buscar otro utensilio, pero bajó sin nada. Veo que tú no te diste cuenta de ese detalle.

—No. No recuerdo que lo hiciera.

—Está claro que Josep no subió a por nada. Debíó de hacerlo para llamar a alguien, posiblemente para consultar sobre el broche. Dijo que iba a por una herramienta, pero bajó tal y como había subido: sin nada. Ahora sí sopeso la posibilidad de que tu esposa tuviera conocimiento de lo que el broche contenía, tal y como tú planteaste cuando viste la nota. Está claro que su intención era grabar una conversación sin que su interlocutor supiera que lo estaba haciendo. Esa conversación debió de ser comprometedor y tal vez tenga algo que ver con Josep y su vinculación con el grupo del que formaba parte. La pequeña ranura que había en la cabeza, justo por donde Josep comenzó a golpear, era la entrada de ondas sonoras del aparato.

Podía haber precisado el golpe sin tanta parafernalia. Mientras hablábamos no le perdí de vista ni un solo instante, tengo todos sus movimientos frescos en mi memoria, y no habrían sido necesarios más que tres o cuatro golpes con un puntero que cupiese en la pequeña circunferencia para que se resquebrajara lo suficiente. Sigo creyendo que lo destruyó deliberadamente.

—Es absurdo. Me niego a dar cabida a semejante estupidez.

—Si el contenido de la libélula no tenía nada que ver con él, no tenía motivos para destruirlo y quedarse con todos los trozos. O ¿no te diste cuenta de cómo me arrebató un trozo de prisma? Josep sabe de tu padre más de lo que te ha dicho; lo sabe desde siempre...

Capítulo 25

Cuando llegamos al palacete, contemplamos atónitos el seriado de números que habían dibujado en el fresco. Lo hicimos bajo la mirada atenta de uno de los vigilantes y los lamentos del conserje, que no paraba de mostrar su pesar en cuanto al estado de mi esposa y la barbarie que se había cometido con la pintura renacentista:

—El dueño cree que esos gamberros grafiteros conocían la entrada del subterráneo —dijo, señalando los números que había sobre la pintura—, hay un túnel que la comunica con una de las tapas de la red de alcantarillado. Pensábamos que nadie lo sabía. Solo era conocido por los servicios de vigilancia, por el dueño y por mí. Debía estar cerrada con ladrillos, pero aún no se ha hecho la obra porque faltaban los permisos del ayuntamiento para ello, ya que parte del entramado no se sabe si es propiedad de la Generalitat o del dueño. Son cuevas antiquísimas. Lo cierto es que el dueño, por ser honesto y dar parte del pasadizo que había descubierto cuando compró el palacete, ha pagado las consecuencias de su honradez. No sabemos si el fresco podrá ser recuperado. Pero esto es lo de menos frente a lo que le ha sucedido a su esposa. Es una verdadera profesional; si lo viera no podría soportarlo...

Daniel se acercó y, tras mirar los números, dijo:

—No se preocupe, no es pintura plástica, es óleo. Se irá con facilidad. En manos de un buen restaurador no será algo muy complicado, sí lento, pero posible y de resultados satisfactorios. En el convento nos sucedió lo mismo y conseguimos recuperar el fresco afectado que se situaba en la capilla de uso público. Y entonces, no había los materiales ni disponíamos de los conocimientos que hay ahora sobre restauración. Es evidente que la persona que lo ha hecho quería llamar la atención sobre sus dibujos, pero nada más. No creo que quisiera dañar irreversiblemente la pintura, de lo contrario lo habría hecho de otra forma. Le garantizo que no es *spray* —dijo Daniel mirando de cerca el fresco.

Mientras él hablaba con el conserje, yo observaba el seriado numérico. Nada más verlo supe que era una clave. Seguía la misma estructura que los mensajes que había recibido con anterioridad. En un principio pensé apuntarlo, tomar nota de los números y descifrarlo en casa, pero la mirada inquisitoria y desconfiada del vigilante me impidió hacerlo. Por ello tuve que descifrarlo sobre la marcha, disimulando, fingiendo que estaba contemplando horrorizado aquella descabellada acción. Cuando tuve todas las letras completas en mi cabeza, el mensaje se proyectó claro sobre el fresco. La sensación fue tan fuerte que tuve que apoyarme en la pared:

—Entiendo que le impresione, es una aberración —dijo el conserje acercándose a mí—. Sé, por su esposa, que usted ama el arte; ella siempre lo comentaba orgullosa. Hablaba de su admiración por la pintura renacentista. Para los amantes de estas obras presenciar esto es como ver una imagen de guerra, terrible. ¿Quiere un vaso de agua? —preguntó.

—No, se lo agradezco.

—Salgamos, te sentará bien el aire libre —dijo Daniel cogiéndome del brazo. Y dirigiéndose al conserje—: Lleva un día muy duro, acabamos de salir del hospital. Le agradecemos su amabilidad, que rogamos transmita al dueño del palacete de nuestra parte. Esta es la dirección y el teléfono del convento al que pertencí. Désela a su jefe. El prior le facilitará la dirección de uno de nuestros hermanos restauradores, les será de gran ayuda.

—Muy amable, lo haré de su parte, aunque no le aseguro que él quiera saber nada, dijo que esperaría a que la señorita Jana se pusiera bien. Confía en que su estado sea transitorio. La señorita es una gran persona y aquí se la tiene en alta estima...

Daniel sujetaba con fuerza mi brazo y, sin mirarme, encaminaba sus pasos y los míos en dirección a la salida del palacete. El vigilante venía tras nosotros como lo hacen los funcionarios de prisión tras los reos; marcando con su mirada negra y fría cada uno de nuestros gestos y movimientos. Ya en la puerta, Daniel se dirigió al conserje para expresarle, una vez más, su agradecimiento por habernos dejado contemplar el fresco, pero este, como si en una impronta hubiera recordado algo importante, le interrumpió y mirándome dijo:

—El señor Bonet se puso como usted, blanco. Fue como si el dolor de ver la barbarie que se había cometido le hubiera aumentado su desviación de columna bruscamente. Se encorvó más de lo que estaba cuando entró. En las ocasiones en que intento explicar el amor al arte a gente que no sabe apreciar estas cosas, siento una tremenda sensación de impotencia. Sin embargo, cuando uno se encuentra con personas como ustedes, eruditos en toda regla, se siente satisfecho, más aún cuando todos son miembros de una misma familia.

—El señor Bonet, ¿qué señor Bonet? —pregunté desconcertado—. ¿Quién ha venido a ver el fresco?

—El padre de la señorita Jana. Vino ayer por la tarde, casi cuando mi jornada terminaba. Llamó unas horas después de que usted lo hiciera preguntando por su esposa, ¿recuerda? —asentí mirándole—. Cuando aún no sabíamos dónde estaba. Él me comunicó que su esposa había sufrido un accidente en el aeropuerto cuando se dirigía a Italia y que estaba en el hospital en estado crítico. Preguntó si usted ya había visitado el palacete, si había llamado. Le dije que no había venido por aquí, y él me solicitó venir en ese momento. Aunque mi jornada estaba a punto de concluir, dadas las circunstancias, esperé para que pudiera verlo, ya que me dijo que no le sería posible en otro momento. Pensaba permanecer con la señorita todo el tiempo posible, a los pies de su cama, dijo. Su reacción fue muy parecida a la suya. ¿Hay algún problema? —preguntó con evidente curiosidad ante mis preguntas y mi expresión de desconcierto.

—Mi esposa no tiene padre; quiero decir que falleció hace años —respondí.

—No me diga usted eso —contestó nervioso—. Si he dejado pasar a una persona ajena, mi puesto puede estar en peligro —dijo murmurando, al tiempo que de soslayo

miraba al vigilante, que seguía junto a nosotros en la misma actitud de acecho—. Le ruego que no dé la voz de alarma, quiero decir que no lo haga público. Si era un periodista y la noticia sale a la luz tendré problemas. Sé que no pudo hacer fotos, de eso estoy seguro. Si usted no dice nada, lo que salga en prensa no me será imputable, puede haberlo sacado de cualquier sitio. ¡Se lo ruego!

—No se preocupe; creo que no era un periodista, pero tampoco el padre de mi esposa. Desgraciadamente imagino quién puede ser. ¿Podría describírmelo con más exactitud? —dije mirando a Daniel, que escuchaba con expresión de intranquilidad.

—Era un hombre de mediana estatura y lo cierto es que cuando le vi, y ahora que lo dice, no se parecía a la señorita Jana en absoluto, pero a veces eso es algo normal. Su columna estaba inclinada; ya le he dicho que tenía una visible desviación. Pero su chepa no fue lo que llamó mi atención. Fueron sus zapatos. Estaban relucientes, como sus manos blancas y de dedos muy alargados, con las uñas limadas y finas. Tenía unas manos extrañas, tanto como su olor. Oía a piel, a piel de calzado, y pensé que era consecuencia de algún producto de limpieza para zapatos. Por ese motivo le miré los pies instintivamente, por el olor. Llevaba los zapatos relucientes y, a pesar de que la piel de estos era vieja, daban un aspecto buenísimo. Me llamó mucho la atención este punto, porque los zapatos son la parte de nuestra indumentaria más descuidada; casi no les prestamos atención, ¿verdad?

—Muchas gracias por todo, y no se preocupe —dije en el mismo tono bajo que él me había estado hablando—, nadie sabrá lo sucedido.

—Si no era el padre de su esposa, ni un periodista, ¿quién era? —preguntó acercándose a mí.

—No se preocupe, era un amigo común; es posible que diera el nombre del padre de mi esposa para no tener problemas para entrar, hablaré con él.

—Me deja usted más tranquilo. Si es así, no tengo por qué preocuparme, pero dígame que la próxima vez no tiene más que decirlo, los amigos de la señorita Jana siempre son bien recibidos aquí. De esa forma nos evitaremos sobresaltos...

Cuando estuvimos a unos metros de la puerta de salida del palacete, y los rasgos faciales del conserje, que se quedó mirando cómo nos alejábamos en el rellano, con expresión de desconcierto y desconfianza, se hicieron casi imperceptibles a nuestros ojos, Daniel se paró en seco y dijo:

—¿No piensas decirme qué había en el seriado numérico? ¿Crees que soy idiota? Sé que tu queridísimo amigo Josep es el que estuvo ayer por la tarde aquí. Estoy seguro de que según salimos de su casa vino al palacete. Es evidente que el zapatero no perdió el tiempo —dijo enfatizando el sustantivo—. No me gustó, nada más verlo me produjo desconfianza, es la viva imagen humana de un topo y los topos son traicioneros, solitarios y de comportamiento imprevisible. ¿Dime, es un código numérico como los que utilizaba tu padre? Sé que lo es, dime qué pone, qué mensaje hay encriptado.

—«Josep es una célula dormida. Serc». Eso es lo que pone.

—¿Una célula dormida? ¿Qué significa Serc, es un nombre?

—No tengo ni idea, no lo sé, estoy igual que tú. No puedo entender por qué está el nombre de él encriptado en ese seriado, no lo sé —dije alzando el tono de voz, llevado por la impotencia que sentía y el desconcierto que me había producido aquel descubrimiento.

—Pero ahora sí sabes que Josep te ha engañado. Al menos estarás de acuerdo en que el zapatero te ha ocultado información sobre lo que había hecho. No hay duda de que fue él el que estuvo aquí antes que nosotros. Sus rasgos son inconfundibles y no pasan desapercibidos. Si sus intenciones fueran buenas nos lo habría dicho, te lo habría dicho a ti. ¿O no?

—Quiero hablar con él antes de hacer hipótesis, sé que habrá una explicación razonable para todo esto, lo sé —dije.

Durante el trayecto que recorrimos hasta llegar a casa de Josep, Daniel no volvió a comentar nada sobre lo sucedido. Parecía sumergido en sus pensamientos al igual que lo estaba yo, que me negaba a aceptar nada que enturbiara los actos del que había sido durante casi toda mi vida mi mejor amigo y aliado.

Antes de llegar a la casa le llamé varias veces por teléfono, pero en ninguna ocasión recibí respuesta. Esperaba a que la señal de llamada se agotara para dejarle el mensaje de voz, en el que le pedía que nos viéramos de inmediato. Pero el contestador debía de estar sin activar. Cuando estuvimos en una de las calles adyacentes miré a Daniel y dije:

—Te ruego que seas benévolo en cuanto a tus actos y palabras con Josep, no quiero que Josep se sienta intimidado. Es posible que esté en peligro. No puedo ni tan siquiera pensar que me haya estado mintiendo todos estos años. Si lo ha hecho, estoy seguro de que ha sido para protegerme. Él es una víctima más, como lo ha sido mi esposa. La persona que puso ese código en el fresco quería involucrarle directamente en algo en lo que no ha participado. Fue al palacete porque yo le comenté lo que había sucedido, le llamé. Recuerda que le llamé y se lo dije, debió de olvidar comentármelo. Él no sabía nada de esas claves, no pudo ver lo que había encriptado, es imposible. Tú mismo comprobarás que tengo razón. Si no hubiera dicho que era el padre de Jana, no habría entrado al palacete, por eso le mintió al conserje.

—No puedo cambiar mi opinión sobre él, y lo siento, lo siento por ti. No ha contestado a tus llamadas, eso es algo que yo había sopesado nada más saber el significado que escondía el seriado numérico. Tendrás problemas para hablar con él y creo que incluso para localizarlo —dijo con gesto de preocupación ante mi expresión de enfado—. El único motivo que pudo tener para ir al palacete y no decírtelo es la sospecha de que en el seriado podría haber algo relacionado con él, como así ha sido. De lo contrario, te lo habría dicho o habría venido con nosotros hoy. Él sabía que visitaríamos el palacete.

Capítulo 26

Pulsamos el timbre de la casa de Josep durante un rato largo sin recibir respuesta. Las ventanas permanecían con las persianas bajadas. Nada daba muestras de que él estuviese en su interior. Daniel miraba la fachada a unos metros de mí, mientras yo marcaba con insistencia, una y otra vez, el número de teléfono de Josep. Como en las ocasiones anteriores nadie contestó. A pesar de que todo evidenciaba que él no se encontraba dentro, yo seguía empeñado en esperar a que abriese la puerta y demostrarle a Daniel que estaba equivocado. Golpeaba con insistencia sobre la madera al tiempo que pulsaba el timbre. El ruido que produjeron mis golpes, el timbre y el teléfono sonando en el interior de la vivienda despertaron al vecino del semisótano contiguo al de Josep, que abrió la puerta de su domicilio y, dirigiéndose a nosotros, dijo:

—Si buscan ustedes al anciano zapatero, se marchó ayer de madrugada. Por lo que les agradecería que dejaran de montar escándalo, necesito dormir.

—¿Sabe cuándo regresará? —pregunté acercándome al joven de aspecto desaliñado.

—Pues no creo que regrese, llevaba demasiado equipaje.

—¿Equipaje? —volví a preguntar.

—Sí. Varias maletas enormes. Esos bolsones antiguos con hebillas. Iban a reventar. Dos baúles... Es la primera vez que veo una mudanza a esas horas. El viejo ratón de alcantarilla no paró de arrastrar muebles hasta entrada la madrugada, por lo que apenas he pegado ojo. Estoy acostumbrado a sus ruidos, trabajaba de noche en sus zapatos y el martilleo era insoportable. Espero a partir de ahora poder descansar como todo el mundo, quiero decir, a horas normales. Eso si tengo suerte y no empieza a llegar gente como ustedes que no paran de darle al timbre y aporrear la puerta sin tener en cuenta al resto de los vecinos. Ahora que saben que el viejo roedor no está, que se marchó sobre las cuatro de la madrugada, sería estupendo que dejaran de insistir. Necesito descansar.

—¿Sabe si dijo algo o le dejó a alguien del edificio su dirección? —intervino Daniel.

—¡Dejar algo!, aquí nadie hablaba con él. Era como las ratas, solo salía por las noches.

—Discúlpenos, pensamos que le habría sucedido algo y por eso insistimos tanto.

—Nada. El hecho de que él no vuelva me compensa de los efectos colaterales de su marcha. No saben lo que es dormir con un martilleo constante —dijo, entrando en el domicilio, y cerró la puerta tras hacer un gesto de despedida con la mano.

Permanecimos unos minutos quietos, mirándonos en silencio, después Daniel señaló con su mano la salida y encaminamos nuestros pasos hacia la calle.

—Parece que el joven vive solo —dijo Daniel mirándome.

—No entiendo por qué lo dices —respondí.

—Como es el único vecino del semisótano, si él no está en su piso tenemos campo libre para entrar en casa de Josep sin que nadie se entere. Es evidente que no tienes llaves, porque si las hubieras tenido habrías abierto.

—No pienso entrar en casa de Josep. Esperaré a que se ponga en contacto conmigo. Sé que lo hará. ¿Se puede saber qué apuntas ahí? —pregunté mirando la libreta que Daniel sostenía en sus manos.

—El nombre del muchacho y sus apellidos. Llamaré a un amigo que tengo. Él me dará su teléfono y así podremos comprobar si está en su domicilio sin necesidad de vigilar hasta que salga.

—Pareces cualquier cosa menos un fraile arrepentido por un estudio irreal como el que llevas con tus periódicos y tus muertos de papel —dije irritado por su manera de comportarse, que me parecía ofensiva e irresponsable.

—Enrique —me sujetó por el hombro—, tenemos que averiguar por qué Josep se ha ido de esta forma tan repentina. Saber qué significa lo de célula dormida refiriéndose a él y, sobre todo, la palabra Serc, por ello, entrar en la casa del viejo es casi imprescindible. Su marcha ha sido demasiado precipitada y lo más probable es que haya olvidado cosas, detalles que nos pueden servir para seguirle la pista.

Cuando el conserje hizo referencia a la desviación de la columna de Josep, recordé algo que sería trascendental para la investigación que desarrollamos más adelante.

—Regresemos a casa, tengo que utilizar el ordenador de Jana. Es posible que haya dado con el significado de Serc...

Capítulo 27

Apenas tardé unos segundos en cargar el vademécum en el ordenador e introducir mi clave. Daniel permanecía junto a mí en silencio sin perder de vista la pantalla. Cuando la ventana de consultas estuvo abierta, introduje en ella la palabra Serc, marqué la ventana de «N. Comercial del producto» y le di al ENTER.

En la pantalla aparecieron cinco formas de presentación del medicamento. En comprimidos y en gotas. El mecanismo de acción del Serc lo definía como antivertiginoso, análogo de la histamina, incrementando la microcirculación del laberinto en el oído interno y reduciendo la presión endolinfática. Estaba indicado para lo que yo suponía: para el tratamiento del vértigo asociado al síndrome de Meniere. Su absorción por vía oral era rápida y casi total, eliminándose por vía renal en forma de ac. 2-piridilacético. Su semivida de eliminación era de tres horas.

Verificar las características del medicamento, desgraciadamente, me sirvió para confirmar lo que había supuesto.

Daniel me miraba estupefacto, esperando una explicación a todo aquello.

—Estoy impresionado, ¿piensas que Serc se refiere al nombre de un medicamento?, ¿de ese medicamento? —indicó, poniendo un dedo sobre la pantalla del ordenador—. ¿Por qué? ¿Qué te ha llevado a esa conclusión?

—Su composición —dije, señalándole el lugar en donde se describía el compuesto—. Josep toma ese medicamento desde hace tiempo, en gotas. Lo recordé cuando se mencionó su encorvamiento. En ese momento yo estaba sumergido en darle sentido a la palabra y la referencia me hizo recordar el envase, que siempre tenía en la cocina. Padece vértigos causados por su desviación de columna. Tiene un espolón osteoartítico que le produce alteraciones temporales de flujo sanguíneo de una de las arterias vertebrales. Esa es la causa de los vértigos que tiene. Toma Serc para atenuarlos, se lo ha prescrito el traumatólogo. Como verás su composición es betahistina, un vasodilatador periférico, y ello le hace antimigrañoso, ya que la mayoría de las migrañas están producidas por problemas circulatorios, que él también tenía debidos a su espolón osteoartítico. Lo que nos lleva a...

—Si es un vasodilatador, en cantidades grandes puede producir problemas como los que han llevado a tu mujer al hospital —dijo.

—Exactamente. Si un paciente no necesita un vasodilatador y tiene un tipo de aneurisma, como le sucede al cinco por ciento de la población, ese medicamento puede provocar la rotura del mismo.

—¿Solo en cantidades grandes?

—Eso es, solo en cantidades grandes. Si la dosificación es normal, aunque esté contraindicada, solo le hubiera producido vértigos fuertes al cambiar bruscamente su posición, al acostarse y levantarse, debido a la vaso-dilatación excesiva, así como un estado de excitación inusual sin motivos aparentes, pero nada más.

—Pero, en el caso de que estés en lo cierto, las analíticas habrán dado el

componente en sangre y orina.

—Eso es lo que vamos a comprobar más tarde. Pediré que me den todos los informes de las pruebas.

—¿Piensas que tu esposa no sabía que estaba tomando ese medicamento?

—Sí. Es posible que así haya sido. Si estoy en lo cierto, la persona que dejó ese seriado numérico, en el que estaba encriptado el nombre de Josep y el del medicamento, no quería amenazarme, me estaba avisando del peligro que corría mi esposa o quería avisarle a ella. Pero el mensaje llegó demasiado tarde. Estoy convencido de que si Jana hubiera visto el seriado numérico me habría llamado de inmediato. No sabía descifrarlo, pero sí lo habría identificado al instante.

—Siento, por ti, no haberme equivocado en mi juicio sobre Josep.

—Ahora, más que nunca, quiero llegar al final de todo esto. Es evidente que Josep esconde algo y que el autor del seriado sabía que él utilizaba ese medicamento. Lo que no puedo creer es que, en el caso de que Josep se lo hubiera administrado a mi esposa, tuviera la intención de provocarle el estado en que se encuentra. Me gustaría chequear el ordenador más a fondo. Intentaré recuperar los correos electrónicos borrados que envió en los últimos días. Algunos se quedan colgados en archivos temporales y en el bloc de notas. Si no ha borrado los temporales los encontraré. Jana debió de estar en contacto con Josep sin yo saberlo. Algo me dice que se tuvieron que ver.

—Si Josep está metido en todo este entramado, es más que probable que haya más personas involucradas de las que tú piensas. También es probable que los fines que persigue el individuo que te deja los mensajes sean muy diferentes a los que siempre has creído.

—Estoy desorientado. Tengo la sensación de que mi infancia, mi adolescencia, mis raíces, todo, absolutamente todo en lo que se asentaban las bases de mi vida, se ha desplomado ante mis ojos, se ha convertido en una gran mentira. Los recuerdos son como piezas de un puzle imposibles de ubicar. Sé que todas ellas forman parte de él, pero no sé el lugar que ocupa cada una. Me siento engañado y manipulado. Aunque eso es ya lo de menos, lo más terrible es que Jana ha sido una víctima de mi pasado, eso es lo más terrible para mí.

—La frase «Josep es una célula dormida» dice claramente quién es Josep, solo que tú no has querido verlo. Él, a mi juicio, ha estado todos estos años a tu lado vigilándote, esperando algún movimiento tuyo para moverse. O, sencillamente, aguardaba recibir órdenes de alguien. En realidad, creo que nunca dejó de pertenecer a esa supuesta organización internacional, que siempre estuvo en ella. Creo que Josep era un comando de vigilancia y que te vigilaba a ti. Piensa por un momento que tu padre no fuese 3,1415. La persona que escribe esas grafías, la misma que ha pintado el fresco, la que te envió la alianza de Jana y el carné de tu padre, bien podría ser el mismísimo pi. Si yo lo fuese, haría lo que él está haciendo. En el caso de ponerme en contacto con alguien, sería con el familiar más cercano del prestigioso forense y

criptógrafo Enrique Fonseca, tu padre. Tal vez lo único que pretenda sea que investigues para llegar a la información encriptada que la organización no incautó.

»Solo por tu esposa debes intentar averiguar lo que ha pasado. Creo que se lo merece. Aunque todo indica que la están utilizando para llamar tu atención, para conseguir sus fines.

—Dime una cosa —le pedí mirándole a los ojos—. ¿Tú no sabrás más de lo que me has dicho?

—Desconfías de un fraile retirado y no lo has hecho de un zapatero que parecía el mismísimo sirviente de Drácula. Encorvado, de uñas largas y finas, de manos blancas como la cal, ¡no me jodas!

—Pues sí. Teniendo en cuenta tus apreciaciones, es más factible que tú y no Josep seas quien forme parte de la vigilancia de esa supuesta organización. Tal vez él se haya ido de esta forma al averiguarlo —dije en tono seco—, huyendo de ti.

—¿Lo dices en serio? —preguntó con expresión de asombro.

—¡Por supuesto! No estoy muy acostumbrado a tanta manifestación de interés, algo que tú llevas mostrando desde que nos conocemos. Nada, desgraciadamente, es gratis.

—Me quité el alzacuello de mi cuerpo, pero mi alma aún lo lleva puesto. El que dejara los hábitos no implica que abandonase mi doctrina y sus enseñanzas, quizás las lleve más a la práctica hoy que cuando no vestía de seglar. No te oculto más que lo necesario, lo que todos tenemos derecho a ocultar. Ya te he dicho que me marcharé en el momento que tú decidas.

Capítulo 28

Entrada la tarde volví al hospital a visitar a mi esposa. Me entregaron los informes y recabé la opinión del especialista que llevaba su cuidado y tratamiento. Como había supuesto, la betahistina aparecía excretada en su orina, y los índices eran más altos de lo habitual:

—Como verá todo está dentro de los parámetros establecidos como normales en su estado —dijo.

—Yo creo que no —le contradije—, la betahistina está demasiado alta en orina.

—Su esposa debió de tomar más dosis de la recomendada. Tal vez estaba nerviosa por el vuelo que iba a realizar y es posible que tuviera vértigos días antes producidos por el aneurisma, que, como sabrá, no suele dar sintomatología previa a su rotura. Sin embargo, en algunas ocasiones, cuando la hemorragia es leve y progresiva, se manifiesta con mareos, atontamiento, vértigos, pérdida parcial de visión, dolores de cabeza y dificultad en el habla. Estos síntomas no son alarmantes, ya que suelen ser comunes en otras muchas enfermedades que no reportan gravedad. Ya sabe que es poco probable que un aneurisma se rompa, del mismo modo que su diagnóstico es imprevisible. Me refiero a que la mayoría de los casos de aneurismas diagnosticados han sido vistos en reconocimientos ocasionales. Las pruebas a las que eran sometidos los pacientes no iban encaminadas a nada relacionado con ese tipo de alteración. Con esto, lo que quiero hacerle entender es que nadie es responsable de su estado, ni tan siquiera ella misma. Si su esposa le comentó alguna de estas alteraciones, tampoco debe usted sentirse responsable. Hay cosas que no pueden evitarse, se haga lo que se haga.

—Mi esposa no tenía ninguno de esos síntomas —dije—. Y jamás tuvo miedo a volar.

—Según tengo entendido, ustedes no estaban juntos cuando sufrió el accidente. Usted estaba en Madrid y ella aquí, en el aeropuerto. Es posible que si ambos estaban a una considerable distancia, ella no se lo comentase, pero eso no excluye el que sintiese esos síntomas previos al vuelo y por ese motivo se automedicara.

—¿Automedicarse? —pregunté sorprendido—. ¿Qué está diciendo?

—Cuando los servicios de urgencia la recogieron, tras comprobar sus datos, como suele ser habitual en estos casos, cuando ningún familiar o amigo está presente, se miran los objetos personales que porta el paciente para saber si lleva documentación sobre alergias, o medicación que esté tomando en casos de enfermedad crónica. Su esposa llevaba un envase de Serc en gotas en el bolso, y este apenas tenía contenido. Por los resultados de las analíticas es evidente que debía de llevar unos días ingiriendo el medicamento. Ya sabe que el principio activo de este nombre comercial es la betahistina. Estas patologías imprevisibles son tan o más terribles que los accidentes de carretera. Es complicado asimilar algo que no se espera nunca. Pensamos que su esposa se sintió mal e ingirió más cantidad de la recomendable, sin

tener en cuenta la posología o... tal vez lo hizo por accidente. De todas formas, sea como fuere, esto no influyó decisivamente en su estado. El aneurisma estaba ahí, y si bien la excesiva administración del fármaco vasodilatador periférico pudo contribuir a su rotura, no podemos tomarlo como la causa de ella. Ya sabe que esta situación suele ser irreversible y que la única posibilidad que hay es la cirugía. Pero en el caso de su esposa esa posibilidad nos parece muy arriesgada y, en principio, está descartada...

Permanecí con Jana hasta entrada la noche. Cuando regresé a casa, Daniel, que, atendiendo a mis deseos, no me había acompañado, tenía la cena preparada. Tras contarle lo sucedido, hizo todo lo posible porque mi estado emocional mejorase, sin conseguirlo. No comentó absolutamente nada sobre el hallazgo por parte de los servicios médicos de urgencia de las gotas en el bolso de mi esposa, pero yo sabía lo que pensaba.

Era innecesario darle más vueltas a todo aquello. Los acontecimientos se habían organizado repentinamente; como si fuesen piezas de un ajedrez invisible, habían ido tomando su sitio en el tablero. La serie de sucesos caóticos y erráticos, como bien los había definido Daniel, ahora formaban parte de un orden preciso y medido que daba a todo una racionalidad aterradora. Josep me había estado engañando durante muchos años, me había utilizado. Y era evidente que aquel bote de Serc le pertenecía, pero nada podía demostrarse a efectos policiales.

Capítulo 29

Permanecí en el ordenador hasta las cuatro de la madrugada. A pesar de mi insistencia, de mi perseverancia en encontrar algo, mi búsqueda fue infructuosa. Alguien había introducido en el disco duro un troyano que se encargó de borrar todo su contenido progresivamente hasta que solo quedó una frase en la pantalla que, en apenas unos segundos, también desapareció:

Es de imbéciles intentar cuadrar el círculo.

El teléfono sonó casi en el mismo instante en que la leímos. El hospital me comunicó a través de la línea telefónica que el estado de Jana había sufrido una variación y que necesitaba que fuera. Tres horas más tarde, Jana fallecía. A partir de aquel instante no quise saber nada más sobre lo ocurrido días antes. Mi cerebro se negaba a analizar ningún tipo de información. Después, cuando todo estuvo solventado, volvimos a Madrid. La casa de Barcelona quedó tal y como estaba, no fui capaz de tocar ni una mota de polvo. Cerré las persianas, desconecté los servicios de luz, agua y gas y nos marchamos. Daniel no volvió a mencionar a Josep ni a comentar ningún detalle sobre lo acontecido.

Siete días después del fallecimiento de mi esposa, ya en la capital madrileña, una mañana de domingo, Daniel retomó lo sucedido días antes en Barcelona:

—Deberías ir planteándote volver al trabajo. Si no lo haces te despedirán —dijo, ofreciéndome una taza de café caliente.

—Antes de que sucediera esto, ya tenía decidido dejar el trabajo. No recuerdo si te comenté que mi intención era vender la casa de mis padres, la casa del pueblo —asintió con la cabeza, al tiempo que se sentaba a mi lado en el sofá, en donde yo permanecía horas muertas mirando las imágenes que pasaban por la pantalla del televisor como sombras, sin vida ni interés para mí—. Pues es lo que voy a hacer. Venderé la casa y con los ingresos que me reporte seguiré con mis investigaciones. He meditado sobre todo esto, lo he hecho durante todas estas noches en las que no he conseguido pegar ojo. Todo ha terminado; Jana era lo más importante de mi vida, lo único que me hacía sentir deseos de seguir adelante. Ahora ya no está.

—¿Estás diciendo que no piensas seguir investigando sobre lo ocurrido? —dijo con expresión de asombro.

—Exactamente. Me importan una mierda las actividades que ejerciera mi padre, me importa una mierda todo —grité.

—Estás equivocado. Creo que debes seguir investigando cuando te encuentres mejor. Debes hacerlo por ella.

—Está muerta, ¿no te das cuenta? Si estaba interesado en saber qué pasaba únicamente era por Jana. Este maldito asunto me está quitando la vida y la razón y no estoy dispuesto a seguir así.

—Toda tu vida ha estado marcada por lo que le sucedió a tu padre y seguirá estándolo hasta que llegues al final.

—Cuando esté mejor, volveré a Barcelona, cuando haya vendido la casa de mi madre lo haré. Me instalaré allí y nada me moverá.

Daniel no volvió a insistir más sobre ello. Esperó, como comprobé más tarde, a que mis sentimientos se apaciguaran.

Comencé a organizar el viaje a mi pueblo natal con el fin de regularizar los trámites necesarios para el cambio de nombre de la propiedad y su posterior venta. Sin embargo, mi vida seguía unida a la de mi padre y, por mucho que yo intentara huir de su sombra, ella me perseguiría sin descanso. Hasta que todo lo sucedido treinta años atrás quedase esclarecido, no me abandonaría.

Capítulo 30

Cuando el mensajero llamó a la puerta y me entregó el paquete, una extraña premonición se apoderó de mí paralizándome incluso el habla. El muchacho me miraba expectante con el bolígrafo en la mano. Me lo tendía a la espera de que le firmase la nota de entrega que tenía apoyada sobre el bulto, pero yo no reaccionaba. Mudo e inmóvil, miraba el remite, como si me hubiera dado un ataque de parálisis repentino. En él estaba el nombre de una orden de religiosas, la misma en la que mi madre había pasado media vida y en la que murió. Sin embargo la dirección no era la del convento en el que se estableció mi madre, ubicada en Francia, el paquete procedía de un convento ubicado en el norte de España que pertenecía a la misma orden. Daniel, que había observado desde el quicio de la puerta de una de las habitaciones mi reacción, se quitó el cigarrillo de los labios y dijo:

—¿Qué tiene ese paquete que te ha hecho temblar de esa forma? —Yo no contesté y seguí caminando en silencio hacia mi dormitorio—. Tenía razón, te lo dije. Ha vuelto a empezar, ¿verdad que lo ha hecho? Estamos otra vez en el punto de partida.

Entré y le cerré la puerta en las narices. Mientras colocaba el paquete sobre la cama sentí como Daniel se alejaba murmurando alguna maldición que no conseguí entender. Tras unos instantes, uno de los discos de Lluís Llach comenzó a sonar. Él siempre que se violentaba ponía a Lluís, era como si la música del catalán fuera una válvula de escape por donde se iba su furia. Permanecí varios minutos mirando el paquete, haciendo como hacía Daniel, intentando que la voz áspera y profunda de Llach se llevara mi malestar; hasta que tuve el valor suficiente para abrirlo. Dentro del paquete estaba la carta de sor Laudelina, los objetos que la hermana Vasallo había acordado entregarle a mi esposa después de que esta regresara de su viaje a Italia y la máquina de escribir.

Minutos más tarde llamé a Daniel. Le di la carta de la religiosa y la llave con forma de cruz de Ankh que había extraído del cuadro de mi padre momentos antes, y le señalé el anverso, indicándole el número y la grafía que había en él, justo donde la llave estaba pegada. También le entregué el dibujo que formaba parte del envío, en el que aparecía el escarabajo y la palabra añil.

Él se quedó estático, mirando fijamente el cuadro durante unos segundos, en los que el silencio fue casi total, a no ser por la música que llegaba desde el pasillo. Me miró, sin decir palabra, y yo le señalé las líneas que había trazado en la pared y el lugar de donde procedían los puntos azulados:

—Deberíamos haber intentado entrar en la casa del viejo. Quizás esas galerías estén allí. Ese sótano es extraño, demasiado oculto —dijo mirando la pared—. Te dije que esto continuaría. Ahora no ha sido el autor de las grafías el que te lo ha enviado. Han sido religiosas y no creo que ellas tengan más interés en el envío que el que dice la carta, que Jana lo recibiera como ellas le habían prometido. Está claro que no saben

que ha fallecido. Imagino que ya no tendrás ningún tipo de duda al respecto. Tu mujer estaba investigando el pasado de tu padre. Es evidente que algo debió de descubrir, algo imprevisto pasó. Es hora de que dejes de lado tus miedos y tu indiferencia. Ese cuadro —dijo señalándolo—, ¿de quién es, vino también en el paquete que te han enviado las monjas?

—No, el cuadro lo tenía yo. Era de mi padre. Estaba guardado en la funda de mi violonchelo.

—¿Y sabías lo que tenía en su parte trasera y lo que formaban sus puntos? —preguntó.

—¡Por supuesto que no! Lo he abierto ahora, hace un momento. No tenía ni idea de lo que había en su anverso. Ha sido al ver el dibujo que me han mandado las monjas con la máquina de escribir y al leer la palabra añil cuando he pensado que era la misma representación del cuadro y he roto el papel que cubría su anverso —respondí frotándome los ojos, intentando aliviar el dolor de cabeza que sentía.

—Pues está claro. Al menos yo tengo claros varios puntos. Uno de ellos es que si el cuadro era de tu padre, él dejó esto ahí, escondido. Y lo hizo con algún fin muy concreto. La grafía del número pi. Ya sabemos lo que significa. Ahora, querido amigo forense, los muertos comienzan a hablar sobre el papel y este experto en lenguas «muertas» —enfaticó el adjetivo— te dirá cómo lo han hecho. ¿Dónde tienes la foto que encontraste en casa de Jana? —preguntó sin dejar de mirar la llave en forma de Ankh que yo había encontrado en el cuadro y que él tenía en sus manos.

Sin contestar, me dirigí a mi agenda y saqué la fotografía en la que mi padre aparecía rodeado de un grupo de hombres y se la entregué.

—Ves —dijo, señalando el cuello de los hombres que aparecían junto a mi padre—. Todos llevan esa cruz colgada y el cordón en apariencia es igual que este, el mismo —y levantó la cruz que yo había encontrado en el cuadro—, son las mismas, no hay duda; son idénticas. Pero hay algo más en la foto. Mírala con detenimiento y dime qué ves —me animó con un cierto aire de supremacía.

—Lo mismo que ves tú. Un grupo de hombres junto a mi padre.

—¿No ves nada más significativo? —volvió a preguntar.

—Pues no —respondí encogiéndome de hombros.

—Doce —dijo.

—¿Doce qué? —pregunté.

—Que son once los hombres que están retratados con tu padre...

—Y con mi padre hacen un total de doce —le interrumpí sorprendido por mi falta de memoria y observación.

—Exactamente. El mismo número que aparece en el envés del cuadro de tu padre. Todos llevan la misma llave en forma de cruz de Ankh. Y no hemos terminado, aún hay más.

—¿El qué? —pregunté, volviendo a observar la foto con detenimiento.

—Su colocación, no es una colocación lógica. Están formando líneas rectas de

tres en tres, cuatro líneas independientes que, como ves, se juntan en un punto de confluencia —dijo, tomando mi lapicero y trazando líneas sobre sus figuras—. ¿Qué ves? ¿Qué te parece que forman?

—Una cruz —respondí.

—Yo diría que no es una cruz —dijo sonriendo, al tiempo que cogía la etiqueta que tenía la máquina de escribir colgada de su rodillo y dándomela—. Sin lugar a dudas se colocaron de tal forma que su ubicación formara las aspas de un molino de viento. Cervantes y su *Quijote* tienen mucho que ver en esta historia, no solo en la cita que transcribe esta etiqueta.

—Creo que siempre estuvieron ahí —asentí, quitándole la fotografía y recordando el texto que entesaqué de aquel manuscrito que mi padre descifró la última noche en que lo vi con vida.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Antes de que mi padre fuese asesinado descifré un mensaje codificado que daba la clave para llegar a un capítulo de un texto manuscrito que recogía los ocho primeros capítulos del *Quijote*. En él había una frase que nada tenía que ver con la obra de Cervantes.

—¿Tu padre utilizaba obras literarias para comunicarse e introducía párrafos que a su vez habían sido encriptados en seriados numéricos? Es impresionante, parecido a mis investigaciones sobre los mensajes de los periódicos, sobre los que son introducidos en las esquelas y en los anuncios.

—¿Pero tú no me habías dicho que tu trabajo de investigación se relacionaba con las casualidades entre unos acontecimientos y otros? —pregunté.

—Y es cierto, porque así llegué a encontrar algunos mensajes claros sobre asuntos muy turbios y espeluznantes. Llegué a ello de la forma más tonta, aplicando las matemáticas, ya sabes, mi línea de vida. Si te digo: *soy y seré a todos definible, mi nombre tengo que daros, coincidente diametral siempre inmedible soy de los redondos aros*. Tú, ¿en qué pensarías? —preguntó.

—¡Joder, Daniel! —exclamé—, ni que fuese tonto. En qué voy a pesar, y más conociéndote. Podías haber elegido un número menos significativo para mí de lo que lo es el pi. El mensaje es demasiado claro, no le veo ningún misterio.

—Te equivocas, es tan complicado como lo eran los juegos de tu padre. No hay un mensaje en esta definición; hay dos. Si cuentas las letras de cada palabra tendrás la mágica cifra que componen los veinte primeros números de pi. Es de lo más simple y sencillo, como bien has dicho, pero invisible. Y eso, su aparente invisibilidad, me llevó a muchos descubrimientos más, entre ellos algo relacionado con los textos bíblicos, motivo por el que tuve que abandonar el convento.

—¿Me estás diciendo que has encontrado mensajes en los textos bíblicos? —exclamé un tanto escéptico, ya que tenía conocimiento de aquellas hipótesis que no habían sido demostradas.

—Sí. Encontré muchos mensajes cifrados, pero no solo en los textos bíblicos,

también en otros libros que tienen que ver con miembros relevantes de la Iglesia, y esos fueron los que me llevaron donde estoy. Sin embargo, prefiero no hablar sobre ello ahora. Más tarde, cuando todo esto se haya solventado, hablaremos sobre mis investigaciones, que, de seguro, te impresionarán.

—No creas que olvidaré lo que has dicho —dije sonriendo con malicia.

—Dime, ¿recuerdas qué ponía en ese texto? Me refiero al que descifraste del manuscrito que tenía tu padre, ¿lo recuerdas? —preguntó.

—Perfectamente, lo aprendí de memoria —y empecé a recitarlo—: *De viento que no de piedra fueron hechos los molinos. Gigantes son, tal como el caballero andante dijo. No fueron los libros que leyó sino el ruido de sus aspas lo que llenó sus horas de dolor y desatino.*

Me miró, y tomando la etiqueta que colgaba de la máquina la leyó en voz alta:

—*Dichosa buscada y dichoso hallazgo —dijo a esta sazón Sancho Panza—, y más si mi amo es tan venturoso que deshaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando a ese hideputa de ese gigante que vuestra merced dice, que si matará si él le encuentra, si ya no fuese fantasma: que contra los fantasmas no tiene mi señor poder alguno...* está claro, lo más probable es que tu padre dejara un mensaje en ambos textos. Creo que en este pide que deshagas el entuerto o lo que puede que sea lo mismo: que investigues lo que sucedió. Probablemente su homicidio. Ese es el significado de este párrafo que aparece transcrito en la etiqueta. Y el dolor del que habla el texto que tú entresacaste de esa copia manuscrita del *Quijote* debe de ser la información a la que tuvo acceso o las investigaciones que llevaban a cabo.

—Eso no tiene sentido —dije—. No lo tiene, porque la máquina de escribir no pertenecía a mi padre; según la carta de las monjas, era de Salas, su mentor. Y el manuscrito que tenía mi padre, del que saqué esa frase, tampoco era de él.

—¿Cómo estás tan seguro de ello?

—Porque él no sabía que yo estaba a su espalda copiando las claves, y cuando terminó de descifrar una de las series numéricas lanzó una maldición. Dijo: «¡Maldito sea!».

—Si no era de él, y era de Salas, entonces el topo era este —dijo, abriendo los ojos todo lo que pudo.

—Evidentemente —respondí.

—Y, según la carta de las monjas, Salas fue asesinado en las mismas circunstancias que tu padre, por lo que está claro que él intentaba que la información sobre la actividad que el grupo realizaba saliera a la luz, por eso también lo mataron. Quizás Salas avisó a tu padre en el texto de aquella obra manuscrita y él lanzó la maldición al enterarse. Pero ya los tenían localizados y los asesinaron. Creo que debemos ir al convento. Si las religiosas tenían estos objetos, debieron de mantener una relación estrecha con Salas y, por ende, sabrán muchas cosas que nosotros ignoramos y que nos pueden dar una idea más clara. Jana llegó al convento por algún motivo, algo debió de descubrir para que fuera allí —dijo mirándome.

—La foto —respondí—. Esta foto no era mía, nunca estuvo en mi poder. Es evidente que está hecha en el convento; no tienes más que ver que la pared frontal está cubierta de simbología católica. Claro que ese detalle no ha llamado tu atención, ni lo has percibido. Ves, todos tenemos fallos. Al estar tan acostumbrado a esos símbolos ni los has visto —dije irónico.

—Y la máquina de escribir, ¿tienes idea de por qué está sin teclas? —preguntó, sin contestar a mi provocación.

—No, pero dados todos los acontecimientos, lo más probable es que tenga un sentido preciso, aquí todo parece tenerlo, esto es como un gran jeroglífico.

—Es un laberinto, un auténtico laberinto en el que si no andamos con cuidado nos perderemos. No olvides que nuestras deducciones no son producto de datos concretos, solo suposiciones establecidas a través de una lógica tan limitada como nuestros conocimientos de lo sucedido. Quizás la foto se la hayan dado las religiosas del convento y llegó a ellas por otro camino. Por el momento, lo único que nos puede llevar a no equivocarnos, cuando tengamos que elegir un recorrido, es nuestra memoria, solo hay que tener memoria, nada más que memoria para ir hilvanando datos...

Capítulo 31

Cuando llegué al convento, sor Ángela estaba bajo el umbral de la gran puerta de metal oxidado esperándome:

—La madre superiora no tardará en recibirle. Le acompañaré a la parte trasera de los jardines. Le ruego entienda nuestro recogimiento, el que no le recibamos dentro de las instalaciones, desde hace años no solemos admitir visitas ajenas a la orden...

Me senté en un banco de madera, bajo la sombra de un abeto. En su tronco había un hueco oval que albergaba la talla de una virgen pequeña de ébano cuyos rasgos faciales habían desaparecido casi por completo. La temperatura, propia del mes de agosto, era alta y el ligero viento que corría entre los árboles hizo que mi espera fuese apacible. El jardín que rodeaba el convento, extenso, colmado de rincones sumergidos en una penumbra húmeda y silenciosa, precipitaba el recogimiento.

Daniel aguardaba a unos metros de la entrada principal, en el coche. Antes de emprender el viaje, me explicó sus motivos para no entrar en el convento. No quería que las monjas pudieran relacionarlo con la orden a la que perteneció. Si lo hacían, según afirmó, los motivos que le llevaron a abandonar los hábitos primarían sobre nuestra visita y tendrían repercusiones negativas en la información que nos disponíamos a recopilar:

—Entre la curia, estas cosas corren, como lo hacen las noticias del corazón, de plató en plató, antes de que el protagonista pise un estudio televisivo. Si me reconocen estoy seguro de que no hablarán contigo del mismo modo. Yo, en su lugar, haría lo mismo...

Respeté su decisión, aunque no sin recelo, y, por ello, decidí que una vez terminada la visita al convento, hablaría con él sobre mis dudas. Lo haría antes de emprender el viaje a mi pueblo natal, al que habíamos decidido que me acompañaría, como en el resto de la investigación.

Sor Laudelina, menuda y de estatura exigua, llevaba unas gafas de montura negra que le daban a su cara un aspecto cómico por lo paradójico de su tamaño. Las lentes ocupaban gran parte de su pequeño y arrugado rostro, como si la cabeza de la sor hubiera encogido o las gafas hubiesen crecido sobre aquellas orejillas que se ocultaban bajo la toca. Su caminar lento pero nada torpe, más bien armónico y desprovisto de arrastre, dejaba ver a cada paso las sandalias de cuero marrón picado por el uso y el paso del tiempo. Sujetaba entre sus manos una medalla de plata de gran tamaño que pendía de un cordón negro. Caminaba con la cabeza erguida y murmuraba una especie de jaculatoria. En el momento que apareció sobre el sendero arcilloso que separaba los parterres y que conducía al banco en donde yo estaba, me puse en pie para recibirla.

Cuando estuvo frente a mí, no dijo nada, sonrió y me miró de arriba abajo. Inclínó ligeramente la cabeza y con un gesto suave de su mano derecha me indicó que volviera a tomar asiento.

—¡Alabado sea el Altísimo!, ¡qué estatura tienen los jóvenes de hoy en día!

—No tan joven, madre, no tan joven —respondí sonriendo.

—Cuando sor Ángela me dijo que había llamado, la noticia me llenó de alegría. Su padre aquí era muy querido, embalsamó a más de una de nuestras religiosas, eso sin contar el bien que nos hizo con sus medicinas. El tiempo en este lugar es muy frío, incluso hoy, en pleno agosto, se agradece una rebequita —dijo, colocándose la chaqueta que se le había deslizado ligeramente por la espalda—. Espero que el envío le haya llegado en perfectas condiciones —hablaba pausada, con reserva, sin dejar de mirarme fijamente, algo que me hacía sentir incómodo—. Salas, al igual que su padre, era un gran forense, un gran médico y un experto embalsamador. ¿Usted a qué se dedica? —inquirió mirándome aún más de cerca, escrutando mis rasgos faciales con un cierto descaro.

—Soy forense.

—Curioso. Según me relató la hermana Vasallo, su padre no quería que usted se dedicase a nada que tuviera que ver con la medicina. Pero la mayoría de las veces la historia parece repetirse, sobre todo cuando el pasado se olvida, es una máxima de la vida. Así que forense como su padre —asentí con la cabeza—. Entonces no le parecerá extraño que él se reuniera con once personas más que también eran forenses —dijo, sonriendo con una cierta suspicacia.

—Me era totalmente desconocido ese dato. Le confieso que, como bien supuso usted en su escrito, desconozco las actividades que ejercía mi padre en el convento; apenas sé nada sobre su trabajo en aquellos años. Y lo cierto es que hasta el momento no he querido saberlo. Como le dije a la hermana Ángela por teléfono, ni tan siquiera conocía la existencia de Salas, ni que fuese mentor de mi padre y, menos aún, que hubiera muerto en parecidas circunstancias. Tampoco tenía conocimiento de que mi esposa hubiera mantenido contacto con ustedes. Imagino que la hermana Ángela le habrá comunicado su fallecimiento.

—¡Por supuesto! Está en nuestras oraciones permanentemente. Le ruego me disculpe por no haberle manifestado mi pésame.

—No se preocupe. Como le dije a la hermana Ángela, tengo a su disposición todos los objetos que ustedes me remitieron para mi esposa. Si ustedes quieren que los devuelva al convento, lo haré inmediatamente.

—¡Por supuesto que no! La hermana me comentó sus intenciones. Como ya le he manifestado, hemos sentido mucho la muerte de su esposa, pero el fin que ella perseguía le ha conducido a usted al camino que debió recorrer hace unos años. Me refiero a que estamos convencidas de que esta investigación debió hacerse hace tiempo. Incluso sopesamos la posibilidad de que usted se llegara en cualquier momento al convento, la hermana Vasallo así lo creía. Sin embargo, fue su esposa quien lo hizo, llevada por el amor que sentía hacia usted. Estaba preocupada por su salud. Estaba muy inquieta, mucho. Y no era para menos, sabemos, siempre lo hemos mantenido, que las cosas que sucedieron venían de las altas instancias

gubernamentales, pero eso, antes, no podía hablarse con claridad. Aunque ahora podemos hacerlo, tampoco hay que andar con ligereza, ya me entiende —dijo haciendo una pequeña pausa. Yo me encogí de hombros dando a entender que no sabía a lo que se refería para intentar que fuese más explícita. Pero no lo fue.

—¿Les dijo mi esposa cómo había llegado hasta ustedes? —pregunté.

—No entiendo —respondió arqueando sus cejas.

—Verá, hermana —continué, pausando mi alocución con el fin de que la sor entendiera mis palabras con la mayor claridad posible—. Mi esposa no sabía de la existencia del convento. Ella tenía los mismos conocimientos que yo sobre la vida de mi padre.

—Quiere saber si alguien la puso en contacto directo con nosotras o llegó por sí sola —asentí haciendo un gesto afirmativo con la cabeza—. Llegó hasta el convento por los archivos oficiales. Según me relató la hermana Vasallo, su esposa quería saber con exactitud qué actividades realizó su padre antes de ser asesinado. Y estas fueron la autopsia de varias religiosas de este convento. Es probable que, si su esposa se hubiera decantado por otra línea de búsqueda, no hubiera llegado hasta aquí. Si ha sopesado la posibilidad de que alguien la condujera hasta nosotras, deséchela. Nadie se ha interesado por nosotras desde entonces. Incluso el homicidio de su padre y del señor Salas quedó extrañamente olvidado. Calificaron sus muertes como producto de la barbarie de un asesino en serie. Asesino al que nunca se identificó.

—Me gustaría que me relatase, si le es posible y tiene la amabilidad, todo lo que sepa relacionado con mi padre y su actividad en el convento.

—No tengo ningún inconveniente. Pero debe tener en cuenta que yo no conocí a su padre. Cuando llegué al convento él había fallecido. Vine a sustituir en su responsabilidad a la hermana Vasallo, que entonces era la superiora, ya que la enfermedad que padecía había dejado su salud mermada para continuar ejerciendo la dirección del convento. Ella fue la única de las hermanas que sobrevivió a la enfermedad que mató a las religiosas que habitaban el convento en aquellos años. Y su padre y el grupo de forenses que él había reunido para investigar en las causas de aquella extraña patología consiguieron atajarla a tiempo de que la hermana no falleciese. Ese fue el motivo prioritario y primigenio por el que los doce miembros del grupo se instalaron aquí. Aun así, aunque yo no viviese en primera persona aquellos hechos, le daré todos los detalles de los que disponga y pueda recordar —dijo, haciendo una pausa en su alocución para sacar un pañuelo del bolsillo interior de su hábito y sonarse la nariz—. Debe perdonarme, pero ando con la alergia a flor de piel —concluyó, estornudando con fuerza.

—Un antihistamínico le iría muy bien —dije.

—Lo tomo, pero no me hacen demasiado efecto.

Capítulo 32

Después de unos minutos de charla, sor Laudelina, sonriendo con un malestar no disimulado, me sugirió la conveniencia de mudarnos al banco que había frente al nuestro, situado de espaldas al convento. Allí, el sol no nos daría en la cara, como estaba sucediendo desde hacía unos minutos. Los rayos reflectaban sobre las lentes de la religiosa y le obligaban a utilizar su mano como visera. Una vez acomodados, en la medida de lo posible, sobre aquellos listones de madera vieja, picados de carcoma y astillados en sus aristas laterales, comenzó a relatarme todo lo relacionado con Salas; su llegada al convento y la relación con mi padre y los diez miembros restantes:

—El número de hermanas que habitaban el convento por aquel entonces era de quince. El convento era un lugar alejado y silencioso en donde, como ahora, no había ocasión más que para el recogimiento y la oración. Sin embargo, aquel recogimiento que le distinguía como el lugar más apropiado para un retiro espiritual, al que solían acudir muchos eclesiásticos y feligreses de las parroquias de la comarca, se vio perturbado por la enfermedad que comenzaron a padecer algunas de las hermanas que lo habitaban. La primera de las religiosas que manifestó la enfermedad fue la encargada de adecuar las estancias que estaban destinadas para acoger a los nuevos visitantes que harían sus ejercicios espirituales aquella primavera. El número de asistentes a aquellos actos había aumentado considerablemente. Las instalaciones se quedaron pequeñas para dar cabida a la demanda existente. Por ello fue necesario ampliar el número de celdas y se habilitaron los recintos aledaños a la cocina, situada en el sótano. Aquellas nuevas dependencias fueron ocupadas por las hermanas, que dejaron libres sus celdas habituales para los nuevos católicos que asistirían a los ejercicios espirituales. Allí, en las celdas aledañas a la cocina, fueron estableciéndose las hermanas y, del mismo modo, paulatinamente, una tras otra fueron enfermando y muriendo.

»El alejamiento del convento impidió establecer comunicación inmediata con el médico. Eso y la estación del año en que sucedieron los hechos, invierno, hicieron que la primera religiosa que enfermó falleciera sin recibir atención. Las hermanas, del mismo modo, se vieron obligadas a dar cristiana sepultura al cuerpo en un cementerio que, en la actualidad, sigue manteniéndose como tal, ya que en él permanecen los cuerpos de las catorce hermanas que fallecieron víctimas de un mal que, si bien llegó a ser atajado por Salas, no se pudo identificar con plena seguridad y exactitud.

»Salas llegó al convento atendiendo el requerimiento de uno de los cristianos que acudían año tras año a los ejercicios espirituales: el señor Enrique Fonseca, su padre. Cuando este tuvo conocimiento de lo que estaba sucediendo se personó junto al que fue su mentor años atrás: el forense Salas. Cuando ambos llegaron, ya habían fallecido seis hermanas, y el convento fue aislado. Nadie podía entrar ni salir. Días después llegaron el resto de forenses, tras ser llamados por su padre.

»Después de que la enfermedad se erradicase y los forenses abandonasen el

convento y el cuerpo de Salas fuera encontrado sin vida, llegaron los policías científicos. Se llevaron todos los enseres personales de su padre para estudiarlos en sus dependencias. Su madre manifestó a sor Vasallo que los agentes de la policía que invadieron su hogar minutos después del sepelio de su progenitor mostraron una falta de respeto y sensibilidad que nunca antes había presenciado, la misma que en el convento.

Capítulo 33

—Como ve, los acontecimientos que giraron en torno a la enfermedad que padecieron las hermanas de la congregación, el asesinato de Salas y posteriormente el de su padre están, en apariencia, relacionados. Es evidente que ello no tiene por qué delimitar razonamientos, pero sí lleva a establecer hipótesis sobre una posible vinculación, aunque esta fuese circunstancial.

—¿La congregación sopesó, como usted manifiesta, la posibilidad de que existiera una relación directa entre los asesinatos y la enfermedad de las religiosas?

—Sí. Y así lo hicimos saber a las autoridades. Pero no se nos tuvo en cuenta. Sabemos que se nos ocultaron datos. Los motivos de esa ocultación son desconocidos para nosotras. Aún le quedan a usted muchas cosas por saber, pero antes, si no le importa, podríamos caminar unos minutos. Mi circulación es tan pesada. Le enseñaré el laberinto de arizónicas, allí, entre sus paredes vegetales, el calor de este estío infrahumano apenas si se percibe y la hinchazón de mis pies se atenúa considerablemente —dijo frotándose los tobillos, visiblemente inflamados y enrojecidos...

Como bien había manifestado sor Laudelina, el laberinto de arizónicas era un reducto de frescor y sombras. Los arbustos leñosos alcanzaban una altura de aproximadamente tres metros. La densidad de su follaje no solo le daba a los pasillos umbrosos una insonorización extraña, sino que los anegaba del fuerte olor que caracteriza a esa especie.

—Como le decía, su padre y el señor Salas procedieron a la autopsia de los cuerpos de las hermanas fallecidas. Es evidente que estos no se encontraban en las condiciones más idóneas para tal fin y que los datos no fueron lo esclarecedores que habrían sido de haberse efectuado antes los análisis forenses. Sin embargo, tuvieron que encontrar algo de relevancia en aquellos restos o en sus investigaciones dentro del convento pues, tras los exámenes, su padre solicitó la ayuda de diez forenses más.

—¿Sabe usted por qué mi padre seleccionó a esos diez hombres?

—Evidentemente para ampliar el campo de investigación. Los doce miembros, incluido él, eran forenses, y a su vez expertos en delitos de sangre. Aparte de su profesión, algunos de ellos ejercían actividades profesionales independientes. Salas era especialista en vidrio, tanto en soplarlo como en tallarlo y darle color, de ello dejó una buena muestra; doce cuadros con marco de cristal. Confeccionó uno para cada miembro del grupo. Los marcos eran de cristal de Murano, material que le fue enviado al convento. Era descendiente directo de italianos por línea materna. Todos los cuadros tenían un dibujo de un escarabajo egipcio. Concretamente el Jepri (*Scarabeus sacer*). Confeccionó también una vidriera que no sabemos dónde fue a parar. Sor Vasallo fue la única persona que la vio terminada. La hermana comentó la desaparición de la vidriera con los investigadores, pero, al no encontrarse ni haber sido vista por nadie, no hicieron el menor caso a sus palabras. Ella pensaba que en la

vidriera, en su desaparición, podían estar algunas claves del homicidio del señor Salas.

—¿Qué le llevó a pensar eso a la hermana Vasallo? —inquirí.

—El dibujo. Representaba el pasaje más conocido de la historia que escribió Ovidio en su obra *La metamorfosis* sobre Dédalo e Icaro: la representación de la caída de este. Una reproducción exacta de la obra de Cario Saraceni que se exhibe en el Museo e Gallerie Nazionali di Capodimonte, en Nápoles, al sur de Italia. Adonde es posible que se dirigiera su esposa. No sé si iría allí, pero es probable que quisiera contemplar esa vidriera *in situ*. A ella le llamó mucho la atención este aspecto.

—Pero ¿qué información podían barajar que fuese tan importante como para que los asesinaran?

—Ese es el gran misterio. Un día antes de que Salas fuese asesinado, el grupo había decidido disolverse. En apariencia todo estaba concluido, al menos el motivo por el que los forenses se habían reunido en el convento. Sor Vasallo, como ya le dije, madre superiora y última víctima de la enfermedad, había sobrevivido; estaba curada. La enfermedad le había dejado secuelas que se cronificaron, entre ellas una sordera irreversible, pero no la mató. Ninguno de los forenses enfermó, y el mal se dio por erradicado.

—Y el resto de los miembros del grupo, ¿qué fue de ellos? —pregunté.

—El día antes de que Salas fuese asesinado, todos viajaron hacia Toledo, al igual que aquel tenía previsto hacer al día siguiente. Habían quedado en reunirse en la casa que uno de los miembros del grupo, el orfebre, tenía en la capital. Pero ninguno llegó a su destino. Su padre, antes de dirigirse a aquella ciudad, fue a visitar a su esposa, ya que la reunión del grupo duraría al menos una semana y tenía el deseo de verles antes, pues había permanecido mucho tiempo recluido. Pero su padre, desgraciadamente, al igual que Salas, nunca llegó a esa reunión. La misma noche que emprendió viaje a su residencia desapareció. Su madre, al no tener noticias suyas y recibir el comunicado del hallazgo del cuerpo de Salas, se puso en contacto con la residencia del orfebre en Toledo, pensando que tal vez su esposo estuviera allí. Los diez miembros restantes del grupo no fueron encontrados nunca. Ninguno de ellos llegó a la casa del orfebre. Desaparecieron sin dejar rastro, como si la tierra se los hubiera tragado.

—No entiendo nada.

—La policía sopesó la posibilidad de que todos hubieran sido víctimas del mismo asesino y que este fuese uno de ellos. No era una hipótesis descabellada. Los investigadores siguieron los últimos pasos de los forenses, teniendo en cuenta la posibilidad de que el grupo hubiera sido engañado por el orfebre y que la reunión en su casa fuese una excusa para conducirles a una trampa. La reputación del orfebre, Hilario Ruiz, era dudosa, y se supo que en la capital era considerado por sus vecinos como un hombre taciturno y extraño, que apenas se relacionaba con nadie. Los rumores hablaban de que le visitaban individuos de otras nacionalidades que venían

buscando las joyas que el forense confeccionaba y de las que no rendía cuentas a la autoridad competente. Algo en lo que también involucraron a Salas. Él era un magnífico vidriero, tanto que era capaz de simular piedras preciosas con sus vidrios y confundir a más de un incauto. En la casa del orfebre no se encontró ninguna pieza de valor, ni tan siquiera las herramientas o el material necesarios para la confección de aquellas supuestas alhajas toledanas, por lo que las actividades clandestinas de Hilario Ruiz quedaron como una leyenda.

—Y los familiares, ¿cómo reaccionaron ante las desapariciones? —pregunté.

—Todos eran solteros y no tenían familiares cercanos. Las desapariciones no fueron denunciadas por nadie, ni tan siquiera los bienes fueron reclamados y pasaron sin más preámbulo que el legal a manos del Estado. Eran personas, en cuanto a las relaciones sociales, diferentes al resto de los ciudadanos. Su profesión de forenses y la incapacidad de comunicarse con fluidez a través del lenguaje oral acentuaron aquella falta de relación social que todos padecían.

—¿A qué se refiere con lo del lenguaje oral?

—Todos los miembros del grupo eran sordomudos. Todos, excepto Salas y su padre, el señor Fonseca. Como le decía, su profesión, junto a la deficiencia física que padecían, en aquel entonces, les hacía muy diferentes al resto de sus conciudadanos. Es evidente que los problemas que tendrían para comunicarse, unidos a su profesión un tanto discriminada, rodeada de un halo oscuro y vinculada de forma estrecha con la muerte, fueron uno de los motivos para propiciar su manifiesta falta de relación social y sentimental. Su padre era coadjutor directo de la colectividad católica a la que ellos pertenecían. Dicha corporación estaba formada por forenses y su peculiaridad era precisamente el que todos sus miembros fuesen sordomudos. Su padre se reunía con ellos para dar cuenta de los avances habidos en su campo. Era uno de los pocos forenses en España que dominaba el lenguaje de signos a la perfección sin ser sordomudo.

»Cuando desaparecieron, cada miembro del grupo de investigación llevaba su cuadro y una llave con forma de cruz de Ankh. Sin embargo, todas las llaves aparecieron junto al cadáver de Salas, una de ellas en su estómago. Todo, absolutamente todo el material y objetos personales que les pertenecieron y de los que hicieron uso durante su estancia en el convento, se lo llevaron ellos en aquel viaje, y con ellos se perdió. Cabe la posibilidad de que desaparecieran voluntariamente. Que huyeran o que tuvieran algo que ver en las muertes.

—Es muy probable que tenga usted razón —dije, recordando todo lo que Josep me había dicho sobre mi padre y sus actividades. Relacionando incluso su desaparición de Barcelona con la de los forenses—. Mirado desde ese ángulo es la hipótesis más razonable. Y, dígame hermana, si Salas iba a ir a Toledo, ¿por qué no hizo ese viaje con los forenses, junto al grupo? —pregunté.

—Salas retrasó su viaje porque, según le manifestó a sor Vasallo, había quedado con un biólogo en el pueblo para hacerle entrega de unas muestras de las especias que

se cultivaban en el invernadero del convento. Había plantas originarias de América del Sur que, según él, mostraban un crecimiento irregular para el medio donde se cultivaban y quería saber a qué era debido. Pero, como ya sabe, nunca llegó a aquella cita. La orden siempre ha creído que hubo algo más que la enfermedad de las hermanas para que los forenses se reunieran. Algo tuvo que suceder ajeno a la enfermedad de las religiosas, algo que aún se nos escapa. Ahora, si me disculpa, debo dejarle, los oficios religiosos me reclaman.

—Me gustaría poder continuar la conversación, hay algunos puntos que no me quedaron claros del todo y querría preguntarle sobre ellos. Si usted no tiene inconveniente, por mi parte puedo esperar a que termine sus rezos.

—Creo que el padre Daniel le podrá dar la información que le falte, todo lo que he omitido es conocido por él a la perfección. Del mismo modo que conoce las instalaciones. Aunque le está vetada la entrada en el convento, hubo un tiempo en que fue casi su residencia habitual, prácticamente dormía en la biblioteca. El cementerio era su lugar de meditación, se pasaba las horas muertas sobre la colina. Tienen mi permiso para visitarlo. Dígale que haremos una excepción por esta vez, solo por usted, pero que únicamente puede pisar el camposanto. El convento le sigue estando vetado. Sospecho que el padre Daniel le habrá contado la historia a su antojo. Es evidente que la narración que él le haya dado de los hechos nada tendrá que ver con lo que yo le he relatado. Aunque por su expresión me atrevería a afirmar que le ha engañado y no le ha dicho absolutamente nada sobre su vinculación con nuestra orden —dijo sonriendo con cierto aire de malicia infantil.

—Pues no, hermana, no sé de qué me está hablando —dije contrariado.

—El padre Daniel es un experto embaucador. Exíjale que le dé todas las explicaciones sobre su permanencia en el convento y la relación que esta tuvo con su padre y los forenses. Pensé que le acompañaba por esos motivos, que a tenor de lo sucedido con su esposa habría tenido la honestidad de hablarle con sinceridad. Veo que no ha sido así, y es una verdadera pena, porque ello me indica que aún sigue con sus propósitos, que no ha abandonado la senda del mal y, lo más grave, que no se ha arrepentido.

—He de confesarle que desde que conocí al padre Daniel tuve dudas y recelé de su comportamiento.

—El padre Daniel debe explicarle sus intereses en este asunto. A mí me cuesta repetir sus palabras, son una blasfemia y no pienso hacerlo. El cementerio es aquel; las hermanas tuvieron que improvisarlo cuando la enfermedad comenzó a llevárselas —dijo, señalando una parcela que se ubicaba a unos metros, en la ladera de la colina que parecía proteger la parte trasera del edificio del viento que bajaba por las montañas—. Allí están enterrados los restos mortales del señor Salas, junto a los de las hermanas que murieron. Como ya le comenté, nadie los reclamó y la orden les dio sepultura en agradecimiento a su labor cristiana. Quizás le sea interesante ver la disposición que se les dio a las sepulturas según fueron falleciendo las religiosas. Me

refiero a que, una vez que el señor Salas y su padre estuvieron establecidos aquí, las hermanas que infortunadamente fenecieron fueron enterradas según Salas dispuso, ya que él era el encargado de tan triste menester. Su disposición es un tanto extraña. La ubicación forma una cruz. Aunque el padre Daniel siempre se haya empeñado en demostrar que no lo es. Salas era un católico practicante y fiel devoto, y la exhumación a la que procedió correspondía a religiosas, por ello, el símbolo más apropiado era la cruz de nuestro Señor. Lo único que llama mi atención poderosamente, e imagino que también lo hará con la suya, son los rosetones de cristal azul marino que el señor Salas puso en el centro de las cruces. Es una verdadera lástima que falten algunos. La barbarie humana es indescriptible, inenarrable. El cementerio ha sido víctima de expolios durante mucho tiempo, y últimamente más, por ello hemos pensado trasladar los restos mortales de las hermanas a un lugar más seguro, pues queremos evitar más profanaciones. Como verá, todo lo sucedido es tan razonable y al tiempo tan ilógico que uno no sabe en qué lado de la historia quedarse. ¿No cree?

—Cierto, hermana, pero estará de acuerdo conmigo en que tiene más de irracional que otra cosa. Hubo poca investigación sobre lo sucedido, muy poca.

—Solo nosotras y nuestra orden hemos estado interesadas en esclarecer lo ocurrido. Únicamente nosotras.

—Creo que Daniel también está interesado —apostillé con cierto temor.

—El padre Daniel ha mancillado con sus investigaciones el nombre de la Iglesia católica, nuestra fe y nuestra conducta cristiana. Él no ha investigado nada, jamás ha tenido otro interés que manchar nuestro honor y nuestra fe. Dígale que le hable de sus conocimientos sobre criptografía, seguro que tampoco se los ha mencionado.

—No se ofenda, pero... ¿Está segura de que Daniel es la misma persona a la que usted se refiere? Daniel no conoce la criptografía, lo he comprobado.

—¿Cómo puede dudar de mis palabras? —inquirió. Yo me encogí de hombros—. Por supuesto que me refiero al hombre que le espera en su coche. Las hermanas lo vieron bajarse con usted, las ventanas del convento están muy bien ubicadas —dijo socarrona—; el padre debe de haber olvidado ese aspecto. Usted debe de poseer algo que él necesita para alcanzar sus fines, por eso le acompañó hasta el convento...

Capítulo 34

Mi escala de valores y prioridades había sufrido un cambio drástico tras la narración de sor Laudelina. Saber qué había pasado tras aquellas paredes, qué hacía mi padre, quién era realmente, por qué lo mataron, se había convertido en lo único importante para mí. Incluso la maldita grafía del número pi dejó de inquietarme. Qué misterio podían esconder aquellos acontecimientos para que Daniel hubiera puesto en peligro su reputación, sus hábitos, para que me hubiera engañado de aquella forma tan desconsiderada.

La orografía del terrero en donde se ubicaba el cementerio trajo a mi memoria el camposanto de Ohanes, en Almería. La parcela tenía tal verticalidad que los muertos bien podían haber sido enterrados de pie. Visto desde abajo, daba la impresión de que la tierra, consciente de lo que albergaba, quería deshacerse de ello, hacer que las cruces que salpicaban de un blanco sucio su verde vertiente resbalaran ladera abajo. Desde los pies de la colina, alzando la vista, se podía contemplar el cementerio en su totalidad y distinguir a la perfección la cruz que la disposición que se le había dado a las sepulturas de las religiosas formaba, tal y como sor Laudelina había manifestado. Al fondo, en una hilera, estaban las cinco tumbas de las hermanas que fallecieron antes de que el grupo de forenses llegase, que no tenían mayor particularidad que el haber sido enterradas en línea recta, en horizontal y en la parte más alta.

La capilla, compuesta de un único habitáculo rectangular, no tenía ni tan siquiera campanario, solo una cruz de metal oxidado que presidía la entrada. En su tejado, una veleta vieja en cuyo centro habían incrustado un rosetón de cristal azulón. Este era igual a los que había en el centro de las cruces de las lápidas de las religiosas. De ellos solo quedaban dos intactos. Como sor Laudelina había manifestado, el resto había sido expoliado.

Salas estaba enterrado en uno de los costados de la capilla, y su lápida tenía una inscripción de un verso del poeta mexicano Juan José Tablada a modo de epitafio:

Al golpe del oro solar, estalla en astillas el vidrio del mar.

La puerta del oratorio estaba abierta, por lo que pude contemplar el habitáculo de paredes desnudas y desconchadas sin más adorno que una cruz de madera que, desde el tabique frontal, presidía el recinto. No recuerdo con exactitud el tiempo que permanecí dentro. Me quité la americana y me senté en uno de los tres bancos de madera que había frente a la cruz. Marqué varias veces el número del teléfono móvil de Daniel, pero, como me había dicho antes de que yo entrase en el convento, debía de tenerlo conectado a la red del portátil para ver si la información que había pedido a un amigo del obispado le llegaba vía *e-mail* durante la mañana.

Cuando llegué al coche, Daniel estaba sentado bajo uno de los cipreses que daban

la bienvenida a los visitantes en la entrada de la abadía. La sombra que proyectaba una de sus ramas rotas, que se inclinaba moribunda, oscurecía su frente y le daba a sus rasgos una siniestra y enigmática expresión. Sujetaba en su mano izquierda una hebra de hierba seca. De vez en cuando se la llevaba a los labios y, sin dejar de hablar por el teléfono móvil que sujetaba con su mano derecha, le daba una mordida y la estiraba con sus dientes. Mientras hablaba no dejaba de observarme. Mantenía el cuello erguido y la barbilla ligeramente levantada, lo que le daba un cierto rictus de superioridad:

—No sabes lo que agradezco tu información; el que hayas puesto en peligro tu puesto significa mucho para mí. No será en vano, recuerda que te tendré informado de todo y que si encuentro el texto te lo haré llegar fotocopiado. El original es mío, ¿OK? —concluyó cerrando la línea telefónica—. Y bien, ¿cómo te fue con sor Laudelina? Tiene un carácter áspero como la superficie de una lija del treinta —dijo, haciendo intenciones de levantarse, pero yo le indiqué que permaneciera como estaba.

—Me fue bastante bien —respondí, sentándome a su lado y mirándole de frente fijamente.

—No vas a decirme nada. Imagino que la monja te habrá puesto en antecedentes de quién soy. Vi el hocico de toda la congregación pasar por la ventana de la biblioteca, son como hienas, se acercan poco a poco y olisquean desde lejos, asegurándose de tener su pieza bien controlada. Ese ventanal es el mejor lugar para inspeccionar los alrededores. La mejor vista de la entrada del convento es desde allí —dijo, señalando la ventana en la que se veía la silueta de una religiosa—. Sor Ángela se ocupó de que supiera que me habían visto acompañarte. Se ha paseado varias veces frente a la entrada. Mirando por el rabillo del ojo. Yo me levantaba y la sonreía. Confieso que me ha gustado el juego, ha sido simpático ese intercambio furtivo de miradas irónicas. Si no fuese por el fanatismo que empacha sus neuronas..., son como crías púberes, incluso se ruborizan ante los halagos. Lo importante es que te hayan dado toda la información que necesitabas. Si lo han hecho, será más factible que creas lo que debo contarte.

—Tienes que contarme demasiadas cosas —dije.

—Lo sé, lo sé. Ya he sopesado todo eso; lo hice antes de decidir acompañarte al convento, sabía que me arriesgaba a que el relato de las religiosas y la opinión que tienen sobre mí y mis actividades me dejaran fuera de todo, que echaran a perder el trabajo que he realizado durante todo este tiempo. Tú eres mi única posibilidad. He arriesgado mucho, y espero no perder nada. Te daré todas las explicaciones que necesitas, pero antes tengo que enseñarte una cosa —dijo, cogiendo su ordenador portátil y encendiéndolo. Tras ello sacó de su carpeta una copia exacta del trazado que yo había dibujado en la pared del dormitorio—. Sé lo que son estas galerías, como tú las llamaste desde el principio. Lo sé porque no lo son —concluyó sonriendo irónico.

—¿Has tenido la desvergüenza de copiarlo sin decírmelo?

—No tenía por qué hacerlo y era posible que si te lo decía te hubiera molestado. Preferí investigar solo, es a lo que estoy acostumbrado desde hace demasiado tiempo. La subjetividad de la mayoría de las personas que me han acompañado en esta investigación solo me ha traído problemas y una gran pérdida de tiempo. Es difícil encontrar gente objetiva. Tú tampoco lo eres; tus sentimientos te desbordan, de no ser así, hace tiempo que habrías llegado a la abadía, pero no, hasta que no han sucedido estos desgraciados acontecimientos, no has querido involucrarte en nada de lo que tu padre hacía. El que esté libre de pecado que tire la primera piedra —concluyó, girando la pantalla del ordenador portátil hacia mí.

En el monitor aparecía una vista parcial de un plano que representaba varias calles de una ciudad.

—No entiendo —dije mirándolo.

—Esas son tus galerías —dijo poniendo el folio al lado de la pantalla—. Como ves, siguen la misma distribución. Son exactas.

Durante unos instantes permanecí atónito contemplando la similitud de ambos trazados. Le quité el folio de las manos y lo superpuse a la pantalla.

—¿Cómo has encontrado esto? —pregunté impresionado—. ¿De dónde son estas calles?

—Estuve bastante tiempo intentando encontrar un edificio: una catedral, un convento, un museo..., algún sitio cuya estructura coincidiera con el trazado. Pero no lo conseguí. Finalmente decidí mandar el plano a algunos amigos arquitectos para que me dijeran su opinión al respecto. Los tres coincidieron en que el trazado no podía corresponder a un edificio, tampoco a sus posibles sótanos —dijo señalando las líneas—. Uno de ellos dijo que más que galerías parecían calles. Eso me llevó aquí —dijo señalando la pantalla del ordenador—. Había estado a la vista desde el principio, era el lugar más idóneo y, por ello, quizás, se me pasó. El lugar donde los forenses solían reunirse y a donde nunca llegaron aquel fatídico día.

—¡Toledo! —exclamé.

—Exactamente, es un plano de parte del callejero de Toledo. Este punto, el que corresponde al reflejo que no enlaza con ninguna línea, creo que debe de ser el lugar que corresponde al recinto que, posiblemente, abre esa llave, la misma que todos los forenses tenían. Esa es mi hipótesis.

Capítulo 35

Daniel estaba en lo cierto, las coincidencias era muchas. Su descubrimiento me entusiasmó, pero antes de darle ninguna opinión sobre sus investigaciones, antes de seguir con todo aquello, necesitaba una explicación a su comportamiento:

—Bien, ¿dime por qué me has ocultado tu vinculación con el convento?, ¿qué investigabas allí?

—Deberíamos emprender el viaje de regreso y durante el recorrido iré dándote todos los datos que me pides. Nos queda mucho por averiguar, entre ello, el motivo por el que tu esposa llevaba ese bote de gotas en el bolso. Algo que parece has olvidado.

—No he olvidado nada.

—Kant decía que el conocimiento de las cosas pasa por conocer las formas o maneras que tenemos de conocer. Y ese conocimiento, no siempre, pero sí muchas veces, pasa por tener que descifrar algo. Eso es lo que en realidad nos atrapa, no es el misterio en sí, sino el proceso que llevamos durante el descubrimiento. Es irresistible, fascinante. El problema es que esa ciencia aumenta la codicia y la necesidad de saber: saber quién sabe y saber cuánto sabe el que sabe. Un verdadero problema. Ahí reside uno de los puntos más trascendentales de esta historia y de mi comportamiento. Estoy atrapado en la investigación, en el proceso más que en su finalización. Aunque no lo creas, eso fue lo que me llevó hasta tu padre y el convento: la curiosidad, esa fascinación que tan bien describió Kant. Pero la historia es larga y tal vez no te interese.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —respondí—. Me muero de curiosidad —concluí burlón, haciendo un gesto con mi mano para que continuase.

—Realizaba un trabajo sobre Ignacio de Loyola y este, en un primer momento, se centraba en *La vida de Loyola*, el libro que Ribadeneyra escribió sobre la vida y peregrinaje de Loyola, basado, supuestamente, en la autobiografía del padre Loyola. Mis investigaciones centradas en su autobiografía *El peregrino* hicieron que me topara con hipótesis que ya había oído comentar en muchos círculos, pero a las que la Iglesia y algunos historiadores tachaban y tachan de rumores levantados por personas que gustan de buscar enigmas donde nunca los hubo: la paridad entre *El peregrino* y el *Quijote*. El tema me absorbió tanto que dejé de lado la búsqueda de las andanzas del de Loyola, que en aquellos momentos se centraban en sus múltiples estancias en Barcelona, y comencé a cotejar ambos textos, el autobiográfico y el de Ribadeneyra y, por supuesto, la relación entre los ocho primeros capítulos del *Quijote* y la obra de *El peregrino* de Loyola. Los textos están estrechamente relacionados, tanto en contenido como en método narrativo.

—¿Qué relación tienen esos textos con el convento y lo que sucedió?

—La relación entre *El peregrino*, el *Quijote* y la abadía es Salas, el forense mentor de tu padre —respondió tajante, al tiempo que sus labios dibujaban una

sonrisa irónica—, todos sus mensajes están estrechamente relacionados con la obra magna de Cervantes, incluso la etiqueta que colgaba de la máquina de escribir que te enviaron las monjas recoge una parte de la obra de Cervantes. Es evidente que en ella hay una clara referencia a lo sucedido, que ese extracto fue sacado con premeditación.

—Lo más probable es que eligieran ese texto para encriptar sus mensajes porque ambos lo dominaban. Para mi padre era una de sus obras preferidas.

—Desde siempre han existido hipótesis y sospechas sobre la posibilidad de que el *Quijote* escondiera un mensaje. Este supuesto misterio, se decía, estaba relacionado con asuntos eclesiásticos o propósitos satíricos contra determinadas personas e instituciones; contra la Iglesia católica. La biografía cervantina ha originado durante los siglos XIX y XX un cúmulo de teorías. Muchas de ellas, desgraciadamente, han quedado en el olvido. Yo había apartado mis estudios sobre Loyola para centrarme en esclarecer la verdad de aquellas hipótesis y lo hacía con el permiso de mis superiores, que veían en mi investigación el punto y final a muchas conjeturas que no eran de su gusto. Todo iba por los cauces previstos hasta que cayó en mis manos un libro que me condujo a un terreno en el que la Iglesia comenzó a tambalearse frente a mis ojos, un descubrimiento que me hizo cambiar la línea de investigación seguida durante tanto tiempo. Las semejanzas entre los primeros capítulos del *Quijote* y los primeros capítulos de *El peregrino*. Los orígenes de las hazañas del viejo hidalgo manchego son esencialmente los mismos que los de nuestro monje —dijo, sonriendo malicioso al ver mi expresión de asombro ante aquellos hechos que desconocía—. El *Quijote* está repleto de expresiones propias de la vida de Loyola. Correspondencias en los temas que se tratan y un sinfín de anécdotas parodiadas por Cervantes. Lo más curioso es que nadie ha conseguido llevar esas analogías más allá de los primeros capítulos. *La vida de Loyola* no fue escrita por este sino por Ribadeneyra. Él la escribió con el objetivo expreso y velado de suplantar a otra anterior cuyo autor era Loyola y con la que la Iglesia, y sobre todo los dominicos, no estaban de acuerdo. Diez años después de la muerte de Loyola, el libro que conocemos como autobiografía o relato de *El peregrino*, dictado por Loyola a un compañero en 1555, fue ocultado. El texto fue secuestrado por la compañía desde 1565 hasta casi la segunda mitad del siglo XX. Durante todo ese tiempo la autobiografía no existía. En la actualidad se desconocen los verdaderos motivos sobre su desaparición. Defendí, durante un tiempo, la hipótesis de que Cervantes había plagiado parte de la obra de Loyola. Se había servido de ella para ridiculizarlo y criticar a la Iglesia de una forma velada, interlineada, salvando así los posibles problemas que podían generarle dichas letras. Hasta ahí todo fue bien y conté con el beneplácito de todos, pero cuando sopesé la posibilidad de que existiera un acuerdo secreto suscrito entre jesuitas y dominicos para suavizar lo que la autobiografía de Loyola relataba, comenzaron los avisos, las advertencias. Cuando planteé mis conjeturas la curia se me echó encima.

»La estancia en Roma de Cervantes, sus amistades, que tenían contactos con

círculos religiosos y literarios, llevan a suponer que el escritor tuvo acceso a la primera biografía ignaciana. Como imaginarás, estas afirmaciones no sentaron bien, y se me encomendó abandonar dicha investigación y los escritos que estaba realizando, algunos de los cuales tuve que entregar, aunque otros aún permanecen en mi poder.

—¿Estás diciéndome que los dominicos exigieron a los jesuítas que hicieran otra biografía más suave?

—Más o menos. Los dominicos, para lograr sus propósitos, debían hacer que la Compañía de Jesús no solo diese un drástico giro ideológico, sino que también se exigió a los jesuítas que demostrasen sus verdaderas intenciones de favor hacia la línea que seguía la institución en aquellos años. Y esto bien podía ser: hacer desaparecer el relato de *El peregrino*. Un texto claramente erasmista y, por ende, contrario a lo que ellos defendían. En ese relato, Ignacio de Loyola narra con exactitud la injusta persecución a que fue sometido por los dominicos en sus primeros años de apostolado evangélico. Ese texto se debía sustituir por otro libro en el que todas esas injusticias quedasen, tras una máscara de carnaval, ocultas. Disimuladas tras el resto de los acontecimientos. El acuerdo se llevó a término y, para muchos, fue la pérdida de sus esperanzas. Se había derrotado al humanismo erasmista y el fundamentalismo de Trento había vencido. Como verás, los intereses de la humanidad no cambian mucho de unas épocas a otras, de unos estamentos a otros — dijo.

—¿Qué te llevó al convento y a establecer una relación de todo lo que me has contado con Salas, con los forenses?

—La mano de Dios. Haciendo caso omiso a los llamamientos de mis superiores, decidí dejar los hábitos y seguir con ello por mi cuenta. Ellos no me impusieron dejar los hábitos, me obligaron a tomar una decisión y me decanté por seguir con las investigaciones libre de condicionantes. Eso fue después de mi estancia en el convento, ya que hasta ese momento no hablé de mi hipótesis real con nadie. Lo hice cuando llegué casi al final de mi investigación, cuando sor Vasallo descubrió los verdaderos motivos que me habían llevado allí. La posibilidad de que la autobiografía de Loyola, la verdadera, la auténtica biografía, permaneciese oculta en algún lugar, protegida por la Iglesia, y que en sus páginas hubiera algo más trascendental que una crítica a las instituciones y su forma de actuar en aquellos años me absorbió.

—Entonces, según tú, la biografía que se dio a conocer tampoco era la verdadera.

—Una autobiografía de un monje que había llevado una vida ejemplar y cuyas enseñanzas y actos eran dignos de beatificación y canonización no era lógico que desencadenara semejante revuelo y misterio, aunque criticara y denunciase agravios. Era evidente que el texto de *El peregrino* recogía algo más trascendental que simples y vulgares críticas y denuncias a las que la Iglesia católica siempre ha estado expuesta y las ha sufrido sin tanto estrépito. Si no hay por qué enfadarse, cómo es que se enfadaron tanto, me pregunté. Desde ese momento comencé a buscar los rastros del texto, los lugares en donde podía haber estado y el tiempo que permaneció en

cada uno de ellos, durante esos cuatro siglos de secuestro. Así fue como llegué al convento, a Salas y sus textos encriptados. Y después de que expusiera mi hipótesis, después de que la hermana Vasallo y sor Laudelina se dieran cuenta de que mis investigaciones las señalaban como partícipes en la desaparición y ocultación de ese texto y otras pertenencias del santo, y que esa ocultación podía haber sido uno de los motivos principales para que se cometieran los homicidios y los forenses desapareciesen, las hermanas, escandalizadas y ofendidas, decidieron ponerse en contacto con las altas instancias.

—¿Cómo es posible que afirmes con esa ligereza que las religiosas están implicadas en los acontecimientos de la abadía? No es de extrañar que sientan rechazo hacia ti. Murieron quince hermanas, ¡por Dios! —exclamé.

—Si mi hipótesis está bien encaminada, ese texto debe contener algo de mucho valor. Es posible que ellas no sean las responsables de las muertes ni de las desapariciones, seguro que es así, pero sí son responsables de la ocultación del texto y, por consiguiente, si este está relacionado con los crímenes, son responsables indirectas de lo acontecido en su abadía.

—Es probable que tengas razón en que las religiosas tuvieran la copia de esa autobiografía de Loyola, pero, para mí, no es factible el que ocultasen datos tan relevantes como para provocar los homicidios, más aún cuando la autobiografía ya era pública. Creo que tu curiosidad te ha cegado.

—Como ya te he comentado, mis indagaciones iban encaminadas a desvelar el origen real de las semejanzas entre *El peregrino* y el *Quijote*. Es probable que Cervantes tuviera acceso a la obra secuestrada de Loyola. Si tenemos en cuenta la comunicación en aquella época, quiero decir la forma en que las noticias se daban a conocer, aquella era la forma más idónea de hacer que una crítica de los estamentos llegase al pueblo. La autobiografía de Ignacio había sido ocultada por la Iglesia previo acuerdo con los dominicos, por lo tanto nadie conocería su contenido, los verdaderos pensamientos del santo, sus reivindicaciones, las torturas y vejaciones a las que fue sometido por propugnar el erasmismo que los tribunales de la Inquisición tanto temían. Incluso se le llegó a juzgar por ello.

—Entiendo que te excomulgaran. No es que lo vea muy descabellado, ya que, según lo cuentas, tiene bastante lógica, pero es insultante.

—Sí, pero no descabellado. Además, no entiendo por qué tanto revuelo, tanto aspaviento, si no les estaba inculcando a ellos. Mis hipótesis están basadas en acontecimientos sucedidos cuatro siglos atrás. Ellos, de ser cierto lo que planteo, no eran los responsables.

—Tus conjeturas les salpican tanto como si lo fuesen. Ya sabes que hoy no solo se le imputa a la gente lo que hace, sino también lo que hicieron sus antepasados; el rencor histórico está a la orden del día, tan vivo como la ambición. Creo que eso es lo que sor Laudelina defiende. Estarás conmigo en que, en la actualidad, la memoria histórica suele ir acompañada de odio. Hay que tener mucho cuidado con lo que se

dice y cómo se da a conocer.

—Cuando llegué a esas conclusiones decidí continuar con el estudio de la vida de Loyola y volví sobre todo aquello que había dejado sin concluir: las estancias, idas y venidas del santo en Barcelona. Y fue allí, en la Ciudad Condal, donde encontré la vinculación de nuestras hermanas con Loyola, con *El peregrino*, con Salas y con el *Quijote*.

—Entiendo que encontraste una relación de Loyola con las religiosas de esta abadía.

—Con estas hermanas no, con la orden de religiosas a la que pertenecen. Loyola tuvo relación con la orden de las Jerónimas, una relación estrecha. En concreto con una de sus hermanas, sor Antonia Estrada, tornera del convento de Jerónimas de la plaza de Pedro de Barcelona. Tuvo conexión con varias órdenes de religiosas, entre ellas las Benedictinas de Santa Clara, las Dominicas de Ntra. Sra. de los Santos Ángeles y las Jerónimas. Y esta última es la orden de esta abadía y con la que tuvo una relación más estrecha. Lo que le trajo muchos problemas al padre Ignacio.

—¿Y? —inquirí con curiosidad—. Eso no tiene por qué ser relevante, sino algo lógico dada su condición de religioso.

—Hay cartas en las que una religiosa llamada sor Mariana, que contaba con setenta y dos años de edad, habla de sor Antonia Estrada, describiéndola como una religiosa de vida perfecta, que mantenía con el padre Loyola una relación estrecha, asegurando que este visitaba el convento muchas veces y mantenía conversaciones espirituales con las monjas. Existen documentos que hablan del regalo de un cofrecito con reliquias que el padre Ignacio trajo de Tierra Santa y del que le hizo entrega a la hermana tornera en agradecimiento a la limosna que casi diariamente recibía de su mano. Este cofrecito se conservó en el convento hasta la Semana Trágica de 1909, cuando desapareció sin que aún se sepa dónde está. Junto a este cofrecito es evidente que también podían estar los documentos escritos o dictados por el padre Loyola a la hermana tornera. Dados los altercados que comenzaron a producirse, la orden, antes de que los disturbios fueran a mayores, como así sucedió, se apresuró a sacar el cofre y los documentos que guardaba y lo mandó fuera de Barcelona. A este convento —dijo señalando la puerta de la abadía—. Todo indica que es aquí donde han permanecido ocultos desde entonces. Y aquí se encontraban cuando tu padre y sus forenses, aparte de intentar frenar la epidemia que aquejaba a las hermanas, traducían las profecías que Loyola realizó cuando comenzó sus estudios de gramática.

—No tengo conocimiento de que mi padre estuviera traduciendo ningún texto. La sor no mencionó ese punto.

—El que no lo mencionase es lógico. ¡Cómo iba a hacerlo! De un tiempo a esta parte, desde los años cuarenta, algunos organismos internacionales las han buscado sin descanso. Organismos relacionados directamente con investigaciones tecnológicas. Organismos a los que tu padre sabemos que pertenecía y para los que trabajaba. Es probable que tu padre y Salas fuesen enviados al convento para sacar de

allí esa información. La excusa más convincente para entrar y tener acceso a ello era la enfermedad que asoló el convento y que de seguro no era desconocida sino provocada por alguien que entonces, como yo lo he hecho hace unos meses, descubrió que las cartas del santo o los documentos que le dejó a la hermana tornera podían contener algo más que revelaciones de fe. Algo que se buscó en *El peregrino* y no se encontró. El motivo real por el que fue secuestrada la obra durante cuatro siglos. El rumor que recorre muchos círculos desde hace años dice que los textos de Loyola dan detalles y pruebas de la existencia de un experimento tecnológico de magnitud inimaginable. Según esos rumores, Loyola y Cervantes intentaron, a través de sus textos, que aquella revelación fuese dada a conocer. Sea como fuere, lo que es evidente es el interés de la ciencia y la Iglesia en este tema.

—¿Qué tiene que ver la Iglesia con la ciencia? —pregunté desconcertado.

—Siempre han sido enemigos acérrimos e incondicionales. La ciencia representa todo lo que se puede demostrar, tocar, todo lo que tiene una explicación. La Iglesia, lo que no se ve ni se toca. Ninguno se aventura a asegurar que Dios es fe y ciencia, que la ciencia jamás estuvo ni estará reñida con Dios porque él es pura ciencia. Créeme, tu padre y sus compañeros fueron enviados aquí como simples conejillos de Indias. Dentro del grupo había alguien que sabía lo que sucedía, alguien que pensó que ninguno del grupo se percataría de lo que en realidad estaban buscando. Alguien que aprovechó la confianza generada en el convento para hacerse con la información que se llevaba buscando durante más de cuatro siglos. Pero uno de ellos descubrió el verdadero motivo de la permanencia del grupo en el convento y, lo más terrible, que la enfermedad de las religiosas solo era un señuelo y, por lo tanto, sus muertes podían ser homicidios, crímenes. No puedo asegurar que tu padre tuviera conocimiento de los motivos reales de su estancia, ni que él y Salas estuvieran informados de lo que allí se gestaba. En realidad aún no sé quiénes lo sabían y quiénes eran desconocedores de lo que sucedía. De lo que sí estoy seguro, y cada minuto que transcurre estoy más convencido, es de que los forenses fueron enviados al convento para dar con esos escritos. Todo indica que fue Salas quien lo descubrió e intentó sacarlos de los muros del convento a través de sus mensajes encriptados.

—Afirmas que los mensajes de Salas iban dirigidos a alguien para que hiciese públicos los descubrimientos que supones había en los textos ocultos de Loyola, y que estos contenían información relevante no de la Iglesia, sino de avances o descubrimientos científicos tan importantes como para matar a dos personas más las doce religiosas, descubrimientos correspondientes a aquel siglo. Si es así, no esperes que le dé relevancia a tu hipótesis. Es descabellado; aunque tu investigación sea interesante, me parece que es poco probable que un texto de aquella época contenga algo tan significativo como para ocultarlo, y menos que tuviese ningún cariz científico de relevancia para aquellos años —dije sonriendo irónico.

—Exactamente eso es lo que he dicho y lo que creo. No deberías menospreciar los avances científicos de aquel siglo, el mismo en que vivió Leonardo da Vinci. Te

recuerdo que él fue un inventor, por citar solo una de sus virtudes, excepcional. Leonardo nació en 1452, treinta y nueve años antes que Loyola, que nació en 1491. Leonardo era un genio y sus hipótesis, inventos... aún siguen siendo inexplicables, no solo para aquellos tiempos, incluso en la actualidad.

»Los que se asientan en los cimientos del poder siempre han buscado privar al hombre de su capacidad de razonamiento, porque saben que es la única forma de dominar este mundo. Si el ser humano puede llegar a ser doblegado es únicamente a través de la posesión de esta. La manera más certera de hacerlo es despojándole de todos los conocimientos posibles; ese, y no otro, es el primer paso para la dominación de la mente. La ocultación de descubrimientos, de investigaciones, de textos, que se ha llevado a cabo durante siglos, es una prueba evidente de ello, de lo peligroso que es para los gobernantes que el hombre piense, que razone, que decida y elija.

»Si los textos de Loyola no están relacionados con lo que sucedió, Salas los utilizó, igual que utilizó el *Quijote* para llamar la atención, para sacar su mensaje del convento, de «La isla de los arcanos». Eso es algo que tengo muy claro y que creo debemos indagar. Las casualidades no existen. Como dijo Einstein: «Dios no juega a los dados» —concluyó en tono malhumorado.

—De ser así, no entiendo por qué la Iglesia y las hermanas jerónimas te tachan de blasfemo.

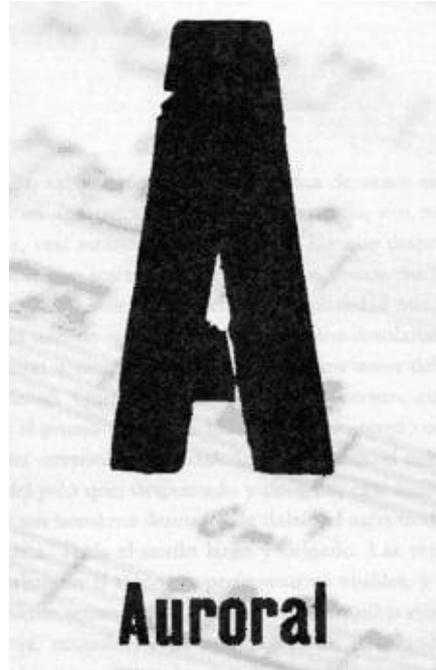
—Su actitud frente a mi hipótesis es la prueba más evidente de que mis razonamientos están bien encaminados. Si no supieran nada de los documentos secretos de Loyola, si no ocultasen esos textos que dicen que no existen, estarían de mi lado, jamás habrían puesto trabas a mi investigación, a que continuase con ella. Está claro que no interesa que mi teoría salga a la luz. Y su actitud desmedida hacia mis hipótesis y la información que he recopilado demuestra que ocultan los documentos de los que te he hablado, que existen, son reales. Estoy convencido de que esos textos existen y que su contenido les pone demasiado nerviosas, a ellas y a las altas instancias eclesiásticas. Tengo suficientes datos como para asegurar que la hermana Vasallo, que Dios la tenga en su gloria, confiaba tanto en Salas que le hizo partícipe del secreto que custodiaba la abadía durante siglos. Le pidió que transcribiera los textos del santo, o que descriptara el código que pueden contener. Lo hizo con un fin que no puedo precisarte, que desconozco, pero que estoy seguro que llegaré a averiguar. Él, sin esperarlo, se encontró con algo más que las palabras de un jesuita cuyo único propósito siempre fue servir a Dios a través de sus semejantes. Salas, al tiempo que hacía el trabajo, que creo que le solicitó sor Vasallo, pudo utilizar aquellos textos, junto a los de Cervantes, para sacar la información de la que disponía del convento, en el que pensaba que tarde o temprano moriría, como así sucedió. Salas debió de encontrarse de frente con dos terribles revelaciones, por un lado las palabras del santo y, por otro, el motivo de la permanencia del grupo de forenses en el convento: la causa real que llevaba a las hermanas, una tras otra, al lecho de muerte.

—Estás empeñado en vincular a las religiosas y a la Iglesia en algo de lo que no has podido encontrar pruebas. Me has ocultado tus propósitos y la vinculación que tenías con el convento, y ahora pretendes que tome tus conjeturas como válidas, como veraces. Comprenderás que, llegados a este punto, desconfíe de ti. Si quieres que sigamos juntos en esta investigación, me debes muchas más explicaciones que la retahíla de hechos históricos e hipótesis sobre misterios religiosos y claves con las que me has obsequiado, mucho más. Tengo serias dudas sobre tus propósitos reales. Mi interés no es el mismo que el tuyo. Mi padre no fue asesinado por ningún estamento religioso, está claro tanto por tu parte como por la de las hermanas que no fue así, por lo tanto tu interés y el mío en desvelar lo sucedido es bien distinto. Podemos continuar juntos o seguir cada uno por nuestro lado, todo depende de si lo que tienes que decirme me convence.

Extendió su mano hacia mí y me entregó un sobre que, momentos antes, mientras yo le presionaba, había sacado del interior de su vieja carpeta de cartón.

—Ábrelo —dijo sin mirarme, al tiempo que introducía una clave en el ordenador portátil...

SEGUNDA PARTE



Capítulo 36

Rosalía, esbelta, fina como una rama de sauce sin hojas, y en apariencia tan flexible como ella, nos miraba quieta, casi estática, tras el halo de luz que desprendía el velón que sujetaba entre sus dedos flacos. Su figura estilizada, su belleza mortecina, la sensualidad que todos y cada uno de sus gestos y movimientos destilaban, me evocaron a una mantis religiosa minutos antes del apareamiento. Quizás por ello, en ese momento, cuando abrió el grueso portón de madera, se me antojó como el insecto, irresistible y mortal. Su piel lechosa, el color rojizo del pelo que, despuntado y desigual, caía anárquico sobre sus hombros desnudos, le daban el aspecto de una proscrita. Tenía el cuello largo y delgado. Las venas se marcaban en él rabiosas, perfectamente visibles, y dolorosamente sensuales. Nos observó con aquellos ojos verde hoja, rasgados, y de mirada velada, devorando sin piedad y sin pudor todos y cada uno de nuestros movimientos; incluso pareció comerse con aquella mirada violenta y arrebatadora lo que ambos estábamos pensando. Como la mantis religiosa, cazadora voraz y experta, parecía aguardar quieta a sus víctimas y, como el insecto, segregaba feromonas que empapaban el aire de un olor semiimperceptible que te poseía. Su belleza era tan sobrehumana e inusual que asustaba.

—Ya tenemos luz, es la segunda vez en el día que cambio los plomos —dijo, apagando el cirio y girando la muletilla de madera del interruptor—. Podía haber encendido antes de abriros la puerta, pero no puedo resistirme, me encanta ver las caras de los desconocidos cuando les hablo entre tinieblas... El ser humano es fácil de impresionar —dijo, fijando sus pupilas en mí con evidente morbosidad—. Vayamos hacia la sala; Reyes debe estar irritada. La dejé sobre esa escalerilla de madera que se cimbreaba cada vez más. A ver si de una vez por todas nos traen la nueva. Los ricos son ricos porque no paran de amasar el dinero, hemos pedido mil veces una escalerilla nueva, pero es como el que oye llover... Si Reyes me hiciera caso y dejara el trabajo, despabilarían. Pero debe terminarlo antes de que llegue la época de lluvias. Habéis llegado con anterioridad a lo previsto, tendréis que esperar hasta que ella termine lo que está haciendo. Ya sabes cómo es de paranoica —apostilló mirando a Daniel, que sonrió haciéndome un gesto de complicidad.

—¿Impacta, verdad? —Yo asentí—. Es el morbo que destila, tan fuera de cánones y estereotipos —me susurró Daniel al oído mientras caminábamos tras ella por el angosto pasillo que daba acceso a la parte central del viejo caserón.

Una vez que atravesamos el largo pasillo que unía las dos alas de la mansión, vi la figura de Reyes sobre la vieja escalerilla de madera que, como había dicho Rosalía, aparentaba ir a quebrarse en cualquier momento. La mujer tenía el pelo blanco en su totalidad y lo llevaba recogido en una trenza doble. El alzado dejaba al descubierto su cuello. En él tenía tatuadas cuatro letras: YHVH, el tetragrama del nombre de Dios en hebreo: YOD-Hed-Vav-Heh^[5].

El mismo que Jana, mi esposa, tenía grabado en su espalda, a la altura de las lumbares...

Capítulo 37

Cuando Daniel, dos días antes, en las inmediaciones del convento, después de que sor Laudelina me pusiera en antecedentes, me entregó aquel sobre en cuyo interior estaba la carta que dio respuesta a mis preguntas y disipó mi desconfianza sobre él, sentí como si mi vida, toda mi vida, jamás hubiera existido. Mientras sus dedos tecleaban sin cesar códigos alfanuméricos que, como llaves, abrían ventanas de Windows, yo permanecía leyendo una y otra vez aquel texto sin comprender nada de lo que sucedía, de lo que hasta aquel momento había sucedido. La sombra de la figura de sor Laudelina se dejaba ver a través de uno de los ventanales. Quieta, como las figuras de los retratos, nos observaba.

Al terminar la lectura del texto me sentí como un personaje de ficción sin historia, perdido a merced del escritor, de un escritor caprichoso y sin escrúpulos que jugaba con sus personajes, trayéndolos y llevándolos de una historia a otra sin que estas tuvieran nada que ver entre sí, jugando con su destino, con su pasado y su presente, sin consideración alguna.

No recuerdo exactamente el tiempo que Daniel permaneció introduciendo claves, pero sí cómo cuando mis manos dejaron que el folio se inclinase hacia el suelo y mi mirada se clavó en la fachada del convento, en la silueta de la sor, él dejó de teclear y volvió a tomar la carpeta de cartón color arcilla. Sin decir palabra, sacó de su interior tres nuevos escritos que me entregó. Aquellos textos me sumergieron en un agujero aún más oscuro y profundo que aquel del que terminaba de salir:

PRIMER ESCRITO:

Querida Reyes:

Contacté con Enrique Fonseca ayer tarde, pero lo hice desde una distancia prudente. Él aún no sabe quién soy. No sé bien cómo hacer que nos conozcamos sin levantar sus sospechas. Parece un hombre taciturno y dado a la soledad, introvertido; como bien apuntaste en un principio. Es este punto el que más me preocupa, ya que esos rasgos, como bien señalan los estudios psicológicos, siempre van acompañados de cierta desconfianza hacia las personas ajenas al círculo íntimo del individuo.

He podido comprobar su sensibilidad hacia el símbolo de nuestro número. Lo escribí en una servilleta de la cafetería y lo dejé sobre la barra cuando pagué la cuenta y me marché. Él estaba sentado a mi lado. Dejé transcurrir unos instantes, simulando que hacía una llamada desde el teléfono que tiene el bar, situado en una de las esquinas de la barra. Desde allí, vi como cogía la servilleta y cómo se le demudaba el rostro. De su actitud, de la mirada intranquila que me dedicó, deduzco que conoce el significado no matemático

del guarismo. Quizás estemos equivocados y sea consciente de lo que siempre hemos sospechado. Si es así, estarás conmigo en que debo ser más prudente de lo que concretamos y abandonar nuestros propósitos.

¿Es posible que podamos encontrar otra vinculación con los forenses para entrar en el convento más segura que establecer una relación con él? Recuerdo que me hablaste sobre un fraile que metió sus narices en el tema y que está excomulgado. Quizás él pueda facilitarnos la información suficiente sin arriesgarnos tanto.

Lo cierto es que Enrique tiene algo que me inquieta y me estimula. No sé precisarte qué es, pero sí que hay en él algo que presiento que me llevará por caminos insospechados y tal vez dolorosos. Es uno de esos extraños presentimientos míos. Parece que lo conociera desde siempre. En un principio pensé que podía ser su extraordinario atractivo, y ello me intranquilizó, ya que no quiero vincularme más de lo necesario, de una forma íntima. Sería un suicidio por mi parte enamorarme de él y que luego, en parte, resultara ser culpable de la ocultación. Este punto lo he desechado al comprobar que algunos de sus compañeros lo tachan de gay. Sé que ello no es óbice para no sentirme atraída, pero sí para que él no llegue a sentir nada por mí. Creo que, teniendo en cuenta su hipotética condición sexual, lo más prudente sería buscar una conexión profesional para conocernos que vincule nuestra relación a la amistad, así no habría posibilidad de que él se sintiese incómodo ante mis insinuaciones y pusiera trabas.

Por el momento no puedo decirte más de lo que ya sabes. Cuando tenga novedades, sean estas cuales sean, te las haré llegar. No olvides lo que te he dicho, deberías intentar localizar al fraile por si las cosas no salen como hemos previsto y tengo que desistir o desaparecer.

Comienzo a tener dudas sobre todas nuestras hipótesis, quizás esta historia no encierre nada más que una superchería sin sentido, como muchas otras. Aunque eso sería algo por lo que tendríamos que darle gracias a Dios.

Besos y que HYVH te proteja siempre. Tuya,

JANA BONET.

SEGUNDO ESCRITO

Querida Reyes:

Nunca sabremos qué nos depara el destino. ¡Mírame! Ando sumergida en un mar de angustia. Tuve el presentimiento de que nuestras vidas estaban unidas desde siempre, lo supe, lo sentí. Sentí que era inevitable. No puedo continuar con este sinsentido. He pensado durante muchos días decirle la

verdad. Explicarle nuestros propósitos, pero sería arriesgar mi felicidad y la suya, tirar todo por la borda. Su reticencia a recordar, el dolor que le produce todo lo relacionado con la muerte de su padre y la cruel relación que su madre mantuvo con él después de la muerte de este, hacen inviable que él se preste ni tan siquiera a oír lo que debería decirle. Ciertamente, Enrique no sabe nada de esta historia, y estoy segura de que, de no ser así, en estos momentos, si supiera algo me lo diría. Nos amamos profundamente. Siempre he creído en sus palabras, pero a medida que pasan los días son, si cabe, más ciertas que antes, y esto me produce un sufrimiento que sé que comprendes porque es el mismo que tú has sentido ya. El solo hecho de pensar que llegara a odiarme me produce más dolor que el no volver a verle.

Creo que va siendo hora de que dejemos de torturarlo, de pintar esa maldita grafía en las fachadas. Deberíamos haber dejado de hacerlo hace tiempo. Por más que lo hagamos, seguirá sin recordar y sufriendo. Solo es capaz de huir de la representación del número, se niega a tratar de recordar. Desgraciadamente, es lo único que hemos conseguido de él; hacerle sufrir, convertirlo en un fugitivo de sus recuerdos, de sus miedos. Para él lo único importante es lo que perdió; su padre. En su mente y en su corazón solo existe la certeza de que él jamás volverá y el resto está en un segundo plano. Nunca tuvo intención de indagar sobre ello y sé que nunca la tendrá, porque para él ya no tiene sentido. Lo tendría si pudiera devolverle la vida, devolvérsela en aquellos días, en su infancia, cuando más le necesitaba.

El tiempo que llevo a su lado, el amor que ambos nos profesamos, junto a todo lo que ha pasado y lo que conlleva esta investigación, han hecho que solventar esta historia sea imposible para mí sin correr el riesgo de perderle. No puedo decirle la verdad. No soy capaz de contarle los motivos por los que me acerqué a él aquella tarde, soy incapaz de explicarle que mis propósitos de entonces nada tenían que ver con los de ahora. Pero tampoco puedo continuar en esta situación. Mi única salida es dejarle. El motivo más lógico para hacerlo, la única razón que tengo para hacerlo sin que él sospeche de mí, es argumentarle que mi marcha se debe a que no es capaz de recordar, a que se niega a dejar de huir. Hacerle comprender que sus huidas, su cobardía, sus negativas a enfrentarse con el pasado, me perjudican, que lastiman nuestra relación y mis sentimientos. Sé que mi postura es violenta, que mi decisión es, cuando menos, egoísta y, si cabe, ciertamente malvada, pero no puedo arriesgarme a perder su cariño, no podría soportarlo. El fin no justifica los medios en esta historia, pero no tengo otra salida. Debí hacerte caso y desaparecer en el momento en que supe que sentía algo especial por él, pero eso, el quererle de aquella forma tan irracional, no me dejó, y el miedo a perderle me obligó a seguir mintiéndole, ocultándole la verdad. Incluso pensé que haciéndole recordar, devolviéndole su pasado y las respuestas que nunca

encontró, le haría feliz. Pero él jamás ha querido recordar. Sé que siempre hay daños colaterales, sin embargo, me duele tanto que mi esposo sea uno de ellos... No puedo perdonarme. Lo único que puedo hacer para acallar mi conciencia es seguir con la investigación, con lo previsto desde el primer momento, y no puedo hacerlo a su lado, continuando con él, siguiendo esta farsa. Le debo algo que justifique lo que hemos hecho, le debo una respuesta. Tengo que encontrar hasta el último vestigio de esta historia, de todo lo que sucedió.

Después, cuando todo esté aclarado, quizás entienda mis motivos, nuestros motivos, y pueda o sea capaz de perdonarme, de perdonarnos. Entonces, al menos, tendré una justificación para cada una de sus preguntas. En cierto modo, reconozco que debí hacerte caso y desaparecer, pero habría perdido algo demasiado importante: el privilegio de quererle y sentirme querida por él.

Como ya sabes, contacté con las religiosas.

Tengo prevista una cita para recoger las pertenencias de Salas. La que en aquel entonces era madre superiora de la orden, sor Vasallo, no puso ninguna objeción a mis investigaciones, por el contrario, vio en mí una tabla a la que aferrarse en medio de la tempestad que ha levantado el fraile Daniel. Su única obsesión es limpiar a su congregación y a la congregación amiga de las Jerónimas de polvo y paja. Creo que no saben bien dónde estuvieron metidas y que su fe ciega por la doctrina que profesan les hizo confundir las churras con las merinas. Aunque, tal vez, todas sus explicaciones y el tono de ofensa que muestran no sea más que el resultado de la preparación religiosa a la que están sometidas, que, como ambas bien sabemos, es extremadamente perfecta en ocultar lo que no es políticamente correcto o puede dañar los cimientos de su doctrina, de su vida. A fin de cuentas, todos estamos en el mismo saco, todos tenemos un precio o, como bien decía tu querido Salas, todo tiene un precio y en algún momento de nuestra vida tendremos que pagarlo, aunque no queramos.

Es muy probable que, como bien has supuesto tú desde el principio, entre los objetos de Salas esté la clave para encontrar el plano que nos falta y la llave del lugar en donde se reunía el grupo de forenses. Enrique no sabe nada de ello, no tiene la menor idea de la existencia de un plano, menos aún de las llaves. Ni tan siquiera conoce la vinculación de su padre con las religiosas. Sabremos si estamos en lo cierto cuando la sor me los entregue. Le comenté la situación anímica de Enrique y su reticencia a recordar, algo que entendió, dados los acontecimientos. Creo que de no haberme casado con él nunca habría tenido acceso a esos objetos, y ese punto es algo que también me aterra. Cuando Enrique lo sepa, pensará que mi matrimonio con él fue por conveniencia, sin darme ocasión a que le explique que todo tomó un rumbo

imprevisto y que solo pretendíamos sacar de él unos recuerdos que nos llevaran a localizar ese plano y la llave, información que nos permitiera entrar en el convento y acceder a los objetos que Salas le dejó a sor Vasallo. Como verás, no puedo despegarme de mi sentimiento de culpa, del amor que siento por él. Por eso llegaré hasta el final de todo este asunto, me cueste lo que me cueste y sin mezclarle nunca más en nada, sin atisbos de manipulación por mi parte. Es lo que necesito ahora para aminorar mi pena.

Sor Vasallo me habló de una vidriera en la que Salas representó *La caída de Ícaro*. La insistencia de la sor sobre la desaparición misteriosa de la vidriera y su reiteración en que la representación de *La caída de Ícaro* en ella no era una simple coincidencia ni un capricho de Salas, me hizo sopesar la posibilidad de que él la hubiera hecho salir del convento. Por esos motivos, le pregunté a la religiosa sobre el modo y manera en que salían los envíos al exterior en aquellos días, cuando el convento estaba en cuarentena. Quería sopesar la posibilidad de que Salas hubiera sacado, sin que nadie lo supiera, aquella representación de las instalaciones antes de ser asesinado.

No hubo envíos al exterior, ni tan siquiera cartas, pero sí apuntó que días después de que la enfermedad fuese diagnosticada y milagrosamente atajada, un amigo de Fonseca y de Salas les hizo una visita. Lo recordaba porque fue la única que recibieron los forenses durante su permanencia en el convento. Y de ella fueron informados los investigadores tras los homicidios. Los policías localizaron al individuo y dieron cuenta a la religiosa de su identidad, así como de la charla que mantuvieron con él. Era un zapatero experto en ortopedias, que fue llamado, según declaró y demostró, por Salas, para que antes de que saliera del convento le rectificara dos pares de zapatos que le permitieran seguir andando sin los problemas que su escoliosis le provocaba. El hombre manifestó no saber nada sobre lo que sucedía en el convento, ni conocer a los forenses más que en cuanto a lo relacionado con su profesión. Afirmó que llevaba nivelando los tacones de los zapatos de Salas muchos años. Hasta aquí todo era aparentemente normal, pero, cuando la religiosa me describió al individuo como un hombre con acento catalán, encorvado, de uñas largas y piel macilenta, de inmediato pensé en Josep. Creo que no es fruto de la coincidencia, ya que él, como sabrás, ha estado estrechamente vinculado a Enrique desde que su padre falleció. Incluso es probable que formara parte del mismo grupo de investigación, de la red a la que ambos pertenecían. Sé que la decisión que he tomado es peligrosa, pero tengo que hablar con Josep e interrogarle sobre ello.

Es evidente que la única persona que entró en el convento y pudo sacar de su interior aquella vidriera que supuestamente confeccionó Salas fue ese zapatero. Estarás conmigo en que, del mismo modo, lo más factible es que Josep sea la misma persona. Si es así, debe saber muchas cosas que, bien por

proteger a Enrique, o bien por protegerse, ha ocultado durante muchos años. Sé que estarás pensando que es un riesgo hablarle de ello, que debo ser prudente, ya que él puede estar directamente involucrado. Lo sé, y por ello no debes preocuparte.

Que YHVH siempre te proteja.

Tuya,

JANA.

TERCER ESCRITO

Querida Reyes:

He pospuesto mi viaje al convento; hablé con la hermana Vasallo y se lo hice saber. El motivo es que me dispongo hoy mismo a tomar un vuelo que me llevará a Nápoles. He acordado con Josep una cita en el aeropuerto. No le he dicho ni una sola palabra sobre mis intenciones. Opté por omitir los detalles reales de nuestro encuentro. Pienso que es más seguro revelarle mis sospechas en un lugar concurrido. No creo que recele, piensa que nuestra cita se debe a mi alejamiento de Enrique. Se mostró sorprendido ante mis palabras. No tenía noticias de ello; ni tan siquiera sabe que Enrique hace ya tiempo que no está en Barcelona, que reside en Madrid. Al menos eso fue lo que afirmó y creo que no mentía. Llevaré el prendedor de libélula con la grabadora que me hiciste. Sigo pensando que es una preciosidad. Lo utilizaré, Dios mediante, cuando recoja los objetos de Salas. En el momento que esto termine, que espero sea pronto, haré que le inhabilites la grabadora y seguiré usándolo. Me parece una obra digna del mejor vidriero, como lo era él.

Decidí viajar a Nápoles, a la Gallerie Nationali di Capodimonte, en donde está la obra de Cario Saraceni sobre la caída de Ícaro, la obra que Salas, según la religiosa, representó con un carácter tan real que parecía el mismo original ayer noche, cuando vi el cuadro en una de las páginas del Google que me remontó a la galería. Recordé entonces la insistencia, la reiteración constante de sor Vasallo sobre la perfección del dibujo de la vidriera. Su reincidencia en la semejanza con el original. Fue entonces, contemplando el cuadro y recordando las palabras de la sor, cuando pensé que si la vidriera representaba, como decía la religiosa, la obra original de una manera tan veraz, lo más coherente sería que esta nunca hubiese escondido más mensaje que el que sor Vasallo había oído por boca de Salas. Que el grupo estaba preso en el convento como lo estuvieron Dédalo y su hijo; para preservar un secreto importante. Si mi hipótesis era cierta, lo más convincente era pensar que Salas no se habría esmerado tanto, no habría confeccionado una copia tan fiel para

enviar un mensaje tan sencillo que, además, según la sor, compartía sin recelo con todos los que hablaban con él. Por lo tanto, y basándome en esa hipótesis, pensé que la desaparición u ocultación de la vidriera no tenía mucho sentido. A menos que la vidriera escondiese un doble mensaje. Es probable que Salas confeccionase la vidriera con dos fines. El primero pudo ser engañar a los que se habían percatado de que estaba dando la voz de alarma sobre lo que allí se gestaba, hacerles creer que en aquella obra había algo escondido, cuando en realidad no contuviera nada. Que la vidriera solo fuese un señuelo para despistar. El segundo fin sería tan sencillo como indicar a todos los que vieses aquel dibujo o tuvieran noticias de su extrema perfección que su trabajo solo estaba dirigido a orientar las investigaciones sobre la obra original que él con tanto esmero había representado. Estoy segura de que Salas escogió la representación de la obra de Saraceni y no otra conscientemente. Lo hizo con el único fin de dirigir todas las miradas a la pintura. De ahí su extrema perfección. No sé qué simbología pudo contener la obra de Saraceni para Salas, o si la clave real estará en el cuadro o en su ubicación. Tampoco si era una pista falsa, un señuelo. Si no lo era y escondía algo, esto puede que esté en cualquier lugar, incluso a las puertas del museo o entre el personal que lo custodia. Por eso he decidido desplazarme a Nápoles. Si es necesario, contaré hasta el número de pasos que hay que dar en el recorrido que lleva al visitante desde la entrada hasta el cuadro. Cuando esté allí sabré si todo son suposiciones más producto de mi exceso de celo, de mi obsesión por encontrar una salida, o en realidad estoy en lo cierto. Cuando esté frente a ella y haya recopilado toda la información sobre la obra y su creador lo sabré.

He detectado un intento de entrada nuevo en la red. Conseguí bloquearlo y borrar toda la información, como de costumbre, antes de que el gusano se colase. Habrá que cambiar los códigos, sus rotaciones y el tiempo de las mismas, una vez más. Es obvio, como ya supusimos, que alguien cercano sabe de nuestras investigaciones y conoce nuestras DNS. Tendremos que movernos con más precaución. No tendrás noticias más hasta mi regreso, y te las enviaré, como lo hacíamos antes, encriptadas, a través de una nueva dirección. Una vez que recoja las pertenencias de Salas me reuniré contigo.

Por otro lado, me gustaría que pusieras a Enrique en contacto con el padre Daniel. Él persigue unos fines parecidos a los nuestros y es la persona más indicada para abrirle los ojos con prudencia. Como, además, según me dijiste, su investigación le puede, no te será difícil que el cura acceda a ello. Bastará con que le prometas que tendrá acceso a toda la información que nosotras hemos recopilado y recopilaremos. Sería interesante que le informases de la entrega que sor Vasallo me hará, eso incentivará aún más su interés sobre nuestra propuesta. Te pasaré la dirección de la nueva residencia de Enrique. En el último correo que recibí de él estaba en una pensión de la Gran Vía

madrileña. Me dijo que buscaba alojamiento temporal hasta recibir la liquidación que le permitiera marchar a su pueblo y vender la casa de sus padres. Creo que la forma más fácil de tenerlo controlado, para saber la información que le llega y así mantenerlo a salvo de posibles peligros, sería que el padre Daniel le alquilase una habitación en su casa. Es sencillo hacerle llegar la oferta. Sé que te encargarás de ello y que al padre Daniel le gustará la idea. Sus fines no son los mismos que los nuestros pero están emparentados de cerca. Estudiando toda la información que me diste sobre él, intuyo que posiblemente necesitemos de su ayuda más adelante. Si no estamos equivocadas y Salas utilizó los textos de Cervantes y de Loyola para sacar la información del convento sin que nadie, ni tan siquiera las religiosas, lo sospechasen, necesitaremos un erudito en la materia. No será suficiente con el conocimiento que ambas poseemos sobre criptografía, habrá que conocer e interpretar las obras de ambos escritores, posiblemente, en su totalidad. Es evidente que los estudios y el rastreo que el padre Daniel ha efectuado durante estos años sobre Loyola y Cervantes, así como la certeza que demuestran sus conjeturas, nos serán muy útiles. No descarto la posibilidad de que el padre Daniel esté en lo cierto y que los textos que él asegura que existen sean en parte portadores de alguna clave relacionada con lo sucedido. Todo lo que me hiciste llegar, los escritos que él te remitió sobre sus investigaciones son, más que hipótesis, una tesis por la que muchos se dejarían apalear públicamente. Es de entender que las religiosas se escandalicen, pero... también que el padre Daniel no ceje en su empeño por llegar hasta el final, por encontrar esos supuestos textos del santo. Yo, en su lugar, haría lo mismo. Sea como fuere, el camino que todos recorreremos parece ser el mismo, y por ello considero que debemos avanzar a la par. No sería esta la primera vez que conjeturas, historias de ficción, hipótesis tachadas de supercherías, dan la clave de una realidad tan tangible como invisible al ojo humano. No debemos olvidar lo que decía tu padre: los locos del presente serán los sabios del futuro.

He decidido decirle a Enrique, una vez que tenga los objetos de Salas, todo lo que sé sobre su padre y el grupo de forenses. Sería estupendo que cuando lo haga él ya hubiera contactado con el padre Daniel y este le hubiera puesto en antecedentes sobre sus investigaciones. De esa forma, para Enrique, sería más fácil de comprenderlo todo. Sé que sabrás explicarle al padre Daniel mis intenciones con claridad y le harás llegar mis sentimientos hacia Enrique, sentimientos que él, estoy segura, entenderá.

Que YHVH siempre esté contigo.

Tuya,

JANA BONET.

Capítulo 38

No articulé vocablo alguno. Le entregué los tres escritos a Daniel y me dirigí hacia el coche. Él me siguió azorado. Con el ordenador portátil semiabierto y la carpeta bajo la axila, sujeta por el antebrazo, caminaba en silencio, pendiente de cada uno de mis gestos, como a la espera de una reacción cuando menos violenta, que deduje temía por su forma de mirarme. Permanecí en ese estado semicatatónico durante todo el recorrido de vuelta. Solo me dirigí a él para indicarle que haríamos noche en el pueblo.

De las horas que pasé en soledad en aquel cuarto sombrío y caluroso de la única pensión en la que conseguimos encontrar hospedaje, tengo un vago recuerdo. A la mañana siguiente nos encontramos, como habíamos convenido, en la cafetería anexa a la pensión. Él esperaba, así me hizo saber horas más tarde, que yo le pidiera explicaciones sobre su comportamiento, sobre el ardid del que había sido objeto. Pero las cartas de Jana dejaban, de forma escueta y precisa, todos los cabos atados, a excepción de los que atañían a Reyes directamente, y esos debía aclararlos con ella en persona. Los motivos que Daniel había tenido para involucrarse en todo lo acontecido estaban claros desde el primer momento, desde que me hizo partícipe de sus indagaciones e hipótesis, y, en cierto modo, era comprensible su implicación, ya que su obsesión desmedida por concluir las investigaciones, por encontrar aquellos supuestos escritos de Loyola, le dominaba. Por otro lado, nuestra relación aún no tenía vínculos afectivos, algo que hacía comprensible su falta de empatía hacia mi situación. Sin embargo, el proceder de mi esposa era bien distinto. Por más que analizaba todos y cada uno de los detalles, no encontraba nada que justificase, aun deseándolo con todas mis fuerzas, su deslealtad, su actitud desmedida y mezquina hacia mí.

Durante el desayuno le pregunté a Daniel sobre ello, sobre el motivo real de toda aquella farsa, en la que Josep, que fue como mi segundo padre, también había participado. Quizás aquello, el pensar que tras toda esa maraña de actos premeditados, de engaños superlativos, tenía que haber algo de una magnitud inimaginable que justificase la actuación de todos, fue lo que evitó que me derrumbase o sufriera un ataque de ira. Tenía la esperanza de que fuera así, de que tanto Josep como Jana, las dos personas más importantes de mi vida, hubieran tenido razones sobradas que justificaran su comportamiento. Lo deseaba con todas mis fuerzas, aferrándome a ello como si fuese la única tabla de salvación para no perder la cordura, para no dejarme llevar por el dolor y la desorientación que me producía todo lo que acababa de conocer. Pero Daniel no supo o no quiso decirme todo lo que sabía. Había detalles, según manifestó con cierto reparo, que no le atañían y de los que, si bien era conocedor, prefería no hablar:

—Esta situación era previsible; una vez que tu esposa falleció y las religiosas te hicieron llegar los objetos de Salas, supimos que pedirías explicaciones. Reyes

siempre lo supo, por eso guardó todos los correos que tu esposa le enviaba. Si ella no hubiera fallecido, estos escritos, igualmente, te hubieran sido entregados. Jana también tenía una copia de todo lo que remitía a Reyes, que, tarde o temprano, te iba a hacer llegar, pero que, como pudimos comprobar, desapareció con todos los datos que había en la CPU. Sabíamos que las religiosas te hablarían de mí y de las investigaciones que llevé a cabo durante mi permanencia en el convento. Aunque no te hubiera acompañado a la abadía te habrían puesto al tanto de todo lo relacionado conmigo y mis trabajos. El motivo prioritario que sor Vasallo tuvo para acceder a entregar los objetos de Salas a tu esposa y, posteriormente, a ti, no es más que desvincular al convento de lo que entre sus paredes se gestó.

—Necesito saber la implicación real de Jana en todo esto, el papel de Reyes, el porqué de su investigación. Quiero saber los motivos que llevaron a Jana a engañarme de esa forma. Necesito encontrar una justificación que deje, al menos, un pedazo de mi vida en su sitio. Aún recuerdo sus recriminaciones, sus advertencias sobre a lo que mi actitud podía llevarme, ¡qué ironía! Todo indica que no era yo quien le importaba, sino averiguar si recordaba algo que pudiera serles útil en su investigación, y eso es lo único que no soporto, el único motivo que me ha tenido toda la noche en vela.

—Debes seguir creyendo en tu esposa. Te quería; precisamente fue eso, lo que sentía hacia ti, lo que le hizo inmiscuirse aún más en su investigación, seguir ayudando a su hermana. Debes entender que ella hiciera cualquier cosa por Reyes. Imagino que sabrás que era su hermana.

—¡Por supuesto! Fue testigo en nuestra boda civil.

—Ambas estaban atadas de pies y manos, una frente a la otra. Jana se enamoró de ti, y Reyes lo entendió. Pero Jana le debía a Reyes el compromiso de seguir con la investigación. Pensaba darte a conocer todos los detalles, absolutamente todos, arriesgándose a perder tu cariño, pero, desgraciadamente, no le dio tiempo. Si te soy sincero, yo, en tu lugar, no sé lo que habría hecho. Si te sirve de algo, puedo asegurarte que ella te quería con independencia de los motivos por los que en un principio se acercó a ti. Te quería tanto que prefería no verte nunca más a que la odiasen por lo que había hecho...

Fue Daniel quien, minutos más tarde, se puso en contacto con Reyes y concretó nuestro encuentro. Ambos tenían prevista esa reunión desde el momento en que él le remitió la copia de las galerías que proyectaban los reflejos del cuadro de mi padre a través del correo electrónico, mientras yo hablaba con sor Laudelina en los jardines del convento, ajeno a lo que se gestaba a mis espaldas. Fue Reyes quien identificó aquel entramado de pasillos como parte del casco antiguo de Toledo y no los contactos que Daniel me dijo que tenía.

No había vuelto a verla desde el sepelio de Jana. Aquel día, apenas cruzamos unas palabras empapadas por el dolor que ambos sentíamos; inconexas y repletas de recuerdos compartidos. Nos abrazamos durante unos minutos, y después, cuando el

féretro se deslizó por la pasarela acompañado por música de órgano, se marchó, como solía hacer, discreta y silenciosa. Me dedicó una mirada desgarradora, nublada por las lágrimas, que no dejaban de humedecer sus ojos. Se fue como si nunca hubiera estado, sin despedirse. Había ido al hospital, pero nuestras visitas no coincidieron, a excepción del día en que Jana murió. Y aquel, igual que el del sepelio, apenas hablamos. Mi mutismo estaba motivado por los correos amenazantes que había recibido y de los que no me atreví a hablarle. El de Reyes, por temor a que yo la desenmascarase, a que supiera más de lo que hasta aquel momento había manifestado. Lo que ambos ocultábamos nos enmudeció.

En aquel instante, mientras Daniel hablaba con ella por el teléfono móvil desde la cafetería, afable y distendido, entendí la postura de Reyes durante todos aquellos meses. El motivo de sus rechazos a mis intentos por llevar una relación familiar dentro de los cánones establecidos socialmente. Ella solía evitarme. Desde que tuve conocimiento de su existencia, evitó estar conmigo más de lo necesario, mostrándose distante, casi anónima. Su aparente rechazo me obligó a hablar con Jana. Pero mi esposa nunca dio importancia a su actitud. Alegaba que sus relaciones con los hombres eran las responsables de su carácter ajado, con sabor y olor a betún de Judea; agradable por momentos y asfixiante si es permanente: «Es un alma extraña, siempre lo fue, y contigo no iba a ser diferente. Le caes bien, te tiene cariño, y con eso debe bastarte, terminará mostrándote sus sentimientos, pero debes ser paciente», solía decirme Jana en respuesta a mis quejas y preguntas sobre Reyes. Y no mentía, Reyes llegó a mostrarse ante mí, pero no como yo imaginé que lo haría, no como la persona que pensé que era.

Capítulo 39

Rosalía nos condujo hasta el lugar de trabajo de Reyes. Permanecimos unos minutos contemplando cómo remataba el trabajo sin que diese muestras de estar incómoda con nuestra presencia, con mis ojos clavados en su tatuaje cervical. Cuando hubo terminado, se giró y, mirándome de frente, con aquellos ojos grises como nubes de invierno, iguales a los de mi esposa, dijo:

—El pachulí hace años que pasó de moda. Su aroma es tan desagradable como el rencor histórico que acompaña a los recuerdos de la guerra civil y tan asfixiante como el empeño de los políticos por mantener eternamente vivos a los muertos que ambos bandos dejaron tras de sí. Esa maldita esencia se creó, estoy segura, para camuflar otro tipo de olores. Es tan fuerte que aturulla los sentidos, es una trampa para el cerebro; no deja pensar..., aunque reconozco que para tu trabajo es la ideal. Enmascara el olor de la muerte y así uno no razona sobre ella. Sin embargo, creo que deberías quitarte su rastro cuando acabes de colaborar con la parca. A ella tampoco le gustaba, y te lo dijo, pero tú nunca le hiciste caso.

Por los ventanales entraban los rayos del sol en oblicuo, desviados por unas sábanas blancas que colgaban a modo de persianas. Rosalía estaba bajo Reyes, sujetando la escalerilla, que crujía como si tuviera vida propia y los chirridos fueran producto del dolor que sentía bajo los pies descalzos de aquella mujer esbelta, delgada y extraordinariamente bella que bajaba los peldaños sin retirar sus ojos de los míos. Cuando estuvo sobre el suelo de madera vieja y seca, tomó las manoleínas negras y se calzó. Después se desprendió de la bata blanca y dejó al descubierto su enlutada indumentaria, bajo la cual se ocultaba un cuerpo de líneas perfectas y atrayentes, a pesar de sus cincuenta años. Reyes era extraordinariamente hermosa, de rasgos faciales duros y piel blanca, casi nívea, como una hoja de folio recién confeccionada. Apenas tenía arrugas en su rostro, lo que le daba a su piel una tersura brillante, rara, como si en ella jamás hubiera existido una impureza, un solo poro por el que su organismo dejara escapar sus miserias. Tenía el pelo encanecido en su totalidad y, a excepción de aquel día, siempre la vi con él suelto. Aquellos rasgos, su extraordinaria belleza y atractivo, eran lo que menos encajaba en las explicaciones que Jana me daba constantemente; jamás pude entender que Reyes tuviera problemas con los hombres con una belleza tan sobrecogedora.

—Es cierto que debería haber prestado más atención a las palabras de mi esposa —respondí mientras nos abrazábamos.

—Necesito que hablemos de muchas cosas. Debemos aligerar nuestra investigación; ahora no estamos en el anonimato, hace tiempo que nos descubrieron, que siguen nuestra pista. Por lo que Daniel me hizo saber, te mandaron el carné de identidad de tu padre, el arco partido de tu violonchelo y una copia de la alianza de Jana junto a un mensaje claro de amenaza que, desgraciadamente, parece haberse cumplido. No podremos estar seguros nunca de que la muerte de mi hermana fuera

consecuencia de un asesinato, ya que ella tomaba aquellas gotas. Sin embargo, toda evidencia que, desgraciadamente, pudo ser así.

—¿No crees que tengo derecho a ser yo el que haga las preguntas? —inquirí, mirándola fijamente y con expresión de indignación, ante su actitud, que me pareció más fría y distante de lo que acostumbraba ser.

—En la copia de los correos electrónicos que Daniel te entregó están todas las respuestas. No deberías necesitar nada más, a excepción de los motivos que mi hermana tuvo para involucrarse en esta investigación y, por supuesto, la razón de que te lo ocultase. Las dudas sobre sus sentimientos no tienen sitio en esta historia, no deberían tenerlo para ti. Te demostró que te quería con toda su alma; el hecho de que te mintiese no es significativo, muchas veces es necesario para proteger al ser querido y el cariño que se siente por él. Si dudas de sus sentimientos, los tuyos también podrían ponerse en entredicho. No quisiste hablarle de nada relacionado con tu padre y le ocultaste muchas cosas, entre ellas el cuadro en el que estaban el plano y la llave. Eso sin contar el que la dejaras marchar, el que prefirieras que se fuese a poner algo de tu parte e intentar recordar. Si tanto la querías, ¿por qué actuaste de esa forma tan egoísta? ¿Tenías otros motivos de más peso para hacerlo que el amor que afirmabas que sentías por ella? —no respondí—. Si hubiera sido por mí, jamás hubieseis contraído matrimonio. Consideré como un accidente que se enamorase de ti. Si quieres colaborar con nosotros serás bien recibido, si decides que no estás dispuesto a hacerlo, cada uno seguirá por su lado. No me preocupa ni me atañe tu desconfianza. Estás en tu derecho. Pero no olvides que quien te hizo llegar el carné de tu padre solo puede ser una persona: su asesino. El asesino de mi padre y del tuyo y, posiblemente, el de mi hermana.

—¡El asesino de tu padre! —exclamé.

—Salas era mi padre —respondió.

—Eso es imposible. Salas no tenía descendientes. Su matrimonio fue estéril.

—Su matrimonio, él no —puntualizó—. Soy hermana de Jana solo por parte de madre. Mi padre era Salas. Cuando nuestra madre contrajo matrimonio con Pere Bonet, tres años después de que mi padre falleciera, mis apellidos pasaron a ser los mismos. Pere Bonet me reconoció como hija legítima. Años más tarde nació Jana. Pere me trató como a una hija, igual que a Jana, sin ningún tipo de distinciones. Pero el recuerdo de mi padre genético nunca se borró de mi memoria. Era un hombre excepcional y adoraba a mi madre. Si no lo hubieran asesinado, habría pasado el resto de sus días junto a nosotras. Tenían pensado abandonar España en el momento que terminasen las investigaciones sobre la enfermedad de las monjas. Renunciaría a todo por mi madre y por mí. Jana no podía decirte que yo era hija de Salas, yo se lo había prohibido.

—¿Por qué?, no entiendo qué motivos pudiste tener para prohibirle que me hiciese partícipe de ello.

—Desconfianza, ese fue el motivo prioritario. Intenté hablar con las religiosas

antes de localizarte, antes de que Jana entrase en tu vida, pero no quisieron recibirme. Contarte la indignación que mostraron las religiosas cuando les hice saber mi parentesco con Salas, aparte de desagradable y doloroso, sería una pérdida de tiempo..., ya sabes cómo se trataban y tratan las relaciones extramatrimoniales en los círculos católicos. El deseo de mi padre era establecerse en Italia con mi madre y conmigo, después, me daría sus apellidos y con ellos todos los derechos que me correspondían. Pero eso, como sabes, nunca pudo realizarse.

»Ella nunca dejó de hablarme de él, de sus deseos de vivir con nosotras, pero jamás me comentó nada sobre sus actividades profesionales, tampoco sobre su muerte. Mantuvo silencio durante toda su vida para protegerme, enmudeció hasta unos días antes de su fallecimiento. Creo que algo semejante a lo que hizo tu madre... —guardó silencio durante unos instantes como a la espera de una respuesta mía que no obtuvo—. Aquel día, me entregó un montón de escritos que iban dirigidos a ella. Hacía años que los mantenía ocultos, desde que dos semanas después del asesinato el confesor de mi padre le hiciera entrega de ellos en el más absoluto secretismo, cumpliendo así la última voluntad de mi progenitor. En aquel momento, fue cuando me dijo que aquellas cartas debían esconder el motivo por el que se cometieron ambos crímenes, porque lo que decían no podía ser cierto.

—No entiendo —dije.

—Los textos recogían la prueba escrita del arrepentimiento que mi padre manifestaba sentir por haber mantenido una relación extramatrimonial cuyo fruto era yo. En ellos, mi padre le hacía saber que su deber cristiano imperaba sobre sus sentimientos, los cuales, decía con excesiva y sospechosa reiteración, no podía reprimir. También hablaba sobre el trabajo que sor Vasallo le había solicitado, concerniente a Loyola, pero, contrariamente a lo que Daniel defiende —dijo mirándole burlona—, no citaba más textos del jesuita que los conocidos por todos: su vida y peregrinaje. El contenido de las cartas destruía de un golpe una relación de la que había nacido su hija, una relación que había sido sólida, tan sólida e importante para mi padre que pensaba abandonar todo. ¿Entiendes ahora que mi madre siguiera sin entender aquel cambio de actitud tan brusco, tan repentino?

—¡Por supuesto! Intentó asegurarse el cielo, pero también su posible, e imagino que deseada, estancia en la tierra —dije sin pensar en que mis palabras podían ofenderla.

—Eso fue lo que su confesor debió de pensar cuando mi padre le dijo que había mantenido relaciones con una mujer fuera del matrimonio, fruto de la cual había nacido una hija. Mi madre llegó a creer que las cartas habían sido escritas bajo coacción, que no eran autoría de mi padre. Sin embargo, las cartas eran el recipiente perfecto para esconder el verdadero mensaje que mi padre le envió a mi madre sin que nadie lo percibiera. Su relación extramarital, su pecado, le sirvió para poder sacar del convento la información que a mí me ha llevado hasta donde estoy. En realidad, la confesión no era más que una tapadera, el cura jamás sospechó que en las cartas

hubiera interlineado alguno y, menos aún, que contuvieran mensajes encriptados. Del círculo de amistades de mi padre, el orfebre toledano, Hilario Ruiz, uno de los forenses que también estuvo con él en el convento, era el único que conocía la relación que ambos mantenían y mi nacimiento. Él, de no haber desaparecido en aquel maldito autobús, hubiera dado a mi madre más que respuestas: le hubiera dado las claves para descifrar el contenido del mensaje.

—Sor Laudelina me habló de él —respondí, al tiempo que hacía una seña de agradecimiento a Rosalía, que nos ofrecía una bandeja con embutido y cervezas frías.

Daniel, tras tomar uno de los botellines de cerveza y un taco de jamón, le hizo un gesto a Reyes y esta le cedió la palabra:

—La máquina de escribir, la Corona que te enviaron las religiosas, en origen era propiedad del convento. Cuando a Salas le pidieron que trabajara en los textos de Loyola, él solicitó utilizar la máquina de escribir que tenía la congregación. Después de utilizarla unos días, manifestó, enseñándole a la religiosa uno de los escritos, que las teclas estaban desgastadas y que el mecanismo fallaba, por lo que sugirió arreglarlas. Hilario Ruiz se encargó de volver a grabar las letras. En esas teclas, Hilario introdujo unas variantes precisas que permitieron que Salas, el padre de Reyes, pudiera encriptar los mensajes con mayor rapidez y eficacia, y de una forma que, muy probablemente, nadie descubriría, como así fue. Decididamente era un hombre muy inteligente, y aplicaba sus conocimientos a sus necesidades con una precisión que sigue sorprendiéndome —concluyó Daniel mirando a Reyes.

—Pero la máquina no tiene teclas. Las religiosas me la enviaron sin nada —dije.

—Mi padre, cuando terminó de escribir aquellas cartas, o cuando no pudo seguir escribiendo más porque lo localizaron, las quitó, alegando que su acto era producto del arrepentimiento que sentía, y se las entregó al confesor junto a las cartas —respondió Reyes, al tiempo que Rosalía le entregaba una bolsita de terciopelo rojo.

Reyes aflojó el cordón de cuero que fruncía la abertura, y poniendo el saquito boca abajo sobre la palma de su mano derecha, dejó que algunas de las teclas cayeran sobre ella. Esperé unos instantes, en los que tuve que reprimir, con mucho esfuerzo, mi curiosidad. Necesitaba coger aquellas teclas, mirarlas, ver lo que contenían, qué había en ellas; pero me contuve.

—Puedes cogerlas —dijo Reyes, estirando su mano hacia mí—. Mi padre le cuenta a mi madre, en sus cartas, que la escribe con una máquina a la que han tenido que cambiarle las teclas, que Hilario las ha confeccionado para él y que gracias a ello su trabajo es más llevadero.

—Estás ante una de las piezas claves de esta historia —apuntó Daniel.

Permanecí varios minutos observando las teclas con detenimiento. Mirando cada uno de sus lados, los recovecos, las marcas que los golpetazos provocados por el uso habían dejado en su superficie. Observé todo, pero no hallé ni un vestigio que me indicara que en ellas estaba la clave que tanto Reyes como Daniel aseguraban que había insertado Salas.

—Es lógico que no encuentres la puerta secreta, por ello es secreta —manifestó Daniel sonriendo burlón—. Ya te dije que Salas era excepcional.

—Cuando te enseñe las cartas te lo explicaré —dijo Reyes, cogiendo las teclas que yo tenía y volviendo a introducirlas en la bolsa de terciopelo—. Pero aún nos queda bastante trabajo por hacer. Su transcripción es lenta y laboriosa. Los mensajes no están completos; para mi padre eso hubiera sido una labor de años.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Hasta que no veas las cartas no lo entenderás. En cada cuadro que tenía cada miembro del grupo de forenses había una clave. Mi padre, como te dijo sor Laudelina, confeccionó un cuadro para cada uno de ellos y se lo regaló. Hilario Ruiz, el orfebre, también hizo una cruz de Ankh para cada miembro del grupo. El extremo inferior de cada una de ellas estaba tallado. Las cruces eran llaves. Lo que abren aún no lo sabemos, aunque ahora, si los corredores que formaron los reflejos del cuadro se corresponden, con las calles que identifiqué cuando Daniel me hizo llegar tus trazados por *e-mail*, quizás encontremos el lugar al que pertenecen. Evidentemente, contando con que ese lugar aún exista después de tantos años, ese lugar o el objeto.

—¿Crees que la llave que tengo en mi poder es la doceava? —inquirí.

—No. Junto al cadáver de tu padre, dentro de la tinaja, se encontró su llave, la doceava. Por eso suponemos que esa llave, la que estaba en el envés del cuadro de tu padre, es diferente a las que Hilario hizo para todos los miembros del grupo, incluido él, durante su permanencia en el convento. Es probable que tu padre, con la ayuda del mío, escondiera en el cuadro, mucho tiempo antes, esa llave, la que tienes en tu bolsillo —dijo mirando mi pantalón—. Respecto a los reflejos que tu cuadro proyecta, no podemos saber si el resto de los cuadros también los proyectaban, ya que desaparecieron con los forenses y el de tu padre nunca se encontró.

—Ese cuadro no pudo haberlo confeccionado Salas en el convento. Mi padre lo trajo mucho antes —respondí.

—Exacto, ya te he dicho que es más que probable que ambos, mi padre y el tuyo, supieran lo que el cuadro contenía, que hubieran escondido en su envés la llave y hubieran confeccionado juntos el marco de cristal —respondió—. También es probable que tu madre lo supiera, que tuviese conocimiento de lo que el cuadro contenía y no quisiera involucrarse. Su esposo había sido asesinado, debía de estar aterrada. Lo cierto es que en las cartas mi padre introdujo claves precisas que hablan de una llave a la que enumera como la trece. Eso nos indicó que había una llave más. El mensaje es: llave 13, cuadro, heredero, Fonseca.

Capítulo 40

—¿Yo y mi padre? —inquirí.

—Sí —respondió tajante Reyes—. Y, si sigues las palabras, está claro que, sin lugar a dudas, se refiere al cuadro y a ti: su heredero. De igual modo, el mensaje de mi padre, el que dejó escrito en el folio que te entregó sor Laudelina con la máquina de escribir y el dibujo, también se refiere a lo mismo.

—Tú mismo —interrumpió Daniel— no tuviste problemas para relacionar el dibujo con el cuadro, era idéntico. Enseguida supiste que el dibujo de Salas se vinculaba con tu cuadro. Como verás, es evidente que el padre de Reyes dejó la llave y el plano en aquel cuadro que regaló a tu padre por algún motivo, que ambos podían conocer o que solo Salas conocía, caben las dos posibilidades.

—El cuadro no se lo regaló a mi padre, sino a mí —respondí—. Era mío. Dijo que el mejor vidriero lo había hecho para mí. Yo coleccionaba coleópteros, como mi padre, y siempre me han entusiasmado los prismas. Nunca, hasta que no tuve los objetos de Salas en mis manos, después de lo que le sucedió a mi esposa, pensé que aquel cuadro tuviera otro significado que el que siempre le di: el recuerdo de mi padre, el mejor de sus regalos. Un regalo que mi madre quiso quitarme cuando él murió, como otras muchas cosas de él, incluso su recuerdo y el orgullo de sentirme su hijo, el hijo del forense Fonseca. Ahora entiendo su actitud desmedida. Era como si estuviera enfadada con él por haberse dejado asesinar, como si le echara a él la culpa de lo sucedido.

—Tu madre debió de saber lo que significaba el cuadro después de la muerte de él y por eso te lo reclamó de aquella forma, quizás el calificativo de maldito viniera por ese motivo.

—Ahora disponemos de datos suficientes como para afirmar que mi padre intentaba sacar información encriptada del convento —dijo Reyes—, y que cuando se dio cuenta de que lo habían descubierto, que sabían de sus intenciones, no tuvo tiempo para mucho. Suponemos que el resto de las señales o advertencias que fue dejando solo eran pistas falsas al sentirse descubierto. En ellas incluimos los cuadros y el resto de las llaves, aunque es posible que nos equivoquemos y en esos cuadros también hubiera datos significativos de lo que allí se gestaba o hacía. Pistas que le harían ganar tiempo y distraer la atención lo suficiente como para poder encriptar los mensajes en las cartas que le enviaba a mi madre. Tu madre dijo que el cuadro había desaparecido. Que era mejor así porque estaba maldito.

—¿Hablaste con mi madre? —pregunté sorprendido.

—Sí. Antes de que Jana estableciera contacto contigo, hablamos con ella. No hubo que darle referencias concretas sobre él. Bastó con que le dijéramos que estábamos buscando un cuadro regalado por Salas, un cuadro con el marco de cristal, para que supiese a qué nos referíamos. Nos advirtió de que nuestra investigación era peligrosa y nos rogó que no te involucráramos en ella. Fue entonces cuando dimos

por hecho que tú eras el único que podría entrar en el convento. Las religiosas no tenían por qué poner trabas a tu requerimiento. Pero te negabas insistentemente a recordar, a indagar.

»Daniel, con sus investigaciones, con sus hipótesis, que hicieron saltar todas las alarmas en el convento y en los círculos eclesiásticos, nos abrió el camino que tanto nos había costado despejar. Las religiosas estaban dispuestas a facilitarnos toda la información que necesitáramos para que esclareciéramos lo acontecido aquellos años, sin reticencias, sin vetos. Cuando te localizamos ya teníamos una biografía exacta y objetiva de ti, pero necesitábamos verificar que tú no tenías conocimiento de lo sucedido. Después, ya sabes lo que sucedió. Jana se enamoró de ti.

—¿Por qué motivo pintabais las grafías del número pi en las fachadas? ¿No hubiera sido más fácil decirme todo tal y como lo has hecho ahora?

—Jamás te habrías prestado a colaborar. Si nunca mostraste interés alguno por lo sucedido, treinta años después era casi inviable que nosotras lo consiguiéramos, como tú mismo dejaste claro. Ni el psiquiatra ha conseguido que lo hagas, que recuerdes tu pasado o te enfrentes con él.

»Aún nos quedan muchos textos por descifrar, pero entre sus líneas no parece haber ningún nombre. Todo indica que mi padre no tenía idea de quién era la persona que lo iba a asesinar, pero, irónicamente, parecía estar seguro de que eso sucedería tarde o temprano. Lo que a cualquiera le llevaría al mismo punto que nos ha llevado a nosotros: lo que mi padre descubrió debió de ser muy trascendental. Y pensamos que sigue siéndolo, más importante y grave de lo que en un principio pensábamos.

—¿Qué quieres decir con que es más importante de lo que pensabais?

—El misterio sigue manteniéndose. Han pasado más de tres décadas y aún hay gente encargada de que aquellos hechos no salgan a la luz pública, de que nadie remueva el pasado, y no me refiero a las religiosas —dijo mirando a Daniel, que sonrió—; a él o a ellos, quien o quienes sean, les sigue importando que el motivo de los crímenes y las desapariciones permanezca oculto. Les preocupa tanto como para haberte tenido vigilado toda tu vida. Como para amenazar a mi hermana cuando comenzó a investigar sobre tu padre, cuando acudió al convento a recabar información y las monjas la atendieron.

—¡Vigilado!, solo he estado vigilado por vosotros —dije en tono sarcástico.

—Por nosotras durante un tiempo, y toda tu vida por Josep. Él pertenecía a la misma organización de la que formaban parte nuestros padres y ese aspecto era conocido por ti. Creemos que se encargó de tenerte controlado. Se ganó tu confianza desde niño. No fue una coincidencia que tus castigos fueran la permanencia en casa del zapatero pegando suelas y remendando zapatos. Alguien decidió que así fuera. El padre Manuel era la única persona que nos podía haber dado esa información, pero desgraciadamente ya no está con nosotros. No olvides que la persona que más sabe de uno mismo es en la que depositamos nuestra confianza, nuestros temores, nuestras ilusiones. En tu caso esa persona era Josep. Él sabría en todo momento si recordabas

algo que no debieras recordar o establecías contacto con alguien. ¿Quién crees que pintó la grafía en el fresco del palacete que estaba restaurando mi hermana? Dime, ¿quién crees que lo hizo?

—No lo sé —respondí.

—¿Quién conocía la entrada al palacete por el exterior? ¿Quién sabía con certeza que no había cámaras? El vigilante te dijo que esa entrada solo la conocía el dueño del palacete, mi hermana y él. ¿Es así? —inquirió mirando a Daniel, que asintió con la cabeza y encogió los hombros en un gesto de disculpa dirigido a mí—. ¿Quién podía dominar con exactitud el código que tu padre utilizaba y que tú no tuviste problemas para descifrar con facilidad a simple vista cuando viste el mensaje sobre la pintura?

—No lo sé —respondí—. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—Solo Jana. Es evidente que solo pudo ser ella. Creemos que, por algún motivo, antes de dirigirse al aeropuerto fue al palacete y dejó el mensaje, un claro mensaje que estaba dirigido a ti y a nosotros. Ella sabía que en el momento que se descubriese la pintada, intentarían localizarla. Si algo le sucedía, al no poder dar con ella, te llamarían. Aquella pintada sobre el fresco no pasaría inadvertida para nadie, si tú no llegabas a verla lo haría yo. Al menos permanecería sobre el fresco varios días antes de ser eliminada. Josep podría visualizarla, pero, aunque pudiera descifrarla, como hizo, no podría limpiarla. Ese era su propósito, dejar un mensaje claro: Josep es una célula dormida. Dejarlo en un lugar en donde él o cualquiera de los miembros de la red a la que pertenece no pudiera imaginar. ¿Qué restaurador en su sano juicio va a hacer semejante atrocidad? El mismo vigilante os comentó la reacción que supuso que tendría mi hermana al ver aquel seriado sobre la pintura. Debía de estar acorralada, al menos así debía de sentirse para tomar la decisión de dejar el mensaje sobre el fresco. El nombre del medicamento solo le sirvió para despistar al zapatero y dejarnos claro en dónde estaba escondido el verdadero. Mi hermana era muy inteligente y muy astuta. El Serc lo utilizaban los dos, y Josep lo sabía. Él debió de pensar que, con el nombre del medicamento, el mensaje daba una indicación clara de que el seriado era de su autoría, como pensé yo en un primer momento, cuando Daniel me dijo lo que tú habías descifrado. Sin embargo, tú pensaste que la medicina tenía algo que ver en su estado y, aunque tal vez no estés equivocado del todo, lo que hemos encontrado en el bote indica que no es así —dijo, sacando del interior del envase una de las cápsulas, abriéndola, y depositando el contenido metálico en mi mano.

—¡Pero... esto es una grabadora como la que había en el interior de la libélula! —exclamé sorprendido.

—Exactamente. Esta no estaba en el interior del broche de Jana. Este aparato estaba preparado para ser colocado en uno de los pasadores del pelo que tenía Jana, uno muy especial.

—La libélula azul —dije—. La que tú le regalaste.

—Eso es. Era un broche que, a diferencia del prendedor, se podía abrir sin necesidad de tener que partir el cristal, pero que dejamos de utilizar cuando perdió una de las grabaciones que hizo en el convento, durante la primera charla con sor Vasallo. No lo encontré, debió de abrirse. Entonces decidimos hacernos con uno en el que la grabación pasara de un aparato a otro sin necesidad de tener que abrirlo. Un aparato que tuviese dos piezas. Más seguro.

—La hembra y el macho —respondí.

—De esa forma, si localizaban el aparato, era más complicado extraer la información. Desde el primer momento de nuestras investigaciones supimos que nos enfrentábamos a poderes muy peligrosos. Si los asesinatos de mi padre y el tuyo habían permanecido ocultos, si todo lo absurdo e ilegal que rodeaba las investigaciones no había sido esclarecido, era porque tras ello se escondía algo que por su importancia podía poner en peligro nuestra integridad física. La única forma de asegurar la información que se podía conseguir, si Jana o alguno de nosotros sufría cualquier percance, como desgraciadamente ha sucedido, era llevando consigo, durante las averiguaciones, una grabadora que registrara las conversaciones y los descubrimientos. Cuando comenzaron a amenazarnos, a intentar entrar en nuestras bases de datos, supimos que las grabadoras eran la única manera de demostrar lo que sucedía si las cosas se ponían más feas de lo que imaginábamos.

—¿Entonces el aparato que tenía la libélula que ella llevaba en el aeropuerto recogía la charla que supuestamente mantuvo con Josep durante su cita?

—Eso, como tú sabes, no podremos averiguarlo nunca. Tu querido amigo Josep lo destruyó y, con su acción, nos demostró que lo que decía el mensaje que más tarde visteis en el fresco era cierto. No sabemos si se volvió a ver con ella en el aeropuerto, en la terminal, o no lo hizo. Antes de continuar con la conversación, será mejor que escuches lo que esta grabadora recogió la noche antes de que mi hermana entrase en coma en el aeropuerto.

Capítulo 41

Rosalía, tras una seña de Reyes, se dirigió a un maletín confeccionado en cuero marrón y extrajo de su interior un pequeño aparato reproductor. Se lo entregó a Reyes, quien apretó el *PLAY*:

TRASCRIPTIÓN DE LA GRABACIÓN

JANA: ¿Josep?

JOSEP: Sí. Soy yo.

JANA: No esperaba tu visita. Aguarda un momento, abro enseguida.

JOSEP: Has tardado tanto en responder que pensé que no estabas.

JANA: ¡Qué mal aspecto tienes!, pareces cansado. Dime, ¿quieres que te prepare algo? Voy a ponerme una tila y tomaré una píldora de Serc, ando de nuevo con los vértigos. Dime, ¿qué te pongo?

JOSEP: Nada. No te molestes. Deberías mirarte la espalda y dejar esas píldoras. Yo llevo demasiados años tomándolas y lo único que me han producido es adicción.

JANA: Lo sé, sin embargo, las necesito.

JOSEP: Veo que ya tienes el equipaje hecho.

JANA: Sí. Pero, dime, habíamos quedado en el aeropuerto, ¿cómo es que has venido a casa?

JOSEP: Sé que has estado en el convento. Que has hablado con la madre Vasallo.

JANA: ¿Qué tiene de peculiar que lo hiciera? ¿Qué es lo que pasa?

JOSEP: Sabes que Enrique no quiere conocer nada del pasado de su padre. Desde siempre se ha negado a indagar sobre ello. No entiendo cómo tú, conociendo sus deseos, te has atrevido a ir al convento. Quiero que me digas qué estás buscando allí y lo que las religiosas te han contado.

JANA: Lo que yo haga o deje de hacer no es de tu incumbencia.

JOSEP: Te equivocas. Todo lo que se relacione con él es importante para mí y, por lo tanto, me concierne. ¿Qué estás buscando? Si no lo haces, le diré quién eres en realidad. El engaño del que ha sido objeto, se lo diré todo.

JANA: No sé a qué te refieres, yo no le he engañado, jamás lo hice y jamás lo haré.

JOSEP: Tú y tu hermana, ¿qué habéis pensado? Desde que comenzaron vuestras investigaciones os tienen vigiladas. Cada uno de vuestros movimientos es archivado, grabado, medido y analizado. Desde que Reyes metió el dedo en este asunto, vuestras vidas están marcadas. Esto no es como ella piensa, no se reduce a seguir el vestigio del pasado de su padre y buscar justicia. Tras todo lo sucedido en el convento hace más de tres décadas hay

asuntos que podrían costaros la vida.

JANA: Si por un momento piensas que me vas a intimidar, te equivocas. No le tengo miedo a nadie ni a nada. Seguiré con mis investigaciones os guste o no. Lo haré aunque me deje la vida en ello. Creo que tras todo este sucio asunto solo hay un puñado de personas con unos intereses muy concretos que, como suele ser habitual, esconden beneficios económicos y poder. Ya sabemos que el poder lo da el dinero, ¿verdad, querido zapatero? Tus cuentas corrientes gozan de una salud impresionante, he tenido acceso a ellas hace unas horas y me sorprende lo que un «remiendasuelas» puede llegar a ganar. Lo curioso es que las transferencias están efectuadas desde Italia, desde el mismo Piamonte, ¿crees que es una casualidad que tus facturas de zapatero remendón sean pagadas desde Italia? ¿O es que en Piamonte o en cualquier lugar de Italia no hay zapateros remendones que se encarguen de ponerle suelas a los zapatos de sus lugareños?

JOSEP: La ironía sobra entre nosotros. Ambos sabemos bien lo que andamos buscando. Claro que tú sabes menos que yo. Todavía no has percibido con claridad el motivo de mi visita. Puedes haber tenido acceso a mis cuentas corrientes, pero te garantizo que no sabes de la misa la media.

JANA: ¡Ah no! Y, según tú, ¿qué es lo que sé?

JOSEP: Lo único que me preocupa es la salvaguarda de Enrique. Él es como mi hijo. No permitiré que, por culpa de la obsesión enfermiza de tu hermanastra, de su inconsciencia, a él le suceda algo. Si le perjudicas, yo te perjudicaré a ti.

JANA: Entonces los dos estamos en el mismo barco.

JOSEP: He limpiado mucha basura vuestra, pero ya no puedo seguir haciéndolo.

JANA: ¿Insinúas que eres el bueno de esta película? ¡Déjame que me eche unas risas! ¿Piensas que no sé que estuviste en el convento cuando estaban en cuarentena los forenses?, no olvides que hablé con sor Vasallo.

JOSEP: Algún día te darás cuenta de que me situas en el bando equivocado; lo triste es que de seguir en esa postura, será demasiado tarde. Os he hecho muchos favores. Sí, Jana, he barrido vuestros desperdicios día tras día, desde que te pusiste en contacto con Enrique. Gracias a mí, aún estáis con vida. Nunca se temió por lo que tu hermana pudiera saber de lo sucedido en el convento. Ella era hija ilegítima, no reconocida y repudiada por su propio padre. La repudió bajo confesión y por escrito. Salas sentía tanto rencor y arrepentimiento por aquella relación y el fruto de la misma que llegó a arrancar las teclas de la máquina de escribir con la que confeccionó las cartas de arrepentimiento. Le dijo a su confesor que era tal su vergüenza que hasta las teclas con las que había transcrito las cartas estaban manchadas de deshonor y que no quería que nadie, ni tan siquiera él, volviera a utilizarlas.

JANA: Eso no es cierto. Salas adoraba a mi hermana, era su hija y pensaba reconocerla. Si no lo hubieran asesinado lo habría hecho. Tengo pruebas de ello que, como imaginarás, no pienso darte.

JOSEP: Después de aquellas miserables cartas, lo más honroso, lo más loable para una dama, era que tu hermana no se interesase por su padre biológico, y tu madre menos aún. Pero ya veo que ni una ni otra tenían honor ni vergüenza. Las cartas de Salas, para cualquier mujer, habrían sido un insulto, una mezquindad. En realidad, Salas era un mezquino, un esquirol al que solo le importaba él mismo. Era tan egoísta que llevó a la muerte al grupo de forenses, a sus colegas. Siempre anduvo metiendo las narices en lo que no le incumbía, siempre. Ahora, su hija, fiel fotocopia genética, está haciendo lo mismo, jugando con la vida de los demás sin importarle nada ni nadie. La historia se repite, desgraciadamente es así.

JANA: No solo eres cruel en tus actos, tu forma de hablar hiere. Y lo más terrible es que parece darte lo mismo el daño que tus palabras pueden hacer.

JOSEP: Soy igual de cruel que tú al casarte con él. Pero, al menos, yo le protejo. Llevo años intentando que no recuerde nada, que no se relacione con nada que le vincule con lo sucedido en el convento. Pero llegaste tú y jodiste todo. Le vigilé, y cobré por ello, aún sigo haciéndolo. Si dejo de hacerlo me matarán. Me importa poco que lo creas o no. Velo por su seguridad. Si él no tiene información, si no indaga, si todo permanece donde está, nada sucederá. Pero vosotras habéis estado metiendo los dedos en todo una y otra vez, sin importaros nada. Cuando Reyes tuvo la estúpida idea de acelerar los temores de Enrique con aquellas llamadas telefónicas en las que le preguntaban por la identidad de pi, se os localizó. Después, tu hermana cometió la mayor de todas las estupideces que había cometido hasta aquel momento: ponerse en contacto con ese cura mentecato que se ha dedicado a hurgar en temas que no le conciernen. Ese estúpido e incoherente cura, obsesionado con un jesuita que por su conducta estuvo en los tribunales de la Inquisición. Su paranoia con esos malditos textos, que supone que contienen algo tan importante como para matar a los forenses, me pone de los nervios, ¡qué majadería! En pleno siglo XXI aún me cuesta creer que haya gente tan estúpida, tan falta de coherencia, de sensatez. Pero él no es el único que está inmerso en enigmas religiosos, las monjitas del convento son tan estúpidas como él. Guardan esos manuscritos indescifrables como si en ello les fuera la vida, dejando de lado otras muchas cosas. Cuando uno se aferra a los poderes del Cielo estando en la Tierra, corre el riesgo de no alcanzar ninguno de los dos lugares, ni el Cielo ni la Tierra.

JANA: ¿Te refieres a los textos de Loyola, a los que dice Daniel que tienen ocultos las religiosas? ¿Estás diciendo que esos textos existen?

JOSEP: ¡Por supuesto que existen! Salas se volvió loco con su traducción,

más de lo que ya estaba, más loco y más avaro de lo que era. Pero esos textos nada tienen que ver con la organización. Ese cura mentecato y estúpido lo ha removido y mezclado todo con su burda y fantasmagórica hipótesis. Es un buhonero medieval, que para gente con dos dedos de raciocinio y un mínimo de cultura no tendría ni un ápice de credibilidad. Nadie en su sano juicio le daría pábulo.

JANA: Dime; si los crímenes no tuvieron que ver nada con los textos de Loyola, y estos existen, ¿por qué las monjas se empeñan en demostrar que no es así?

JOSEP: No pienses ni por un momento que te voy a dar toda la información que quieres. No debería estar aquí. Si lo hago es porque solo me preocupa la integridad física de Enrique, porque le quiero como a un hijo. Y él te adora, eso es una desventaja para mí. Sé que te dará oídas. No permitiré que nada le suceda y para ello es necesario que no sepa nada de esto. Créeme, debéis abandonar la investigación. No debes decir nada, nunca debes hablarle de cómo y los motivos que tuviste para ponerte en contacto con él, para conocerle. Los correos que enviaste a tu hermana y a él, como imaginarás, han sido interceptados. Si Enrique da un paso en vuestra compañía, no sé lo que puede sucederle. No sé lo que os puede suceder a todos vosotros.

JANA: No has contestado a mi pregunta. ¿Por qué las monjas ocultan la existencia de los textos?

JOSEP: No sé qué pueden contener esos escritos, pero de lo que estoy seguro es de que deben de ser tratados psicológicos para mentes débiles. A Salas le enloquecieron y la Iglesia los mantuvo ocultos durante siglos. Sor Vasallo los mantuvo bajo su custodia tres décadas, negando y ocultando su existencia. Lo único fundado es que esos malditos textos nos están dando muchos quebraderos a todos, incluso están poniendo en peligro vuestra integridad física. Deberías cancelar tu viaje a Piamonte. La vidriera, como bien supusiste, me la entregó Salas en mi visita al convento, pero ya no existe. Fue destruida por la organización. Los cristales estaban en el interior del cuerpo de Salas; no se reflejó en la autopsia, pero te aseguro que los trituraron y se los hicieron tragar. Cuando sucedió, aún estaba vivo. Imagina lo que puede suceder si continuáis con vuestra investigación.

JANA: ¿Qué quieres decir?

JOSEP: Exactamente lo que debes de haber interpretado. Si me piden datos, santo y seña, serán vuestros datos, vuestro santo y seña los que daré. Jamás los de Enrique, lucharé porque él nunca los tenga. Piénsalo Jana, piénsalo con detenimiento. Cancela el viaje a Piamonte, allí no hay nada de tu interés... No olvides hablar con las religiosas y decirles que no estás interesada en los objetos de Salas ni en esclarecer los hechos. Todo debe quedar como estaba antes de que Reyes comenzara sus investi...

Capítulo 42

La grabación se interrumpió bruscamente. Reyes puso su mano sobre mi hombro y dijo:

—No hay sitio en la cinta para más. Como verás está completa. Es probable que la conversación continuara. Jana podía haber utilizado la otra grabadora, la del broche, pero es evidente que quería conservarla para llevarla consigo, como hizo. No dejó nada escrito, como tú y Daniel pudisteis comprobar al llegar al piso. Si hubierais ido antes al palacete, antes de hablar con Josep, es probable que ahora le tuviéramos frente a nosotros. Eso fue lo que ella debió de suponer, que de sucederle algo, te llamarían del trabajo y verías su mensaje sobre el fresco antes de hablar con Josep. Pero las cosas no sucedieron como mi hermana, creemos, debió de planificar...

Por unos minutos la voz de Reyes perdió tono e incluso sus rasgos se emborronaron. Mis pensamientos hicieron que dejara de oírla. Uno tras otro, los acontecimientos, desde que conocí a Daniel, pasaron por mi mente y, como piezas de un rompecabezas, fueron encajándose uno tras otro hasta llegar al mismo instante en que la grabación se interrumpió.

—¡Enrique!, ¿estás bien? —inquirió Daniel, cogiéndome por el antebrazo derecho...

—Si no hubieras metido las narices en el convento, si no hubieras dado con la existencia de esos textos de Loyola, ahora todo estaría como siempre —dije.

—No tienes que responsabilizarme de que esto se haya destapado, no soy yo el único que metió las narices. Julián también lo hizo —respondió.

—¿Quién es Julián? —inquirí.

—Mi hermano —contestó Rosalía, que permanecía sentada sobre una caja de cartón, observándome en silencio, como si yo fuera una presa que tarde o temprano atraparía entre sus dientes.

—¿Tu hermano? —pregunté.

—Es criptógrafo —respondió Rosalía, fijando sus ojos de mantis hambrienta en los míos.

—Él fue el que descubrió el método de mi padre —dijo Reyes—, el código que utilizó para encriptar los mensajes en las cartas. A él le debo todos los conocimientos que ahora tengo sobre la criptografía. Daniel tiene razón. Si Julián no hubiera encontrado la clave, es probable que aún estuviéramos en la más absoluta ignorancia.

—Yo no estoy tan seguro de ello —apostilló Daniel—. El tiempo demostrará que Salas también utilizó los textos de Cervantes y de Loyola para dar salida a sus mensajes. Ya sabéis cuál es mi hipótesis, esos textos son piezas claves de esta historia; queráis creerlo o no, es así. Tanto Julián como yo somos notas de una sinfonía que está claro lleva sonando muchos años, pero que nadie ha podido oír hasta ahora.

—Enrique —dijo Reyes dirigiéndose a mí—, lo que ahora interesa es saber si

estás dispuesto a colaborar o quieres desentenderte de todo. No te hemos ocultado nada, dispones de los mismos datos que nosotros, sabes los riesgos que hay. Los resultados puede que no sean satisfactorios, incluso conoces, por la grabación, adónde te pueden llevar. Creo que tu madre, Jana y tu padre, al que..., no lo olvides, asesinaron —dijo enfatizando el verbo—, se merecen que sigas la investigación. Necesitamos tu ayuda. Ni a Daniel ni a mí nos dejarán entrar en el convento y lo más probable es que tengamos que volver allí. Como verás, estoy hablándote con total sinceridad. Tenemos habitaciones de sobra, podéis hospedaros durante unos días aquí. Como imagino que te habrá dicho Daniel —este hizo un gesto afirmativo con la cabeza—, necesitamos varios días para poner toda la información en orden.

Capítulo 43

Reconocí a Julián desde lejos, antes de que se levantase y clavase sus ojos en los míos. Era el joven que me dio el anuncio de alquiler de la habitación de Daniel. Estaba sentado frente a una mesa de madera de nogal maciza. Sobre su superficie había infinidad de papeles apilados en montones y alineados de izquierda a derecha. Todos tenían el mismo tamaño. A su derecha tenía un grupo de sobres de los que, deduje, iba sacando aquellos folios que, cuando nos aproximamos, pude comprobar eran las cartas de Salas.

—Este es Julián —dijo Reyes, señalando al joven desde el quicio de la puerta—. Aquí pasa la mayor parte del día, descifrando los escritos que mi padre le fue enviando a mi madre durante su permanencia en el convento. Una carta diaria en principio y, a medida que pasaron las semanas, como verás —dijo señalando los montones apilados—, el trabajo es más lento. Lleva investigando mucho tiempo.

Reyes sacó de su maletín la bolsa de terciopelo rojo y la abrió. Puso la abertura hacia abajo y desparramó sobre la superficie de la mesa las teclas que más tarde montamos en la estructura de la máquina de escribir que me enviaron las religiosas junto al extracto del *Quijote* y el dibujo del escarabajo.

Julián se levantó sonriendo irónico, con la misma expresión en su mirada que caracterizaba los ojos de Rosalía y que, por su profundidad, incomodaba. Estrechamos nuestras manos. Él, sin dejar de sonreír, y yo sin ocultar el desagrado que sentía ante aquella situación que una vez más me hacía estar fuera de contexto, perdido como lo estaría un payaso dentro de una obra de Shakespeare. Julián no mencionó nada sobre nuestro encuentro en la funeraria, pero la ironía que se reflejaba en sus ojos era más que suficiente para percibir que disfrutaba con mi desconcierto.

Daniel, Reyes y Rosalía abandonaron el estudio, no sin antes dar indicaciones de que el almuerzo estaría en una hora, tiempo suficiente, según estimó Daniel, para que Julián me pusiera al corriente del código utilizado por Salas para encriptar los mensajes y el contenido de los escritos descodificados.

Tomé algunas de las cartas, mientras Julián me miraba a la espera de que diese con la clave sin que él tuviera necesidad de intervenir. Me observó en silencio, durante unos minutos, sin que sus labios perdieran aquella sonrisa burlona que tanto me incomodaba. Tras unos instantes, en los que fue extrayendo varios folios que permanecían archivados en uno de los cajones del escritorio, agachado y mirándome de soslayo, dijo:

—Es más sencillo de lo que parece. Procura, si puedes, no leer ninguna palabra, solo míralas. Míralas todas, por separado y en conjunto. La forma en que lo estás haciendo es la misma que utilizó el confesor de Salas y la madre de Reyes y, de esa manera, jamás podrás ver nada más que lo que ellos vieron.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Estás buscando un mensaje dentro del contexto y las palabras, dentro del

código alfabético que has aprendido. Así no percibirás el error que todos los párrafos tienen, un error premeditado que esconde la clave que Salas utilizó de forma muy hábil para encerrar sus frases. Créeme, así solo conseguirás ver las cartas llenas de arrepentimiento por un amor que, evidentemente, Salas seguía sintiendo por la madre de Reyes y de Jana. Un amor del que, curiosamente, renegaba una y otra vez, como un demente.

—Es imposible —dije tras revisar los escritos varias veces—, estos textos no siguen ninguna pauta que yo conozca. Si no me adelantas nada, perderemos el tiempo. Y, además, no entiendo muy bien qué motivos tienes para no explicarme directamente el código.

Me miró con expresión de desconcierto y dijo:

—Creí que sería una manera de halagarte, una deferencia. Eres hijo de criptógrafo y, para nosotros, para los criptógrafos, lo más apasionante es encontrar el código y descifrarlo sin ayuda de terceros. No he pretendido ponerte nervioso ni hacer que te sintieras incómodo. Si ha sido así, debes aceptar mis disculpas —dijo, tomando los escritos y colocándolos sobre la superficie de la mesa como si fuesen cartas del tarot—. Aunque no estés de acuerdo con mi forma de actuar, prefiero que seas tú mismo quien, paso a paso, vaya dando con las claves. Comienza por mirar los textos. Busca coincidencias entre ellos. Todos tienen algo en común. Míralos con detenimiento y dime, ¿qué ves en ellos que constituya una falta grave en el lenguaje escrito? En un lenguaje que un hombre con la preparación de Salas debía poseer.

Miré una tras otra las cartas, siguiendo el orden en que él las había esparcido sobre la mesa. Cuando llegué al último párrafo del último folio, dije:

—No hay ni una sola letra mayúscula. Es increíble, no lo había percibido. Es cierto, Salas era demasiado culto como para no poner mayúsculas donde procediera. Está claro que su omisión es premeditada —concluí apasionado.

—Ahí está la primera de las claves —respondió señalando uno de los párrafos—. Lo primero que tuve en cuenta, si en realidad había encriptado algún tipo de mensaje en aquellos textos, fueron los medios que se habían utilizado para ocultarlo o, lo que es lo mismo, los materiales utilizados para esconder el mensaje. La tinta, el papel, la máquina de escribir y, por supuesto, el lenguaje utilizado. La máquina era una pieza clave. Pero no sabía de qué forma lo había hecho. Para ello podía haberse servido también de alguno de los materiales que componían las cartas. Analicé el papel y está limpio. El lenguaje, la lengua castellana, tampoco escondía ningún orden anormal que nos diera una clave numérica bajo la alfabética. No existen erratas tipográficas que construyan frase alguna; sencillamente, no hay erratas. ¿Conoces ese procedimiento?

—Mi padre me instruyó en ello —respondí—. Lo definía como erratas tipográficas premeditadas. Desde entonces no puedo leer un solo texto sin separar las erratas que voy encontrando en ellos. Para mi sorpresa, sigo encontrando frases increíbles, algunas escalofriantes.

—Como dice Daniel —sonrió—, no existen las casualidades. Yo también tengo varios textos que he ido extrayendo de obras clásicas. Mis estudios sobre ello son predicciones que a más de uno le pondrían los pelos de punta. El ser humano no es Dios y nunca llegará a serlo, pero puede sentarse a su derecha si sigue los pasos correctos para llegar hasta Él. Dios es el padre de la criptografía. Y la criptografía es más que una técnica para descifrar mensajes ocultos o para ocultarlos, es toda una disciplina con la que puedes llegar a lugares y sitios insospechados, aparentemente invisibles al ojo humano. Todos los códigos tienen varias dimensiones, y todos son utilizados para enviar mensajes, tanto orales, acústicos o visuales como táctiles o sensitivos. Solo hay que intentar descifrarlos, seguir su rastro. Ir descartando uno tras otro hasta llegar al correcto. Eso fue lo que hice para encontrar el código que Salas utilizó. Aun sabiendo que la máquina era una pieza clave, antes de revisar las teclas, que Reyes me entregó, en profundidad, di los pasos que ya te he explicado.

—Si no me equivoco, lo primero que percibiste fue la ausencia de mayúsculas.

—Exactamente. Después vino la tipografía incorrecta que tenían algunas de las vocales y las consonantes. Fallos que no siempre eran tales. Quiero decir que una misma grafía, por ejemplo esta —dijo señalando la letra *a*—, como ves aquí, tiene la parte superior incompleta, como si no se hubiera marcado en el papel por falta de presión o por un fallo de la cinta de la máquina. Sin embargo, más abajo, la misma grafía de la letra *a* está perfectamente marcada. Así sucede con todas las consonantes y las vocales. En un principio, el fallo no se aprecia, incluso se lee sin dificultad. Parece, a simple vista, una deficiencia de la cinta de la máquina que, evidentemente, podía tener la tinta gastada en parte de su recorrido.

—Las letras con fallos tipográficos forman palabras —dije uniendo varias de ellas instintivamente, mientras él hablaba.

—Coge todas las teclas y observa la parte inferior, donde deberían ir las grafías que corresponden a las mayúsculas. Puedes utilizar mi lupa —dijo entregándomela—. Como ves, están todas incompletas y su grabado es del mismo tamaño que el superior.

—No son mayúsculas. No hay ni una sola mayúscula grabada —respondí mirando todas.

—Las mayúsculas no se grabaron, se omitieron premeditadamente, al igual que las letras que tienen fallos. Estos fueron hechos deliberadamente. Debía de escribir los mensajes a mano y después, cuando los transcribía dentro de las cartas, con una simple y sencilla pulsación sobre la palanca que activaba el teclado para las mayúsculas, mayúsculas que, como sabemos, no existían, procedía a insertar la letra, la grafía con imperfección, el mensaje.

—Las teclas las restauró Hilario, el orfebre toledano. Entonces, él debía de conocer lo que Salas pretendía —dije sin levantar la vista de las teclas.

—Es probable, pero tal vez Salas no le dijera lo que pretendía. Creo que le quitó las teclas a la máquina y se las envió junto a las cartas a la madre de Reyes como

parte de la misma estrategia. Salas quitó las teclas para no dejar rastro de su código y se las envió a la madre de Reyes con el claro propósito de que ella entendiera un envío que tenía la misma dosis rocambolesca que su cambio de sentimientos repentino. Pero cometió un fallo incalificable para una mente de su porte, no tuvo en cuenta lo vulnerables que son los sentimientos, lo grande que es la estupidez humana. Su amada no percibió los interlineados porque no estaba segura de su amor.

—¡Es increíble! —exclamé.

—Aún me quedan algunos textos por transcribir. Es una labor lenta, porque hay que ir letra por letra, palabra por palabra. Como verás, si observas con celo las cartas, no todas las oraciones tienen letras defectuosas. Se cuidó mucho de que los textos no llamaran la atención. A pesar del trabajo que queda por hacer, creo que en unos días tendremos los mensajes completos. Hasta ahora he extractado el que Reyes te ha transmitido y estos dos más que, en apariencia, no guardan sentido dentro de lo sucedido en el convento, y parecen, más bien, referirse a los textos que estaba transcribiendo sobre Loyola. Leyéndolos, la hipótesis de Daniel, sobre la vinculación de Loyola y su *Peregrino*, sobre Cervantes y su *Quijote*, parecen ir tomando fuerza.

—¿Por qué lo dices? —pregunté.

—Te mostraré los seriados de palabras que he entresacado —concluyó tendiéndome un folió—. Juzga tú mismo:

Primer seriado:

Llave - Trece - Cuadro - Heredero - Fonseca

Segundo seriado:

Aspas - Quijote - Loyola - Puertas - Solsticio

Tercer seriado:

Llave Pedro - Bautista Sol - Tablada

Capítulo 44

Leí y releí los seriados varias veces. Ninguna de las palabras que los componían me llamó tanto la atención como el apellido del poeta mexicano Tablada. Lo hizo porque recordé al instante que el epitafio de Salas correspondía a un poema del escritor.

—Como ves, está todo relacionado entre sí. En el primer seriado Salas dejó claro que existían trece cuadros y una llave. También que el cuadro estaba en manos del heredero de Fonseca o, lo que es lo mismo, tú —dijo sonriendo—. Cuando entresacamos el texto supusimos que el cuadro tendría en su interior la llave y que esta debía de ser la que, probablemente, abriría el lugar en donde los forenses se reunían en Toledo, lugar que, evidentemente, no era la casa del orfebre, ya que allí no se encontró nada.

—Entonces, ¿debo suponer que sabes qué indican el resto de las palabras que componen los seriados, incluido el apellido del escritor mexicano? —inquirí.

—Lo primero que sopesamos cuando encontramos las primeras palabras encriptadas fueron los motivos por los que Salas no dejó sus mensajes más claros, más concisos. Podía haberlo hecho, pero no lo hizo. Al menos, no lo hizo en los mensajes a los que nosotros hemos tenido acceso. Todos ellos creemos que están escritos en fechas muy cercanas a su asesinato. Esto nos llevó a la conclusión de que, con casi total seguridad, Salas debió de intentar sacar la información del convento con anterioridad a las cartas que le envió a la madre de Reyes.

—¿Qué quieres decir? —pregunté desconcertado.

—Pensamos que Salas percibió lo que sucedía en el convento casi en los primeros días de encierro. Intentó sacar la información al exterior, pero sus mensajes fueron interceptados por alguien. Por necesidad, simuló una demencia repentina, algo lógico dada su situación. Estaba, como bien admitía constantemente a las religiosas, cautivo. Las cartas que le escribió a la madre de Reyes fueron una idea brillante nacida de una mente privilegiada como la que debía de tener. Un hombre católico confeso y practicante que, viendo que sus días están contados, se arrepiente de su pecado. ¿Qué puede haber más lógico y más complaciente para el clero? Nada mejor que esas cartas para esconder un mensaje.

»Respecto al segundo seriado, está claro que habla del *Quijote* y la relación con el trabajo que realizaba sobre los textos de Loyola. Sus tres primeras palabras: *Aspas*, *Quijote* y *Loyola* así lo demuestran. Sin embargo, las dos últimas no tienen en apariencia ningún vínculo con las anteriores, aunque sí lo tienen con las siguientes: con el tercer seriado. En concreto con *Bautista*, *Sol* y con el apellido del escritor mexicano, *Tablada*. Una relación muy estrecha y más clara de lo que parece. Y es probable que algo quede aún en el convento de sus mensajes.

—¿Insinúas que dejó pruebas de lo que pasó dentro del convento que nadie ha visto?

—Si enlazas el significado de las palabras, de las últimas palabras, tendrás un hilo

conductor claro y conciso. Llegarás a la misma conclusión que hemos llegado nosotros.

—La única relación que he encontrado entre las palabras y el convento es la que da cierto sentido a la hipótesis de Daniel: estaba investigando, como las mismas religiosas manifiestan, los textos de Loyola. El apellido de Tablada y su epitafio, también, pero no sé qué pueden significar.

—Los mensajes de Salas no están escritos en un código común, sino cifrado. Teniendo en cuenta este punto, hay que interpretar todo lo que hizo. Debes agrupar las palabras por su relación. Formar familias de conceptos relacionados entre sí e interpretarlos. Bautista, Solsticio, Puertas, Llave, Tablada y Pedro están estrechamente relacionadas y nos llevan al mismo lugar, al convento. Como sabes, Daniel piensa de otra manera. Afirma que a la congregación le faltan parte de las cartas del santo, las últimas en las que Salas estaba trabajando. ¿No te ha hablado de ello? —dijo mirándome a la espera de mi confirmación.

—No —respondí—; dime, ¿qué relación le disteis a las palabras entre sí? Si es cierta vuestra hipótesis, tendré que volver al convento.

—Así es. Como te dijo Reyes, en esta investigación, eres casi imprescindible. Las religiosas no permitirán a ninguno de nosotros que entre en sus instalaciones, solo te dejarán hacerlo a ti.

—Dime la relación que habéis establecido entre las palabras.

—El nombre de Bautista se refiere a san Juan Bautista, al que le cortaron la cabeza, como lo hicieron con tu padre y con Salas.

—¿Mi padre y Salas fueron decapitados? —inquirí desconcertado.

—Pues así fue. Imagino que si Reyes y Daniel no te lo han comentado habrá sido porque daban por hecho que tú lo sabías. Fueron decapitados y sus cabezas no se encontraron nunca, desaparecieron como lo hicieron los forenses que viajaban en el autobús rumbo a Toledo.

—No tenía ni idea de ello —dije apoyándome sobre la mesa.

—Bien, como te decía, al igual que Salas, el Bautista tenía una firmeza que hizo temblar al mismísimo Herodes. No calló ante nada ni nadie por cumplir la misión para la que fue encomendado, y se rebeló contra los abusos de poder, igual que aparentemente hizo Salas. Ambos perdieron la cabeza por ello. Esa es la primera relación que encontramos nada más ver el nombre de Bautista. Lo que ambos hicieron y la manera de morir. La palabra Sol nos indica, una vez más, que estamos hablando del Bautista, ya que su fiesta se celebra el día 24 de junio, coincidiendo con el solsticio de verano. Es la fiesta solar por excelencia, el día con más horas de sol, en donde el poder de las tinieblas tiene su reinado más corto. Como imagino que sabrás, en los antiguos mitos griegos se llamaba a los solsticios «puertas» y ahí tienes la siguiente palabra del seriado. Está claro que Salas se llamó a sí mismo Bautista en los mensajes encriptados. Llegados al apellido del escritor mexicano Tablada, este nos conduce directamente al epitafio de Salas, que es un poema del escritor que se refiere

al Sol en forma metafórica, a su luz, lo fuerte e importante que esta es y lo que puede crear o precipitar.

—Al golpe del oro solar, estalla en astillas el vidrio del mar —respondí.

—Una vez más tenemos el Sol. Bautista, Sol, solsticio de verano, puerta y Tablada. Está claro que Salas quiso dejar patente que al contacto con el sol se abriría una puerta y que en ella está el secreto.

—Los rosetones de cristal azul de las cruces —respondí—. Debe de estar en el cementerio. Por eso faltaban varios de ellos, para que no encontrásemos el lugar que podían indicar.

—Es posible, pero nosotros no pensamos eso. La palabra central en torno a la que todas giran es Bautista, el nombre de san Juan Bautista. Solo hay que fijarse en la fecha en que se celebra su fiesta y ahí reside la clave.

—Sigo sin entender.

—San Juan es el único santo del que se celebra su natalidad y no el día de su muerte, por lo tanto, el mensaje de Salas no puede referirse al cementerio en donde está enterrado, sino a un lugar que tiene relación directa con el agua, por el bautismo, con el sol que puede dar en ella, y con Pedro, que como sabes es otra de las palabras del seriado. Una de sus acepciones es piedra.

—La iglesia del interior del convento, en la pila bautismal —respondí.

—Sería posible si la iglesia del convento la tuviera, pero, según Daniel, no la tiene. Es una capilla y no está acondicionada ni lo estaba para esos menesteres. Jamás se bautizó a nadie en el monasterio, que sepamos. Los documentos que hemos revisado no hablan de que haya existido jamás. Según Daniel, solo puede referirse a la fuente que hay en el interior del convento, una pequeña roca de la que brota agua de manantial. El patio está situado en la parte central del edificio, y en el centro está ubicado el pequeño nacimiento. Daniel recuerda que sobre él Salas colocó una figura del Mesías recién nacido en cristal que confeccionó para la orden. Dice que el sol incide en ella con fuerza y proyecta rayos azulados por todo el patio al mediodía. Está por saber si uno de esos rayos indica el lugar en donde Salas escondió su segundo mensaje o la clave de todo este asunto. Tal vez los rayos no sean iguales o no proyecten la misma luz en una fecha o en otra, pero para ello tendrás que volver al convento y convencer a las religiosas de que te dejen entrar en las instalaciones interiores. Daniel afirma que Salas no les entregó todos los textos de Loyola a las monjas y que ese es un punto que podías utilizar para convencerlas. Si les dices que sabes dónde están o pueden estar los escritos te dejarán entrar.

—¿El resto de las palabras, aspas, Quijote y Loyola, qué significado tienen?

—Está hablando de las aspas que dibujó en el suelo de la biblioteca del convento. Olvidé que tú no has entrado en las instalaciones. Daniel nos dio indicaciones del dibujo. Salas hizo un mosaico sobre el suelo de la biblioteca. Son aspas de un molino de viento. Sobre ellas colocó a todos los forenses integrantes del grupo. Las religiosas interpretaron aquel trabajo como una deferencia hacia ellas y el producto de la pasión

que Salas sentía por la obra de Cervantes. El sitio más adecuado para un homenaje a un escritor es, sin lugar a dudas, una biblioteca. Sin embargo, después de entresacar las palabras de las cartas, creemos que en las aspas había algo más que nadie ha conseguido ver hasta el momento.

—Jana tenía una fotografía del grupo de forenses en la biblioteca. Curiosamente están colocados formando unas aspas de un molino de viento, pero bajo sus pies no se aprecia el mosaico.

—Eso debió de ser producto del revelado, porque el mosaico aún está en el suelo del convento, al menos estaba cuando Daniel fue invitado a abandonarlo. Si este hubiera tenido las cartas de Salas en sus manos descifradas cuando aún tenía libertad dentro de la abadía, es probable que ahora estuviera en posesión de algo trascendental.

—¡O muerto! —dijo Daniel, que estaba tras nosotros—. Los acontecimientos se suceden con un orden lógico y premeditado. Están guiados por poderes que se escapan a nuestra comprensión, pero de los que no debemos tener dudas. Si aún estoy aquí, si todo ha sucedido de esta forma, es porque Dios así lo ha decidido. Y no me cabe la menor duda de que Él no se equivoca nunca.

—Habló un excomulgado y ¿quién mejor para dar muestras de sus creencias? —respondió Julián en tono de sorna.

—No dejes de tener en cuenta que mis dogmas no se han visto mermados por las decisiones de algunos hombres. Solo Dios es el verdadero juez. Ya veremos quién está en el camino correcto cuando todo esto se desenmarañe. Es momento de almorzar —dijo, haciendo una seña para que le siguiéramos.

Julián sonrió y, tras guardar las teclas, las cartas y los folios que había sobre la mesa en uno de los cajones, se levantó y caminó hacia la puerta.

—Julián —le inquirí poniéndome a su lado—. Hay un punto que no me ha quedado del todo claro, algo que no encaja en vuestras conclusiones.

—¿Cuál? —dijo él parándose.

—Salas no podía saber que moriría decapitado. Tuvo que referirse a san Juan Bautista por otros motivos, porque no creo que conociera cómo iba a morir.

—Por supuesto que no. Pero el asesino sí debió de hacerlo por eso. Salas debió de ser la segunda cabeza visible del grupo. Al igual que lo era el Bautista, no olvides la rivalidad de la que siempre se ha hablado entre los seguidores de Jesús y de Juan. Él debía de haber provocado esa rivalidad o, de no ser así, conocerla. Recuerda que san Juan bautizó a Jesucristo, y el paralelismo entre María y la madre de san Juan.

—Entonces, según todos los datos, Salas era el segundo del grupo y mi padre el primero.

—Es probable, pues Salas era el mentor de tu padre. Los dos fueron perseguidos y asesinados, como lo fueron Jesucristo y san Juan Bautista. Ahora debemos buscar a los que lo hicieron. Vamos por buen camino, fíate de nuestras hipótesis —concluyó.

—Sé que estás aturdido —dijo Daniel, que andaba junto a mí—. Incluso me

atrevería a asegurar que viajarías de inmediato al convento, sin darte un respiro. A mí me sucedió lo mismo cuando Julián me hizo partícipe de su descubrimiento, pero, antes, debemos encontrar el lugar en donde está situado ese plano. Hay que encontrar la cerradura en donde introducir la tija de tu llave. Viajaremos a Toledo mañana mismo. Reyes cree haber dado con el lugar exacto y, si está en lo cierto, no saldrás de tu asombro. Julián se quedará aquí, terminando el trabajo. Ahora debemos seguir las pautas correctas, no precipitarnos. Si Salas puso en primer lugar el cuadro y la llave, tuvo motivos para hacerlo.

Capítulo 45

Cuando llegamos a Toledo, caminamos hasta la plaza del Conde y desde allí a la judería. Ya en la calle San Juan de Dios, entramos en uno de los comercios, regentado por una mujer de marcados rasgos hebreos. Ella, tras escuchar las explicaciones de Reyes sobre nuestra visita, nos condujo a la parte trasera de la vivienda.

En su patio soleado nos esperaba el rabino. Era un hombre anciano y decrepito que leía, ensimismado, un legajo de textos hebreos, bajo la sombra de una higuera cuyas raíces asomaban amenazantes entre las losetas. El anciano, después de que la joven se inclinase a su lado y le comunicara nuestra presencia, levantó la cabeza y fijó sus ojos en nosotros con una curiosidad insultante, sin el más mínimo atisbo de decoro o discreción. Sin mediar palabra, extendió su mano huesuda y salpicada de máculas hacia Reyes. Esta le acercó el plano de las galerías, el dibujo del escarabajo y la llave egipcia: la cruz de Ankh. El anciano miró la llave con detenimiento. La puso sobre el plano y dijo:

—Los cristianos siempre son bienvenidos en mi casa, aunque en mi memoria permanezca aún vivo el recuerdo doloroso que mis antepasados dejaron de nuestra terrible expulsión en 1492 —dijo sin retirar sus ojos de nosotros—. Por ello, deben perdonar mi aspereza, es algo que aún no puedo controlar del todo, sin embargo, tengan presente que cumplo los mandatos divinos y gracias a ellos pueden estar seguros de que les atenderé con agrado —se interrumpió unos instantes en los que volvió a clavar su mirada recelosa en nosotros—. Veamos lo que ese forense italiano, supuestamente, escondió en estos objetos —dijo, acercando una lupa de gran tamaño a sus ojos y subiendo el papel hasta casi pegarlo al cristal.

—¿Cómo sabe que era italiano? —le pregunté a Reyes.

—Mi amigo Josué, con el que hablé para concertar la entrevista, es su hijo. Le di los datos necesarios sobre lo sucedido. Le hablé sobre el grupo de forenses del que formaban parte nuestros padres y de la época en la que sucedieron los hechos. También le dije la nacionalidad y profesión de cada uno de ellos e indicaciones de todo lo que tenemos y nos han entregado. De no hacerlo así, el rabino hubiera tenido dificultades para entender nuestros propósitos y no nos habría atendido. Todos, cuando nos piden información, exigimos que se nos den los motivos por los que la solicitan, más cuando ella es referente a sucesos tan serios como los que nos atañen. Creo que es comprensible, ¿o no? —inquirió Reyes mirándome de frente.

Asentí con la cabeza.

—Josué me dijo que el dibujo del escarabajo lo confeccionó Salas, uno de los forenses. Su padre —dijo mirando a Reyes, que hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. El señor Salas y el resto del grupo se reunían aquí con un tal Ruiz que, según mis informaciones, era orfebre, ¿cierto? —inquirió.

—Exactamente —respondió Reyes.

—Cuando Josué me dio los datos, recordé enseguida parte de aquella historia.

Los sucesos corrieron de boca a oreja como parte de una leyenda, una de tantas que pueblan la capital. Se decía que el grupo de investigadores sordomudos... —se interrumpió unos instantes pensativo—: ¿Sabían ustedes que diez de los miembros del grupo eran sordomudos? —preguntó sin retirar la vista de la llave que volteaba en su mano derecha una y otra vez.

—Sí, todos menos Salas y Fonseca, el padre de Enrique —respondió Reyes señalándome.

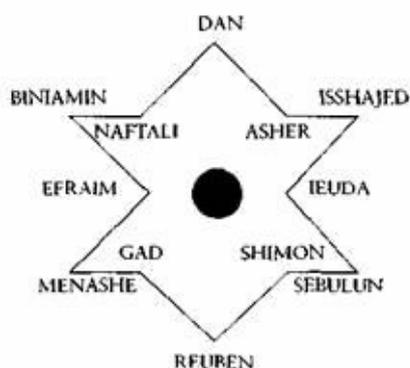
El anciano me miró de soslayo, como si no quisiera advertir mi presencia.

—No gozaban de buena reputación. Ruiz y dos miembros más del grupo eran judíos. Esto, unido a la carencia del sentido del oído y del habla, les impedía relacionarse. Sus reuniones eran comentadas mucho antes de su desgraciada desaparición.

—¿Conoció usted a mi padre? —preguntó Reyes.

—No. En aquellos años yo no residía en España. Hacía mucho tiempo que me había establecido en Francia con mi familia. La llave tiene su sello —dijo mirándonos fijamente—. El sello que en aquellos años los orfebres le ponían a sus trabajos. Un sello, oculto, poco visible si uno no sabe mirar en el sitio adecuado. Está aquí —dijo señalando uno de los dientes de la tija—, y, a todas luces, esconde parte del sentido de su búsqueda.

Reyes tomó la cruz y los tres la miramos con detenimiento. En el diente que el rabino había señalado había una pequeña elevación que todos habíamos pasado por alto. Al observarla con la lupa que el anciano nos ofreció, advertimos que se trataba de Maguen David (Estrella de David). Tenía doce puntas, las cuales formaban los seis triángulos que la componían. Mientras nosotros mirábamos el grabado, él tomó un papel, dibujó la estrella, y escribió en cada uno de sus triángulos doce nombres. Levantó el papel y nos lo enseñó:



Capítulo 46

—Esta es la misma estrella que Ruiz talló en la cruz. Las doce puntas representan las doce tribus del pueblo judío, los hijos de Iaacov, el Patriarca. Todas ellas encierran un espacio, el cual representa la forma en que se establecen los Hijos de Israel en el desierto. En el centro está el santuario con los levitas y sacerdotes. A su alrededor, las doce tribus en cuatro grupos de tres, tal y como yo he puesto sus nombres en el papel. Pero en la estrella que Ruiz debió de tallar, hay una diferencia sustancial. Si observan ustedes con detenimiento el dibujo, verán que en su centro hay una palabra. Estoy seguro que Ruiz no puso esa palabra ahí. Ruiz talló la estrella sin nada, solo hizo su forma. Tuvo que ser Salas. Él, según tengo entendido, era el dueño de esta cruz —dijo señalándola—. Es un símbolo egipcio y nada tiene que ver con la estrella judía. Ruiz, como buen judío, jamás habría tallado ese nombre ahí —repitió el anciano, señalando el centro mismo de su dibujo, en donde solo aparecía un círculo, con el dedo anular.

Los tres volvimos a mirar con más detenimiento el grabado, pegando la lupa a él y acercándonos todo lo posible. En el centro estaba escrita, como el rabino había dicho, una palabra: Aanroo.

—En la Estrella de David, ese lugar corresponde, como ya les expliqué, al santuario con los levitas y sacerdotes. Aanroo es una palabra egipcia y pertenece a la segunda división del Amenti. El Amenti se entiende como la morada del dios Amen, o Amoun, o también el dios secreto, escondido. Es también el reino de Osiris, que está dividido en catorce partes. Cada una de sus partes está, según los egipcios, destinada a algo relacionado con la vida del difunto. Entre las catorce divisiones está esa palabra —dijo señalando la cruz—, Aanroo; el campo celestial del Aanroo está rodeado de una muralla de hierro, sembrado de trigo, y los difuntos se hallan representados segándolo para el «Señor de la Eternidad». Sin lugar a dudas, creo que Salas puso Aanroo en el centro de la estrella para decir que allí está el lugar de reunión de las doce tribus, que en esta historia serían los doce forenses que componían el grupo. El centro de todo para Salas es Aanroo.

—¿Estaba intentando decir que los doce estaban en el Aanroo? ¿Que iban a morir? —preguntó Reyes.

—Puso Aanroo porque la palabra definía el estado en que se encontrarían los doce miembros del grupo, pero eso, aunque probablemente constituya la primera parte del mensaje, no es lo esencial del mismo. En la segunda vertiente, o el significado tácito del nombre, nos está diciendo las características del lugar en donde se encuentra la puerta que abre esta llave.

—Un cementerio —dije instintivamente.

El viejo no respondió a mi comentario, como si no me hubiera escuchado, dijo:

—La palabra nos dice que es un cementerio rodeado de vegetación y por una muralla, como el Aanroo. Y la estrella probablemente pueda ser el plano que

conduzca dentro del camposanto al lugar exacto donde esté la hendidura para introducir la tija: que es el centro mismo de la estrella. Incluso, si tenemos en cuenta la leyenda sobre la huida del rey David de los filisteos, llegaríamos a una conclusión similar.

—No conozco esa leyenda —dije.

Él me miró y continuó:

—Se dice que el rey David, cuando escapaba de sus adversarios los filisteos, se escondió en una cueva. Después de que entrase en ella, una araña tejió su tela en la entrada de la guarida y le dio la forma de Magen David. Sus perseguidores llegaron a la cueva, pero al ver la tela de araña que flanqueaba la entrada pasaron de largo pensando que, si esta estaba intacta, nadie podía haber entrado allí durante mucho tiempo. Es evidente que el símbolo elegido por Salas indica con claridad un cementerio y una cueva o hendidura en la tierra. Me atrevo a asegurar que es el cementerio municipal. El nombre que recibe es Nuestra Señora del Sagrario, y sigue rodeado de campo, como antaño. Tendrán ustedes que localizar los planos antiguos para poder situar el dodecaedro bien. Teniendo en cuenta que la estructura y las dimensiones desde entonces hasta ahora han sufrido variaciones. Si mis hipótesis son acertadas, el lugar estará en la parte antigua del cementerio y es muy probable que se sitúe en un panteón familiar. Eso sería lo idóneo, aunque puede ser cualquier tumba o, tal vez, un nicho, ya que no se sabe qué puede contener ese lugar ni sus dimensiones.

—Y el papiro, ¿es judío, verdad? —inquirió Daniel.

—Como supusieron ustedes —continuó el rabino, tomando el papiro entre sus manos—, este material —dijo pasando la palma por el dibujo del escarabajo— está confeccionado con piel de cordero y su color blanco nos da muestras claras de que su elaboración fue con cal. Para ello se remoja la piel en agua con una mezcla de cal que hace que quede blanca y resistente. Una vez que se ha mojado lo suficiente, se saca, se extiende, se le quitan los pelos y se alisa y prepara para escribir los sagrados textos de la Torá. Si se hubiese utilizado el proceso de curtido, la piel no tendría ese aspecto, ya que se le aplica ácido tánico y esto hace que se ponga oscura. Este no es el caso, pero sí puedo asegurarles que la persona que lo confeccionó era judío y que esta no era la primera vez que lo hacía, pues su confección es perfecta. Si observan el dibujo del escarabajo, en su cabeza hay otra palabra, Aahla. También es egipcia y nos vuelve a llevar al mismo sitio. Corresponde a una de las divisiones del Kerneter, que son las regiones infernales. El Amenti una vez más. Su significado es «Campo de paz». Si hubieran sido ustedes más observadores, y con un buen diccionario de hebreo y terminologías egipcias, no hubieran requerido mis análisis. La clave de todo el trabajo que hizo su padre —dijo mirando a Reyes— se basaba en la observación y el razonamiento simple de los objetos. El primero, el dibujo del escarabajo, nos habla de la muerte. El material en que está confeccionado nos lleva a los judíos. La llave, la cruz de Ankh, nos conduce al mismo lugar si le damos uno de sus simbolismos, el que más se ajusta al resto de los objetos. Este sería: la llave que abre el reino de los

muertos. Y la llave tiene en una de sus tijas la estrella de David. De nuevo la palabra que hay grabada en el centro del dodecaedro, Aanroo, nos indica un camposanto, un campo de paz, el reino de los muertos. Un cementerio en el que, sin lugar a dudas, debe de estar el lugar que abre la llave.

—Pero, si me permite —le interrumpió Reyes—. ¿Por qué utilizó ese material, me refiero a la piel de animal, y siguió las mismas técnicas que utilizan los judíos y no lo hizo en un papiro vegetal?

—Es muy probable que solo lo hiciera para distinguir el dibujo de otros semejantes a él. Eso sería razonable, si tenemos en cuenta que la palabra que tiene el coleóptero no se aprecia a simple vista, hay que ampliar la figura con una lente. Tal vez ocultó el cuadro entre otros similares o idénticos y eso le permitió a simple vista distinguirlo entre los demás. Es probable que solo lo identificara él. Una persona que conozca bien este material no tendría ninguna dificultad en hacerlo de un solo vistazo. ¿Saben ustedes si existieron más dibujos como este? —preguntó.

—Sí —respondí—. Cada uno de los forenses tenía uno igual. Eso me hizo saber una de las religiosas del convento en donde Salas fue asesinado.

—Entonces lo más probable es que así fuera.

Capítulo 47

—Le agradecemos mucho que nos haya prestado su ayuda —dijo Reyes—. Ahora sabemos adónde dirigirnos antes de ir a la calle del Hombre de Palo, lugar en donde pensamos que también puede haber parte de información, ya que se encuentra en el entramado de galerías que dibujan los reflejos que proyecta el marco de cristal del cuadro.

—Creo que en esa calle no encontrarán nada. Si tienen en cuenta la desaparición misteriosa de los diez forenses, es probable que el plano sea una referencia a un sitio que aquí no existe. Todo indica que Salas ocultó sus mensajes siguiendo un método deliberado. Este proceder tenía como objetivo prioritario el que sus claves no fueran interpretadas con facilidad; que solo los más preparados o la persona a la que iban dirigidos pudiera descifrarlos. Persona que debió de esperar la recepción de los códigos de los mensajes encriptados sin éxito. Lógicamente, si ustedes los tienen ahora, el destinatario no los recibió nunca. No creo que Salas trabajara tanto, para después dejar esas claves a merced del azar. Como les decía, su manera de hacer tan metódica es una característica crucial en su investigación. Ella nos lleva a desdeñar la posibilidad de que la calle del Hombre de Palo esconda algo relevante. Sería ilógico pensar que es así después de tener conocimiento de sus anteriores mensajes y su forma de ejecutarlos.

—Entonces, según usted, ¿la calle del Hombre de Palo solo es un referente para unir entre sí características comunes? —preguntó Daniel.

—Puede que también Salas, que indudablemente fue el que realizó ese cuadro y las magníficas proyecciones de su marco de cristal, incluyera otro simbolismo. No debemos olvidar que es evidente que Salas debió de tener un destinatario concreto de sus mensajes y este debía conocer a la perfección su manera de hacer. Si es así, tal vez no se refería a esta calle, sino a la que hay en Madrid dedicada a Juanelo Turriano, la calle de Juanelo. ¿No han pensado ustedes en esa posibilidad? —preguntó.

—Pues no. Yo no tenía ni idea de la existencia de una calle en Madrid con ese nombre —respondió Reyes.

—Yo sí —dijo Daniel—, pero no lo había relacionado. El plano conduce a Toledo, ni de lejos pensé que pudiera referirse a Madrid. No creo que tenga nada que ver.

—¿Eso cree usted? —cuestionó irónico—. ¿Y si los forenses nunca llegaron a Toledo? ¿Y si en aquel supuesto viaje se dirigieron a Madrid o llegaron a Toledo para después dirigirse a Madrid? Tengan en cuenta que nadie les vio aquí, nadie pudo ratificar su presencia. Solo el conductor del autobús en el que viajaban dijo haberles dejado en las inmediaciones del Alcázar. Pudo mentir o ellos tomar otro autobús después que les condujo hasta su verdadero destino: Madrid, quizás a la calle que recibe el nombre del tecnólogo, la calle de Juanelo. Tal vez no esté en lo cierto y se

dirigieran a cualquier otro punto de la Península, pero yo que ustedes no desdeñaría esta posibilidad. Si la tenemos en cuenta, la desaparición misteriosa de los forenses tendría sentido. El que no fueran encontrados en Toledo sería lógico, de dar por hecho que nunca estuvieron aquí, ¿o no?

Los tres nos quedamos atónitos. La reflexión del anciano nos dejó fuera de juego. Ninguno de nosotros había sopesado aquella posibilidad; que el grupo de forenses no fuese visto en Toledo porque nunca hubieran estado allí.

—¿Está diciendo que el grupo no se reunía aquí, que nunca lo hicieron? —inquirió Reyes.

—No exactamente. Si los temas a tratar eran tan delicados como parece, es probable que hicieran creer que se reunían en esta capital y lo hicieran en otro lugar. Yo que ustedes no dejaría de lado esa hipótesis y me desplazaría a la referida calle de Madrid.

—¿Cómo puede haber hecho un análisis tan exhaustivo y exacto de los datos y objetos que le hemos dado? Nosotros llevamos mucho tiempo analizando los objetos y la información, haciendo hipótesis, y hemos pasado por alto sus observaciones —dijo Daniel.

—En mi caso nada de ello está condicionado por ningún factor personal, como les sucede a ustedes.

—Yo no tengo ninguna vinculación afectiva con los forenses, con ninguno de ellos —respondió Daniel.

—Cierto, en su caso no hay vinculación afectiva, pero sí de interés personal. Usted persigue un fin determinado, y este le lleva a conducir todo al mismo lugar. Lo acertado de mi análisis proviene de que llevo años haciendo esto. En realidad, es lo que más ingresos me reporta. Reyes, dígame, ¿no le habló mi hijo de mi actividad? —preguntó.

—No lo hizo —respondió ella un tanto confusa—. Me puse en contacto con Josué solo para analizar el material del papiro. Como ya le dije, suponíamos que era de confección judía, y nadie mejor para verificarlo que un judío. Él me remitió a usted. Si le soy sincera, me extrañó que me pidiese todas las referencias posibles sobre nuestra investigación, aunque pensé que era algo lógico dado los graves sucesos a investigar.

—Entonces, ¿no saben nada de mis honorarios? —dijo sonriendo con expresión irónica.

Los tres nos encogimos de hombros.

—No —respondió Reyes—, pero eso no es un problema. Díganos qué le tenemos que abonar y lo haremos gustosos.

Daniel y yo hicimos, al tiempo, un gesto afirmativo con la cabeza.

—En ese caso, hablaré con mi hijo. Imagino que tendría motivos de peso para no decirme nada al respecto, y para no hacérselo saber a ustedes. Es evidente que Josué no lo ha considerado como trabajo, sino como un favor personal hacia usted —dijo

mirando a Reyes— y, en ese caso, estoy en el deber de seguir sus indicaciones. Su padre, señorita, debió de ser un hombre muy inteligente —apostilló mirando a Reyes—, tanto como para que lo asesinaran dejando al descubierto los motivos de su crimen. Indicando el escarmiento que había sufrido por su falta de confidencialidad.

—¿Cómo? —preguntó ella en tono de sorpresa.

—Me refiero a las alas de cera que tenía atadas a su espalda. El asesino o los asesinos dejaron claro que, como Icaro, él voló demasiado alto y terminó ahogado. Dio a conocer datos que no debía. Pero, además, se molestaron en decapitarlo. Igual que a su padre —puntualizó mirándome—. Ya saben ustedes que no hay crímenes perfectos, sino malos investigadores. No lo olviden a partir de ahora. Los asesinos siempre cometen fallos y creo que decapitar ambos cuerpos puede esconder un fallo en la actuación del asesino o ser algo relevante dentro de lo sucedido. Estoy seguro de que les cortaron la cabeza por un motivo concreto. Es una acción demasiado significativa como para no tener un motivo de peso para cometerla.

—Morbosidad —dijo Daniel—, los crímenes fueron cometidos con morbo.

—Venganza, morbosidad, simbolismo o necesidad. Pero también pudo ser una forma de dificultar las tareas de reconocimiento de los cuerpos. No olviden que en aquellos años no se podía utilizar el ADN. Que la cabeza, después de las vísceras, era la parte del cuerpo que más datos reportaba en la autopsia. Tampoco desdeñen el líquido en el que ambos cadáveres estaban sumergidos; el vino. El alcohol se lleva casi toda la información orgánica. Si seguimos en esa línea, el que ambos cuerpos tuvieran las uñas cortadas y que sus cuerpos estuvieran afeitados en su totalidad, nos lleva a una clara conclusión.

—¡Claro! —le interrumpió Daniel—, estaba clarísimo desde el principio. Los cuerpos fueron limpiados.

—No solo eso —continuó el rabino—, también se esmeraron en dejarlos casi irreconocibles. Cualquiera podía ser uno de esos cadáveres, bastaría con que tuvieran alguna característica común entre ellos. Y es evidente que quien lo hizo era forense. Un asesino forense dentro de un grupo de forenses es escatológico, pero muy posible. Su labor fue magistral. Solicité una copia de las autopsias antes de que ustedes vinieran —dijo dándonos unos papeles que sacó de su carpeta—, como verán, a Fonseca le reconocieron por los tatuajes que tenía en su cuerpo. La estatura de ambos era similar y no había más rastro que les diferenciara que aquellos dibujos en su piel y, por supuesto, el lugar en donde fueron encontrados. Fonseca, su padre —dijo mirándome—, en su casa, y Salas —indicó mirando a Reyes—, en el convento donde había pasado muchos días y era de sobra conocido. A Salas lo identificó una religiosa llamada sor Vasallo y a Fonseca, su esposa.

—¿Está usted insinuando que los cuerpos podían no corresponder a nuestros padres? —pregunté desconcertado.

—Sí. Es evidente que pudo ser así. La única forma que tienen ustedes de averiguarlo es haciendo una exhumación de los restos. Hoy en día con la ayuda del

análisis del ADN los podrán identificar. Tal vez nadie del grupo murió y todo fue una farsa. Quizás todos estén vivos; de no ser así, mucho me temo que uno de ellos, Salas o Fonseca, fue el asesino del otro y uno de los cadáveres no corresponde con la identificación que se le dio en su momento.

—Eso es una barbaridad —respondió Reyes.

—Las barbaridades también ocurren —dijo el rabino—. Cuando uno se involucra en este tipo de investigaciones, me refiero a delitos de sangre, lo último que debe olvidar es que cualquiera puede ser el asesino. De no tener en cuenta este punto, uno puede convertirse en una presa más. No deben dejarse llevar por sus vínculos afectivos, ya les dije lo que sucede. Sus sentimientos les cegarán como lo han hecho hasta ahora.

—¡Solicitar una exhumación de los restos! —exclamó Daniel—. Eso es imposible. Lo es en el caso de Reyes. Ella no es hija legítima, ya que Salas no reconoció su paternidad. Incluso si Reyes la reclamase, tardaríamos demasiado tiempo. Salas está enterrado en el convento, y las religiosas nunca la dejarían entrar allí, y menos proceder a la exhumación.

—¿Por qué tiene que solicitar permiso para ello? No van a reclamar paternidad alguna, solo a averiguar si los restos que están allí corresponden a los del forense. Hay muchas formas de hacerlo —dijo el rabino sonriendo con expresión pícaro—. Comiencen por los de Fonseca.

—¿Está sugiriendo que exhumemos los restos por nuestra cuenta, de manera ilegal? —inquirí.

—Esta es la dirección y el teléfono de un grupo que se dedica a ello. Son muy efectivos. Su paso por los cementerios es imperceptible, se lo aseguro. Y, además, sienten un enorme respeto por los restos mortales de los que allí se encuentran...

Capítulo 48

Desde el momento en que el rabino habló de la exhumación y de la posibilidad de que uno de los dos cuerpos no perteneciera al que se había certificado, no dejé de pensar en ello. Si el rabino tenía razón, uno de los dos, Salas o mi padre, podía ser el asesino, y si era así, ¿de quién era el otro cuerpo? Y, lo más terrible, lo que más me atenazaba: ¿y si ninguno de los cuerpos pertenecía a mi padre? Ni Reyes ni yo abrimos la boca durante el camino de vuelta al automóvil. Solo Daniel, ajeno a lo que para Reyes y para mí suponían las hipótesis del rabino en cuanto a la identidad de los cadáveres, hablaba sobre los pasos inmediatos a seguir en la investigación:

—Entraremos en Internet ahora mismo, antes de almorzar. Cada día que pasa se me hace más imprescindible el portátil —dijo, indicando a Reyes con un gesto de su mano que le abriera el maletero del coche—. Tenemos que situar el dodecaedro en el plano del cementerio. Utilizaré el Earth, de Google, que nos llevará directamente allí, y luego usaré mi programa especial de escalas. Haré un plano a escala del cementerio, que ajustaremos al dodecaedro. Así no tendremos que pedir ningún plano oficial del sitio y encontraremos con facilidad el lugar aproximado donde puede estar la hendidura para tu llave. ¡El rabino es increíble!, ¡increíble! Ha tirado por los suelos muchas de mis teorías.

—Tus teorías, ¿es eso lo único que te preocupa? —dije.

—Entiendo —respondió él—, estáis consternados por la hipótesis sobre la identidad de los cadáveres y lo que esto, de llegar a ser cierto, podría suponer para vosotros.

—Pues sí —intervino Reyes en tono malhumorado—, creo que no es algo a pasar por alto. Al menos para nosotros dos.

—Cierto, no lo es —dijo él mientras sacaba el ordenador portátil del maletero del coche—, pero tampoco es algo que deba manteneros así, tan apesadumbrados. El rabino solo ha dado una hipótesis. No sabemos si está en lo cierto o no. En ese punto yo tengo mis dudas. No creo que Salas enviara ese cuadro a casa del padre de Enrique si este quería asesinarlo. Un cuadro que contenía la llave y el dibujo del escarabajo. No es muy sensato.

—Depende —respondió Reyes.

—¿De qué? —inquirí molesto.

—De lo que pretendiera mi padre. Si tu padre le traicionó, el sitio más adecuado para esconder sus claves era la casa del asesino, allí nadie sospecharía, nadie lo buscaría y el último en hacerlo sería tu padre.

—Mi madre calificaba el cuadro como maldito, ahora sé por qué le daba ese adjetivo. Estoy convencido de que mi madre me lo reclamó porque antes se lo habían pedido a ella. Aún recuerdo su mirada amenazante cuando me interrogaba sobre él. Quizás asesinaron a mi padre por no entregarlo. La hipótesis del rabino parece la más lógica, pero me cuesta creer que mi padre estuviese involucrado en el asesinato de

nadie. Saldremos de dudas cuando hagamos las pruebas de ADN a los restos. Por mi parte pienso como el anciano, debemos comprobar que los cuerpos pertenecen a nuestros progenitores. ¿Querrás hacer tú lo mismo que yo? —dije mirando a Reyes—, o ¿tienes miedo a saber la verdad? —concluí.

—Si tuviera miedo no me habría involucrado en la investigación como lo he hecho. Recuerda que fui yo la que empezó las indagaciones y, sobre todo, sobre todo, no olvides que todas las claves que estamos analizando, todos los objetos y mensajes que tenemos, son autoría de mi padre. ¿En serio piensas que él, si hubiera sido el asesino, iba a dejar rastros tan claros de su crimen? ¡Por favor!, no hagas que me indigne más de lo que estoy.

—Creo que os estáis excediendo —interrumpió Daniel, poniéndose en medio de los dos—, hay más posibilidades que las que ha dado el rabino. Los cuerpos del resto de los forenses no se han encontrado nunca, tampoco sabemos si ellos tenían los mismos tatuajes en el cuerpo. Es posible que fuera así. Eran parte de un grupo, una especie de logia. Todo, hasta el número que lo componía, aparentemente, debió de tener un simbolismo. Antes de enfrentaros, algo que considero estúpido, debemos seguir con la investigación y ratificar la identidad de los cuerpos. Solo en el momento en que tengáis esos datos podréis echaros los perros por actos que no son de vuestra autoría y responsabilidad. Sea como fuere, no debéis olvidar que vosotros no sois culpables de lo que vuestros padres hicieron.

Capítulo 49

Eran las seis de la tarde cuando accedimos al cementerio municipal de Toledo Nuestra Señora del Sagrario. Como bien había indicado el rabino, el dodecaedro situado sobre el plano a escala nos dio el lugar aproximado en donde podía encontrarse la supuesta hendidura de la llave; la cruz de Ankh. Solo tuvimos que superponerlo sobre el plano del camposanto. Pero el lugar, en apariencia, no correspondía al sitio que Salas debió de elegir, ya que la extensión había variado mucho en los últimos años, por lo que, finalmente, después de haber caminado entre un sinfín de sepulturas y algún que otro panteón familiar, decidimos informarnos sobre la longitud y anchura que el cementerio tendría en aquellos años. Era necesario situar el dodecaedro en el centro del camposanto con la mayor exactitud posible. De no hacerlo así, dada la enorme extensión del terreno y la gran cantidad de tumbas y nichos existentes, podríamos perdernos en una búsqueda que sería larga y probablemente infructuosa, como lo había sido durante la media hora que estuvimos deambulando por sus pasillos húmedos y silenciosos.

El sepulturero nos había visto entrar en las instalaciones y sin discreción alguna había ido siguiendo nuestros pasos. Caminaba en silencio, agazapado tras las lápidas y protegido por el alma de los que allí residían y que parecían susurrarle que no nos perdiera de vista. El hombre, vestido con un mono de trabajo, avanzaba renqueante e iba parándose a medida que nosotros lo hacíamos. Fijaba sus ojos verdes y vidriosos sobre cada uno de nosotros sin pudor alguno, como a la espera de que por fin alguno tuviéramos la decencia de dirigirnos a él, algo que deberíamos haber hecho desde el principio.

Daniel llevaba extendido en sus manos el plano del camposanto y, sobre este, el dibujo del dodecaedro, que había pasado a papel de seda. El material translúcido le permitía que el plano del lugar se transparentara por debajo, dándole la situación aproximada de su centro.

Agotados, empachados de nombres y epitafios, de fotos ajadas, cuyos protagonistas parecían mirarnos inquisitorios, los tres, casi al mismo tiempo, nos sentamos sobre una lápida e instintivamente miramos al hombre, que seguía observándonos de cerca.

—¿Están ustedes buscando el lugar de descanso de algún difunto? Si es así, puedo ayudarles, soy la persona más indicada para ello. Parecen estar perdidos. Los planos, en este lugar —dijo el sepulturero señalando las manos de Daniel—, no sirven para mucho si uno no es familiar del difunto que busca —concluyó con ironía.

—Tiene usted razón —respondió Daniel, levantándose y acercándose al hombre, mientras Reyes y yo permanecíamos sentados sobre una de las sepulturas.

—Aquí las cosas apenas sufren variaciones, al menos perceptibles al ojo humano —puntualizó, dejando escapar una sonrisa que me pareció siniestra—. Dígame qué necesitan saber.

—Es usted muy amable —le halagó Daniel—. Necesitamos saber la extensión que tenía el cementerio hace, aproximadamente, unos treinta años.

—Eso pueden dárselo en el ayuntamiento, creo que se pide en el Registro de la Propiedad Territorial.

—Lo sabemos, pero no disponemos de mucho tiempo para permanecer en la ciudad y pensamos que sería más rápido buscar el sitio sobre el terreno. ¿Sabe usted cuál era la parte original en aquella época?

—¿No estarán buscando restos de fusilados? No son ustedes los únicos que desde que se encontró el osario han venido preguntando cosas inverosímiles. Los restos están en el patio 42, o patio de Caridad. Si han leído las últimas noticias sabrán que esto se ha sabido hace poco, cuando las reformas urbanísticas acometidas en ese patio dejaron al descubierto centenares de restos óseos, entre los cuales, muchos obreros identificaron a familiares y vecinos desaparecidos después de la toma de Toledo por las tropas del ejército de África. Yo, como muchos otros, creo que esa parcela fue el destino final de muchas de las víctimas republicanas, también, como es lógico, de los restos propios de caridad. No entiendo muy bien por qué motivo las autoridades ponen trabas a facilitar a los familiares la identificación y su posterior reubicación. Rencor, vergüenza, joder la marrana al prójimo por puro deleite..., el caso es que la actuación de las instituciones es incomprensible para cualquier persona que se precie de tener humanidad y dignidad. ¿No piensan ustedes lo mismo? Les puedo facilitar, si lo necesitan, la dirección y los datos de varias asociaciones que están luchando por darles un lugar digno e identificar, en la medida de lo posible, todos los restos.

—Es usted muy amable —respondió Reyes—; conocemos los datos que nos ha dado, pero, como le ha dicho mi amigo, buscamos el centro del cementerio. No creo, como usted bien dice, que sea la parcela 42. Puedo asegurarle que nada de lo que buscamos está relacionado con ella, aunque nuestras referencias sean cercanas a esos años.

—El centro del cementerio está en aquel muro —dijo señalándolo—. Lo ocupan los nichos. Los primeros que se construyeron aquí. Todos antiquísimos, aunque la mayoría, como verán, se encuentran en unas condiciones pésimas —continuó, señalando el lugar mientras andaba hacia él—. Díganme, ¿son ustedes familiares de alguno de los difuntos? O tal vez estén buscando la raíz de alguna leyenda; este lugar, igual que la capital que lo acoge, está plagado de ellas.

—Un poco de todo. Estamos recopilando información de las dimensiones y estructura de los cementerios en aquella época —dijo Daniel sonriendo.

Cuando estuvimos frente a la hilera de nichos, los tres nos miramos desconcertados. Como bien había relatado el sepulturero, los que ocupaban el muro eran antiquísimos. Estos, a diferencia de los actuales, tenían una puerta de cristal, que cerraba el acceso al hueco interior, donde se depositaban las candelas, flores y retratos de los difuntos allí sepultados. Ninguno de los tres dijo una sola palabra. Miramos el enjambre de puertas de cristal esperando encontrar una clave que nos

indicara cuál de aquellas cerraduras podía ser la que correspondiese a nuestra llave.

—Ha sido usted muy amable; este es el lugar que buscábamos. Ahora podremos tomar las notas necesarias para nuestro estudio —dijo Daniel.

—Ya sabía yo que ustedes eran periodistas —contestó el hombre—. No pueden hacer fotos sin permiso, ¿lo saben? —inquirió mirándonos.

—No se preocupe, no es esa nuestra intención. No somos periodistas; ya le hemos dicho que desarrollamos un estudio no oficial. Recopilamos información de varios cementerios de los pueblos toledanos. Dependemos de las instituciones religiosas —respondió Daniel, enseñándole una de sus carpetas con el sello de su congregación.

—Entiendo, temas de religión. Los curas son muy estudiosos, siempre lo han sido. A ellos les debemos mucho de lo que ahora tenemos, me refiero a documentos y datos que de no haber sido guardados por la Iglesia nunca habrían llegado hasta nuestros días. Pues, entonces, les dejo trabajar tranquilos. Si necesitan algún detalle sobre algún difunto, no tienen más que acercarse a la oficina, se lo facilitaré encantado. Debo marcharme, en media hora tengo un entierro. Ya saben, la muerte no se casa con nadie —concluyó mirando su reloj.

Permanecemos unos minutos sin hablar, observando los nichos centrales. Cuando el sepulturero estuvo ya lejos de nosotros, Daniel dijo:

—Si este es el centro, como el enterrador ha dicho, en alguno de esos nichos está la clave que buscamos. La cruz de Ankh debe abrir una de esas puertecillas de cristal. Seguramente esa —concluyó, señalando el nicho que ocupaba el lugar más céntrico del muro.

Los tres nos aproximamos y leímos el nombre que figuraba grabado en su interior: Severino Estévez González. En apariencia, este no tenía ninguna relación con Salas ni con mi padre, tampoco con los apellidos del resto de los forenses que formaron el grupo. Tras unos segundos, Reyes introdujo la llave en la cerradura y la giró. Ante nuestro asombro, la puertecilla se abrió, pero en el nicho no había más que lo que se veía desde el exterior: una candela cubierta de polvo y un retrato ajado del difunto...

Capítulo 50

Javier era frutero y tenía un pequeño local ubicado en la plaza de Chichón. El comercio era tan austero como la indumentaria y el aspecto físico de su dueño. Del techo, amarillento y abombado en las esquinas, colgaban calabazas atadas por sogas de esparto viejo y ennegrecido, ristras de ajos trenzadas y simples y girasoles que caían con sus corolas vueltas hacia el suelo, como flores lánguidas que, privadas de poder seguir la luz del sol, parecían haber ido dando cabezazos agónicos, de lado a lado, hasta morir. Al fondo, en el lugar más oscuro, manojos de manzanilla, poleo, romero, tomillo... pendían por sus tallos. Las mazorcas de maíz pintaban de amarillo las esquinas encaladas en blanco.

En el establecimiento no había más luz que una bombilla pequeña, sujeta por un casquillo, la luz que desprendía era tenue, velada por el polvo que acumulaba el fino cristal. El cable que salía desde el punto de luz, situado en el centro de la tienda, parecía tirar de ella hacia sí, queriendo reubicarla en el lugar que la mancha oscura del techo indicaba que le había pertenecido durante mucho tiempo. Sin embargo, la bombilla permanecía impertérrita en una esquina retirada de la puerta, alumbrando solo la mesa de madera vieja, sobre la que Javier tenía la libreta en donde hacía las cuentas de las ventas diarias.

La tienda olía a campo. Olía como yo de niño imaginaba que olerían las casas de los duendes, de los elfos, como huelen los recuerdos que satisface recordar. Permanecimos unos minutos mirando los claroscuros del establecimiento, la amalgama de objetos de labranza que el frutero tenía en el suelo, sobre los sacos de judías, garbanzos y lentejas, extasiados por los olores a vida que embargaban nuestros sentidos. Anduvimos unos minutos en silencio, mirando cada esquina, cada rincón. Javier nos dejó estar, imagino que como solía hacer con toda su clientela. Sin prisas, sin decirnos nada, esperó sentado en un taburete mientras limpiaba de tierra un saco de lentejas. De vez en cuando se frotaba las manos enfundadas en unos guantes de lana verde billar, rotos en las puntas de los dedos. En su oreja derecha llevaba un lápiz de carpintero afilado con navaja. Tenía la cabeza inclinada y nos miraba con una expresión agradable y tranquila. Sus diminutos ojos verdes resaltaban como «bonis» en aquella faz quijotesca de maxilares pronunciados, de pómulos excesivamente marcados por la ausencia de varias piezas molares. Tenía el rostro alargado como las figuras del Greco. Su expresión, cuando dejaba de sonreír, parecía enfermiza, de mirada vacía, semejante a la de los personajes del cuadro *El entierro del conde de Orgaz*.

Habíamos conseguido la dirección después de que Daniel contactara con un amigo y él le facilitase los datos del propietario actual del nicho. De aquel nicho que, según las conclusiones del rabino, era el centro del cementerio y debería haber contenido la clave del mensaje, pero en cuyo interior no hallamos nada.

—Buscamos a Javier Estévez —dijo Reyes acercándose al frutero.

—Servidor —respondió levantándose—. Ya me dijo don Sebastián que mandaría a sus amigos por los tomates, pero aún no están para ser cortados de la mata, aunque, si quieren, podemos acercarnos al huerto y vemos si alguno se nos deja arrancar...

—Creo que hay una equivocación —le interrumpió Daniel—. No venimos de parte de nadie.

—¡Ah no!, creí que así era. Díganme, ¿qué se les ofrece?

—Es complicado explicarle con precisión lo que nos ha traído hasta su tienda —dijo Reyes—. Verá, estamos recopilando información sobre un nicho que se encuentra en el cementerio de Nuestra Señora del Sagrario, y que pertenece, según nuestros datos, a un miembro de su familia. Deducimos que, por ello, usted figura en los registros como su propietario.

—Se refieren al nicho en donde está enterrado mi abuelo. Y ¿qué es lo que quieren saber? —inquirió.

—Tenemos una llave que lo abre. Esta —dijo ella enseñándosela.

—¿Quiénes son ustedes y por qué tienen esa llave? —preguntó en tono imperativo.

—Soy Ricardo Fonseca, hijo del forense Fonseca —dije, extendiendo mi mano hacia él, que la estrechó con fuerza.

—¿Y? —inquirió expectante.

—Es difícil explicarle, como ya le ha dicho mi compañera —miré a Reyes—, todo lo relacionado con nuestra visita. Lo verdaderamente importante es nuestro parentesco con el propietario de esta llave y con la cerradura que ella abre. Eso nos ha traído hasta usted. Todo está relacionado con la muerte de mi padre hace más de treinta años y la desaparición del grupo de forenses que lo acompañó en las investigaciones que realizó sobre una enfermedad que aquejaba a una orden de religiosas. Mi padre y uno de los forenses, Salas, fueron asesinados, pero el resto del grupo desapareció en Toledo. La llave que abre el nicho de su abuelo pertenecía a Salas. ¿Sabe usted a lo que me refiero? —le pregunté.

—Conozco la historia. Sin embargo, mi abuelo y mi padre, ¡que en paz descansan!, no estuvieron relacionados directamente con su padre, sino con el mentor de él, el señor Salas.

—Con mi padre, entonces —dijo Reyes.

—¿Con su padre? —preguntó él rascándose la cabeza pensativo—, tenía entendido que Salas no dejó herederos, que no tenía descendientes.

—Soy hija ilegítima.

—¿Qué tipo de información vienen buscando?

—Todo lo que usted pueda decirnos, lo que conozca y crea que pueda estar relacionado con la muerte de mi padre o la desaparición de los forenses —dijo Reyes—. Con el nicho de su abuelo y esta llave. Creemos, tenemos motivos suficientes para pensar que mi padre confeccionó esta llave por algún motivo especial y que este podría llevarnos a lo que estamos buscando.

—¿Qué es lo que ustedes buscan? —volvió a preguntar sin cambiar su expresión impertérrita.

—Los motivos por los que nuestros padres fueron asesinados. Estamos convencidos de que tras sus crímenes no estaba la mano de un asesino en serie; pensamos que hay algo más. Esa llave —dije, señalando la cruz que Reyes tenía en sus manos— fue dejada por Salas en un cuadro que previamente me regaló. No sabemos qué relación tuvieron su abuelo o su padre con Salas, pero sí estamos seguros de que tuvo importancia en lo sucedido, de lo contrario esa llave no abriría el nicho de su abuelo. Son intereses personales, exclusivamente eso. Necesitamos que nos diga lo que sepa para intentar seguir desvelando lo que realmente sucedió.

—El señor Salas venía al pueblo con cierta asiduidad. Más o menos una vez al mes, pero nunca en la misma fecha. Pasaba largas temporadas en nuestra casa descansando. Sus estancias constituían una fuente de ingresos importante para la familia. Cuando fue asesinado, nuestros posibles mermaron. Salas era un hombre agradecido y pagaba muy bien los servicios que le prestábamos. ¡Fue una lástima lo que sucedió! Recuerdo que venía desde Toledo y siempre traía algún dulce para mí.

—Y la llave, ¿sabe usted algo sobre esta llave?, ¿por qué abre el nicho de su abuelo? —pregunté enseñándosela.

—La llave la confeccionó Ruiz, un orfebre toledano. Mi abuelo está enterrado en Toledo porque Salas le compró el nicho. Cuando mi abuelo enfermó, Salas le ofreció a mi padre esa sepultura como deferencia. Mi padre no disponía de dinero para darle a su progenitor sepultura y, de no haber aceptado el nicho que ofrecía Salas, mi abuelo hubiera sido enterrado en el patio de Caridad. Después de aquello, el agradecimiento de mi padre fue en aumento al igual que la amistad que surgió entre ambos. Sin embargo, Salas dejó de venir al pueblo sin aviso. Meses más tarde, supimos que había sido asesinado. Nos dijeron que lo había hecho un demente que también mató a uno de sus alumnos, el señor Fonseca, su padre —dijo mirándome—. Aquella misma semana, mi padre se desplazó a Toledo para visitar la tumba del forense. Pero esto último le fue imposible, ya que sus restos mortales habían sido enterrados en el convento en donde fue asesinado. Visitó el cementerio y fue entonces cuando en el interior del nicho de mi abuelo encontró un manuscrito que evidentemente pertenecía a Salas —dijo mirando la llave.

—¿Está diciendo que en el nicho de su abuelo había un manuscrito de Salas? —preguntó Daniel con expresión de curiosidad.

—Sí. Un manuscrito en cuyas páginas solo había números, líneas y líneas de números. Lo único legible era una pequeña cita del *Quijote*,...

—Dichosa búsqueda y dicho hallazgo —le interrumpí—, dijo a esta sazón Sancho Panza... —y seguí recitando en su totalidad el pasaje que me había entregado sor Laudelina con los objetos de Salas.

—¿Cómo sabe usted lo que ponía? —preguntó asombrado.

Saqué de mi cartera el papel y se lo entregué. Él lo leyó en silencio y dijo:

—Ese pasaje fue lo que hizo que mi padre pensara que Salas había introducido el texto en el nicho de mi abuelo antes de marchar al convento. Era un admirador ciego de esa obra, recitaba pasajes enteros de memoria. Incluso me regaló un ejemplar que aún no he conseguido leer al completo.

—Según sus datos, Salas pudo utilizar a su padre para tener un lugar en donde dejar ese texto, ¿cierto? —dijo Daniel.

—Mi padre nunca lo vio así. Mi madre afirmaba que aquel manuscrito bien podía ser el responsable de la muerte del forense e insistía en que lo entregara a la familia, a la esposa de Salas. Sin embargo, mi padre siempre se negó a ello. Fue como si aquellos números que se repetían sin orden ni concierto en todas y cada una de las páginas, llenándolas de manera casi obsesiva, sin apenas dejar un espacio libre, hubieran poseído su voluntad.

—¿Aún tiene usted el texto? —preguntó Daniel.

—No. Mi padre pasaba los días intentando descifrar aquellos números. Llegó un momento en el que, desesperado ante la esterilidad de su trabajo, intentó buscar ayuda. Habló con el párroco, la persona que en aquellos años poseía más conocimientos matemáticos, y se lo enseñó. Esperaba que él le diera una respuesta. Pero el párroco, tras examinar el manuscrito, le dijo que aquellos números no eran más que seriados sin sentido. A pesar de su afirmación sobre la carencia de valor del texto, el eclesiástico dijo que el manuscrito tenía un cierto valor documental y tasó su precio en mil duros.

—¿El párroco le ofreció dinero por el texto a su padre? —preguntó Reyes.

—Sí. Así fue. La situación que vivíamos era delicada y el sacerdote lo sabía, por lo que intentó aprovecharla.

—¿Su padre le vendió el texto al párroco del pueblo? —inquirió Daniel con gesto de desprecio.

—Tardó una semana en aceptar la compra. Justo el tiempo que necesitó para copiar todos y cada uno de los seriados. Como imaginarán, mi padre no era tonto. Desde el primer momento, en el mismo instante en que el cura fijó sus ojos en los números y le ofreció dinero, supo que tenía más valor de lo que él creía. Después de recibir aquella tentadora oferta, y viendo el manifiesto interés del clérigo por hacerse con el texto, su obsesión por descifrar aquellos seriados numéricos, en vez de disminuir se acrecentó. Decidió copiarlos, transcribirlos en su totalidad tal y como aparecían en cada una de las hojas. No le dio una respuesta al cura hasta que no tuvo la copia terminada. A pesar de su obstinación, de su tesón y el deseo de llegar a una conclusión satisfactoria, jamás consiguió su propósito. Nunca encontró una respuesta, una clave, una solución. Si me acompañan al sótano les mostraré los seriados. Imagino que querrán verlos —dijo con ironía.

Capítulo 51

Javier fue hasta la entrada de la tienda y cerró el local desde dentro. Tras bajar las persianas sobre los cristales de las ventanas que daban al exterior, se dirigió a la mesa de madera donde hacía sus cuentas y la arrastró hacia un lado. Se agachó y levantó la alfombra de esparto bajo la cual se ocultaba un portón. Tiró hacia arriba de él y comenzó a bajar los empinados escalones que daban acceso a la cueva.

—Esperen arriba hasta que dé la luz —dijo girando su cabeza hacia nosotros.

Tras unos instantes, la luz interior de la cueva se encendió, dejando al descubierto el descenso casi vertical por el que Javier había bajado a oscuras. Las paredes laterales se mostraron ante nosotros como si fuesen la tumba de un faraón recién descubierta. En ellas había grabadas infinidad de combinaciones matemáticas. No había un solo espacio libre de aquellos seriados.

—Esta cueva permaneció mucho tiempo oculta; como muchas otras del pueblo. Nadie sabía, ni sabe, de su existencia. Por ese motivo, mi padre la utilizó para esconder la copia del contenido íntegro del texto. Decidió transcribirlo en la cueva, presa del pánico que le produjo la posibilidad de que el texto escondiera algún secreto relacionado con la Iglesia. Pensó que aquello, teniendo en cuenta el interés exacerbado del párroco, era lo más probable. Si no se equivocaba, aunque vendiera el texto al cura, la Iglesia se aseguraría de que él no se había hecho con una copia o poseía otros ejemplares del mismo.

»Esta guarida es como muchas otras que existieron, y que aún existen, bajo las casas, junto a las bodegas. En la actualidad, la mayoría están cegadas para evitar problemas con el Patrimonio Nacional. Como ven, tiene vestigios claros de varias culturas —dijo, señalando los ladrillos y los arcos que aparecían incrustados en los muros—. Mi padre no se equivocó; sus previsiones fueron acertadas. Días después de entregarle el texto al cura, mientras asistíamos un domingo a los oficios religiosos, registraron toda la casa, no dejaron nada en su sitio. Fue una búsqueda exhaustiva y que debió de ser planeada con antelación, ya que no quedó ni un solo rincón sin inspeccionar. Sin embargo, y a pesar de que también estuvieron aquí, en la tienda, no dieron con la cueva. Como les dije, nadie conocía su existencia. Desde entonces, aunque nos sabíamos vigilados, no se nos volvió a molestar.

—Estos son los seriados, ¿verdad que son estos? —preguntó Reyes, deslizando sus dedos por los números a medida que descendíamos por los escalones húmedos y resbaladizos.

—No. Esos son los cálculos que mi padre fue haciendo día tras día. Los seriados están abajo —respondió Javier—. Están tal y como los dejó. Le hubiera gustado conocerles. Está claro que —dijo señalando las paredes de la cueva— estos números esconden algo importante y comprometido y que su contenido tiene que ver con la Iglesia. Sin embargo, como ven, mi padre a lo más que llegó con sus cálculos fue a la hipótesis de que eran una fórmula que ocultaba claves relacionadas con el significado

del número pi —dijo señalando uno de los laterales, repleto de un sinfín de fórmulas—. Le costó llegar a esa conclusión. Cuando comenzó con las operaciones apenas tenía conocimientos matemáticos. No podía pedir ayuda a nadie, por lo que decidió hacerse con toda la información posible y para ello viajaba a Aranjuez todos los meses. Allí conseguía los libros necesarios. La curiosidad puede más que la necesidad. Ya ven qué ironía. Pensó que tenía en sus manos la fórmula mágica que desvelaba el número que ha traído en jaque a cientos de matemáticos. Que él, un sencillo agricultor carente de estudios superiores, con unos conocimientos básicos de matemáticas, iba a resolver un misterio que verdaderos genios no han podido resolver aún, en pleno siglo XXI.

—Puede que estos números no solo sean fórmulas que conduzcan a la resolución que envuelve los misterios del pi. Algo que parece evidente —dijo Daniel observando los signos con detenimiento—. Está claro que estos seriados tienen relación con los de la izquierda, pero los de la pared izquierda no son fórmulas matemáticas, no tienen nada que ver con ellas, más bien yo diría que son referencias a otro tipo de código que nada tiene que ver con el matemático.

—No entiendo nada de lo que dices —se quejó Reyes, acercándose a la pared y mirando las series que Daniel señalaba.

—En esta pared —respondió él, poniendo su mano sobre los números—, están las fórmulas matemáticas que conducen a la resolución de muchos de los dígitos que componen el número pi. Es sorprendente que su padre —dijo mirando a Javier—, si como usted afirma no tenía base matemática, llegara a involucrarse en esto. Quiero decir que llegara a tales aproximaciones, a dar con tantos dígitos del pi.

—Pero ¿de qué cálculos hablas? Yo solo veo series de números —preguntó Reyes.

—Para alguien que esté habituado a estas operaciones, es algo sencillo. Evidentemente, el cura supo, nada más ver las series, que eran cálculos matemáticos sobre los dígitos que componen el pi. Es algo que, como ya he manifestado, para una persona acostumbrada a estas operaciones se ve sin esfuerzo. Sus cinco primeros dígitos, 3,1415, están en todos los resultados finales. Ese detalle haría que cualquiera se percatara de la repetición. Por ejemplo, en esta tabla se observa que se necesitarían más iteraciones para lograr un acercamiento al verdadero valor del pi. O, lo que es lo mismo, cuantos más cortes se logran más aproximado es el algoritmo al valor real del pi. Esta tabla solo es la comprobación de la ecuación que está sobre ella —dijo, señalando los últimos dígitos que aparecían en la tabla:

$$n-16 \text{ hl6} = 0.00000000028724329323309473727$$
$$\text{PI} = (16) = 3.1415926537401934750709$$

—Y ¿qué más? —dijo Reyes.

—Pues que, si bien estas series, como ya os he dicho, corresponden a los cálculos

para hallar el mayor número de dígitos del pi, estas otras —dijo señalando la otra pared— son, en apariencia, una combinación sin sentido que no relaciono con las matemáticas, al menos con nada que entre dentro de mis conocimientos. Por lo que deduzco, teniendo en cuenta lo que sabemos sobre la forma de actuar de Salas, que es posible que las operaciones alrededor del pi no se refieran al número en concreto y a buscar la mayor cantidad de dígitos del mismo, sino que puedan estar relacionadas con el mensaje o la resolución de este otro seriado. En unos momentos lo sabré —y empezó a enumerar los números del tabique izquierdo, que parecía ir uniendo con los del derecho.

—¿Dices que las operaciones sobre los dígitos del pi son solo la guía a seguir para descifrar el seriado de la derecha? —pregunté.

—Por lo que he resuelto, así es —respondió esbozando una sonrisa de supremacía—, solo tenemos que ir aplicando cada uno de los resultados de las tablas a los números del seriado de la derecha y después verificar a qué letra del alfabeto nos remite. Ese es el método que Salas utilizó. Escondió un mensaje dentro de otro. Ya sabes —dijo mirándome—, el verdadero secreto de un criptograma es tener la seguridad de que este no encierra otro.

—¿Podrían explicarme a qué se refieren? —inquirió Javier.

—Es sencillo —respondió Daniel—. Salas era criptógrafo, y hasta ahora hemos comprobado que dejó sus mensajes encriptados. Estaba siendo vigilado; quizás mientras permaneció aquí, en la casa de su padre, aún no lo estuviera, pero, dada la magnitud que debería tener su trabajo, debió de suponer que, si no lo estaba en aquel momento, lo estaría más adelante. Por ese motivo, lo más probable es que utilizase los mismos métodos que utilizó en el convento para salvaguardar la información. Como he comprobado hace unos instantes —dijo sonriente—, la encriptó. Utilizó los dígitos del pi para ello. Si tomamos cada uno de los resultados de las tablas de la izquierda y buscamos en ellas los números a los que corresponden nos darán a su vez un número que corresponde con una letra del alfabeto, que, a su vez forma una palabra.

—¿Quiere decir los últimos de cada línea? —volvió a señalar Javier.

—Sí. Tomemos como ejemplo esta —dijo, señalando la misma que había utilizado al principio para explicarle a Reyes su hipótesis—, el último dígito hallado es 9, por lo tanto deberíamos contar desde el final del último seriado que hayamos descifrado nueve números más y al llegar al noveno tendríamos el número que corresponde con la letra que buscamos.

—Eso es inhumano —respondí—, tardaríamos muchísimo tiempo. No creo que sea factible que Salas formulara esa clave, es imposible —dije.

—Te equivocas, no hay nada imposible. Solo hay que tener memoria y saber qué número tiene cada letra en el alfabeto. Es más simple de lo que parece. Cuestión de práctica matemática. Rapidez mental.

—Yo creo que no —dije aturdido mirando los seriados.

—El cálculo mental entre otras cosas sirve para esto. No soy el único que lo practica. Muchos se ganan la vida con ello, y no precisamente dando clases en la facultad. Los servicios de inteligencia de todos los países tienen gente dedicada en exclusividad a estos menesteres —me explicó irónico.

—¡En serio! —exclamó Javier con entusiasmo—, y ¿qué pone? —preguntó.

—Exactamente dice: «*Serie numérica de coordenadas infinitas para el proyecto* —dijo, al tiempo que iba de una pared a otra señalando los números y buscando su correspondiente—, *conjunción de claves alfabéticas y numéricas precisas para su construcción y puesta en funcionamiento a escala menor*». A partir de aquí, las vocales y las consonantes que se indican no tienen un significado lingüístico.

Reyes, Javier y yo nos quedamos mudos, mirando aquellos seriados con la misma expresión de escepticismo que teníamos al principio. Daniel, ante nuestro asombro, sacó un lápiz y comenzó a señalar uno por uno los números que correspondían a las primeras fórmulas que daban los dígitos del pi. Después fue a la pared derecha y señaló los números que les correspondían, al tiempo que recitaba el alfabeto en alto y escribía la letra correspondiente en el suelo. Así, hasta que tuvo la frase que nos había dicho completa. Tras unos minutos de silencio, Reyes dijo:

—Entonces, el resto de los números son otro tipo de claves.

—Aparentemente parecen ser las claves a las que se refiere el párrafo, la conjunción alfabética y numérica precisa para poner en marcha el proyecto. Hasta ahí puedo llegar. No sé qué fórmula puede seguir, porque así, a simple vista, ya os he dicho que no sigue ninguna pauta matemática que yo conozca. También cabe la posibilidad de que los números no estén bien copiados, que, con los debidos respetos hacia su padre —dijo mirando a Javier—, él confundiera alguno de ellos o su ubicación, el lugar exacto en el que estaban escritos. El trabajo que realizó es extraordinario, pero muy complicado. Si hubo algún fallo de transcripción, es probable que el mensaje escrito sea más extenso. Sería interesante, y me atrevo a decir que necesario, intentar conseguir el texto original para cotejarlo.

—Es posible que mi padre cometiera algún error de transcripción. Pero estoy seguro de que si fue así, lo hizo inconscientemente. Puso todo su empeño en copiarlos tal y como venían, me refiero a que los números del tabique izquierdo corresponden a los que estaban en el primer bloque del manuscrito y los del derecho a los que aparecían en el segundo bloque. El libro estaba dividido en dos partes —concluyó dirigiéndose a Daniel.

—Habla con el párroco actual, no perdemos nada por hacerlo. Si no tiene inconveniente, después, en el caso de que no consigamos ver el ejemplar original, volveremos de nuevo y, con su permiso, tomaremos fotos de las paredes. Es más fácil hacerlo así que copiarlos, pues esta sería una labor que nos llevaría demasiado tiempo. Necesitamos intentar descifrar el significado completo.

—Les ruego que no hablen sobre lo que han visto. Aunque ha pasado mucho tiempo, prefiero que la curia no tenga conocimiento de ello. Esto aún sigue siendo un

pueblo y ya saben... —dijo con voz temblorosa.

—Por supuesto, no tenga dudas de que así será. La única información que le daremos al párroco será la precisa, la que su antecesor tuvo. Diremos que hemos accedido a la información investigando sobre nuestros padres y que usted está tan desinformado como nosotros —dije mirando a Reyes, y ella asintió con la cabeza...

Capítulo 52

—Hablan ustedes de una falacia. Un rumor que siempre ha estado vivo en boca de los filibusteros, de buscadores de misterios y embaucadores. Ese texto fue conocido en todos los ámbitos religiosos de la región, me refiero a Castilla La Mancha y Madrid. Ahora está en el norte y no se molesten en preguntarme en qué lugar porque jamás se lo diré. No esconde ningún misterio, ninguna fórmula mágica, solo se trata de una serie de números que intentan demostrar que las Matemáticas, la Ciencia, la Religión y el código alfabético forman claves que a su vez nos dan el verdadero significado de los textos bíblicos. Esa leyenda absurda que intenta tirar por los suelos todos los dogmas. Esa que dice que todo está escrito y que cada código tiene infinitos significados y aplicaciones. Una panacea, la panacea de siempre. Y, si no tienen nada más interesante que preguntarme, les dejo. Los oficios religiosos son importantes, no estas patrañas absurdas y sin sentido —dijo el párroco sin dejar que entrásemos en su casa.

—Verá, entendemos su postura, pero, si sus afirmaciones son ciertas, ¿por qué su antecesor pagó una suma tan importante de dinero en aquella época por hacerse con una falacia, como usted la califica? —dijo Reyes en tono de reproche.

—¿Qué haría usted si se encontrase con unas fotos deshonestas de un miembro de su familia? ¿Las dejaría para que circularan en manos de todo el mundo o las compraría al precio que fuese? —ninguno de los tres dijo nada—. Pues eso hizo él. Defendió sus creencias y el sostenimiento de las mismas. ¡Buenas tardes! —concluyó, dándose la vuelta, y, cerrando el portón de metal en nuestras narices, entró en la casa.

—Es evidente que, como siempre he mantenido, la Iglesia está metida en todo este asunto —dijo Daniel—. Es como en una circunferencia: el comienzo y el fin se vuelven a juntar. Una vez más nos vemos frente al clero, en el mismo sitio donde comenzó todo.

—Creo que vuelves a distorsionar los acontecimientos en favor de tu hipótesis. El párroco tiene razón. Conoces las teorías que existen sobre esos temas; si pensaron que era una especie de descodificador matemático relacionado con la Biblia, cualquiera, en el lugar del párroco, habría hecho lo mismo que hizo él —dije.

—¿En serio piensas que el cura pagó esa cantidad por una falacia, por un texto que solo reflejaba una superstición, una hipótesis sin base argumental? Deja que me ría. No olvides que estuve dentro de la institución. Las falacias, las supersticiones, las historias que no pueden demostrarse, son las más interesantes y las que más benefician a la Iglesia. Esas historias les sirven para demostrar que ellos están en posesión de la verdad, que siguen siendo los poseedores de la verdadera fe. Las falacias no se esconden, se desvirtúan y ello lleva a ratificar sus creencias. Si hubiera sido así, jamás habrían comprado el texto, y menos lo habrían ocultado, se habrían limitado a desvirtuarlo. Sin embargo, cuando se halla algo que tira por los suelos sus

dogmas, se esconde rápidamente, se hace desaparecer. Y no es algo ajeno en nuestra sociedad, se hace en todos los ámbitos. No es solo la Iglesia católica la que defiende sus cimientos, todos lo hacemos y todos tenemos derecho a hacerlo.

—¿En serio piensas que esos números tienen algo que ver con la Iglesia? —inquirió Reyes.

—Eso es lo más probable. Imaginaros por un momento que yo tenga razón y que la investigación que siguieron los forenses en el convento no solo fuese científica. Que las religiosas, su misteriosa enfermedad, solo hubieran sido utilizadas como una excusa para encerrarse entre las paredes del convento sin levantar sospechas. Imaginaros que la enfermedad, tal y como sor Vasallo siempre afirmó, fue provocada con ese fin y que formaba parte de un experimento que nadie, a excepción del topo, conocía. O que los resultados eran tan graves como inesperados, y por ello Salas y Fonseca, vuestros padres —dijo mirándonos a Reyes y a mí—, al ver lo comprometido que aquello era decidieron sacarlo a la luz. Imaginaros que el descubrimiento que hicieron fue el resultado de una investigación matemática que surgió tras el examen de textos cuyo contenido es pura metafísica. Que ese contenido diera lugar al comienzo de la investigación o el supuesto experimento. Imaginaros que todo ello tal vez haya estado siempre entre los textos de Loyola o de Cervantes y quién sabe si entre muchos otros manuscritos, en las páginas de muchos incunables o tratados. Quizás ello sea el motivo más prioritario que la Iglesia tuviera para esconder los seriados que Salas dejó en el nicho del abuelo de Enrique. Quizás esto lleve sucediendo años o siglos y nadie haya conseguido descifrarlo. Tal vez, todas esas series numéricas que no he conseguido enlazar con vocablos sean semejantes a las que dicen que esconde la Torá en sus páginas; quizás el número pi en realidad solo sea el código para descifrar muchos textos, un código que siempre ha estado a nuestro alcance. Si sus dígitos son infinitos, ¿por qué no podrían esconder infinitas aplicaciones? —concluyó Daniel parándose frente a nosotros.

—Demasiado fantasioso para ser real, para no haber sido descubierto hace tiempo. Pura leyenda. El supuesto mensaje de la Torá es una leyenda —dije.

—No olvidéis que todas las leyendas tienen siempre algo de verdad. Además, la Iglesia católica siempre ha estado en contra de los avances de la Ciencia. Lo ha estado por lo que todos sabemos. La Ciencia pone, año tras año, en duda sus dogmas; cada día, la hipótesis de que Dios y Ciencia son una misma cosa cobra más sentido. Eso a ellos no les interesa. No olvidemos que el mayor enemigo del ser humano es la ignorancia. También la manera más fácil de dominarlo, de engañarlo.

—Si todo eso fuera cierto —dijo Reyes—, estaríamos entre dos intereses diferentes pero que confluyeron en un mismo punto. Eso hizo que la documentación sobre lo sucedido fuese ocultada por dos, llamémoslas, instituciones u organizaciones diferentes.

—Es lo que he estado intentando explicar desde que me incluisteis en vuestras investigaciones —respondió Daniel con gesto de alivio—. Que las investigaciones o

experimentos que los forenses desarrollaban en el convento, en un principio, nada tenían que ver con la Iglesia, pero que surgieron de textos relacionados con ella o que estos textos, si no lo estaban, la relacionaron. La Iglesia, al ver descubierto parte de su secreto, reaccionó como lo hizo la organización para la que trabajaban los forenses. Se deshizo de todas las pruebas que pudieran perjudicarla, aun sabiendo que habría daños colaterales. Si el experimento o la investigación de los forenses salía a la luz, no solo se descubriría la peligrosidad del mismo, sino que también les salpicaría a ellos.

—Esa es tu hipótesis —dije—. Sin embargo, yo dudo mucho que los textos de Loyola o de Cervantes contengan nada relacionado con lo que los forenses desarrollaban en el convento. Más bien creo que esos textos, como todo demuestra hasta ahora, solo le sirvieron a tu padre —dije dirigiéndome a Reyes— para ocultar sus mensajes. Fueron una simple herramienta de trabajo. Como creo que lo son las series que el padre de Javier grabó en las paredes de la cueva. Como tú bien has manifestado, cualquiera que utilice las fórmulas matemáticas con asiduidad, cualquiera que domine el cálculo mental como tú, descifraría los seriados sin mucho esfuerzo. Salas debió de contar con ello. Debió de escribir ese manuscrito para alguien que dominase esa técnica de descifrado, o en la esperanza de que la persona que lo encontrase supiera distinguir de un vistazo lo que contenía. Pero, como sabemos, no tuvo suerte. El padre de Javier no era la persona indicada para decodificarlo.

—Es posible, pero aun así —respondió él desafiante—, ¿cómo explicas entonces el secretismo que ha rodeado los textos de Loyola durante siglos? ¿No crees que es demasiada coincidencia que el convento fuera el lugar donde se encontraban esos textos, me refiero a las cartas del santo, las cartas que le entregó a sor Antonia Estrada, la tornera, y que habiendo documentación sobre ellas estas no se hayan dado a conocer en su totalidad? Sabes que los textos existen, la hermana Laudelina te dijo que Salas estaba transcribiéndolos, dime, ¿cómo explicas tales coincidencias?

—No puedo —respondí—. Sé lo mismo que tú, sin embargo, yo soy más sensato y me decanto por una hipótesis más común, más razonable. Tú, por la que más te interesa.

—Lo cierto —afirmó Reyes— es que los textos de Loyola, la Iglesia y los forenses junto a las matemáticas siguen unidos. Que a medida que avanzamos en la investigación, la Ciencia y la Religión se van fundiendo en una misma cosa.

—Entonces —dijo Daniel—, ¿estás de acuerdo conmigo?

—En parte —respondió ella—. Es probable que estés en lo cierto y todo sea el hilo de la misma madeja. Que el cabo del comienzo y el del final se unan en un mismo ovillo de lana y, como afirmas, ambos nos conduzcan al mismo lugar. Está claro que la Iglesia tomó partido en lo sucedido. Cómo, de qué manera y los motivos que les llevaron a ello aún están por descubrir, pero con el resto de los acontecimientos, hasta ahora, nos ha sucedido lo mismo.

—Solo nos queda seguir con las investigaciones, volver al punto de origen —apremió Daniel—. Pero primero debemos volver a la cueva a tomar fotos de los números restantes. Estoy convencido de que tras ellos hay algo más. Después, iremos al convento. No podemos olvidar los seriados restantes que había en las cartas que le envió Salas a tu madre —dijo mirando a Reyes—. Tenemos que volver al convento e intentar que sor Laudelina nos deje entrar en las instalaciones, quiero decir..., que te deje entrar —concluyó, mirándome al tiempo que esbozaba una sonrisa malévola.

No respondí. Estaba memorizando las palabras que Julián entresacó de las cartas, las tres series por las que habíamos llegado hasta Toledo y, después, con la ayuda del rabino, al cementerio:

Primer seriado: Llave - Trece - Cuadro - Heredero - Fonseca

Segundo seriado: Aspas - Quijote - Loyola - Puertas - Solsticio

Tercer seriado: Llave - Pedro - Bautista - Sol - Tablada

Capítulo 53

Caminé junto a ellos en silencio, sin prestar atención ni escuchar lo que ambos comentaban, centrado por completo en mis reflexiones, en el análisis de todos y cada uno de los datos que habíamos recopilado hasta el momento.

Los acontecimientos parecían emparentarse de cerca con la hipótesis que Daniel había defendido y defendía con vehemencia. Era evidente que la Iglesia tenía interés en ocultar información sobre los forenses y lo que se gestó tras las paredes del convento. Los motivos por los que se veía obligada a actuar así, como bien aseveraba Daniel, podían ser la clave de todo lo sucedido.

Todo lo que hasta el momento habíamos descubierto estaba interrelacionado, formaba una especie de jeroglífico cuyo centro eran las palabras y los números. Ambos códigos, el numérico y el alfabético, eran la clave de nuestra investigación. La palabra, su significado y su poder, era y sigue siendo, a pesar de ser utilizada a diario, un misterio para el ser humano. Incluso el nombre de Dios revelado a Moisés lo fue. Para los judíos fue un nombre tabú. Se podían escribir sus grafías, pero estaba prohibida su pronunciación. En sus caracteres está concentrada toda la divinidad y la fuerza: el verdadero significado de la existencia. Los alquimistas, los brujos, los hechiceros, los sacerdotes..., todos ellos le daban a la palabra un lugar prioritario en sus artes. Y quizás el barro con el que Dios creó al hombre no fuera tal, sino una palabra simple pero llena de poder y fuerza, como: ¡Hágase!

En aquellos momentos, mirando el tatuaje de Reyes, recordé que en hebreo cada letra de las veintidós que conforman su alfabeto es también un número. Las palabras son cifras. En la Cabala judía las letras y las cifras están unidas y son el núcleo de la creación de todo. La colocación y el número de cada símbolo deben ser exactos porque de ello se dice que depende su transcripción correcta y el futuro del ser humano. La Torá nos muestra varias dimensiones de lo que sus letras en apariencia parecen decir, varias dimensiones que hay que descubrir aplicando un código alfanumérico similar al que mi padre y Salas estaban utilizando para dejar sus mensajes. Un código alfanumérico de múltiples combinaciones, que muchos dicen que encierra el pasado, el presente y el futuro de todo ser sobre la tierra. Todas sus palabras confluyen en el centro, en el número 32, en el corazón o núcleo, en el principio y el fin, en una circunferencia. La circunferencia que es, o representa, lo divino. Rememoré las palabras de mi padre citando a Galileo: *La lengua de ese libro es matemática y los caracteres son triángulos, círculos y otras figuras geométricas.*

Caminaba detrás de ellos, en silencio, sin dejar de divagar sobre lo acontecido y sin dejar de mirar el tatuaje de Reyes. Mil y una conjeturas pasaron por mi cabeza. Pero una sola se mantenía clara, a pesar de que en cierto modo era la más descabellada de cuantas se me habían ocurrido. Pensé que el número pi y las cartas de Loyola podían estar vinculados y que esta vinculación podían ser el decodificador o las pautas a seguir para llegar a leer, a convertir en letras, los dígitos del pi. Tal y

como Daniel había hecho con las cifras que Salas dejó grabadas en las paredes de la cueva.

—Demasiado tiempo en silencio —dijo Daniel, poniendo su mano sobre mi hombro y sacándome de mi absentismo—. Te lo compro, dime cuánto vale, estoy dispuesto a pagar lo que quieras. Venga, ponle un precio —concluyó sonriendo.

—¿El qué? —pregunté sobresaltado—, no sé de qué hablas —dije intentando disimular.

—Lo que piensas, te compro lo que estabas pensando —siguió riendo—. Debe de ser demasiado interesante. De lo contrario, habrías contestado a más de una alusión que te hemos hecho durante el camino. Y, como veo, ni te has enterado de que nos dirigíamos a ti. Dime, ¿qué pensabas?

—Tonterías, cosas sin sentido. Divagaba.

—Divagar es un ejercicio mental muy sano, con beneficios más que evidentes. La mayoría de las veces, divagar nos hace razonar y llegar a conclusiones que de otra forma nunca habríamos conseguido. Dinos qué pensabas.

Por unos momentos pensé no decir nada, pero, tras unos instantes, comencé a contarles mi hipótesis. Él se paró en seco en el momento que mencioné la Torá y establecí un posible paralelismo entre los números y las letras, entre los textos de Loyola, Cervantes, la Torá y las cartas que, supuestamente, Loyola había escrito. Cuando dije que las creencias sobre los mensajes ocultos en textos podían tener una base real y que tal vez estuviéramos frente a uno de ellos o a la descodificación del mismo, Daniel preguntó con expresión de asombro:

—¿Has descodificado las últimas líneas de la cueva?

—¿Te refieres a las líneas de las que nos hablaste y que has dicho que quieres volver a ver antes de decirnos su significado? —le inquirí desconcertado.

—Sí, me refiero a esa serie numérica —respondió.

—No sé de qué me hablas. Ya te dije, igual que lo ha hecho Reyes, que solo he visto números en ellas —dije.

Reyes me miraba con gesto de sorpresa, como intentando hallar una explicación a la reacción de Daniel.

—Entonces, si no lo has hecho, ¿cómo has podido llegar a semejante conclusión?

—Ya te he dicho que divagando. Uniendo unos detalles con otros. Pero no entiendo por qué motivo me haces esa pregunta. Si lo hubiese descifrado te lo habría dicho. No tengo motivos para callar, estamos juntos en esto.

—Es evidente —respondió Reyes— que los seriados numéricos a los que Daniel se refiere hablan de lo mismo que tú acabas de decir. Y es él —puntualizó señalándolo con gesto irónico—, y no tú, el que no quiere soltar prenda sobre ello.

—Si la memoria no me falla y esos números corresponden a lo que creo, el experimento o la investigación que los forenses realizaban en el convento era más peligroso de lo que nos imaginábamos. De una trascendencia vital, tanto que quizás nos hayamos equivocado al indagar y nos veamos envueltos en una responsabilidad

imposible de soportar por el resto de nuestros días —respondió Daniel con gesto de desagrado ante la afirmación de Reyes—. Es lo suficientemente importante como rocambolesca, tanto como lo es tu hipótesis —dijo mirándome con gesto desafiante— y la manera en que dices haber llegado a ella. Si estoy en lo cierto, si no me equivoco, y dada la importancia del mensaje, debo verificar su contenido antes de manifestarme sobre ello. Si lo hiciera sin asegurarme, sería un inconsciente.

—No tuvieron éxito —dijo Javier, que al vernos bajar la cuesta que conducía a la plaza había salido a nuestro encuentro—. Ya se lo dije. El nuevo cura no soltaría prenda, no diría ni mu, o no tendría ni la más remota idea de lo que ustedes decían. Y, bien, ¿qué les argumentó? —inquirió.

—Lo que usted dijo —respondió Daniel—, que el libro no está aquí y que no nos molestemos en buscarlo.

—Bien, entonces imagino que querrán, como me dijeron, fotografiar las paredes de la cueva. Será mejor que lo hagan ahora. He decidido borrar los números.

—¡Borrar los números! —exclamó Daniel—; no puede hacer eso.

—Sí, creo que sí. Llevo varios meses intentando vender la tienda. El huerto ya no me da para mucho. Ya saben ustedes, el campo es un quemahombres. Esta mañana he recibido una oferta bastante buena. Debe de ser una persona interesada en el pueblo. Sabe bastante sobre su historia y me preguntó si la tienda tenía cueva. Piensa acondicionarla para hacer un restaurante. Aquí, la hostelería es lo que funciona bien, desde siempre ha sido así. Por ello borraré todos los números que mi padre grabó en las paredes. Los que se dedican a este tipo de negocio, semirural, suelen dejar las cosas como estaban en origen. Creo que es conveniente que borre los seriados antes de enseñar la cueva porque, si lo que ustedes afirman es cierto y sale a la luz, podría tener serios problemas, ¿no lo creen ustedes?

—Sí, creo que lo más conveniente será que los haga desaparecer —dijo Daniel esbozando una sonrisa forzada. Reyes y yo asentimos con la cabeza.

—Pues, entonces, vayamos a hacer las fotos. Querían venir hoy mismo, pero les dije que tenía otros interesados viendo el local. Estrategias de mercado —dijo sonriendo—. He de comenzar con el encalado esta tarde.

Capítulo 54

En el momento en que estuvimos en la cueva, y antes de que Daniel dispusiera la cámara fotográfica, se dirigió a la serie numérica de la que nos había hablado y comenzó su transcripción en voz alta:

—Es de un versículo de Job —dijo, señalando los seriados sin retirar la vista de los números que iba uniendo de pared a pared. Descodificando su significado con tal maestría y rapidez que parecía un computador—: *Los diferentes capítulos de la Torá no han sido dados según su secuencia correcta. Si hubieran sido dados en un orden correcto, cualquiera que los leyese podría resucitar a los muertos, hacer milagros; incluso destruir toda vida. Los seres humanos están tan cerca de Dios como lo están de la Bestia y no se sabe en qué momento o quién puede ser el que utilice la «Palabra» para destruir en vez de crear. Por ello, el orden correcto y su sucesión precisa de esta secuencia han sido ocultados en la Tora. Solo el Ser Santo es el sabedor de su significado y aplicación.* Luego cita a Isaías 44: 7. Y dice: *Quien como yo puede leerla, anunciarla y ponérmela en orden. Se trata de un libro de prodigiosas propiedades, ocultas a los ojos de la mayoría. Fue recibido por Moisés de manos de Dios, quien también le reveló las combinaciones secretas de letras que, en conjunto, representan la otra lectura, diferente de la que lee cualquier persona. Y concluye: Sus claves, a pesar de los esfuerzos que se han hecho durante generaciones por mantenerlas a salvo, lejos de la vista de los no elegidos, han sido desveladas por los hombres. El número de la Bestia no tardará en ser descifrado y se convertirá en la aplicación matemática que lleve la destrucción a la Tierra.* Aquí cita —dijo señalando otro seriado— un versículo del Apocalipsis, el 15, 2, 8. O, lo que es lo mismo, el que corresponde a «Las siete copas», que, si mi memoria no falla, dice: *Vi otra señal en el cielo, grande y maravillosa: siete ángeles que tenían siete azotes, los últimos, porque por ellos se consumaba la ira de Dios. Y vi como un mar de cristal, mezclado de fuego, y los que habían salido vencedores de la Bestia, de su nombre y de la cifra de su nombre, estaban de pie sobre el mar de cristal, con las cítaras de Dios.*

—Está hablando del significado oculto de la Torá y del número de la Bestia. Juraría que se refiere a un proyecto en el que la base fundamental es alguna fórmula matemática que puede haber sido extraída de la Torá o de algún texto similar a ella. ¡Dios mío! —exclamó Reyes—, hoy más que nunca pienso que Dios es Ciencia, pura ciencia. Lo más terrible es que esa ciencia, según lo que has descodificado, está en manos de la persona equivocada.

—Creo que —respondió Daniel con voz temblorosa—, desgraciadamente, así es. El resto de seriados numéricos de los que no he encontrado significado, me refiero a paralelismo con los otros, deben de ser una clave, o las coordenadas de algún lugar —concluyó, secándose el sudor de la frente con la manga de la camisa y procediendo, de forma minuciosa, a tomar fotos de las paredes.

—¿En realidad creen ustedes lo que dicen? —inquirió Javier, que nos miraba con gesto de escepticismo—. ¿No piensan ustedes que ya nos habríamos enterado de algo? Si eso es cierto, lo más probable es que todos estuviéramos muertos.

—Quizás ya lo estemos y no nos hayamos dado cuenta de ello —respondí.

Todos se giraron a la vez hacia mí y me miraron con gesto de sorpresa.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Daniel.

—Que hay demasiadas cosas que no percibimos —respondí—. Mil y una realidades que no vemos, dimensiones que no podemos experimentar y, sin embargo, existen. Dependiendo de quién lea la Torá, y la preparación y valores que tenga, podrá ver en ella una cosa u otra, pero nunca verá todo su contenido, y eso, el que no lo vea completo, no quiere decir que no exista. Ese supuesto proyecto del que habla el mensaje encriptado de Salas puede llevar funcionando más de treinta años, los mismos que hace que él y mi padre murieron. Que nadie se haya percatado de su funcionamiento no quiere decir que no esté a pleno rendimiento. Puede que los efectos sean imperceptibles. Quizás ese sea el valor más importante y su verdadero peligro, su invisibilidad.

—¿Sugieres que el mensaje se refiere a algo desconocido e imperceptible? —inquirió Daniel—. Creo que tus conclusiones son demasiado exactas, demasiado certeras, sin tener, como dices, más datos sobre lo sucedido que los que todos conocemos. O ¿sabes más de lo que dices saber?

—Sigues pensando lo mismo. Sigues poniendo en tela de juicio mi comportamiento, pero nada dices del tuyo —le respondí en tono de reproche y con cierta ironía.

—¿Me estás acusando de ocultar información? —inquirió él dejando de tomar fotos.

—Tu facilidad para descifrar los seriados es demasiado perfecta. Yo diría que has practicado durante mucho tiempo ese arte. Si no recuerdo mal, dijiste que llevabas años dedicándote a buscar mensajes cifrados, ocultos en textos de diarios. Sin embargo, el tiempo que permanecí en tu casa solo vi documentación de hace treinta años. Documentación que recoge los años previos al asesinato de mi padre y de Salas y llega hasta unos meses más tarde de sus muertes. Recuerdo la insistencia de sor Laudelina en que poseías cierta habilidad con los jeroglíficos, con los criptogramas. Como tú bien dices, no existen las coincidencias. Tú y yo sabemos que estas solo son variables matemáticas. Dime qué fue lo que en realidad te llevó a indagar en los textos de Cervantes y Loyola. A desgranar la vida del santo de una manera tan metódica, a introducirte en los archivos de la Generalitat en su busca, en busca de sus huellas. Dime por qué sabes tanto de claves alfanuméricas.

—Pensé que este momento se retrasaría unos días más —respondió él con calma, como si estuviera esperando mis preguntas—. Tenía programado comentártelo antes de volver al convento. Era necesario que lo hiciera antes de que hablases de nuevo con sor Laudelina para conseguir presionarla. Pero debíamos encontrar todos los

mensajes posibles que Salas dejó encriptados, toda la documentación que pudo ocultar. Cuanto más tengamos al respecto, la religiosa se verá más atrapada. Y eso, ponerla contra la espada y la pared, es la única forma de conseguir que colabore con nosotros —hizo una pausa y mirándome fijamente de arriba abajo, tal y como lo hizo el primer día que nos vimos en su casa de la Corredera Baja de Madrid, continuó—. Terminaré de hacerlas fotos y te daré las explicaciones que necesitas... que ambos necesitáis saber —puntualizó dirigiéndose a Reyes, que permanecía muda, con gesto de asombro y desconcierto, mirándole.

—No puedo dar crédito a lo que estoy oyendo —dijo ella en tono malhumorado—. ¿Nos has estado ocultando información todo este tiempo? —Daniel permaneció de espaldas a nosotros, tomando fotos, sin responder a Reyes, como si nada de lo que ella dijera fuese con él—. Has jugado con nosotros; primero con mi hermana, después conmigo y ahora con Enrique. Estoy indignada, indignada, ¿me oyes? Haz el favor de mirarme, te exijo que me mires —concluyó alzando el tono de voz.

—Creo que lo menos importante en estos momentos es la información sobre mis conocimientos y andaduras anteriores a conoceros. Ahora, lo que realmente importa es hacer las fotos de los seriados e intentar interpretarlos en su totalidad. Después, como ya le he dicho a Enrique, os explicaré absolutamente todo, aunque parte de la información no va a ser de vuestro agrado. Pero, sin lugar a dudas, entenderéis que no la haya compartido con vosotros, sobre todo contigo —dijo mirándome.

Apenas pasamos media hora observando cómo fotografiaba las paredes. En silencio, cada uno sumergido en sus propias divagaciones. Después, tras manifestar a Javier nuestro agradecimiento, nos dejamos aconsejar por él sobre cuál era el lugar más apropiado para almorzar antes de emprender viaje.

Cuando estábamos a punto de tomar asiento en el restaurante, Reyes recibió un mensaje telefónico de Julián en el que nos indicaba que habiendo terminado de descifrar el resto del contenido de las cartas de Salas, de ellas solo había extraído una palabra que se repetía incesantemente: «cítara».

Capítulo 55

—No llegué al convento por pura coincidencia, tampoco a los textos de Loyola, me refiero a su estudio —comenzó a explicar Daniel mientras almorzábamos—. Ni relacioné al santo de inmediato con Cervantes. En aquellos días, cuando surgió mi interés por los supuestos contenidos ocultos de algunos textos, estaba inmerso en una teoría matemática de un anciano miembro de la orden religiosa de la que formé parte durante muchos años, la misma que me expulsó. El padre Fausto. Él me adoctrinaba en la que luego sería mi labor: el archivo y examen de textos inéditos, ocultos, incunables que la orden tenía almacenados e iba transcribiendo y traduciendo para su posterior clasificación. Muchos de ellos, una vez analizado su contenido con minuciosidad, y tras haber sido sometida su desclasificación, se daban a conocer o pasaban a engrosar una inmensa biblioteca que solo unos pocos elegidos podían consultar.

»El padre Fausto sostenía que, desde tiempos inmemoriales, las altas esferas de cualquier organización, los grupos de cualquier índole, gobiernos, religiones e incluso movimientos sectarios, habían utilizado los medios de comunicación para encriptar mensajes cifrados. Que estos mensajes, dependiendo de la época, del siglo, aparecían en la prensa escrita, en textos religiosos o de cualquier género literario e índole. No existía un patrón para encontrarlos. Quiero decir, que no se podía tener seguridad sobre un escrito, en cuanto a que este no contuviera un mensaje cifrado entre sus páginas que nos condujera a un texto diferente al que se leía.

—Algo similar a la película *Siete monos* —respondió Reyes.

—Es tan similar que si te confundes en la interpretación del mensaje, como le sucedió al protagonista de la película, el efecto de tu mala interpretación puede desencadenar una reacción opuesta a la que pretendías. Como os decía, el padre Fausto afirmaba que él no había descubierto gran cosa, que los mensajes en clave existían desde que el mundo fue creado por Dios y que Él, el Altísimo, había sido el primero en utilizarlos. Sus enseñanzas, sus hipótesis fueron convirtiéndose en tesis frente a mis ojos. Tomaron cuerpo sobre los cientos de papeles ajados y manuscritos que ambos íbamos descifrando sin descanso, poseídos por los contenidos ocultos de sus letras. Creedme, el misterio de todo lo que sucede hoy en día solo estriba en la interpretación de los símbolos, de los mensajes que Dios nos dejó.

—En realidad, el padre Fausto no estaba interesado en los textos que la Iglesia le daba para descodificar. Él buscaba respuestas, y había encontrado la llave del cofre del tesoro, ¿cierto? —pregunté.

—Murió sin llegar a donde yo llegué. La llave aún no la he encontrado y el cofre tampoco, aunque creo haber dado con su rastro. Cuando falleció, como estaba previsto por la orden y por las altas instancias eclesiásticas, yo le sustituí. Lo hice, en apariencia, siguiendo sus directrices. Solo en apariencia, porque él había dado con el rastro del cofre del tesoro hacía unos años. Pero el cofre era peligroso, tanto que

podía tratarse de la mismísima caja de Pandora. Antes de morir me lo dio a mí, me encomendó que siguiera su rastro, que continuara con la labor.

—¿Cómo llegaste hasta el convento y a establecer la hipótesis de que Loyola había escrito esas cartas para luego relacionar su texto de *El peregrino* con el *Quijote*? —inquirí.

—El padre Fausto, antes de morir, me hizo entrega de unos textos manuscritos en los que había un mensaje encriptado. Eran textos que narraban el éxodo judío y en apariencia no parecían contener ningún mensaje en clave. Sin embargo, él estaba convencido de que tenían un mensaje codificado, por ello pasó media vida intentando encontrarlo.

Daniel se inclinó y descolgó su cartera de cuero, que permanecía prendida de uno de los brazos de la silla. La abrió y sacó de ella un texto manuscrito y una carpeta. Nos entregó los dos y dijo:

—Ahí están mis apuntes y fórmulas junto al mensaje encriptado, la descodificación —dijo, señalando la carpeta de plástico repleta de folios—, y ese es el manuscrito que me entregó el padre Fausto. Podéis comprobar que no miento.

Reyes y yo nos miramos asombrados.

—Creo que será mejor que pidamos más café —sugirió ella, tomando el manuscrito y aproximándolo hacia mí.

—Iré yo a la barra a pedirlos mientras vosotros indagáis en la documentación —dijo Daniel, levantándose y abandonando la mesa.

Apenas transcurrieron unos diez minutos cuando Daniel, que había salido al exterior, regresó.

—Le he dicho al camarero que ocuparíamos una de las mesas de la terraza, fuera se está mejor. El sol ha caído y la temperatura es muy agradable —sugirió levantando su mano en dirección a la calle.

Una vez instalados fuera fue Reyes la que le explicó:

—Si no fuese porque Enrique conoce bien la criptografía, no habría dado verosimilitud a tus traducciones, me refiero a los mensajes que has descryptado de este texto —dijo señalándolo—, un texto que no sé de dónde puede proceder, porque su antigüedad es extraordinaria y el contenido descryptado, impresionante y terrorífico. ¿Cómo podía saber el autor del mensaje encriptado las epidemias que iban a producirse, cómo podía conocer el Ebola, el sida, y el proceso de colonización de los virus, incluso esos cambios climáticos de los que habla con tanta precisión? Es escalofriante cómo los empareja con los versículos del Apocalipsis. En mi vida hubiera imaginado nada igual. Es como si todo estuviera escrito o predicho, como si alguien supiera que la caja de Pandora estaba abierta y avisara de sus peligros y de lo que iba a acontecer.

Capítulo 56

—¿Por qué llevas estos documentos en tu cartera? —pregunté—; son demasiado valiosos, podrías perderlos.

—Tienes razón, pero el lugar más seguro es mi cartera, no me separo de ella ni para dormir. No penséis que solo vosotros estáis siendo vigilados, a mí me siguen los pasos desde hace tiempo. Cuando he salido fuera he llamado a Torcuato, tenía dos mensajes de él en el móvil. Creo que en la cueva de Javier no debía de haber cobertura. Mi casa ardió anoche —dijo.

—¡Cómo! —exclamé.

—Lo que oyes. Y no ha sido por mis cigarrillos —y se encendió uno—. No ha quedado nada. Lo siento por tus pertenencias personales, aunque, si te sirve de algo, el violonchelo está en el restaurante de Torcuato. Me tomé la libertad de encomendarle que lo trasladara a su sótano junto a algunos documentos y los ordenadores. Temía que esto pudiera suceder, el incendio o un robo. Dentro de lo malo no es lo peor.

—Las cosas parece que se ponen en nuestra contra —dijo Reyes—, llamaré a Julián para que abandone la mansión y se lleve las traducciones de las cartas.

—Lo hice yo nada más terminar de hablar con Torcuato —respondió Daniel—. Creo que va siendo hora de que tomemos una decisión clara sobre lo sucedido.

—¿Decisión, a qué decisión te refieres? —pregunté.

—A seguir con la investigación o abandonar —respondió él.

—No digas tonterías. Nadie ha pensado abandonar nada. Yo no tengo nada que perder, absolutamente nada, porque nada he tenido nunca —casi grité.

Reyes hizo un gesto de conformidad a mis palabras.

—Según lo que hemos leído en tus transcripciones del mensaje oculto de este texto —dije señalando el manuscrito—, una parte del supuesto lenguaje de Dios ha sido transmitido durante siglos a algunas personas. Y ese contenido ha sido dado por revelaciones.

—Sí —confirmó—, una de esas personas era el padre de los Jesuítas: Ignacio de Loyola.

—Un momento, un momento —dijo Reyes, levantando su mano al tiempo que hojeaba los folios—, aquí no hay escrito nada de lo que estás diciendo.

—No, por supuesto que no. Llegó un momento en el que no me hacía falta escribir lo que iba descodificando. Del mismo modo que no lo he necesitado con las tablas numéricas que Salas grabó en las paredes de la cueva.

—¿Eso qué significa? ¿Que cuando viste los seriados de la cueva ya los conocías?, ¿que estos seguían las mismas claves que ese texto?, o ¿es que solo estás hablando de rapidez mental? —inquirí.

—De todo un poco —respondió—. Cuando vi los seriados de la cueva, comprobé que se trataba del mismo código solo que a la inversa, o lo que es lo mismo: había

que pasar los números a su simbología y representación alfabética. En el texto —dijo cogiéndolo y levantándolo—, las letras tienen que pasar a su valor numérico y este, después, a su valor alfabético, siguiendo el mismo proceso. Encontrando las variables de los dígitos del pi, dentro de las operaciones matemáticas que se hayan llevado a cabo. Parece complicado, pero me reitero en que todo es cuestión de práctica en el cálculo mental.

—Entonces, todo el tiempo que pasaste descodificando los números en la cueva, estabas haciendo una pantomima —dije en tono malhumorado.

—No. Antes tuve que asegurarme de que estaba en lo cierto. Evidentemente tenía ya mis conjeturas sobre ello. En el mensaje de este texto se dice que Loyola fue receptor de parte del lenguaje de Dios y de una revelación de la que dependía la supervivencia del ser humano en la Tierra. Quiso transmitirlo a los hombres, bien por mandato directo de Dios o porque así sintió que debía hacerlo. Loyola, según este texto, encriptó en su obra *El peregrino*, el lugar donde estaban sus revelaciones escritas.

—En sus cartas —respondió Reyes.

—Eso es, pero las cartas no llegaron a ser descodificadas por nadie, porque jamás se encontraron. Entre otras muchas cosas, el mensaje de este texto dice que en ella, en la biografía auténtica de Loyola, pueden estar las coordenadas exactas del lugar en donde se encuentra el Arca de la Alianza. El mensaje también relaciona la obra de Cervantes, el *Quijote*, sus ocho primeros capítulos, directamente con la de Loyola, y dice que Cervantes los escribió tal y como se los transmitieron con el único fin de cumplir con su obra lo que Ignacio de Loyola no pudo hacer: que el pueblo conociese sus revelaciones tal y como Dios se las dio.

—¿Estás diciendo que los ocho primeros capítulos del *Quijote* tienen esa semejanza con *El peregrino* porque alguien le hizo llegar el encargo a Cervantes de que transmitiera o cumpliera lo que el santo no había podido cumplir? —preguntó Reyes.

—Eso mismo es lo que dice el mensaje del texto, no lo digo yo.

—Pero, de ser así, los que tienen las cartas ya habrían encontrado ese código —dije.

—Creo que eso no es algo que esté al alcance de todos. Está claro que debe seguir unas pautas desconocidas. Si procede de una revelación divina, lo más probable es que así sea.

—¿Crees que la Iglesia secuestró el texto de Loyola solo por esos motivos?

—Las cartas que le entregó el santo a sor Antonia Estrada, la hermana tornera, son la clave de todo. El padre Fausto dice que el santo escribió con el lenguaje de Dios las revelaciones que el Altísimo le hacía y que lo hizo en epístolas que nadie podía leer excepto Loyola.

—Es tan asombroso que es imposible que no sea real —dijo Reyes.

—Eso mismo pensé yo cuando leí el mensaje oculto del texto del padre Fausto.

Imaginé un código universal en el que todo estuviera reducido a una simple letra con múltiples aplicaciones y conceptos, con infinitos sentidos y valores, con una densidad tan grande que no pudiera ser medida. Tan grande y vasta que fuéramos incapaces de ver todo su contenido y solo apreciáramos una porción diminuta, microscópica, como lo es nuestro propio mundo, nuestra existencia en el cosmos.

—El número pi en toda su dimensión —respondí.

—O el verdadero significado del número, o su verdadera aplicación, o su verdadero código —dijo Reyes.

—Es probable que el número pi sea el eslabón perdido. Pero, continuando con lo anterior, con el mensaje del libro, también en él se mencionan otros textos que han servido de vínculo para transmitir el mismo mensaje, textos como la Torá, la Biblia, el Corán, *Hamlet*, la *Divina Comedia*..., la labor ha continuado durante siglos, pero nadie ha podido descifrar su contenido, que es, según el mensaje de este libro —dijo levantándolo una vez más—, el mismo que Loyola encriptó en *El peregrino*. El lugar donde se esconde la grafía de Dios.

—Los mensajes ocultos de los genios de las letras —respondí—, como decía mi padre. Él mantenía la misma teoría. Decía que existía un grupo, logias secretas que iban transmitiendo mensajes ocultos en textos literarios que terminaban convirtiéndose en obras magnas para la humanidad, pero cuyo verdadero valor y significado nadie había podido encontrar jamás.

—Tu padre mantenía esa teoría porque él había trabajado en aquella búsqueda —me aclaró él.

—¿Qué quieres decir? —pregunté sorprendido.

Capítulo 57

—Tu padre fue clérigo años antes de conocer a tu madre. Estuvo en un equipo de investigación. Estudiaban textos de Loyola. Lo hicieron en el convento adonde tiempo después tuvo que regresar con un equipo de diez forenses más y su mentor: el forense Salas.

—Eso es imposible —respondí estupefacto.

—Te garantizo y te demostraré que así fue. El padre Fausto, durante un tiempo, fue su maestro, le enseñó el arte de la criptografía como lo hizo conmigo. Tu padre tuvo acceso a los mismos textos que yo. El último libro que leyó fue el que me entregó a mí el padre Fausto. Solo que tu padre no tuvo acceso a su contenido íntegro, solo a las primeras hojas, estas —dijo entresacando las que estaban descosidas—; si te fijas, aquí, en el margen izquierdo, verás que hay algo que fue borrado, pero la marca permanece. Apliqué carboncillo sobre ella y pude leer esta fórmula. La misma que Salas utilizó para grabar los mensajes en la cueva de Javier, pero los números no son de Salas, sino de tu padre. Lo comprobé pasando las grafías a papel de seda y luego superponiéndolas en los apuntes que el padre Fausto tenía de los trabajos que tu padre desarrolló en el convento aquellos años. El padre Fausto era como yo, mejor dicho, yo adquirí sus costumbres en cuanto a la organización y archivo.

—No entiendo nada, absolutamente nada de lo que dices —dije.

—Pues ya somos dos —confirmó Reyes.

—Tu padre era clérigo de la misma orden de la que yo formé parte. Como ya te he dicho, durante un tiempo colaboró con el grupo de investigación a cargo del padre Fausto. Después, el grupo, formado por siete clérigos, fue trasladado al convento, entonces regido por sor Vasallo, para hacerse cargo de unas investigaciones que se suponía, según le dijeron al padre Fausto, que eran de extrema relevancia para la Iglesia. Antes de aquello, el padre Fausto había confiado en tu padre, le dejó el libro y le dio las mismas pautas que a mí. Le explicó que en él podía haber un mensaje encriptado que nadie, ni él mismo, habían podido entresacar. Tu padre supo cómo hacerlo, esta es la prueba de ello —dijo señalando las marcas del margen—, pero, por motivos que el sacerdote desconocía, no le hizo partícipe de lo que leyó. Por más que este insistió en que sabía que había dado con la clave, tu padre lo negó una y otra vez. Días más tarde, el grupo fue, como ya te he dicho, trasladado al convento. El padre Fausto me lo contó días antes de morir; también me dijo que no sabía lo que tu padre habría contado para ir a aquel lugar tan retirado y poder llevarse al resto de eclesiásticos con él, pero que estaba seguro de que el convento tenía alguna relación con el contenido de este libro —dijo introduciendo las hojas en su interior—, relación que yo no tardé en encontrar. Tu padre permaneció muchos meses en el convento y, tras ellos, dejó los hábitos sin que nadie dijera nada de su decisión ni le pusiera trabas al respecto. Después, su vida dio un giro vertiginoso y se convirtió en un forense

reputado y un criptógrafo que, como ya hemos comprobado, trabajaba fuera de los límites gubernamentales. Para una organización que debe presidir un orden desconocido por los gobiernos mundiales, por todos los gobiernos, y cuyos fines no eran, por lo que hemos visto, muy lícitos ni humanos, menos católicos. Fines, proyectos o experimentos científicos o tecnológicos que años más tarde le condujeron a la muerte. Eso, en el caso de que esté muerto.

Por unos momentos no pude articular palabra alguna. Daniel, a medida que hablaba, me iba pasando documentos que verificaban los datos que me había dado sobre mi padre, datos y documentos que desconocía y que jamás había visto. Fue Reyes quien tomó la palabra:

—¿Qué quieres decir? ¿Estás insinuando que el padre de Enrique puede estar vivo?

—No insinúo, me baso en que los restos que se encontraron de los forenses desaparecidos pertenecían a nueve cuerpos, por lo que, si las cuentas no me fallan, faltan los de un cuerpo que seguramente corresponde al topo. La clave está en el décimo forense. Todo, una vez más, nos lleva a los números. Las Tablas de la Ley con diez mandamientos, las doce tribus judías, los doce apóstoles, las diez copas de la vida, los doce forenses. ¿Quién era el décimo? Debes reconocer que a pesar de que tu madre vio el cuerpo y lo reconoció, pudo equivocarse. Recuerda que estaba decapitado. Como lo estaban los restos de los forenses desaparecidos. Ellos también fueron decapitados.

—¿Cómo sabes eso? ¿De dónde has sacado esa información? —pregunté.

—No entiendo cómo has podido actuar de esta manera con nosotros —dijo Reyes—. Deberías habernos dicho lo que sabías mucho antes.

—Los restos mortales de los forenses que supuestamente desaparecieron en Toledo fueron encontrados, quince años más tarde, en un sótano en la calle de Juanelo en Madrid, después de unas reformas en una de las casas. Los forenses no se reunían en Toledo, lo hacían en Madrid, y allí se les encontró. Fueron hallados sobre una mesa rectangular de madera. Los informes de la época —dijo entregándonos las fotocopias de varios documentos oficiales— mencionan, como podéis ver, la causa de la muerte como un homicidio del que no se pudo encontrar más móvil que el relacionado con alguna secta satánica de las que entonces, como ahora, ejercían en el más absoluto secretismo. En ellos, la decapitación que sufrían los cuerpos es calificada como una de las pruebas fundamentales que llevaron a esa conclusión, así como el que en apariencia todos ellos, por la postura en la que aparecieron, fueron víctimas de algún tipo de droga o gas que les provocó la muerte sin resistencia alguna por su parte. Aquí —dijo señalando uno de los documentos—, especifica que la mesa presentaba hendiduras que correspondían con las que deja un hacha, por lo que se presupone que los cuerpos debieron de ser decapitados cuando las víctimas ya estaban muertas. El caso, como podréis leer, no llegó a más en las investigaciones, ya que nadie reclamó los restos mortales. Aunque en este folio se presupone que, según

las informaciones halladas en el archivo —dijo señalando el número que aparecía en la hoja—, en un principio, se tuvo en cuenta la posibilidad de que pudieran pertenecer a los forenses que desaparecieron quince años atrás en Toledo, pero el número de cuerpos encontrados solo correspondía a nueve y no a diez, como figuraba en los archivos policiales que recogieron la desaparición de los forenses en su momento. Tampoco existían pruebas materiales que los pudieran identificar. En la cueva, en sus paredes, solo se encontraron restos de símbolos satánicos que los investigadores dieron como válidos para refutar su hipótesis. Y así fue difundido el hallazgo por la prensa del momento. Aquí lo podéis ver —dijo, entregándonos un recorte que incluía la documentación de su carpeta en el que se podía leer la información adjetivada como un hallazgo producto de las prácticas satánicas—. El caso estuvo abierto durante un tiempo, pero finalmente se cerró al no encontrarse nada que se relacionase con él y que diera pie a continuar con las investigaciones.

—¿Por qué estás tan seguro de que esos cuerpos correspondían a los de los forenses? ¿Desde cuándo tienes esa información? —inquirió Reyes devolviéndole los documentos.

—Salas no iba a llevarnos hasta el Hombre de Palo sin motivo alguno y pensé que tal vez nos estaba indicando un lugar parejo a él. El más apropiado era la calle que en Madrid llevaba su nombre, como bien apuntó el rabino. A partir de ahí, solo tuve que pedir algún favor. Uno sigue teniendo sus contactos. Si el hallazgo de los cuerpos hubiera sido más reciente, los datos habrían estado informatizados, pero no lo estaban, por eso no los recibí antes.

—¿Estos son faxes? ¿Dónde te han mandado estos faxes? —pregunté.

—Hace unos minutos, cuando salí, también tenía una llamada de mi contacto en el registro. Hablé con él y me dirigí al Ayuntamiento —dijo, señalando los soportales que daban al edificio del mismo y que estaban a nuestra derecha—. Solo tuve que pedir permiso para que me enviaran un fax. No tuve ningún problema. Uno de los administrativos me dio el teléfono y me lo enviaron todo hace unos minutos. Los organismos oficiales no solo están para pagar impuestos. Respecto a tu pregunta —dijo dirigiéndose a Reyes—, estoy seguro de que los restos correspondían a los forenses desaparecidos por el lugar en donde fueron hallados. No irás a decirme ahora que piensas que encontrar nueve cuerpos decapitados en un sótano, en la calle de Juanelo en Madrid, es una mera coincidencia. Estoy seguro de que aquel lugar era el habitual de las reuniones de los forenses y no Toledo. Creo que todo fue enmarañado por los rumores existentes en cuanto a los escarceos que hacía Hilario Ruiz. Me refiero a que se dio por supuesto que aquellas reuniones se celebraban en Toledo porque las confundieron con las que Hilario hacía para sus trapicheos. Como veis no os he ocultado nada, solo he comprobado mi intuición. Quería estar seguro de que no me equivocaba y, cuando he tenido los datos —dijo cogiendo los documentos—, os los he dado sin restricciones.

—Puede que tengas razón, pero no podemos comprobarlo —dijo Reyes—; si

estás en lo cierto, uno de los forenses fue el verdugo que ejecutó a todos, incluido mi padre y el padre de Enrique. Pero mucho me temo que no podremos verificarlo nunca. Como dijo el rabino, lo único que podemos es proceder a la exhumación de los restos de nuestros padres.

—Lo más importante ahora no es saber si esos restos eran los de los forenses desaparecidos y quién era el décimo forense, aunque en él puede que esté la clave: la décima clave. Y quizás en esa clave, como sucede con el décimo mandamiento de la Ley de Dios, estén resumidas las restantes.

—Creo que aún tienes cosas pendientes que contarnos —dije— o, tal vez, teniendo en cuenta que eres tú el que elige cómo y cuándo, quizás hayas decidido no decir una palabra más.

Capítulo 58

—Como os dije, tu padre —continuó, mirándome—, Enrique Fonseca, una vez descryptado el mensaje que contenía el libro que el padre Fausto le entregó, y negándole a este tal hallazgo, dejó la orden a la que pertenecía para realizar unos estudios en el convento de las religiosas, adonde regresaría años más tarde. Le acompañaron en su labor de supuesta investigación siete hermanos que también formaban parte del equipo de estudio de textos del padre Fausto, al igual que lo hice yo durante un tiempo. El equipo permaneció en el convento de las religiosas siete meses y todos sus componentes fueron enfermando progresivamente, como reflejan los documentos de defunción. Algo que investigué después de terminar el trabajo de descodificación del libro del padre Fausto —dijo poniendo su mano sobre el manuscrito—. Investigué la permanencia de tu padre en el convento de las religiosas, porque era evidente que algo se gestó allí, ya que en el mensaje del libro del padre Fausto se afirma que Loyola tuvo revelaciones y, siguiendo los pasos de Loyola, como te comenté en su momento —dijo mirándome—, llegué a los archivos de Barcelona, de la permanencia del santo en la capital catalana, y de ellos a la hermana tornera y a las cartas que ella guardó en el cofrecito.

»Por un lado, tenía la información que el padre Fausto me había dado sobre tu padre. Él decía que Fonseca había descryptado el mensaje del libro, pero que lo negaba. Sin embargo, nada más terminar su trabajo, fue trasladado junto a los otros siete clérigos al convento de las religiosas para investigar unos documentos de los que no se le quiso dar información. Por otro lado, tenía la documentación suficiente como para asegurar que la hermana tornera fue poseedora de las cartas que Loyola había escrito víctima de sus alucinaciones y que ella debió de guardar en aquel cofre perdido. Y la hermana tornera...

—Era de la misma orden que las religiosas del convento. Por lo que estaba claro que Fonseca, habiendo descifrado el mensaje del libro del padre Fausto, solicitó permiso para leer aquellas cartas —dijo Reyes.

—Así es. Como decía, Fonseca fue acompañado de siete eclesiásticos más, que fueron falleciendo uno a uno durante los siete meses que duró la investigación. Uno por mes. Y todos padecían los mismos síntomas, sin que se pudiera diagnosticar un mal conocido y, por lo tanto, poner remedio a su padecimiento.

—Los mismos síntomas que años más tarde aquejaron a las religiosas y las llevaron a la tumba —dije.

—Según recogen los informes médicos del hospital al que iban siendo trasladados cuando comenzaban a dar muestras de la patología, manifestaban una alteración de conducta que, en sus comienzos, se correspondía con la que padecen algunos autistas. Dejaban de comunicarse primero en el lenguaje escrito. De ser doctos en el arte de la traducción y la transcripción literaria, olvidaban el código alfabético. No sabían leer ni escribir y no reconocían ningún signo numérico ni alfabético. Como si hubieran

perdido la memoria de una forma repentina y con consecuencias fulminantes. Después, dejaban de hablar, se mostraban incapaces de pronunciar palabra alguna o entenderla. Más tarde dejaban de relacionarse incluso por señas hasta que se sumergían en un estado de catarsis de la que nadie podía sacarles. Algo similar a una involución referida a la comunicación con el medio y el mundo que les rodeaba. La última fase de la enfermedad, por definir lo que les sucedió de alguna forma, concluía cuando tenían que ser alimentados de forma mecánica hasta morir sin que se pudiera hacer nada para evitarlo.

—Un momento —dije levantando la mano para que me escuchasen—, has dicho que murieron los siete clérigos que acompañaban a mi padre en la investigación, pero mi padre no murió. Después de aquello dejó, según tú dijiste, los hábitos. ¿Eso significa que él no padeció ese trastorno?

—Él fue el único que no sufrió ningún tipo de alteración. Algo muy extraño, ya que fue, a todas luces, el precursor de la investigación que les llevó al convento. Por lo tanto, debía de estar siguiendo las mismas pautas de estudio que el resto del grupo. Si era así, era inmune a esos trastornos, o no le afectaron los síntomas por otros motivos que desconocemos —dijo mirándome fijamente.

—Sí —respondió Reyes—, es evidente que no le afectaron como al resto del grupo de estudio. Pero sí lo suficiente como para abandonar los hábitos.

—O era inmune a ello —dije.

—Creo que él jugaba con ventaja —manifestó Daniel con una ironía manifiesta.

—¿A qué te refieres? —pregunté—, ¿estás insinuando que mi padre utilizó al grupo como si fuesen ratoncitos de laboratorio?

—Más o menos —dijo.

—Explícate —exigí en tono malhumorado.

—Tu padre los llevó hasta el convento sin que ellos supieran exactamente a qué iban. Si él sacó las mismas conclusiones que nosotros sobre el mensaje del texto del padre Fausto, y todo indica que así fue, sabía que las cartas del padre Loyola podían estar escritas con el lenguaje de Dios y que su lectura podía constituir un riesgo.

—¿Un riesgo? —inquirió Reyes—. Un verdadero privilegio, una suerte, una pasada, diría yo.

—No estés tan segura —dijo Daniel sonriendo socarrón—. Si esas cartas están, como suponemos, escritas con el lenguaje de la Creación, el mismo que Dios utilizó para dar vida al Cosmos, como ya hemos sopesado, pueden recoger tanto que la mente humana no sea capaz de asimilar. Lo que les sucedió al grupo de eclesiásticos que acompañaban a tu padre para mí es lo más similar a lo que le sucede a la CPU de un ordenador cuando la capacidad es inferior a los datos que se le introducen, en palabras coloquiales: el sistema se bloquea y a veces es imposible recuperar la información. Si tu padre conocía los riesgos, si pensaba como nosotros, lo más probable es que utilizase a cada uno de los siete eclesiásticos para ir viendo parte de esas cartas. Siete clérigos y, con ello, volvemos a los números.

—Exacto —interrumpió Reyes—, el siete. Siete eclesiásticos, siete meses de investigación y, según recuerdo, dijiste —dijo mirando a Daniel—, siete eran las cartas que se supone que escribió Loyola en los siete días que sufrió las revelaciones. Para los hebreos recoge los siete mandamientos Noájicos, las siete islas, los siete cielos, las siete montañas, los siete altares y los siete pares de animales que Noé introdujo en el Arca por orden divina. En el cristianismo los siete sacramentos, y los siete dones del Espíritu Santo. En metafísica y astrología, siete son los malos espíritus, y siete las murallas que separan el mundo inferior.

—El número siete es especialmente importante, pero has olvidado algo: los siete días de la semana, los días de la Creación.

—No fueron siete, sino seis, porque el séptimo Dios descansó, según las Escrituras —respondió ella sonriendo.

—El número indica que en esas cartas pueden estar recogidos todos y cada uno de los días y lo que aconteció mientras Dios iba creando cada cosa, cada ser vivo. En la séptima, si la teoría es válida, pudo escribir el futuro de lo creado. Si la séptima carta de Loyola recoge el lenguaje de Dios, que no puede ser otro que el de los misterios de la Creación, en ella también deben de estar las claves para evitar el Apocalipsis que parece que puede provocar el conocimiento de ese lenguaje, o dicho en términos más racionales, si cabe, para evitar que el código, las coordenadas matemáticas o las fórmulas del proyecto que imaginamos que se está llevando a cabo, y del que Salas dejó aviso en las paredes de la cueva, se realice.

—¿Piensas que mi padre sabía el valor del contenido de las cartas y la peligrosidad del mismo y utilizó a los eclesiásticos para que las leyesen, sabiendo el riesgo que corrían? —pregunté.

—Es lo más factible. Debió de ir dando una por mes a cada uno de ellos para que las fueran leyendo y descifrando. Debió de encontrar una forma para saber lo que ellas contenían sin necesidad de visualizarlas él. Es probable que por eso no padeciera las mismas consecuencias. El contenido, su valor o el que todos murieran tras la lectura, debió de ser lo que le hizo abandonar los hábitos. Aunque también pudo ser la codicia, el décimo mandamiento. Si él era el décimo forense, si realmente él era el topo y su cadáver no fue el que tu madre reconoció, pudo ser así. El número diez también nos indica algo muy importante. Hasta ahora todo son mensajes en los que los números tienen mayor simbología de la que aparentan.

—Los diez cuernos de la bestia apocalíptica —dijo Reyes—. El ladrón de la palabra de Dios, el décimo forense. Creo que comienzo a dar por factible tu hipótesis. Está claro que si esas cartas existen, como demuestra el texto manuscrito que nos has enseñado y su descodificación, el que sean siete y no ocho, o nueve, no es una casualidad. Si Dios le transmitió a Loyola esas revelaciones, no escogería otro número para hacerlas. También el que los forenses fuesen doce es demasiado simbólico. En un principio todos los relacionarían con los doce apóstoles y entre ellos también había un traidor. Es evidente que, como siempre mantuviste —dijo mirando

fijamente a Daniel—, las religiosas debieron de verse envueltas en algo de lo que no eran responsables pero que sí las vinculaba indirectamente con los acontecimientos.

—Eso es lo que he estado intentando explicaros. Las religiosas han intentado por todos los medios desviar la atención sobre la existencia de las cartas desde el principio.

—Tal vez tenían miedo —dije—. ¿Por qué se le dieron, según tú, las cartas a mi padre, años antes de que la enfermedad asolara el convento?

—Cuando tu padre acudió con el grupo de clérigos, es probable que entonces las religiosas desconocieran el alcance real de aquellos documentos. Podían tener una vaga idea de su valor, pero no los daños que podían ocasionar. Durante mi estancia en el convento, no dije nada sobre el libro del padre Fausto, tampoco hablé sobre la información que tenía de los siete clérigos. En un primer momento, intenté ganarme la confianza de la orden y realizar el trabajo que había dicho que haría, porque el trabajo en realidad era cierto. Más tarde, cuando ya pensaba que las religiosas no desconfiarían de mí, les hice saber mis verdaderos motivos. Entonces se cerraron en banda. Ni tan siquiera prestaron atención al libro del padre Fausto y mis notas. El resto ya lo sabéis. Es evidente que tu padre volvió al convento durante muchos años, como ya sabes, a realizar sus ejercicios espirituales, ya que jamás se desvinculó del clero. También es evidente que las cartas de Loyola no salieron del convento nunca. Si mis suposiciones son correctas, tu padre no las necesitaba ya que había conseguido su transcripción a través de los siete clérigos que fallecieron. Tal vez, las cartas volvieron a ser leídas por las religiosas que enfermaron. Cuando esto ocurrió, llamaron a tu padre porque él conocía cómo parar aquel mal. Recuerda que fue el único que salió indemne del primer episodio.

—¿Por qué estás en este asunto? Dime, ¿cuáles son los motivos reales que te han llevado a todo esto? —dije mirándole directamente a los ojos.

—Llevo diciéndotelo desde que supiste quién era y cómo había llegado a conocer a Reyes y a tu esposa. Mis motivos son puramente éticos, de conciencia, de deber cristiano. Aunque esté fuera de la institución católica, sigo siendo cristiano. Creo firmemente en Dios y reniego de las casualidades. Conocí al padre Fausto solo para recibir de sus manos el libro y las enseñanzas suficientes como para descodificarlo, y eso no es casualidad. Haré todo lo que esté en mis manos para llegar hasta el final. Dios quiera que esté equivocado y todas mis hipótesis sean pura ficción. Pura ficción, no solo ahora, sino por los tiempos de los tiempos.

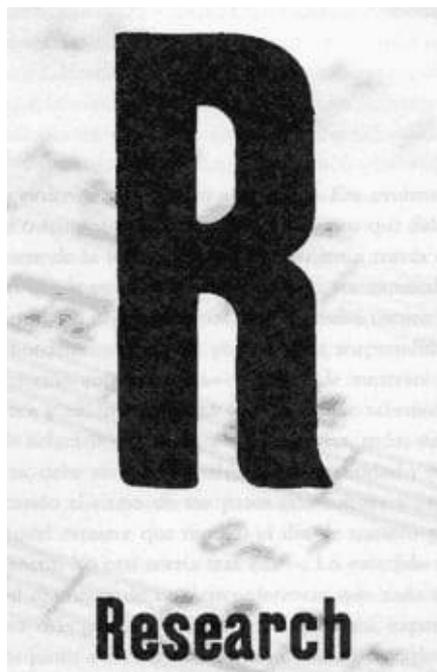
—Ahora vas a venir diciéndome que eres el salvador del mundo, ¡no me jodas!, después de todo lo que he tenido que oír, ahora esto —dije con gesto de burla.

—Te equivocas, ni lo he dicho ni lo he pensado. Yo solo soy un eslabón de la cadena. Quizás el cierre, la pieza clave para cerrar la cadena, no sea yo sino tú, y estés dejando de lado tus responsabilidades en este asunto. Es posible que tú siempre hayas sido la pieza más importante en esta historia. Y ahora, con la información de la que disponemos, sor Laudelina tendrá que hablar. Tú sabes demasiadas cosas que

ellas, las religiosas, querrán seguir manteniendo en secreto.

—Daniel tiene razón —dijo Reyes, poniendo su mano sobre mi hombro en gesto de comprensión—, tenemos que ir al convento y tú debes ser el que hable con sor Laudelina, solo a ti te recibirá. Debemos averiguar qué contienen esos escritos y qué produjo la muerte de los eclesiásticos y posteriormente la de las religiosas.

TERCERA PARTE



Capítulo 59

—La orden tenía previsto su regreso. Era evidente que tarde o temprano esto sucedería. Supimos que Salas sacó parte de la información del convento a través de las cartas que le enviaba a su amante —la sor caminaba sin mirarme, sin dejar de hablar, por el pasillo oscuro y frío del monasterio, mientras yo la seguía sorprendido por su reacción ante mi visita—. Sígame, le mostraré la biblioteca y allí iré explicándole todo lo que sabemos. Antes de aclararle sus dudas y controversias, todas sus preguntas, debe ver algo —hablaba con severidad y fuerza, marcando el ritmo de sus pasos con soltura y rapidez, sin aquel arrastre que mostró el día de nuestro primer encuentro. Yo casi corría tras ella—. Lo sucedido es como el diámetro de una circunferencia que cada día se hiciera más grande, y nosotras estamos ahí, expandiéndonos junto a él. Por ello hemos decidido cerrarlo. Esta es la biblioteca antigua, la que su padre y el resto de los forenses compartieron durante la investigación que desarrollaron aquí.

La biblioteca era un habitáculo de estructura cuadrada en el que las paredes, de arriba abajo, estaban recubiertas de estanterías de madera y estas a su vez, llenas de libros. En su centro había una gran mesa de madera y sobre ella varias lámparas destinadas por su forma y distribución a iluminar cada uno de los lugares de estudio. Rodeándola, sillas revestidas de cuero marrón en los reposabrazos, respaldos y asientos.

La sor caminaba apresurada hacia la mesa, como si sobre ella hubiera algo de extrema relevancia que fuera a desaparecer, como si el tiempo fuese un valor en alza en aquellos momentos que había que aprovechar. Pero la mesa estaba vacía. Ni tan siquiera exhibía decoración o grabado alguno, a excepción de las lámparas con sus tulipas verdes. Cuando estuvo junto a ella, se volvió y dijo mirándome:

—Hágame el favor de sujetar la mesa del otro extremo y tirar para sí —me indicó señalando la parte que daba a la ventana—, para mí es muy pesada, demasiado grande. Nunca he podido moverla sola.

Me situé frente a ella y tiré del tablero hacia mí hasta desplazarlo junto a la ventana, como la sor me había indicado. Ella se dirigió al ventanal y recogió la persiana. El sol entró, iluminando el suelo del habitáculo y sus paredes, dejando al descubierto el polvo que las estanterías acumulaban, claro indicio de que hacía tiempo que los textos no habían sido utilizados. Permanecí unos instantes mirando la infinidad de libros que poblaban los estantes de madera gruesa y ennegrecida. Pocos, pero los suficientes para que la sor se percatara de mi interés.

—No busque recuerdos aquí. La biblioteca dejó de ser utilizada después del asesinato de Salas. Los libros que hay en sus estanterías son técnicos, prácticamente todos versan sobre teología, sobre el análisis de la misma. El resto, los de interés para la comunidad religiosa, están en otra sala, y también los cuadros que adornaban esta pared —dijo, señalando el tabique en donde se encontraba la ventana—. Aquí fue

donde se hizo la foto de los forenses colocados según la forma de las aspas de un molino. Los cuadros que estaban aquí fueron trasladados a la biblioteca particular, a la parte de clausura. Sin embargo, aunque la biblioteca es de interés para todo el que la ve, y esto es comprensible dado su valor teológico, no le he traído hasta aquí por los libros —dijo parándose frente a mí—, sino por esto —concluyó, señalando el suelo vacío en donde antes estaba situada la mesa.

En las losetas había un dibujo de unas aspas de un molino de viento. El espacio interior de estas estaba repleto de letras y números. Era un mosaico. Este estaba elaborado a mano, pieza a pieza, azulejo a azulejo. Con una precisión milimétrica.

—Es impresionante. ¿Es la caída de Ícaro? —pregunté, y ella asintió con la cabeza—. ¿Quién hizo esta maravilla? —continué, al tiempo que iba tomando distancia y apreciando con ello una mayor perspectiva del dibujo.

—Es obra de Salas. Si se fija bien, podrá observar que es cerámica cristalizada. Un trabajo propio de un maestro vidriero, como lo era él. Y, si mira detrás de usted, verá algo mucho más interesante —dijo, señalando la ventana opuesta a la que había abierto y por la que entraban los rayos del sol que iluminaban el suelo—, retírese, deje que el sol haga el recorrido necesario y salga hacia el patio interior —concluyó apartándose de la trayectoria de la luz.

Me desplacé hacia atrás y observé cómo los rayos incidían sobre las aspas, sobre todo el dibujo, pero solo parte de los azulejos los reflectaban hacia fuera, hasta el patio interior del convento, proyectando sobre la fuente que había en él, la misma que nosotros habíamos deducido que escondía alguna clave de Salas, los primeros dígitos del PI: 3,1415, seguidos de la palabra «cítara».

La proyección dejó de verse tras unos instantes, cuando el sol se desplazó en el horizonte. En ese momento comprendí la prisa de la sor.

—Si se fija bien, verá que hay parte del mosaico que no es de azulejo, sino cristal de Murano —dijo agachándose y señalando varios cristales azules—. Y, si usted fuese observador, sabría lo que son —concluyó, retándome con aquella mirada de rapaz que no la abandonaba ni un solo instante.

Me agaché y observé el mosaico de cerca, los cristales que ella me había señalado. En aquel momento percibí que estaban superpuestos, encajados sobre otras piezas: los azulejos que había debajo.

—¿Puedo? —le pregunté haciendo ademán de coger uno de ellos.

—¡Adelante! —exclamó ella sonriendo—. Aunque no debería necesitar hacerlo para saber de qué se trata. Usted tiene en estos momentos más información que nosotras cuando los colocamos, cuando no sabíamos lo que significaban o lo que eran.

Al levantar uno de ellos fue cuando recordé el cementerio y los rosetones de las cruces que faltaban. Aquellos cristales azulones eran los rosetones que Salas había incrustado en las cruces de las hermanas fallecidas y que la religiosa me había dicho que habían sido robados.

—Usted me mintió —dije levantando el cristal en la mano—, estos son los rosetones de cristal que le faltan a las cruces del cementerio.

—No le mentí. No podía decirle lo que sucedió. La hermana Vasallo descubrió el significado del poema de Tablada, el epitafio que Salas pidió que se pusiera en su lápida. *Al golpe del oro solar, estalla en astillas el vidrio del mar* —dijo señalando la ventana y los cristales—. Como le comenté durante su primera visita, la hermana siempre afirmó que la vidriera de Salas... ¿recuerda la vidriera de la que le hablé? —inquirió.

—¡Por supuesto!

—Pues la representación, como ve, es la misma —dijo señalando el suelo—. Si quita los cristales de todas las aspas, verá que los azulejos donde han sido incrustados están más bajos que el resto. Justo lo necesario para que quepan los cristales. Pero no se deje llevar por la ilusión óptica. Los números no salen de los cristales, están en la fuente, siempre lo estuvieron, pero solo con el reflejo del cristal son perceptibles. ¿Cómo lo hizo? Aún no lo sabemos. Es un trabajo fantástico, digno del mejor criptógrafo. Un criptógrafo entre criptógrafos que es evidente que tenía que burlar a los suyos, a los que dominaban su misma técnica.

La religiosa volvió a indicarme que situara la mesa y los cristales que habíamos ido levantando en su sitio. Después tomamos asiento y, tras esperar a que una hermana de la orden que nos había servido limonada se retirara, continuó hablando:

—Sor Vasallo afirmaba que el señor Salas no le permitió que supiera nada con exactitud para mantenerla al margen y a salvo. Cuando la hermana dio con el mensaje del mosaico, lo ocultamos. Decidimos mantenerlo oculto por nuestra propia seguridad.

Capítulo 60

—¿Por qué me ocultó la existencia del mosaico? Yo no represento un peligro para ustedes, también fui y soy víctima de lo sucedido —pregunté.

—Para todo hay un momento. Nunca sabemos si este es el mejor, el más apropiado, pero intentamos que así sea. Nosotras esperábamos que ese momento no llegara nunca, que no fuese necesaria nuestra participación en lo sucedido. Pensamos que, pasando por alto algunas cosas, evitaríamos males mayores.

»Si usted pone a dos criaturas desnudas en el centro del desierto, estas tienen muchas posibilidades de morir de sed y de hambre, pero también tienen las mismas de seguir adelante, de llegar al oasis. El destino de ambas solo depende de lo que cada una, independientemente de la otra, decida hacer. Si ambas consiguen llegar al oasis lo harán llevadas por la misma razón: el instinto de supervivencia. Pero, una vez en él, es muy probable que una de ellas lo explote en su beneficio personal, haciendo de las necesidades de los demás su debilidad, que le dé poder sobre ellas, sobre el resto de las criaturas que vayan llegando sedientas. La otra, tal vez lo utilice y lo comparta con los que vayan llegando, comprendiendo su necesidad, ya que la vivió antes que ellos y, con toda probabilidad, permitiendo que usen el agua de forma gratuita. La diferencia entre ambas estriba solo en la manera de utilizar lo que descubrieron: el oasis. Los motivos que les llevaron hasta él fueron, en un principio, los mismos. Algo similar sucedió en el convento. Alguien dio santo y seña del lugar en donde podía encontrarse el agua y uno de los forenses llegó hasta ella.

—¿Está diciendo que las hipótesis de Daniel son acertadas? ¿Se refiere a él cuando dice que alguien dio el santo y seña? —pregunté.

—Fue el padre Fausto quien lo hizo. Él hizo partícipe a su padre del contenido del libro, del contenido encriptado del manuscrito que hablaba de las cartas de Ignacio de Loyola y lo que ellas eran en realidad. Su padre lo dio a conocer a las altas instancias y sus superiores le autorizaron a estudiar los documentos de Loyola, las cartas que nosotras custodiábamos. De las cartas y su contenido jamás se pudo saber nada, los hermanos que las analizaban y estudiaban no pudieron reproducir nada de lo que vieron en ellas. Un misterio que hoy, en cierto modo, perdura. Se adivina, pero no se puede demostrar.

—Un misterio como el destino, el lugar en donde se encuentra el Arca de la Alianza y su contenido, me refiero a su verdadero contenido, no a las Tablas de la Ley, sino a la grafía de Dios —dije.

La sor me miró fijamente, como si mis palabras la hubieran sorprendido y al tiempo llenado de terror. Tomó la jarra de limonada y, después de llenar mi vaso, hizo lo mismo con el suyo. Bebió y, tras volver a mirarme, dijo:

—Loyola hablaba de sus cartas, de su existencia, en su obra *El peregrino*, lo hizo siguiendo unas técnicas para cifrar los mensajes que aún hoy nadie ha conseguido descifrar.

—¿Está diciendo que el mensaje de Loyola existe?

—Existe, porque el libro del padre Fausto habla de él. Habla de las cartas y del mensaje que Loyola dejó en su texto.

—Entonces, Daniel tiene razón sobre ustedes —dije—, han ocultado información que podía haber dado con la solución de todo este asunto, incluso haber evitado muchas muertes.

—Se equivoca. La Iglesia, igual que nuestra orden, solo está y estuvo interesada en lo que sobre metafísica y teología pudieran contener los textos, tanto las cartas de Loyola como su autobiografía. Y ambas cosas son inofensivas para el ser humano. Ocultarlas o darlas a conocer solo implica proteger unas creencias u otras. Cada uno protege sus dogmas, sin que ello repercuta más allá del sentir o el avance espiritual de las personas, pero este no era el caso.

—No entiendo adónde quiere llegar.

—Las cartas de Ignacio de Loyola, de ser ciertas las hipótesis, de darse a conocer, pueden convertirse en el mayor peligro para la existencia del ser humano, el arma más codiciada de todos los tiempos. Creo que eso es lo más importante.

»Cuando los clérigos que su padre trajo al convento enfermaron de aquella manera supimos que las cartas del santo eran y contenían algo muy especial. Todo indicaba que, en verdad, san Ignacio de Loyola transcribió algo sobrenatural en sus papeles. Y créame si le digo que aún no sabemos de qué se trata. Las cartas no contienen más que una amalgama de números y letras que no guardan ningún orden preciso. Símbolos desconocidos para nosotros, sin sentido, que jamás antes se habían visto sobre la Tierra. Durante un tiempo, fueron consideradas una reliquia porque estaban escritas de puño y letra del santo, pero nadie vio en ellas más que eso, el producto de los días de alucinaciones que Loyola tuvo. Las cartas, sus símbolos, no afectan a todos por igual, eso es algo que hemos comprobado, desgraciadamente, así ha sido. Los motivos los desconocemos, pero bien es sabido que Dios no hablaba a todos sus siervos del mismo modo y que sus palabras tienen un significado distinto dependiendo de a quién estén dirigidas.

—Entonces, ¿la persona que escribió aquel mensaje, el autor del libro que el padre Fausto descodificó, tuvo acceso a la verdadera autobiografía del santo, al texto auténtico de *El peregrino*? Y, no solo eso, también conocía cómo descodificarlo.

—Por supuesto, así fue. Es probable que también estuviera relacionado con Cervantes.

—Si se ha descodificado *El peregrino* una vez, alguien más puede volver a hacerlo.

—Podría, pero dudamos de ello. Es probable que Cervantes recibiera aquel encargo, el hacer llegar el mensaje del santo a través de su obra, ya que *El peregrino* había sido incautado, puesto fuera del alcance del público y de otros criptógrafos o erasmistas. Si lo hizo, siguió otras claves. Si tenemos en cuenta las pautas a seguir que utilizaban entonces los genios de las letras cuando encriptaban mensajes, todo,

absolutamente todo, hasta una coma, tenía su valor numérico. Semejante a las pautas que se siguen para transcribir la Torá. Y el *Quijote*, en sus ocho primeros capítulos, los que siempre han generado la controversia, varía demasiado en el número de palabras, así como en las puntuaciones e incluso en los nombres de sus personajes. Eso hace imposible que el mensaje de *El peregrino* sea el mismo que el del *Quijote*. Pero es evidente que la analogía entre ambas obras es excepcional y que lo que pregonan es casi lo mismo. Por lo que siempre, en los círculos religiosos, se ha pensado que si Cervantes transcribió parte del mensaje de Loyola lo hizo a través de símbolos más claros. De figuras lingüísticas representativas o alegorías concretas. Ya le dije que todos los mensajes no están cifrados.

—¿Después de las muertes de los clérigos se siguió con la investigación? — pregunté.

—No. Su padre la abandonó. Él fue el único que no tuvo acceso a las cartas. Él solo les daba las indicaciones a los eclesiásticos, el método que debían seguir para transcribir su contenido. Pero jamás les acompañó en la investigación. Al menos, eso es lo que la hermana Vasallo me transmitió.

»El estudio se realizaba siguiendo las pautas que su padre daba al respecto. Según los datos de los que dispongo sobre ello, que no son muchos, cada carta tenía que ser leída por un clérigo y debía dedicar a ello un mes. Mientras tanto, el resto se preparaba en todo lo concerniente a simbología y oraba, meditaba para ser capaz de prestar la máxima atención a aquellos símbolos. Las cartas seguían un orden y se referían a espacios de tiempo, eso era otro de los mensajes que su padre sacó del libro, la manera de leer los textos. En él se decía que cada carta solo podía ser leída por una persona y que esta sería conocedora de un solo secreto. Si no se hacía así, el mensaje del conjunto sería indescifrable. Algo que imagino que nos sucedió a nosotras durante décadas. Pero había algo más, algo que tal vez fue lo que provocó la enfermedad en los clérigos y que la hermana Vasallo me relató —hizo una pausa y me miró fijamente a los ojos—, las cartas, según su padre, debían dar a conocer muchos misterios, pero para que estos fuesen los que habían sido transmitidos por Dios, siguiendo su voluntad, la persona que los leyese tenía que desear el beneficio de la humanidad, no el suyo propio. Y creo que no sucedió. La Biblia dice «pide y se te concederá», y no sabemos qué fue lo que la mente de los clérigos pudo pedir al leer las cartas de Loyola, al descifrar su contenido, pero está claro que superó su raciocino, les enloqueció.

Capítulo 61

—¿El padre Daniel tuvo acceso a las cartas de Loyola? —pregunté.

—Cuando el padre Daniel llegó al convento, con sus engaños y mal hacer, las cartas ya habían desaparecido de nuestras instalaciones. Con ellas sucedió lo mismo que con la autobiografía de *El peregrino*.

—¡Les robaron las cartas de Loyola! —exclamé.

—No sabemos si nos las robaron o fueron extraviadas. Lo único cierto es que las siete cartas y el epílogo desaparecieron.

—¿Había ocho cartas? —inquirí sorprendido—. Por lo que usted me ha dicho y lo que Daniel nos ha comentado, pensaba que solo eran siete cartas.

—Siete cartas y un epílogo, el que fue leído por Salas durante su permanencia en el convento. Creemos que fue la fuente de sus males, de sus angustias. Algo debió de ver en él que no pudo transmitir con palabras, pero que le hizo dejar múltiples mensajes en todas partes, mensajes como el que acaba de ver usted reflejado en la fuente del patio. Mensajes que relacionaban directamente sus señales con la obra de Cervantes, con sus molinos de viento y con sus aspas.

—¿Por qué Salas tuvo acceso a las cartas? Si, como usted me ha dicho, mi padre recomendó que no fueran visionadas por nadie después de la enfermedad de los clérigos, ¿por qué se volvieron a ver? Además, según he sabido, la experiencia de mi padre con las cartas de Loyola fue lo que le hizo abandonar los hábitos.

—Su padre abandonó los hábitos porque se consideró el responsable de la muerte de los clérigos. Cuando su padre volvió al convento llamado por la hermana Vasallo, solicitó las cartas del santo. Quería que el forense Salas inspeccionara su contenido. Él era un gran criptógrafo y, como los símbolos no habían sido descodificados, pensó que tal vez Salas pudiera dar con la clave. Previamente, le había explicado con detalle a Salas lo sucedido años atrás con los eclesiásticos. Este, tras conocer los antecedentes, decidió proceder a su lectura arriesgándose conscientemente a sufrir idénticas consecuencias.

»Salas, día tras día, fue estudiando la simbología que el santo había plasmado en sus cartas. Analizó documento tras documento, sin decir palabra, hasta llegar al epílogo. Curiosamente, lo hizo sin tomar una sola nota al respecto, del mismo modo que procedieron los eclesiásticos. Tras finalizar el estudio del epílogo manifestó que ninguno de los escritos que había ido estudiando contenía mensaje alguno en clave, ni tenían sentido. Afirmó que, en caso contrario, él no conocía las claves que san Ignacio de Loyola podía haber utilizado, y que esta posibilidad le parecía cuando menos una fantasía. Incluso llegó a manifestar que dudaba de la autoría, que lo más probable era que las cartas no pertenecieran a san Ignacio.

»Como sabe, Salas no manifestó ningún tipo de dolencia similar a la de los eclesiásticos que, como él, años atrás, habían estudiado los escritos. Pero fue a raíz del estudio de las cartas cuando comenzó a sentirse preso en el convento, cuando su

pasión por los libros de teología y metafísica de la biblioteca se manifestó —dijo señalando los estantes—. Cuando solicitó que le facilitásemos todo lo que en cuanto a bibliografía sobre Felipe II, Cervantes y Loyola pudiéramos tener. Su padre percibió, como lo hizo la hermana Vasallo y el resto del equipo de forenses, el interés desmedido por las obras de teología y las bibliográficas que le he citado. Algo que le cuestionó a su colega y comentó con el resto de miembros del grupo y con sor Vasallo. Después de varias semanas en las que se pasó noches y noches leyendo todo lo que caía en sus manos, Salas se dedicó a la fabricación de los cuadros, de la vidriera, la fuente del patio —dijo señalando la ventana que daba al mismo— y el mosaico. Lo hizo con la ayuda del resto de los miembros del grupo, satisfechos y entusiasmados con aquellos trabajos que les evadían de la triste situación de las hermanas, que iban enfermando una tras otra sin que ellos pudieran hacer nada para evitarlo. También fue confeccionando una copia manuscrita de los ocho primeros capítulos del *Quijote*. Los transcribió, según me relató la hermana Vasallo, con una pulcritud extraordinaria, al menos lo que la hermana vio. Una copia que había manifestado que sería un legado para la orden de su puño y letra, como también lo eran la fuente, el mosaico y los rosetones de las cruces, con los que dejó su maravilloso arte en las paredes y el exterior de nuestro monasterio. Pero la copia manuscrita desapareció del convento. La hermana Vasallo la buscó con la misma insistencia que le dedicó a la búsqueda de la vidriera. Jamás fueron vistas por nadie.

Mi expresión debió de cambiar, porque la sor me miró fijamente y se inclinó diciendo:

—¿Se encuentra usted bien?

—Sí, hermana —respondí—, solo que he recordado un texto similar al que usted dice que escribió Salas. Un texto manuscrito de los ocho primeros capítulos del *Quijote* que mi padre tenía, y del que estaba entresacando mensajes encriptados, pocos días antes de su asesinato.

—Deje que discrepe. Le recuerdo que ni su padre ni el resto de forenses salieron del convento durante el tiempo que duró la investigación de la enfermedad de las hermanas, y que Salas, según la madre Vasallo, escribió el texto durante esa reclusión. Su padre no pudo estar en su casa en aquellos días, permanecían en aislamiento, todos los que habitaban el convento lo estaban, ya le di detalles de ello en su primera visita. Es probable que fuese otro texto similar, y que cuando usted lo viera fuese en otros días, anteriores, sin lugar a dudas, a la permanencia de los forenses en el convento. La memoria, la retentiva de la niñez, es muy selectiva y caprichosa, sobre todo en cuanto a fechas se refiere.

—¡Es probable! —exclamé—, y me gustaría que así fuera, porque, de no serlo, las hipótesis que se han barajado en cuanto a mi padre podrían tener una base sólida, y esta, para mí, es dolorosa.

—¿Hipótesis? ¿Qué hipótesis? —preguntó con expresión de asombro.

Capítulo 62

—Verá, hermana; parece ser que todo indica que mi padre pudo haber estado envuelto personalmente en todo lo acontecido en el convento durante su primera visita, cuando vino para estudiar las cartas de Loyola con los siete clérigos. También en la desaparición de los forenses y quizás hasta en la enfermedad que las hermanas de su orden sufrieron, años más tarde, y que les condujo a la muerte. Incluso se baraja la posibilidad de que él, mi padre, Enrique Fonseca, conociera lo que sucedía desde el principio, y que su cadáver, el cuerpo que mi madre reconoció, no fuese el suyo. Lo más significativo para su reconocimiento eran los tatuajes que tenía en su cuerpo, que a mi madre le producían rechazo.

—¡Dios mío! —exclamó persignándose con expresión de angustia—. No sabía nada de esos tatuajes, me refiero a que hubieran sido una de las pruebas concluyentes en el reconocimiento y que su padre también los tuviera.

—¿Cómo dice? ¿Había alguien más que los tuviese? —pregunté sorprendido.

—Sé, por la hermana Vasallo, que uno de los forenses los tenía en la espalda y en el pecho. Ella pudo verlo durante la construcción de la fuente, un día de calor sofocante en el que se quitó la camisa para trabajar. Es un detalle que comentó porque los símbolos le parecieron, cuando menos, un tanto demoníacos —dijo haciendo la señal de la cruz sobre su pecho—. La hermana me dijo que le había comentado a su padre ese aspecto y que él le respondió, con total normalidad, que aquellos símbolos eran religiosos y que estaban emparentados con una religión milenaria, pero que el forense en cuestión, debe perdonarme porque no recuerdo su nombre, era católico, aunque en otro tiempo había profesado aquella creencia. Que no se había quitado aquellos símbolos porque no le era posible hacerlo. ¿Entonces, el cuerpo que se encontró en la tinaja de su casa es posible que no fuera el de su progenitor? —inquirió angustiada.

—Así es, hermana.

—Si es así, su padre debía ir en el autobús —dijo.

—Pues no lo sé, hermana, no lo sé. Verá, tenemos pruebas suficientes como para pensar que en el autobús solo viajaban nueve forenses, cuando debía haber diez, por lo que uno de ellos puede que jamás desapareciera y que aún esté vivo.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas? Los cuerpos jamás se encontraron —dijo.

Saqué de mi cartera los documentos que Daniel me había facilitado y se los mostré. Ella los leyó con atención, y mirándome fijamente dijo:

—Si es así, créame, hijo mío, que lo siento, lo siento profundamente. Debe de ser terrible para usted tener esa posibilidad como algo factible, lo es incluso para mí, y si la hermana Vasallo pudiera saberlo, estoy segura de que le produciría un gran dolor. Entonces, ¿usted cree que el texto que vio en su casa era la copia manuscrita del *Quijote* que Salas hizo durante su permanencia en el convento y que también, como hizo con el resto de los trabajos, la utilizó para dejar un mensaje, igual que con las

cartas que le envió a su amante? —preguntó.

—Cada minuto que pasa, esa posibilidad me parece más verosímil —dije—, del mismo modo que cada vez estoy más seguro de que ustedes solo han sido víctimas de algo que les era ajeno —ella sonrió, mostrando su agrado ante mis palabras—. Pero eso, hermana, no les exime de culpa en lo sucedido —puntalicé en tono severo—, deberían haber dado toda la información a los investigadores. Deberían haberlo hecho incluso con el padre Daniel, independientemente de los motivos que él tenga o tuviera en su momento para escharbar en los hechos.

—Ya le he dicho que lo sentimos y que nos equivocamos. No sé qué más puedo decirle. ¿Cómo podemos demostrarle que reconocemos nuestro error?

—No dejando nada en el olvido. Sobre todo, si se refiere a mi padre.

—La hermana Vasallo me informó de que su padre pertenecía a una organización no gubernamental que se encargaba de investigaciones referentes a la salud y experimentación con nuevas técnicas para erradicar enfermedades endémicas. Dijo que, por ello, aparte, claro está, de ser una persona de confianza para la orden, se le llamó cuando las hermanas enfermaron. Eso es lo que puedo decirle al respecto, eso y que el resto de los forenses también pertenecían a dicha organización.

—Mucho me temo que no era así, hermana. Es probable que el grupo se desplazara al convento para ayudar a las hermanas enfermas sin más intención que esa, pero también es probable que la enfermedad fuera la excusa para volver sobre las cartas de Loyola y que estas fueran de interés para la organización, o que en ellas hubiera algo que por su valor condujera a la muerte de los forenses —dije—. Ahora que hemos llegado a este punto y que ambos sabemos, uno del otro, lo suficiente, me gustaría que nos dejara inspeccionar la fuente, la biblioteca, sus volúmenes y el cementerio con minuciosidad.

—¿Se refiere a que deje entrar en las instalaciones al padre Daniel? —preguntó.

—Sí. Evidentemente, lo mejor hubiera sido tener acceso a las cartas de Loyola, algo que tenía pensado solicitarle, pero, según usted, desaparecieron, ¿cierto? —inquirí burlón.

—No dude de que le he dicho la verdad sobre ello. Las cartas desaparecieron después del epílogo. No conservamos nada, ninguno de los documentos. Solo está en nuestro poder el cofre, que cuidamos como la reliquia que es. Si quiere verlo se lo enseñaré. Pero en cuanto a la posibilidad de que el padre Daniel entre en nuestras instalaciones, considere esa petición como un imposible. No nos está permitido hacerlo, y tampoco es de nuestro agrado. Solo usted puede inspeccionar la fuente y el resto de estancias u objetos que el forense Salas empleó. Ahora bien, puede utilizar la técnica moderna, me refiero a su teléfono móvil. Puede mantenerse en contacto con él e irle explicando lo que ve. Es una buena solución, ¿no cree? Además, ellos, me refiero a la señorita Reyes y el padre Daniel, no tendrán que permanecer en el coche tanto tiempo esperándole, podrán desplazarse al pueblo y buscar alojamiento para los tres. Si piensa inspeccionar los libros de la biblioteca y el resto de estancias en donde

estuvieron los forenses, incluida la cocina, tendrá que dedicarle a ello bastante tiempo.

»Por otro lado, tendrán que hacerlo en estos días, ya que el traslado de todo lo que hay en el convento será durante el otoño, aproximadamente en septiembre. El mosaico será desmontado pieza a pieza, al igual que la fuente. Después se procederá a la exhumación de los restos mortales de las hermanas, que serán trasladados a la capilla del monasterio, en donde residiremos las hermanas que quedamos aquí. Los restos mortales del señor Salas serán enviados a Piamonte, allí habita un cuñado suyo, el hermano pequeño de su esposa, que los ha reclamado. La esposa del señor Salas falleció hace ahora dos años y, como ya sabe, el forense no tenía descendencia —la miré con expresión recriminatoria y ella puntualizó—. Quería decir descendencia reconocida legalmente y por la Iglesia.

—¿Está diciendo que abandonan el convento y se llevan todo lo que hay en él incluidas sus difuntas? ¿Por qué motivos? —inquirí.

—Por los mismos que hoy afectan a la mayoría de las congregaciones: por la falta de fe. Por la carencia de hermanas que quieran dedicar su vida a servir a nuestro Señor. Las personas han perdido sus valores, su rumbo, y de ello tienen mucha culpa gentes como el padre Daniel, que embarran nuestros cimientos sin tener en cuenta nada más que sus intereses. Sin sopesar el daño que pueden hacerle no solo a la Iglesia, sino a muchas personas de bien que nada hacen más que dedicar su vida a seguir los pasos del Señor.

»Somos ya muy pocas las hermanas que quedamos, escasas manos para ni tan siquiera mantener las instalaciones como deberían estar —dijo, señalando los estantes de las librerías cubiertos de polvo—. Usted ha podido comprobar la decadencia de todo. Hasta la instalación eléctrica es antiquísima —y señaló los interruptores de porcelana y los cables de hilo que recorrían las paredes—. Nuestra orden ha tomado la mejor decisión. Todas las que residimos aquí somos demasiado mayores y estamos a gran distancia del pueblo. Cuarenta kilómetros es mucho para una emergencia.

—¿Ha dicho que Salas tiene un cuñado que reside en Piamonte? —pregunté, recordando la vidriera y el viaje que mi esposa iba a realizar a esa ciudad.

—Sí, verá, no lo hemos sabido hasta hace dos semanas, tras tener noticias de que la esposa de Salas había fallecido, y que sus bienes habían sido legados en su totalidad al municipio donde residían, a excepción de la parte mínima legal que corresponde a los herederos. En el caso de la esposa del señor Salas, legalmente, solo había un heredero, su hermano, que, según los datos que nos dio el ayuntamiento, residía en Italia, en Piamonte. Le remitimos un telegrama indicándole que se pusiera en contacto con la orden para dar cuenta de sus deseos sobre lo que quería hacer con los restos del que fuera su cuñado, el señor Salas: que continuaran en el cementerio, algo a lo que nosotras no pondríamos ningún reparo, exhumarlos en su presencia para posteriormente enviárselos, o dejarlo a nuestra elección, en cuyo caso serían trasladados junto a los de las hermanas. Pero él nos envió un certificado notarial para

que fueran exhumados e incinerados, si así lo requerían, y se los enviásemos a Piamonte.

—¿Mi esposa conocía esto?

—Ya le he dicho que nadie sabía de la existencia de este señor, solo la esposa de Salas; eran hermanos. Aunque no debían de ser muy bien avenidos. De no ser por el traslado, jamás habríamos sabido de su existencia.

—Hermana, ¿cuándo se han enterado de esto, cuándo ha tenido conocimiento de que Salas tenía un cuñado que residía en Piamonte?, ¿no ha recordado el dibujo que había en la vidriera de la que sor Vasallo le habló tantas veces a usted y a los investigadores? En ella, según sus palabras, se representaba el pasaje más conocido de la historia que escribió Ovidio en su obra *La metamorfosis* sobre Dédalo e Icaro: la caída de Icaro. Una reproducción exacta de la obra de Cario Saraceni que se exhibe en el Museo e Gallerie Nazionali di Capodimonte, en Nápoles, al sur de Italia, adonde mi esposa se dirigía. ¿No ha pensado usted que no era una casualidad que el cuñado de Salas residiera allí?

—¡Por supuesto que sí!, lo he pensado igual que lo ha hecho usted. Pero no sé qué relación puede tener con la vidriera, a excepción de lo que se refiere al arte. Quizás Salas, que evidentemente conocía la ciudad y el museo en donde está expuesta la obra, la eligiera porque la considerara la representación más hermosa. O tal vez porque debió de pasar allí mucho tiempo. Si en la vidriera había algo más, no lo sabremos nunca, porque desapareció, ya lo sabe usted.

—¿Y no ha pensado que tal vez Salas la hiciera llegar a su cuñado, que la sacase del convento cuando estaba recluido?, ¿que tal vez no desapareció?

—Yo no puedo saberlo, jamás le vi. Recuerde que no estaba en el convento por esas fechas, llegué mucho más tarde, pero puede comprobarlo usted mismo. Le facilitaré los datos que necesita para ponerse en contacto con el cuñado del señor Salas. Según nos dijeron en el ayuntamiento, es un zapatero de prestigio en la ciudad de Piamonte, un diseñador de calzado estupendo. Ya sabe usted cómo son los zapatos italianos. A decir verdad, no solo los zapatos, Italia es la cuna de cualquier oficio y arte...

Capítulo 63

La sor seguía hablando, pero yo no la escuchaba. Mis pensamientos se habían perdido en sus palabras y, junto a ellas, en la posibilidad, en la terrible posibilidad que se abría ante mis ojos: que el zapatero al que se refería la hermana, el cuñado de Salas, fuese Josep. Era el topo perfecto, del que nadie sospecharía, y menos Salas.

Josep había manifestado a mi esposa que mi padre y él eran íntimos amigos, por lo que lo más probable era que mi padre fuese el topo dentro del convento, y Josep, su enlace en el exterior. Un enlace que traicionó a su propio cuñado, que incautó toda la información que él, Salas, intentaba sacar del convento. Mi padre, según los acontecimientos, debía de conocer lo que Salas estaba haciendo y la información que Josep recibía.

Cuando me reuní con Reyes y Daniel, les comenté todo lo que había visto y lo que la sor me había contado, pero también les hice partícipes de mis dudas, del temor que sentía.

—También cabe la posibilidad de que tu padre fuese traicionado por Josep y que él haya estado vigilándote por mandato expreso de la organización; recuerda que lo afirma en la grabación. Si Josep engañó a su propio cuñado, como todo indica, si fue capaz de no hacer nada para evitar su muerte, teniendo constancia de que iba a suceder, con mayor motivo le sería indiferente que asesinaran a tu padre. Recuerda que aunque todo señala que el cadáver que tu madre identificó podía no ser el de tu padre, no sabemos si el cuerpo del forense que no se encontró en la casa de Madrid era el de tu padre. Tal vez estemos equivocados y el décimo forense sea otro de ellos, uno que pasó desapercibido. Debemos buscarle en Piamonte, en la dirección que te ha dado la sor, pero antes debes inspeccionar el convento.

Capítulo 64

Al día siguiente regresé. Reyes se quedó en el pueblo, organizando todo lo que habíamos ido averiguando, y se puso en contacto con Julián y Rosalía para transmitirles los seriados numéricos que habíamos fotografiado en la cueva y que Daniel no había conseguido interpretar. Confiábamos en que él fuese capaz de hacerlo. Daniel me acompañó y permaneció en el exterior del convento recabando información sobre Piamonte.

La sor no quiso dejarme solo recorriendo las instalaciones. Ella y una de las religiosas, sor Isabel, permanecían detrás de mí, mientras yo inspeccionaba la fuente al tiempo que hablaba con Daniel a través del teléfono móvil.

Durante la noche habíamos sopesado la posibilidad de que Salas hubiera escondido las siete cartas y el epílogo de Loyola. Él tenía acceso al cofre y al lugar en donde este se encontraba, y si en ellas había algo relevante era evidente que Salas habría intentado, con todos los medios a su alcance, sacarlas del convento o ponerlas a buen recaudo dentro de él. Era probable que hubiera cogido los textos para esconderlos en un lugar seguro ya que, según todos los acontecimientos y datos de los que disponíamos, las cartas del santo eran el origen de todo lo sucedido. De no ser cierta nuestra hipótesis, si el contenido de las cartas era independiente de lo que les sucedió a las religiosas y nada tenían que ver con la muerte de los forenses, de todos los forenses menos el décimo, las cartas contenían algo que se emparentaba con lo sucedido o con el experimento o investigación que aquellos desarrollaban para la organización. Fuese como fuese, su contenido debía de tener algo de relevancia en los hechos, ya que fueron el origen de la primera visita de mi padre al convento cuando él era clérigo y, tras su lectura, siete eclesiásticos perdieron la cordura y posteriormente murieron. O, como sugirió Reyes, se dejaron morir. Inspeccioné la fuente durante varias horas, sin encontrar nada en ella a excepción de las piedras que contenían los cristales alfanuméricos y que proyectaban los dígitos del pi y la palabra «cítara» al golpe del reflejo del sol sobre el mosaico. Aquel era un trabajo excepcional, y por ello la sor y yo nos empeñábamos en encontrar en la fuente algo más que aquellos dígitos y la palabra que los acompañaba. Estábamos convencidos de que la fuente tenía que ocultar algo más:

—Es probable que esté en el interior de la fuente —dijo la religiosa—. Si el señor Salas escondió algo en ella, estará dentro de la escultura y habría que romperla. Para hacerlo tendré que pedir permiso. Un permiso que estoy segura que me será denegado. Es una barbaridad destrozar esta obra —concluyó poniendo sus manos sobre ella.

—Podemos hacerlo sin solicitar el beneplácito de sus superiores. Decir que ha sido consecuencia de un accidente —sugerí con cierto temor a su respuesta.

—Yo creo que todo es más fácil —dijo la hermana que nos acompañaba—. El señor Salas era demasiado inteligente, al menos eso es lo que indican todos sus

trabajos, y por ello no creo que escondiera nada en el interior de la fuente. En su elaboración participaron varios forenses y cuando la confeccionó, si no me equivoco, ya estaba siendo vigilado, ya le habían sustraído la copia que él estaba haciendo a mano de los ocho primeros capítulos del *Quijote* y en la que evidentemente tuvo que escribir algo, de no ser así, no se hubiera visto obligado a mandar los mensajes que envió en las cartas que escribió para la madre de la señora Reyes.

Miré a sor Laudelina asombrado.

—¿Qué quiere decir, hermana? —le pregunté.

Ella miró a sor Laudelina, como solicitando su permiso para hablar. Tras recibir el beneplácito de su superiora, la religiosa nos miró y dijo:

—Ninguno de los rastros que dejó el señor Salas eran sencillos o de transcripción común. No podían serlo porque estaba rodeado de personas que tenían los mismos conocimientos que él sobre criptografía. Teniendo en cuenta estos datos, insertar algo dentro de la escultura no estaría entre las posibilidades a sopesar, es algo demasiado común y previsible. Yo, más bien, me inclinaría porque dejara un mensaje metafórico que nos conduciría al lugar en donde puede estar, y no creo que sea la misma fuente. Le hubiera bastado con señalarla con un simple rayo de sol.

—Y, usted, hermana Isabel, ¿qué mensaje cree ver en las proyecciones de la fuente? —inquirí.

—Pues veré, no es tan fácil de interpretar, y tal vez me equivoque, pero creo que desde el primer momento todo está muy claro. El centro de todo está en el sonido —dijo sonriendo.

—¿En el sonido? ¡Explíquese! —exclamé.

—Todo tiene que ver con el sonido y en él está el mensaje. Hemos olvidado algo muy importante, ellos —dijo señalándome con la mirada— y nosotras. Durante todos estos años, hemos pasado por alto una característica muy singular del grupo de forenses, todos eran sordos, al menos diez de ellos eran sordomudos. Puede que los motivos para que ellos fuesen llamados por el señor Enrique Fonseca, su padre —dijo mirándome—, fuesen los que siempre se han cotejado, que pertenecían a la fundación que su padre dirigía y con la que colaboraba, aparte de sus conocimientos sobre la ciencia forense, pero también pudo ser que su padre los seleccionara y llamase porque no podían oír. Si hace memoria, si ambos la hacen —puntualizó volviendo a mirarme—, recordarán que, cuando los forenses llegaron al convento, las religiosas que habitaban en él seguían enfermando una tras otra, pero ellos no. Ninguno de ellos lo hizo. Aun comiendo los mismos productos, relacionándose de cerca con ellas, haciéndoles las pruebas y las autopsias correspondientes, ninguno enfermó. La única que salió casi indemne de la misteriosa enfermedad fue la hermana Vasallo y esta perdió la audición casi en su totalidad. Estarán conmigo en que es algo extraño. Las alteraciones que tuvieron en la actualidad pueden enclavarse en trastornos psiquiátricos más que en físicos propiamente dichos. Me refiero a que el ruido, algunos tipos de sonido, de frecuencias, siendo invisibles e imperceptibles por el

cerebro, son absorbidos por nuestros órganos y pueden producirnos daños imprevisibles. Uno de los más terribles es el psiquiátrico, ya que este siempre degenera en alteraciones físicas de las que es imposible encontrar el origen.

—No se sorprenda por las palabras de la hermana Isabel, está doctorada en medicina general y ha cursado estudios de psiquiatría —dijo sor Laudelina mirándome—. Tiene una tesis doctoral que está estudiando la Santa Sede sobre el efecto de las palabras en la conciencia, sobre lo que se puede conseguir pronunciando vocablos, imperceptibles para nosotros porque no entendemos el código utilizado, pero cuyos sonidos pueden producirnos desazón e incluso irritabilidad.

—¿Está usted sugiriendo que las religiosas pudieron verse afectadas por algún tipo de frecuencia que les causó alteraciones mentales y físicas tan graves que les condujeron a la muerte? —pregunté asombrado.

Capítulo 65

—Sí, eso es lo que sugiero. Llevo años estudiando los datos y todos me llevan al mismo lugar, pero hasta ahora no he considerado necesaria mi intervención, quería tener la tesis terminada, con datos fiables que pudiera aplicar a este caso.

—Pero, hermana, mi padre y el señor Salas no eran sordos —dije—, y si su hipótesis es correcta, ellos habrían enfermado como lo hicieron el resto de las religiosas.

—Cierto, pero olvidan ustedes un detalle importante, un detalle que sor Vasallo conservó hasta sus últimos días de vida —respondió ella sonriendo.

—¡Detalle! —exclamé—. ¿Qué detalle?

—Este —dijo, entregándonos un aparato similar a un amplificador de sonido, un sonotone.

Lo cogí y, tras mirarlo, dije:

—Pero esto parece un aparato para ampliar el sonido, un aparato para sordos —dije dándoselo a sor Laudelina.

—Póngase los dos —dijo sor Isabel sacando otro similar del bolsillo de su hábito.

—No se oye absolutamente nada —dijo sor Laudelina tras probarlo—, es increíble —puntualizó entregándomelo.

Tras ponérmelo en ambos pabellones auditivos, comprobé que no oía nada, absolutamente nada. Pero no solo eso, la sensación que sentía, en vez de ser angustiada, como suele suceder, era de tranquilidad.

—Es un aparato demasiado sofisticado, demasiado para aquellos años —dijo cogiendo los dos tapones—. Lo es, porque no solo impide oír, sino que produce una frecuencia imperceptible que hace una especie de cámara de silencio, de barrera frente a cualquier tipo de ondas o frecuencias para el oído, que no para el cerebro, que pueda haber a nuestro alrededor. Es una medicina tecnológica. Un escudo protector. La hermana Vasallo seguía utilizándolos para dormir. No oía prácticamente nada. Por el día se colocaba los amplificadores y por las noches estos aparatos, ¿lo recuerda? —inquirió mirando a sor Laudelina.

—Sí, recuerdo haberla visto en alguna ocasión con ellos.

—Pero... ¿cómo los tiene usted, y por qué no ha dicho nada hasta ahora? —pregunté.

—Ya le he dicho que quería asegurarme, para ello tuve que indagar y, tras mis investigaciones, en las que debo reconocer que me ayudaron en la facultad, descubrí que emitían frecuencias. Mi tesis surgió después de que sor Vasallo me regalara estos artilugios. Ella, antes de morir, me los entregó para que pudiera estudiar en el más absoluto de los silencios, para que nada me molestase. Me dijo que ella los utilizaba para dormir y para orar, y que con ellos conseguía platicar con Dios sintiéndole más cerca.

—¿Sor Vasallo le regaló los tapones para que usted sacara más rendimiento de sus

estudios? —pregunté.

—Así es. Dijo que se los había regalado el señor Salas. Que él y el señor Enrique Fonseca también los utilizaban para dormir. Que lo hizo cuando ella estaba enferma y por las noches su sintomatología se acentuaba. Tenía los oídos, como les había sucedido al resto de las hermanas, muy dañados por la enfermedad y cualquier ruido le producía un dolor tremendo que a su vez era causa de unas terribles jaquecas. Cuando lo hizo, cuando el forense Salas se los dio, el resto de las hermanas estaban ya muy enfermas y no tardaron en ir falleciendo. Sor Vasallo me dijo que aquellos tapones le habían hecho más llevaderos los síntomas de su enfermedad y que, probablemente, en parte, habían sido los responsables de que su cura hubiera sido posible. Yo, entonces, no le hice mucho caso a sus palabras, pero, cuando los utilicé por primera vez, comprendí lo que la hermana Vasallo me decía. Aquello no eran tapones, eran unos aparatos muy sofisticados, algo que los estudios del departamento de Tecnología de la facultad me confirmaron. Eran emisores de frecuencias que hacían de escudo para el resto de frecuencias nocivas. Ello fue lo que me hizo desarrollar mi tesis sobre los efectos de las diferentes frecuencias y su poder. Un poder invisible pero que puede ser mortal y devastador.

—¿Está sugiriendo que la enfermedad de las religiosas fue producto de una frecuencia concreta? —pregunté.

—Podiera ser. Todo indica que así fue. Si fue así, es lógico que la hermana Vasallo se recuperase tras utilizar los tapones para dormir. Teniendo en cuenta que los síntomas de todas las hermanas se agravaban en las horas nocturnas, puede que esas frecuencias solo fuesen emitidas durante la noche. De dónde procedían las frecuencias, cómo eran producidas, para qué y por qué solo afectaban a los residentes en el convento y fuera del perímetro del mismo nadie tenía los síntomas, es algo que no puedo explicar. Aunque todo evidencia que el aparato que debía de producirlas, bien estaba en funcionamiento dentro de las instalaciones o dirigido a ellas. El convento era el núcleo de las mismas. Las hermanas fueron víctimas de un experimento tecnológico. Y creo que tanto el señor Enrique Fonseca como el señor Salas tenían información, más de la que dijeron tener. Es evidente que no les gustó lo que vieron y decidieron darlo a conocer, pero no lo consiguieron. Esa es mi hipótesis. En el convento se desarrolló un arma tan invisible e imperceptible como poderosa y mortal.

—Pero, hermana, si lo que usted defiende es cierto, ¿qué relación pueden tener las cartas de san Ignacio de Loyola con ello y por qué desaparecieron? —pregunté.

—Una relación directa y clara —dijo ella tranquila, como si estuviese hablando del calor sofocante que hacía en aquellos momentos—, es probable que los códigos indescifrables de las cartas de san Ignacio, que siempre hemos custodiado como una reliquia, no sean tal.

—¡Por Dios! —exclamó sor Laudelina persignándose—, hermana, tenga prudencia con sus palabras.

—Quiero decir, que si los símbolos que san Ignacio transcribió tras las revelaciones de las que fue objeto eran el lenguaje de Dios, como se ha sopesado muchas veces, en ellos también pueden estar las claves de todo lo posible, de todo lo realizable. Pero también hay que tener en cuenta la posibilidad de que esos símbolos tal vez no sean palabras, ni números en sí, quizás el lenguaje de Dios solo sea una combinación de sonidos, de coordenadas y frecuencias que no somos capaces de escuchar ni sentir, invisibles como su presencia en la Tierra y el Universo. Muchos matemáticos definen al número pi como el número de Dios, y Salas dejó el número pi, sus dígitos, por todas partes. A su padre —dijo mirándome— se le conocía por el apodo de pi, que yo interpreto como el conocedor del misterio de la Creación. En este caso sería el poseedor del misterio. Creo que Salas nos estaba diciendo que en todo lo sucedido estaba implícito Dios y el misterio de pi, un número que tal vez no sea tal, sino un código que aplicado a una frecuencia pueda dar lugar a algo invisible y poderoso, algo con lo que Dios nos hizo a su imagen y semejanza: la palabra oral.

—Entonces, hermana Isabel, usted cree que en el convento se experimentó con frecuencias. Que estos experimentos pudieron surgir, me refiero al origen de la puesta en funcionamiento de ellos, de información que parte de los eclesiásticos que acompañaron a mi padre en su primera visita sacaron de las cartas de Loyola, y que posteriormente se pusieron en práctica. ¿Piensa que el experimento tiene origen en información que sustrajeron de esas cartas? —pregunté.

—Si no se sacó la información de las cartas, en ellas debía de estar recogido lo que sucedería, o desvelaban consecuencias de ello. De no ser así, su padre jamás habría vuelto a pedir las. Salas no habría tenido acceso a ellas. Eso indica que su padre sabía lo que sucedía en el convento y tal vez quiso evitar lo que pasó y por ello le dio a leer las cartas a Salas. ¿No lo cree?

Asentí.

—Pero, entonces, hermana, ¿qué, según usted, indicaba Salas en el mensaje que se proyecta en la fuente? —preguntó sor Laudelina.

—Indica en qué lugar está el número pi y de lo que se trata —dijo con expresión de seguridad.

—Está en una cítara, en la cítara de Dios, tal y como también dejó escrito, en su mensaje codificado, en los seriados que encontramos transcritos de un manuscrito que él escribió antes de recluirse aquí.

Saqué de mi maletín la libreta en la que había copiado la transcripción del texto codificado que hizo Daniel en la cueva y se la di a sor Isabel. La religiosa, tras leerlo, se persignó y se lo entregó a sor Laudelina, quien volvió a mirar a la otra religiosa en demanda de alguna explicación por su parte. Esta dijo con voz queda:

—Esto confirma mi hipótesis. Tuvieron acceso a las cartas de san Ignacio, a su verdadero mensaje, y lo utilizaron en perjuicio de la humanidad, a saber si hoy también se está utilizando. La palabra en sí no es la poseedora del poder, sino el orden de los vocablos y la frecuencia en que se pronuncian, ahí reside la clave del

lenguaje de Dios.

—Pero eso no es todo lo que descriptó Daniel, también sacó esto —dije pasando una página hacia atrás en la libreta—. Hay algo más terrible, algo que le da la razón a su hipótesis —concluí tendiéndole, una vez más, la libreta.

Serie numérica de coordenadas infinitas para el proyecto. Conjunción de claves alfabéticas y numéricas precisas para su construcción y puesta en funcionamiento a escala menor.

Ambas lo leyeron al tiempo y sus rostros expresaron el mismo gesto de terror.

—No sé si debemos continuar con esto o darlo a conocer a nuestros superiores —dijo sor Laudelina—, es terrible, demasiada responsabilidad para mí.

Capítulo 66

Sor Isabel se apartó unos pasos y, tras pedirme disculpas por tener que hablar a solas con la superiora, ambas se retiraron unos metros y cuchichearon. Después, sor Laudelina dijo:

—Está bien. Ya que ambos hemos sido los artífices de todo lo descubierto y usted ha sido sincero con nosotras, le dejaremos seguir con la investigación sin dar cuenta de lo que hemos descubierto a nuestros superiores, con una única condición.

—Hermana, no entiendo a qué se refiere —dije contrariado—, ¿por qué no iba a poder continuar con la investigación?

—Hemos llegado a un extremo, a un punto, en el que todo está resuelto, al menos casi todo. Sabemos, la hermana y yo tenemos claros indicios de saber en dónde están las cartas de san Ignacio de Loyola y lo que Salas pudo esconder aquí, en el convento, antes de morir. Si estamos en lo cierto, si las hipótesis que hemos barajado son ciertas, esas cartas y lo que Salas escondió tiene mucho valor y este las hace igual o más peligrosas de lo que fueron en su momento. Ya cometimos la irresponsabilidad de dejar que se estudiaran y, ahora, si las encontramos, no vamos a permitir que vuelva a suceder. Si están en donde pensamos, le dejaremos verlas, pero no podrá sacarlas del convento. Sepa que las haremos llegar a la Santa Sede de inmediato. Nuestra condición para que usted permanezca aquí es que, si bien las vea, no transcriba su contenido ni diga que las ha visto. Si lo hace, le dejaremos por mentiroso y es posible que tomemos medidas legales sobre su actuación. Sepa que esta decisión es producto de nuestro deber, y este es proteger a nuestras hermanas y procurar el bien de la humanidad.

—No entiendo nada. No me necesitaban. Yo no he descubierto absolutamente nada. Sor Isabel sabía todo lo que ha dicho antes de que regresara al convento y ahora me dicen esto. ¿Por qué me han vuelto a dejar entrar? ¿Por qué me han ensañado el mosaico y me han dado todo tipo de información? —pregunté sorprendido.

—Necesitamos que usted nos dé información que se halla en su poder —respondió la hermana Isabel—, también queríamos conocer el mensaje que sacaron de los códigos de la cueva. El párroco de Chinchón se puso en contacto con nosotros, con sus superiores, y les comunicó que ustedes le habían solicitado el manuscrito de Salas. No sabíamos si el hijo del frutero tenía una copia de aquel texto. Cuando el padre lo vendió a la Iglesia, al anterior párroco, se verificó que en la casa no había nada, pero nos cabía la duda. Ahora sabemos que sí la hizo, en la cueva, como usted ha dicho. El padre Daniel ha conseguido descodificar el mensaje, algo que nosotros no hemos conseguido y eso también lo necesitábamos.

»Pero no es solo eso —continuó—. Necesitamos algo más de usted. Si colabora, le dejaremos ver lo que encontremos. Eso sí, con las condiciones que le hemos dado. De lo contrario, todo seguirá igual. En este asunto no hay intereses dogmáticos, están metidos otros poderes contra los cuales es difícil luchar sin sufrir consecuencias,

usted lo sabe de sobra. Si es lo que pensamos, nada tendrá cabida, el poder de ese experimento pasará por encima de los dogmas, de todo. Su padre era un miembro destacado de esa organización no gubernamental y si, como imaginamos, dejó algo aquí del experimento, si Salas consiguió robarle las claves, podremos mantenernos a salvo de sus consecuencias. Dados los años que han transcurrido, si estamos en lo cierto y el experimento que se llevó a efecto en el convento ha seguido avanzando, esos aparatos —dijo señalando los tapones— hoy serían insuficientes para protegerse de él.

—¿Me están pidiendo que me desvincule de todo? Es imposible —respondí.

—No. Le estamos pidiendo que no hable de la existencia de lo que vea aquí. Y le estamos diciendo que no le dejaremos sacar los textos, entre otras cosas porque son nuestros, siempre nos han pertenecido. Usted puede seguir la investigación junto a sus compañeros utilizando la información que saque de lo que descubramos, pero no puede decir que esta salió del convento ni que vio las cartas. Si es lo que pensamos, si lo que descubrimos es lo que la hermana Isabel cree y defiende como la verdad, le recomiendo que retome su vida anterior y se olvide de todo. Si no lo hace, es posible que le cueste la vida. La Iglesia hará todo lo posible por frenar ese supuesto experimento.

—Ustedes harán lo que siempre han hecho, protegerse o sacarle partido —dije malhumorado.

—Piense lo que quiera. Creo que nosotras hemos pagado con creces las consecuencias, como para andar, una vez más, disculpándonos por lo que ha sucedido. Además, ya le he dicho que las cartas de san Ignacio de Loyola nos pertenecen. El santo se las entregó a la hermana tornera, no se las dio a un seglar, eso es significativo.

—Y ¿qué es lo que necesitan que les diga?, ¿qué puedo tener yo tan importante como para ser merecedor del honor de encontrar lo que ustedes no han sido capaces de hallar con todo su poder y supremacía? —dije irónico.

—La llave que abre la base del arpa sin que se derrame el líquido que hay en su interior —dijo, mirándome con aquella mirada de rapaz a punto de dar caza a su presa— y deshaga el contenido.

—La llave, ¿qué llave? —inquirí.

—La que encontró en el cuadro del escarabajo que Salas le envió, el mismo que producía los reflejos. Esa llave abre el compartimento que hay en la base del arpa que tenemos en el convento. Lo hace sin que el ácido que hay encima se derrame sobre lo que contiene su interior.

—Pero ¿cómo pueden saber que se trata de esa llave? —pregunté.

—Porque la cerradura corresponde a la del nicho del abuelo de Javier, el frutero de Chinchón. La moldura la hizo Hilario Ruiz, que era amigo íntimo de Salas, íntimo y, como todo parece demostrar, fiel hasta la muerte. Gracias a él, Salas, antes y durante su permanencia en el convento, pudo ocultar mucha información, incluso le

ayudó en la rectificación de las teclas de la máquina de escribir para que pudiera encriptar sus mensajes. Juntos confeccionaron los doce cuadros de los escarabajos. Sin la colaboración de Hilario, Salas no habría conseguido muchas cosas. Una de ellas, traicionarnos escondiendo las cartas de san Ignacio de Loyola. Porque Salas, aunque lo hiciera para ayudar a la orden, nos engañó y, según todo indica, sustrajo las cartas.

—¿Los cuadros que usted me dijo, durante mi primera visita, que desaparecieron con los forenses en el autobús? —pregunté.

—Sí —respondió.

Capítulo 67

—Y ¿cómo han deducido que es mi llave la que abre ese recinto y no otra de las doce que había?

—Como usted me comentó, su madre buscó el cuadro con insistencia, lo llamaba maldito. Debía de saber que escondía algo importante y que, de no entregarlo, podría sufrir graves consecuencias. Tal vez por ello salió del país y a usted lo internó con los franciscanos. Allí estaría a salvo de cualquier represalia. Como ve, su madre no era tan desarraigada como usted siempre ha creído. Ella manifestó que los investigadores que se llevaron todos los objetos personales de su padre actuaron sin miramientos, sin respeto. Incluso es probable que ellos le exigieran el cuadro. En el estómago de Salas se encontró una de esas llaves y en la tinaja, el resto. Es evidente que la persona que lo asesinó la estaba buscando, buscaba su llave. No solo el lugar, las claves para encontrar el manuscrito que Salas escondió en el nicho del frutero, también las claves para abrir la cítara. Nuestra cítara, que aunque sea un arpa puede llamarse cítara, la cítara de Dios. En su base, tras las deducciones de la hermana Isabel, encontramos un compartimento.

—Entonces, la leyenda que corría sobre que esas llaves abrían una dependencia eran falsas.

—Por supuesto que lo eran. Salas debió de hacerla correr para despistar sobre ello. Arregló el arpa y, cuando lo hizo, en su base, en la parte superior, introdujo el líquido, y debajo no sabemos lo que hay, creemos que las cartas, las siete cartas de san Ignacio, el epílogo y posiblemente algo más.

—Podía haberme pedido la llave antes. Podía haberlo hecho durante mi primera visita.

—Cuando me entrevisté con usted la primera vez, aún no habíamos dado con muchas claves, entre otras cosas, no sabíamos que los reflejos alfabéticos que componían la palabra «cítara» se referían al arpa del convento. En aquellos momentos pretendíamos hacerlo lo mejor posible. No queríamos vernos envueltas, una vez más, en los hechos. Si nos pusimos a indagar sobre ellos fue por las acusaciones del padre Daniel y la posterior visita de su esposa. A raíz de ello, todo comenzó a liarse como si de una madeja de lana en las manos de un gato se tratase. Los informes sobre los aparatos que la hermana Vasallo le regaló a sor Isabel antes de morir llegaron hace poco tiempo y ellos también fueron decisivos. La hermana —dijo mirándola— comenzó el desarrollo de su tesis. Después intentamos encontrar su llave. Pensamos que estaría en su casa, con el resto de sus pertenencias, y que le haríamos un favor consiguiéndola por nuestros medios, a usted y la congregación. Recuperaríamos las cartas y las pondríamos en un lugar seguro, lejos del padre Daniel y del resto de curiosos. Pero, tras inspeccionar el domicilio de Daniel, donde usted se hospedaba, no encontramos nada y, lo más terrible, la persona que entró en él tuvo un accidente tras calentar un café y todo lo que había dentro ardió.

—¿Fueron ustedes las que entraron en casa de Daniel y la incendiaron? —dije indignado.

—No incendiamos nada. Uno de los feligreses entró solo en busca de la llave. Es un hermano ya anciano; los fieles cada día son de edades más avanzadas, ya le he dicho que la fe se está perdiendo. Necesitaba tomar unas píldoras para su tensión y puso leche a calentar mientras revisaba los dormitorios, perdió la noción del tiempo y cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde. Pensamos que usted la habría dejado allí, que la llave estaría en la casa. Ahora sabemos que no fue así. Si hubiéramos tenido malas intenciones, no se lo habría contado. Y, por su cara, creo que no debería haberlo hecho.

—Hermana, es allanamiento de morada con intención de robo. Aparte de un delito es un pecado. No entiendo cómo han sido capaces de hacer eso.

—Las circunstancias nos obligaron. Usted habría hecho lo mismo. Pero creo que ya va siendo hora de que tome una decisión. ¿Dejará que abramos la base del arpa con su llave ateniéndose a nuestras razones, o no lo hará? —concluyó.

—Si no lo hago, ¿qué harán ustedes? —pregunté.

—Intentaremos sacar el contenido de otra forma. Tal vez yendo hasta el nicho del abuelo de Javier y haciendo una copia de la cerradura.

—Creo, hermana, que ya, después de tanta ocultación de datos, de tantas mentiras y patrañas, es hora de que dejen de tomarme el pelo. Han jugado conmigo como si fuese un niño inocente, pero ya he perdido la inocencia. Es evidente que, una vez más, me está mintiendo, y lo es porque esa posibilidad la han tenido desde el momento en que les dije de dónde habíamos sacado la información y cómo lo habíamos hecho. Fue hace unos minutos. Les hubiera bastado con callar, con dejar que siguiera contemplando la fuente o dejarme solo con la hipótesis de la hermana Isabel, sin dar más detalles sobre el sitio en donde pueden estar las cartas. Habría sido suficiente con que dijeran que estaban en cualquier otro lugar para que yo las creyese. Ya tenían la transcripción del seriado de Salas, del texto completo que Daniel descriptó. Sabían que su hipótesis estaba fundamentada y eso era lo que estaban buscando al traerme aquí. Si solo necesitaban la llave, al saber de dónde habíamos sacado la información, solo tendrían, como usted ha dicho, que ir al nicho y hacer una copia de la cerradura. Es evidente que hay algo más que no pueden averiguar con una simple copia. Está claro que solo mi llave tiene la respuesta. Dígame, ¿qué oculta hermana? ¿Qué es lo que tiene mi llave que no pueden conseguir ni haciendo una copia?

La sor no respondió, y comenzó a caminar hacia el interior del convento, indicándome que fuese tras ella y, una vez dentro, frente al arpa, me explicó lo que sucedía...

Capítulo 68

Salas había introducido dentro de la base del arpa un recipiente en cuyo fondo había un mecanismo giratorio similar al de las cajas fuertes. En la rueda, grabados, había números y letras. Cualquiera de ellos, tanto unos como las otras podían constituir la clave para que, una vez introducida la contraseña, la ranura se levantase dejando el hueco, que permanecía cerrado, abierto para que se pudiera introducir la tija de la llave en él. Al hacerlo, el recipiente de cristal se abriría sin que el ácido que permanecía en un compartimiento superior se derramara sobre el compartimiento inferior, en donde, suponíamos, porque no estábamos seguros de ello, estaban las siete cartas y el epílogo de san Ignacio de Loyola.

Pasé varios minutos observando el recipiente y la rueda con las letras y los números. Estos iban del uno al doce, y las letras eran:

D-B-E-M-R-S-I-N-A-G-

Alrededor de la ranura cerrada por una especie de trampilla que se podía ver y palpar estaba el dibujo de la cruz de Ankh, por lo que no había duda de que se abría con una llave que debía tener aquella forma, una llave como la mía.

Miré a las religiosas, que me observaban inquietas, y me quité del cuello la cadena en donde había colgado la llave para no extraviarla. La observé con detenimiento. Tras unos segundos, en los que recordé las palabras del rabino con el que hablamos en Toledo, creí hallar lo que las religiosas necesitaban para abrir el mecanismo que Salas había confeccionado y sacar de su interior el contenido intacto.

Antes de proceder a introducir los códigos, preferí llamar a Reyes. Si no estaba equivocado, ella tendría los suficientes conocimientos como para recordar el nombre de las doce tribus de Israel. Si me equivocaba en un número o en una letra todo podía irse al traste. Reyes fue dándome uno a uno los nombres y uno a uno fuimos comprobándolos hasta estar seguros de que no había ni un solo error de transcripción:

BINIAMIN, EFRAIM, MENASHE, REUBEN, SEBULUN, IEUDA,
ISSHAJED, DAN, NAFTALI, ASHER, GAD, SHIMON.

En un principio, las religiosas se mostraron desconfiadas:

—¿No pretenderá introducir clave alguna sin antes decirnos en qué se basa para hacerlo? —inquirió sor Laudelina poniendo su mano sobre la rueda.

Yo, que permanecía agachado, me levanté. La miré fijamente y dije:

—No pretenderán ustedes que no haya margen para un error. Saben de sobra que puedo estar equivocado en mis deducciones, pero menos es nada, y ustedes, sin mi llave —dije levantándola y mostrándosela—, no tienen nada.

Sor Isabel me miró con expresión recriminatoria y dijo:

—La madre Laudelina no se refiere a que usted pueda estar equivocado, sino a que exigimos una explicación a sus conclusiones, tenemos derecho a ella. Usted tampoco tiene nada sin el arpa. En estos momentos, estamos en igualdad de condiciones. Si no nos dice qué le ha llevado a estar tan seguro de tener la clave, no le dejaremos introducirla.

Sor Laudelina asintió con expresión desafiante.

—Ya que nos ponemos a hacer declaración de intenciones, yo también quiero exponer las mías, mis intenciones y exigencias. La primera es que no me hago responsable de un error que pueda darse y la segunda y más importante es que seré el primero en ver el contenido del tubo, todo su contenido. Me dejarán inspeccionarlo por completo. Si no están de acuerdo no lo abriré.

—Eso ya lo habíamos hablado, en ningún momento se lo negamos. El único requisito que le exigimos fue que los documentos no saldrían del convento y que la información que pudiera haber en ellos nunca debería ser relacionada con nosotros ni con la Iglesia. Algo que no es nada extraordinario, los textos son nuestros, y tenemos potestad sobre ellos. También están en nuestras instalaciones —respondió sor Laudelina.

—Todo eso está claro. Sin embargo, hay un punto que antes de abrir el tubo debemos asentar. Haré fotografías de su contenido con mi teléfono. Si no me dejan hacerlas, no abriré el tubo. Les doy mi palabra de que solo las utilizaré si es necesario descifrar el contenido de los mismos.

Sor Laudelina puso una expresión de desagrado y dijo:

—Entonces debemos esperar a que lo consulte con mis superiores. Haré una llamada y en unos momentos veremos si aceptamos sus condiciones o no.

La superiora se retiró durante unos diez minutos, mientras sor Isabel permanecía a mi lado sin perder detalle de mis movimientos.

—Está bien. Puede tomar fotos, pero, si estamos en lo cierto y lo que hay en el tubo son las cartas de san Ignacio, su firma y todo lo que pueda identificarse como autoría del santo será ocultado antes de tomar la fotografía. Ese es el único requisito que le exigimos —dijo la religiosa tras regresar.

—Está bien, pero es estúpido. Si son las cartas y están escritas de puño y letra de Loyola, si yo quisiera darlas por válidas, solo necesitaría un calígrafo —dijo sonriendo.

—Hay muchos métodos para desvirtuar lo que usted dice, nunca es lo mismo un original físico que una fotografía —respondió sor Isabel con sorna—. Ahora díganos qué directrices ha seguido para estar tan seguro de las claves que tiene que introducir.

—Como ven —respondí enseñándoles la llave—, el grabado que tiene la llave corresponde al de la Estrella de David. Las doce puntas de la misma representan...

—Las doce tribus israelitas —respondió sor Isabel.

—Exactamente, y los números van del uno al doce. Si tenemos en cuenta las

letras que aparecen en la rueda —dije señalándola—, que son D-B-E-M-R-S-I-N-A-G, percibimos que no recogen todas las que componen el abecedario, sino unas cuantas. Si tomamos los nombres de las doce tribus y debajo ponemos las letras que aparecen en el seriado —dije escribiéndolas—, percibimos...

Sor Isabel, que permanecía atenta a lo que yo iba escribiendo en la libreta, me interrumpió y dijo:

—Son las iniciales. Corresponden a las iniciales de las tribus. Aunque faltan letras.

—Faltan las que se repiten —dije señalándolo—: D-B-E-M-R-S-I-N-A-G-BINIAMIN, EFRAIM, MENASHE, REUBEN, SEBULUN, IEUDA, ISSHAJED, DAN, NAFTALI, ASHER, GAD, SHIMON.

—Pero, si es así, ¿en qué orden debemos introducirlas? —preguntó sor Laudelina—. Si nos equivocamos en el orden, sería como si no supiéramos nada. El orden tiene la misma importancia que el símbolo.

—Buena apreciación, hermana —respondí—. Reyes tampoco está segura de ello, pero cree que pueden seguir el orden de establecimiento que tuvieron las tribus en el desierto, este —dije señalando el orden que Reyes me había dado—, debemos arriesgarnos, porque es lo único que tenemos. Una vez introducidas hay que girar la rueda hasta el número doce. ¿Recuerda?, las doce tribus, los doce forenses, los doce cuadros y doce escarabajos; por todos estos datos, creo que el doce no ha sido puesto por casualidad en la rueda. Además, si se fijan, verán que los números que hay grabados solo llegan hasta el doce. Para mí, esto es más que una casualidad.

—Y si estamos equivocados y Salas siguió otro orden, como puede ser el lugar de colocación de cada letra en el alfabeto —apuntó sor Isabel.

—Ese, en concreto, es imposible porque, como ve, hay dos letras que dan comienzo a los nombres de las tribus que se repiten: la I, y la S. Si fuese así, no sabríamos cómo hacerlo. Tendríamos que repetir la misma letra y volver a girar la rueda y eso es algo que no entra en las conjeturas. Creo que la hipótesis más acertada es la que les he dicho. Entonces, ¿comenzamos? —apremié.

Ambas asintieron con la cabeza tras persignarse. Fui introduciendo las letras en el orden que me había dado Reyes. Después giré la rueda hasta llevarla al número doce. La puertecilla se abrió y la ranura quedó al descubierto. Ambas religiosas suspiraron aliviadas. Introduje la tija en la ranura y la giré. Un rollo grueso de papel cayó al suelo. En su parte externa estaba mi nombre completo escrito a pluma:

Enrique Fonseca Xátiva

Debajo del mismo, una especie de nota manuscrita de Salas:

Comprenderás, tras leer el epílogo de san Ignacio de Loyola, que supiera

que ibas a llegar hasta aquí. Lo que sus grafías contienen no lo puedo transcribir porque solo podrás verlo tú, como yo vi lo que a mí me correspondía ver. Él, Daniel, el párroco que te acompaña, también debe leer el texto del santo, el texto en su totalidad, como sé que hará. Reyes, mi amada hija, debe intentar olvidar todo lo sucedido. Ella ha cumplido su misión en esta historia y aunque sé que lo más factible sea que no abandone hasta el final, porque así está escrito, te pido la gracia de que intentes separarla de la investigación. Mi misión no es la que te harán creer. Jamás tuve sentimiento de venganza alguno hacia tu padre. Mi único fin era hacerte llegar hasta aquí. El resto es la palabra de Dios y yo no soy más que polvo sobre ella.

Capítulo 69

El impacto que me produjo la lectura del texto fue tal que era incapaz de soltar el rollo de papel, en el que había más documentos que aún no habíamos visto.

Sor Laudelina me zarandéo varias veces, pero yo seguía inmerso en aquel escrito que Salas me había dirigido cuando aún era un niño y en el que, para mi estupor y sorpresa, predecía mi llegada al convento.

—Esto —dije levantando el papel y entregándoselo a sor Laudelina—, ¿esto no será otro engaño más de su autoría? —pregunté alzando el tono de voz.

La sor tomó el papel y, acercándoselo a la hermana Isabel, ambas procedieron a leerlo.

—No lo es; por supuesto que no tenemos nada que ver en ello. Si yo le dijera lo que sé no me creería, y por eso no lo haré. Le bastará seguir las indicaciones que Salas le dejó para tener una respuesta. Lea el epílogo de san Ignacio de Loyola. Pero no toque el resto de las cartas, porque Salas solo le indica que lea el epílogo. Hágame caso. Fotografíe el resto como nos ha dicho y entréguele los datos al padre Daniel. Es evidente, según reza el escrito de Salas, que él debe leer las cartas del santo. Reconozco que estábamos equivocadas con el padre, de no estarlo, Salas, que tuvo acceso a todas las cartas de san Ignacio de Loyola, a las siete cartas y el epílogo, no indicaría que le hiciéramos partícipe.

»La hermana Isabel se quedará con usted por si necesita algo más. Lo hará hasta que termine de fotografiar las cartas y se encuentre con ganas de marchar con el padre Daniel. Yo me retiro. Debo comunicar a mis superiores que hemos encontrado las cartas, y recibir las órdenes oportunas para su custodia. Le estoy muy agradecida por todo lo que ha hecho. Como ya le comuniqué, el convento cerrará sus puertas y es probable que nunca más nos volvamos a ver, pero sepa que siempre estará presente en mis rezos. La congregación rezará por usted —concluyó tendiéndome la mano, que yo estreché, y salió del recinto.

La hermana Isabel me miraba en silencio, mientras yo estiraba las cartas y las iba fotografiando una tras otra, sin entender nada de lo que en ellas había escrito. Las siete cartas de san Ignacio de Loyola estaban escritas a pluma y todas exhibían al final del folio su firma. Los caracteres que había en ellas estaban formados por seriados de letras y números, todos sin un orden aparente, ni sentido alguno. Entre ellos se entremezclaban símbolos que parecían repetirse. Cuando yo retrocedía para volver a mirarlos, era como si hubieran cambiado de ubicación, como si formasen parte de un seriado alfanumérico que rotaba sin descanso, similar a las claves que en la actualidad se utilizan en informática para la protección de datos y operaciones bancarias. Pero estas, sorprendentemente, estaban escritas a pluma y sobre papel. Por ello, su aparente rotación me hizo pensar que estaba siendo presa de una especie de ilusión óptica y me restregué los ojos con fuerza. Sin embargo, al volver a mirar los textos, los signos volvieron a cambiar su ubicación y forma.

Miré a sor Isabel y, tras comentarle lo que me estaba sucediendo, le pedí que mirase o intentara leer las cartas, para comprobar si le sucedía lo mismo que a mí o aquello era producto de algún tipo de alucinación. Pero la sor se negó:

—Me está prohibido hacerlo. Y si usted tiene en cuenta el mensaje del señor Salas, sabrá que a nosotras no nos menciona en él. Nosotras solo somos las custodias de las cartas del santo, durante siglos ha sido así. No tengo interés en ver su contenido, y mucho menos el significado del mismo. Pero sí puedo decirle que usted no sufre alucinación alguna. Lo comprobará tras leer el epílogo.

Cuando ya tenía todas las cartas fotografiadas, tomé el epílogo entre mis manos con cierto temor. Al mirarlo vi un texto perfectamente escrito, en catalán, mi lengua materna, idioma que utilizaba en contadas ocasiones pero que dominaba mejor que el castellano. Cuando terminé de leer el texto completo, y traté de comentárselo a la hermana Isabel, no pude recordarlo. Fue algo similar a la amnesia. No retuve nada de lo que había leído, solo que el texto me había sido mostrado en catalán, pero ni una palabra, ni un solo concepto de su contenido recordaba. Volví a leerlo y, tras hacerlo, me giré para volver a intentar repetirle a la sor lo que había leído, pero me sucedió lo mismo que la vez anterior: no recordaba absolutamente nada.

—Sé, por lo que me han comentado algunas personas que tuvieron acceso a las cartas, que intentaron leerlas —dijo en tono tranquilo sor Isabel—, que, una vez leídas, su contenido desaparece de la mente. Nada puede decirse, nada se recuerda. Es lo que le sucedió al señor Salas, como al resto de las personas que tuvieron acceso a ellas, ni una sola ha podido contar o transcribir su contenido. Y no porque fuese indescifrable, como las cartas que ha fotografiado, sino porque no se recuerda. Pero no pierda usted la confianza en Dios Nuestro Señor, llegado el momento recordará lo que necesite saber —concluyó, tendiendo su mano en demanda de los documentos, que yo, aún conmocionado, le entregué.

Unos minutos después salía del convento. Daniel se precipitó hacia mí, inquieto, ansioso por tener al fin en sus manos aquellos documentos por los que tanto había luchado:

—Dime, ¿estás bien? ¿Has hecho las fotografías? —me apremió.

Yo le escuchaba sin poder decirle lo que había sucedido. Sabedor de que la experiencia que le esperaba era, cuando menos, casi irreal. Por unos momentos estuve a punto de contárselo antes de darle mi teléfono para que viera las fotografías de las cartas, de prevenirle sobre ello, pero pensé que no me creería, que nadie lo haría.

—Sí, tengo las fotografías de los textos de Loyola. Tenías razón, las cartas existen. Pero, como Loyola decía, solo son producto de alucinaciones —dije sacando el teléfono de mi bolsillo y acercándoselo, al tiempo que le daba el texto de Salas, que él leyó con expresión de asombro.

—El epílogo, dice que tienes que leer el epílogo, y ¿lo has leído? —preguntó expectante.

—Ya te lo he dicho, lo he leído y no he visto nada en él. Me ha sucedido lo

mismo que al resto de las personas que han tenido acceso a los textos. Lo mismo que les sucedió a los siete eclesiásticos, a Salas y vete tú a saber a cuántas personas más —dije, secándome con la palma de la mano el profuso sudor que resbalaba por mi frente.

—Oye, ¿esto no será una jugarreta de las monjas? —inquirió mientras cargaba las fotos en el ordenador.

—No. Pero es algo que debes comprobar tú mismo, como dice la nota de Salas. Tienes las fotos de los documentos.

Cuando se disponía a mirarlas, el teléfono sonó. Daniel lo cogió, habló durante unos segundos y tras colgar me miró y dijo:

—Julián ha descifrado parte del seriado de la cueva que nosotros no conseguimos descifrar y ¿a que no sabes qué es?

—Son las coordenadas que indican el lugar exacto en donde está la casa de Josep Piamonte —respondí.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con expresión de asombro—. Te lo han dicho las religiosas, ¿lo han hecho?

—Lo sabía, sin más —respondí nervioso, agitado por haber recordado sin saber cómo la última frase del epílogo de Loyola.

En ella había una serie numérica, la palabra Piamonte y, al lado de esta, un número: 999.

Capítulo 70

Daniel, después de pasar las fotos que yo había tomado de las siete cartas de Loyola al ordenador y visionarlas durante dos largas horas, permaneció tres días sin pronunciar palabra alguna, como si el contenido de las mismas le hubiera dejado en estado de trance. Lo único que hacía era comer y retirarse a su habitación a analizar los textos una y otra vez. Como si ellos le dieran respuestas diferentes a cada vistazo, o como si su contenido fuese demasiado trascendental y al tiempo efímero. Como si el tiempo que dispusiera para analizarlos fuese tan escueto como imprevisible y en cualquier instante fueran a desaparecer. Se mostraba ansioso, llevado por una prisa que Reyes y yo no comprendíamos. Finalmente, al tercer día de permanencia en el pueblo, durante la noche, Daniel borró las fotografías de las cartas de Loyola del ordenador y de mi teléfono móvil. Durante el desayuno nos comunicó, para nuestro asombro, lo que había estado haciendo y que ya estaba dispuesto a viajar a Piamonte para seguir con la investigación. Dijo que después de ese viaje, no continuaría con nosotros. Había dispuesto todo para que Torcuato le enviase las pocas pertenencias que se habían salvado del devastador incendio a un lugar del que no quiso darnos indicaciones:

—¿Has tenido el valor de borrar las fotos de las cartas de mi teléfono mientras dormía? —le pregunté indignado—. No puedo creer que hicieras eso y que no sueltes prenda de los motivos que te han llevado a ello. Dices que vas a abandonar la investigación como si estuvieras hablando de no asistir a una cena de amigos. Es increíble, ¡increíble! —exclamé.

—Las cartas debía leerlas yo, no tú. Eso es lo que ponía en la nota de Salas. Algo que tú no seguiste al pie de la letra, ya que las fotografiaste para mí y, como me dijiste, sus códigos, sus símbolos rotaban ante tus ojos. No conseguiste ver nada en ellas, eso debería ser suficiente para ti. No sientas desconfianza, no escondo nada, absolutamente nada. Debía borrar su rastro. Sé que te resultará incongruente mi postura, después de lo que he luchado por defender su existencia, pero ahora sé por qué llegué hasta ellas, por qué llegué al convento. También sé que debía hacer lo que he hecho. En esta investigación todos, los tres, buscábamos una respuesta, cada uno la suya. Yo encontré la mía. Vosotros debéis buscar la vuestra, aunque Reyes ya debería tenerla —dijo mirándola fijamente.

—No entiendo a qué te refieres —respondió ella con expresión de sorpresa.

—Tu padre quería que no te involucraras en nada, así lo dejó escrito. Tú has comprobado que la letra de la nota que había junto a las cartas de Loyola es de él, que es auténtica, aunque sigas desconfiando, pensando que es una trampa que nos ha tendido alguien. Aunque te parezca mentira, aunque te niegues a creer que tu padre predijera todo lo que ha sucedido, lo que íbamos a hacer y hasta dónde íbamos a llegar, en el fondo sientes que es cierto. En esa nota, él te pide, le pide a Enrique, que te aparte de la investigación, del fin de la misma. Creo que tu padre no quería que

llegaras más allá, y yo, tras leer las cartas de Loyola lo entiendo. De tener hijos, habría hecho lo mismo que él. Tú, como Enrique y yo, incluso las religiosas, hemos sido piezas claves de la historia, piezas que se van sustituyendo, la hora de mi sustitución llegará después de que Enrique viaje a Piamonte. La tuya, querida Reyes, tu participación, debió terminar en el momento en que Enrique tuvo acceso a las cartas de Loyola, al epílogo y la nota de tu padre, en la que le encomienda que te convenza de que dejes la investigación.

—Le encomienda, pero afirma saber que no lo haré, como así será —respondió ella—. Y, sí, desconfío de la autoría de la nota, como ahora desconfío de ti y de tu participación en esta historia, de tus verdaderas intenciones en todo esto. Siempre supiste demasiado. Tus intereses en demostrar la existencia de las cartas eran exacerbados, y ahora, cuando finalmente consigues tener una prueba de ellas, destruyes las fotografías. Lo haces sin haber mostrado su contenido a nadie. Y, para mayor incoherencia, dices que abandonas la investigación cuando estamos llegando al núcleo de lo sucedido en aquellos años, cuando todos sabemos que parte de lo ocurrido es producto de la existencia de tus famosas cartas..., ¡no me jodas, Daniel! ¡No me jodas! —exclamó Reyes mirándole desafiante.

Él pareció no inmutarse por la salida de tono de Reyes y respondió:

—Desde que os conocí a ti y a tu hermana, os manifesté mi único interés en la investigación, lo único que me importaba y proponía. Ya lo he conseguido. Jamás os dije que pensara dar a conocer el texto de las cartas de Loyola, tampoco dije que, de conseguirlas, las consideraría de mi propiedad o las entregaría a nadie. Solo quería demostrar que estaba en lo cierto, y que esas cartas, su contenido, tenían una trascendencia que va más allá de los valores que conocemos. El resto, quién mató a quién y por qué motivos lo hizo, no era de mi incumbencia, nunca lo fue. Ya he manifestado que los intereses de todos los que hemos participado en esto son distintos.

—Creo que nunca has sido excomulgado, que la Iglesia no tiene nada en tu contra, que eres la Torre en el tablero que se come a la Dama. En resumen, nos has engañado y chuleado. Hemos sido tan imprescindibles para ti como para tu Iglesia. Solo queríais encontrar las cartas, y abrir ese maldito tubo sin que el líquido los estropeará. La única manera de hacerlo era llevando a Enrique hasta el convento, y para ello necesitabas llegar hasta mi hermana y hasta mí antes que a él. Habéis tenido suerte, tuvisteis mucha suerte porque mi padre había dejado un mensaje en sus cartas que removié todo otra vez, cuando vosotros ya estabais perdidos, parados en la investigación, sin saber qué hacer, cómo recuperar la llave del cuadro del escarabajo. Cómo hacer que Enrique se interesara por todo. Entonces aparecimos nosotras en la historia, en esa búsqueda que también era la vuestra. Yo trataba de encontrar los motivos de lo sucedido y al asesino de mi padre, al hombre que me robó la vida, el futuro que merecía. Enrique —dijo Reyes mirándome— también buscaba lo mismo; la muerte de su esposa, de Jana, mi queridísima hermana, le dio motivos para hacerlo,

más de los que debería tener. Pero tú y esas monjitas aparentemente tan inocentes, tan incautas y religiosas, solo buscabais las cartas, la reliquia de vuestro santo, la reliquia que sabíais que Salas había ocultado en el arpa bajo una trampa que durante años no habéis podido salvar —dijo Reyes.

—Nada de lo que has dicho es cierto, pero puedes pensar lo que quieras. Tengo vetada la entrada a cualquier congregación, a cualquier información.

—Sí, claro, no fastidies. No te permiten la entrada a ningún sitio, a ninguno, menos a ese lugar adonde te vas. Un lugar que quizás sea un convento —le interrumpió ella—. Por eso sor Laudelina, una vez que se encontraron las cartas, dijo que se equivocaron contigo.

—Lo dice porque tu padre, en su nota, me encomienda leerlas —respondió él.

—En el caso de que la nota sea de él. De todas formas, puedes hacer lo que más te plazca. Por mí, creo que sería más seguro que no nos acompañaras a Piamonte. Además, si dices que tu labor se ha terminado, que nada tienes que ver en lo que a nosotros nos incumbe, no entiendo por qué no te vas ahora mismo. Tal vez estés buscando algo más que tenga ese zapatero al que también niegas conocer, al que las religiosas dicen no identificar, ¡qué risa!

—No puedo darte más explicaciones. Debes creer lo que tu conciencia te diga. Con el tiempo entenderás mi postura. Te doy mi palabra de que no miento, por si te sirve de algo. Aunque me temo que no va a ser así —concluyó Daniel.

—Todo indica que nos has podido mentir —dije—, que Reyes está en lo cierto. Tu actitud es incoherente, pero el hecho de que nos acompañes o no es ya un detalle irrelevante. Nosotros no dejaremos la investigación hasta saber qué es lo que en realidad se esconde tras lo sucedido. Hasta que sepamos por qué asesinaron a nuestros padres y quién lo hizo. Pienso como Reyes, creo que necesitas saber algo más. Algo que solo puedes averiguar yendo con nosotros a Piamonte, a la que creemos es la residencia de Josep. Tal vez sea la última serie de números que había escrita en las paredes de la cueva y que aún no hemos descifrado. Tal vez en ella haya algo que te comprometa a ti o a la Iglesia. ¿Estoy en lo cierto? —le pregunté.

—No. Sé lo que esa serie indica. Son más coordenadas. Sé a qué se refiere. Pero su contenido, su significado y lo que conlleva se escapa de vuestro control y del mío. Cada uno de nosotros es una parte fundamental en los hechos. También lo será en el futuro de esta historia y sus consecuencias, algo que solo le compete a cada uno de nosotros. Algo que cada uno tendrá que sopesar en su momento. Os acompañé porque siento que así debo hacerlo, para proteger a Reyes, que es la que verdaderamente está en peligro...

Capítulo 71

Cuando llegamos al aeropuerto, nada más desembarcar, el servicio de megafonía anunció mi nombre demandando mi presencia en las oficinas de la compañía aérea en la que nos habíamos desplazado hasta Turín. Allí me comunicaron, para sorpresa de los tres, que Josep había mandado un chófer a recogerlos.

Por unos momentos nos miramos inquietos. El hecho de que Josep conociera nuestras intenciones de viajar hasta Piamonte, a su residencia, e incluso el vuelo que habíamos tomado, nos llenó de un cierto temor. Cómo lo hizo, que el zapatero diera su nombre en la compañía aérea, reconociendo de aquella forma que él era la persona que íbamos buscando. Como yo había supuesto tras la información que me había dado sor Laudelina, él era el cuñado de Salas, el hermano de la mujer de este.

Por unos instantes, Reyes y yo nos miramos con expresión de desconfianza. Ella, sin disimular, señaló a Daniel con un gesto, indicando que la única persona que sabía todos y cada uno de nuestros movimientos y propósitos era él. Que él podía haber informado a Josep con anterioridad. Sin embargo, Daniel no supo hasta el último momento el vuelo que íbamos a tomar ni si habíamos decidido que nos acompañase. Así lo habíamos acordado Reyes y yo, llevados por la desconfianza que tras los últimos acontecimientos nos generó su comportamiento. Él, tras escuchar nuestras condiciones para que le permitiésemos viajar con nosotros, nos hizo entrega de su teléfono y su ordenador. Aquella exigencia nos daba una cierta seguridad sobre sus movimientos, evitando la posibilidad de que, si Reyes estaba en lo cierto y nos había mentido, se comunicara con las religiosas y les diera información de nuestros movimientos, a ellas o a quienquiera que fuese. Estuvo incomunicado un día antes de que embarcáramos y no supo el destino real de nuestro viaje ni el vuelo que tomaríamos hasta que no estuvimos en el aeropuerto, en la zona de embarque. Le dijimos que, antes de dirigirnos a la dirección que nos habían dado las religiosas, a la casa de Josep, iríamos al museo, a Turin, para finalmente continuar a Piamonte, como en un principio se había previsto.

Reyes se aproximó a mí y me hizo partícipe de su desconfianza, de su temor a que Daniel, en una de sus escapadas al baño, hubiera efectuado una llamada desde el aeropuerto. Pero, ante aquella posibilidad, ya no podíamos hacer nada. Si lo había hecho, ya era demasiado tarde para retroceder. Debíamos arriesgarnos y seguir hasta el final, como habíamos previsto, o abandonarlo todo.

El chófer de Josep permanecía frente a nosotros estático como un guardia suizo, esperándonos. Finalmente decidimos continuar con lo previsto y nos montamos en el automóvil.

Capítulo 72

Cuando llegamos, el mayordomo estaba esperándonos en los escalones que daban acceso al gran portón de la mansión, rodeada de una zona ajardinada extensa, delimitada por una gran valla de piedra que circundaba todo su perímetro. Algo que habíamos podido apreciar desde el coche durante el recorrido de unos dos kilómetros que separaban la casa de la carretera. En cuanto el coche estuvo estacionado, el hombre, alto y con apariencia famélica, de tez pálida y mentón afilado, se dirigió a nosotros con paso tranquilo y medido. Sin inclinar su cabeza y mirándonos sonriente fue bajando los altos escalones de mármol hasta situarse justo sobre el último. Sin bajarlo, se detuvo unos instantes en silencio, hasta que los tres estuvimos fuera del vehículo. Después nos miró con la misma expresión de tranquilidad e indicó con exquisita diplomacia y educación que le acompañásemos al cenador que estaba a unos metros, a la derecha. Una vez allí, y dirigiéndose a Reyes y a Daniel, nos comunicó que solo yo sería recibido por el señor.

Ella me miró y, temerosa, introdujo su mano en el bolsillo del pantalón vaquero, indicando con el movimiento que había conectado el transmisor que se comunicaba con el que yo también llevaba en el bolsillo de la camisa. Habíamos decidido que ambos llevaríamos un aparato de aquellos, por si en algún momento teníamos que separarnos. De aquel modo, si era necesario, podría mandarme una señal de alerta. La miré e hice el mismo gesto que ella. Daniel, como si nos hubiera leído el pensamiento, dijo:

—Ve tranquilo, no hará falta que lo utilice para defenderse de mí. Al contrario, yo soy la única persona que puede protegerla. No comeremos nada, ya lo hicimos durante el vuelo —dijo mirando a Reyes, al tiempo que retiraba su mano de una de las bandejas de canapés que había sobre la mesa de madera que coronaba el centro del cenador.

Nada más atravesar el umbral de la puerta principal, los acordes de un violonchelo llegaron a mis oídos. Uno tras otro iban recorriendo el gran pasillo de paredes vacías y suelo de mármol blanco y resplandeciente, en donde las notas parecían resbalar cogiendo velocidad hasta salir por la puerta al exterior de la casa. El mayordomo caminaba delante de mí erguido y firme, como si el recorrido lo hiciese una y otra vez, como si no necesitase ninguno de sus sentidos para ir y volver por aquel corredor resbaladizo y frío. Tan pulcro como una hornacina.

Tras recorrerlo, llegamos a un salón circular igual de vacío que el corredor. Del techo colgaba una gran lámpara de araña confeccionada en cristal de Murano. Una escalera de pasamanos de madera torneada y labrada conducía a las estancias superiores. En el distribuidor circular había varias puertas, pero solo una estaba abierta, por la que salían los acordes del violonchelo. Sin embargo parecía no haber luz dentro de la habitación. El mayordomo me cedió el paso diciéndome que el señor me esperaba dentro.

Capítulo 73

La habitación estaba en penumbra. Frente a la puerta de entrada había un gran ventanal que recorría toda la pared frontal de lado a lado y cuyas vistas daban al jardín interior de la casa, a la parte trasera, en el que se veía una gran fuente. En su centro había una escultura que se asemejaba a un símbolo celta. Las cortinas estaban recogidas hacia un lado, pero los visillos sueltos sobre los cristales de los ventanales propiciaban la penumbra, que, con la falta de alumbrado artificial que había en la estancia, hacía que la figura del hombre que de cara a los ventanales y de espaldas a mí acariciaba con el cepillo las cuerdas del chelo se apreciase velada.

El mayordomo me indicó que esperase mientras le comunicaba a su señor que yo ya estaba en la habitación. Recorrió la gran sala despacio, como si el mínimo ruido de su caminar pudiera incomodar al músico. Cuando estuvo a su lado se inclinó y le susurró al oído. El hombre hizo un gesto afirmativo con la cabeza, pero no se giró ni dejó de acariciar las cuerdas del instrumento.

—El señor quiere que usted tome asiento —dijo el mayordomo cuando estuvo a mi lado—, solo serán unos minutos de espera que no le incomodarán. Los suficientes para que dé por finalizado su ensayo diario. Esta tarde tiene concierto y es imprescindible que se prepare. No se extrañe por su actitud, no suele hablar hasta que termina la preparación. El señor debe tenerlo en muy alta estima para permitirle estar presente en sus ensayos, para permitirle la entrada en esta estancia —dijo en mi oreja, casi en un murmullo—. Debe esperar aquí, y no interrumpirle hasta que termine —concluyó, acercándose un butacón para que me sentase.

La distancia que me separaba de aquel hombre era de unos cincuenta metros. Aquello, unido a la poca luz que había en el habitáculo, hacía que fuese imposible identificarlo, apreciar con cierta precisión sus rasgos físicos o características personales. Sin embargo, nada más entrar en la estancia, supe que no se trataba de Josep. Ni su estatura, ni la rectitud de su espalda eran las del anciano zapatero con el que había convivido durante tantos años.

—Perdone —dije mirando al mayordomo—, nos dijeron en el aeropuerto que el señor Josep había mandado a buscarnos, pero él no es Josep. Tal vez nos hayamos equivocado de persona y ustedes de invitados.

—¡Por supuesto que no! No existe tal equivocación. Usted es el señor Enrique Fonseca, y sus acompañantes, el señor Daniel, el clérigo, y la señorita Reyes, la restauradora. Son las personas que esperábamos. Cuando haya terminado su ensayo, le atenderá y le responderá. Ahora, si me disculpa, tengo que retirarme —dijo saliendo de la estancia.

Cerró la puerta tras de sí y al hacerlo una luz se encendió en la pared que había a mis espaldas. Me levanté despacio del butacón y me aproximé para poder contemplar más de cerca aquella fotografía iluminada por una lámpara rectangular cuya visión me había sobrecogido.

El hombre no se movió; seguía pasando el cepillo sobre las cuerdas del chelo, como si estuviera buscando una nota perdida y mi presencia o mis movimientos no le importaran lo más mínimo. La fotografía recogía una instantánea de uno de los momentos del concierto que Pau Casals dio en la Casa Blanca el día 13 de noviembre de 1961. En ella se veía al maestro catalán interpretando con su violonchelo. Frente a él, el presidente John Fitzgerald Kennedy, su madre y su esposa. Entre los invitados estaba mi padre. Reconocí la foto de inmediato, porque yo tenía una igual, la única que conservaba de mi progenitor, la única que, como el cuadro del escarabajo, pude guardar antes de que todo lo que le había pertenecido desapareciera para siempre bajo las manos de aquellos hombres uniformados que entraron en casa después de su muerte.

La sensación de angustia que me produjo ver que lo único que estaba iluminado en la estancia era aquella fotografía, unida a lo que esta significaba para mí, me hizo caminar hacia el hombre del chelo. Iba decidido a desenmascararle, cuando él, como si supiera lo que yo estaba pensando hacer, comenzó a tocar con una perfección absoluta *El cant dels ocells*. El llanto del violonchelo me paralizó. Permanecí quieto, de pie, sin poder moverme hasta que la pieza hubo concluido. Entonces él se giró, mostrándome un rostro de facciones aún desdibujadas por la falta de luz.

Fue aproximándose hacia mí con el chelo. Lo hizo despacio, como si le costase caminar, pero sin arrastrar los pies, mientras yo le miraba inquieto. Cuando estuvo a unos centímetros de mí, me lo entregó y dijo:

—Quiero oírte tocar.

Por unos momentos creí que volvería a caer como aquella noche, la noche en que me encontraron inconsciente en las escaleras de la bodega, pero no lo hice. Le miré a los ojos fijamente y las imágenes, aquellas escenas que quedaron atrapadas en mi inconsciente, aquellas en las que veía los pies amoratados de un hombre surgiendo de la tinaja y la grafía del número pi escrita con sangre en su superficie, volvieron. Pero esta vez los recuerdos no tenían ningún punto oscuro, ninguna zona abisal. Esta vez pude ver la cara del asesino, su rostro, y cómo dibujaba el símbolo del número pi en la tinaja. Su cara era la misma que la del hombre que estaba frente a mí, que, mirándome de frente, me exigía que tocara la misma pieza que él había ejecutado.

Era la cara de mi padre.

Capítulo 74

Muchas preguntas obtuvieron respuesta mientras le miraba. Mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas, silenciosas, sin un solo quejido, sin una sola respiración desacompañada. Caían, como si hubieran estado retenidas en el saco lagrimal durante décadas y hubieran perdido fuerza con los años. Pero no ocurrió lo mismo con el dolor que brotaba de cada uno de los recuerdos que iban sucediéndose a golpetazos fuertes y secos, dejándome sin fuerzas, llevándose parte de mi vida, como lo hace la sangre que escapa en una hemorragia arterial.

Entonces comprendí mi amnesia. Entendí que no fue producto del golpe, del traumatismo craneoencefálico, sino del desgarró emocional que me produjo ver cómo mi padre terminaba de introducir aquel cuerpo en la tinaja, al que momentos antes tenía colgado por los pies del techo, como si se tratase de un animal recién desollado, desnudo y amoratado, mientras se desangraba lentamente. Vi la cabeza sobre la tierra húmeda y cómo la sangre era absorbida por ella, mientras él arrastraba el cuerpo sin quitarle las ataduras y lo introducía, con los pies amoratados hacia arriba, en el recipiente de arcilla. Observé paralizado, a mitad de los escalones que conducían a la bodega, cómo mojaba sus dedos en el charco de sangre, ya casi coagulada, y pintaba el algoritmo en la tinaja.

Eché a correr y perdí un zapato, resbalé y caí sobre los escalones golpeándome. La sombra de él se sobrepuso sobre mi cuerpo y mi conciencia se nubló. Me despertaron los pasos precipitados de mi madre, el ruido que sus zapatos de tacón cuadrado producían al golpear la vieja tarima de cedro. Desperté sin saber lo que había sucedido, sin recordar nada de aquella escena, que pasó a formar parte de mis pesadillas más terribles. De aquella escena dantesca y demoníaca cuyo protagonista era mi padre. El ser al que yo adoraba, al que idolatraba, protagonizaba ante mis ojos un crimen con connotaciones que le emparentaban directamente con el señor del mal.

—Imagino que ahora necesitarás respuestas —dijo mientras llevaba el violonchelo al lugar en donde había estado ensayando—. Este momento, tarde o temprano, debía producirse; tal y como se desarrollaban los acontecimientos era la conjetura más factible. Aún te afectan las emociones más de lo que debieran. Ya no tienes diez años, deberías comportarte como un hombre. Ni tan siquiera guardas un recuerdo preciso de quién fui. La muerte también es el olvido, y tú olvidaste mi existencia. Creíste que había muerto, que el hombre de la tinaja era yo. Y así debería haber seguido siendo. Tomaste la decisión de olvidar todo y creer que yo estaba muerto, incluso te negabas a recordar. No pienses que ello me violenta o me duele, ese era mi propósito. Aunque siempre he tenido dudas sobre tu amnesia, sobre su veracidad. ¿Mentías cuando afirmabas que no recordabas nada? —preguntó, dándose la vuelta y mirándome desde la penumbra que, una vez más, le envolvía—, ¿o lo hiciste porque me querías, para protegerme?

Yo permanecía en el mismo lugar, pálido, inmóvil. Atrapado por las imágenes

que se sucedían una y otra vez, por los recuerdos que durante años habían permanecido ocultos y que, en aquellos momentos, parecían vengarse del encierro al que les había sometido, repitiéndose una y otra vez, sin darme tregua, sin tener en cuenta el dolor que me causaban.

Él, tras dejar el violonchelo, se dirigió a los ventanales con paso tranquilo y recogió los visillos. La luz del sol recorrió la gran estancia e iluminó las paredes cubiertas de fotografías, todas ellas de conciertos en los que él estaba presente entre los invitados. Fotografías que me hicieron recordar algunos comentarios de personajes que le visitaban cuando yo era un niño:

—Hay que ver el parecido que tiene usted con el músico, es extraordinario...

Y él, mi padre, siempre respondía:

—El ser humano es tan vanidoso que, aparte de creerse la única criatura del universo con razón, con inteligencia, y superior al resto de los animales que con él conviven, también se cree irrepensible entre los suyos. Todos tenemos más de un doble físico e, incluso, un doble que sigue nuestro mismo destino. Somos copias de otras copias, y no me refiero a los gemelos...

Recorrí las paredes en silencio, mirando un cuadro tras otro, hasta que él puso su mano fría y huesuda, de dedos largos, sobre mi hombro y, apretando con fuerza, dijo:

—Aún no has contestado a mi pregunta, ¿la amnesia era fingida o real?

—No creo que eso sea un aspecto de relevancia. Tu comportamiento es funesto, demoníaco. Es tan terrible que ya no me importa absolutamente nada. Es tanto el daño que me hiciste, el daño que ahora me has hecho, que no quiero saber nada más. Tú no eres mi padre, mi padre murió junto a aquel pobre hombre al que decapitaste, al que introdujiste en la tinaja frente a tu hijo de tan solo diez años. ¿Qué puede importarte si la amnesia fue real o fingida? El hombre al que yo amaba, al que adoraba, murió aquel día, igual que su víctima.

—Tus palabras destilan odio hacia mí. Eso es un claro indicativo de que sufriste una pérdida de memoria involuntaria. Durante todos estos años he sufrido pensando en la viabilidad de ello, en que tu cerebro te hubiera protegido del dolor haciéndote olvidar todo. Sufrí pensando que, de ser así, el día que recordases me odiaras, como ahora afirmas hacerlo. Siempre te he protegido. Siempre, durante todos estos años, he estado junto a ti. Te he protegido no solo de los peligros físicos que pudieran sobrevenirte por ser mi hijo, también del dolor psicológico que ahora sientes. Podría haber hecho que recordases, que supieras lo que había sucedido. Hubiera bastado con dejarme ver en cualquier momento, con llevarte a mi lado en vez de a ese internado. Podrías haber crecido junto a mí, pero preferí que siguieras creyendo que el cuerpo de la tinaja era el mío, que siguieras amándome tanto como lo hacías hasta aquel momento. A veces, llevado por la necesidad de volver a sentirte cerca, estuve a punto de traerte junto a mí, de moldear tu pequeño raciocinio infantil, sin prisas, con paciencia, hasta hacer que lo que viste te pareciera lo que siempre ha sido, algo inevitable. Si no lo hice, fue por ti, pero ten claro que las cosas podrían haber sido

distintas, muy diferentes, que ahora, si yo hubiera querido, estarías a mi lado y me considerarías el mejor padre del mundo. Pero para nosotros eras el bien máspreciado, tanto que renunciamos a tu cariño solo por tu bienestar, porque tuvieras la oportunidad de conservar los recuerdos de un niño normal. Tu madre y yo así lo decidimos, quisimos mantenerte apartado de todo, separarte del dolor que ahora sientes, solo para protegerte y que vivieras una vida normal, como la de cualquier persona. Todo lo que hicimos fue por ti. Ella también renunció a tu cariño, y sufrió durante años, durante toda su vida. Llegaste a odiarla, la odiabas con toda tu alma, pero a pesar de su dolor no se rindió.

—Mi madre; tú no tienes derecho a pronunciar ni su nombre —dije alzando el tono de voz—, ella es una víctima más de tu maldad, eres un asesino, un cruel y burdo asesino. Un ser desconocido para mí. Ella te temía, era a ti a quien temía, por eso huyó fuera de España, por eso me dejó en aquel convento. Ahora entiendo que odiase tu profesión, ahora sé por qué se negaba a que yo fuese forense.

—Tu madre siempre supo de mis actividades, conocía todos y cada uno de mis movimientos. Si no desapareció junto a mí aquella noche fue por ti. Hubiera sido fácil buscar otro cuerpo que tuviera las mismas características que el suyo, que pasara por el de ella, muy fácil. En aquellos años, las identificaciones eran diferentes. Pudimos hacer las cosas de otra forma, pero estabas tú por medio, tú y el amor que siempre sentiste por la música, aquella música que ensayábamos juntos en la bodega en las noches calurosas de verano. En el único sitio de la casa en donde el sudor, profuso e incontrolado, que siempre me ha acompañado, no caía por mi frente sin piedad, no empapaba mis manos y no me impedía tocar el chelo tranquilo. Aquello fue nuestro error, la costumbre, la cotidianidad de nuestros actos. Ello te llevó a bajar a la bodega cuando debías estar en tu cuarto, y entrar a formar parte de unos hechos que no debiste presenciar. Aunque no lo creas, tu madre era parte de la historia, de mi vida y de la tuya, como lo era de la decisión que tomamos de internarte.

—No me protegiste en ningún momento. Solo estabas protegiéndote a ti mismo frente al recuerdo de un niño de diez años. Un niño al que no eras capaz de asesinar porque era tu hijo, al que, si lo hacías, tu esposa, mi madre, vengaría. No creo que ella estuviera de acuerdo con tu decisión. Ahora sé por qué odiaba tus tatuajes, por qué los llamaba malditos. Cada uno de ellos, cada símbolo nuevo de tu cuerpo, era la prueba de que tus planes, el asesinato que cometerías, se acercaban, estaban más cercanos a cumplirse. Tú la obligaste a que me internase, a que se separase de mí para así hacer más inviable que los recuerdos volvieran.

Él no cambió de expresión. Incluso me pareció atisbar un brillo de complacencia en sus ojos ante mis manifestaciones. Se giró y me hizo una seña para que me acercase al ventanal. Pero yo negué con la cabeza.

—La conversación es larga y debemos tomar asiento. Aunque estoy en buena forma física, soy mayor para permanecer tanto tiempo de pie.

—No tenemos ninguna conversación. No tenemos mucho más de que hablar. Me

marcho. Debo sacar a mis amigos de aquí. Debo buscar la forma de explicarle a Reyes que mi padre fue quien asesinó al suyo, que mi padre propició la muerte de mi esposa, que no me atrevo a decir que tal vez él, mi padre, también la asesinó —concluí entrecortadamente al recordar a Jana.

—Tus amigos ya han salido de la finca —dijo sacando el reloj del bolsillo interior de su chaqueta y mirándolo—, sí, hace aproximadamente cinco minutos que han emprendido el regreso a sus destinos. No les sucederá nada. Hoy en día no se necesita matar a nadie para separarlo de nuestras vidas. Te sorprenderá saber lo que la ciencia ha avanzado. Y no le hice daño alguno a tu esposa, su coma fue producto de un accidente, igual que su evolución. Sé que ahora no lo creerás, pero dentro de unas horas sabrás que no miento. ¿Buscas el transmisor? —inquirió, mirándome la mano que yo había introducido buscando el aparato para mandar una señal a Reyes—. No te molestes, aquí no funcionan esos aparatos tan antiguos. Aquí, en todo el perímetro de la finca, solo funciona lo que nosotros queremos que lo haga —dijo sonriendo con ironía.

—¿Qué has hecho con ellos? —pregunté angustiado.

—Nada. Les he mandado a donde tienen que ir. Cierto que no del mismo modo que vinieron, pero físicamente intactos, no debes preocuparte.

—Si les ha sucedido algo te denunciaré. Te llevaré ante los tribunales —grité desahogado.

—Ya te dije, hijo mío, que no les ha sucedido nada por lo que debas preocuparte.

—No me llames hijo —exigí.

—No deberías sentir tanta preocupación por ellos. Si la restauradora no hubiera metido las narices en todo esto, nada habría sucedido. Pero la bruja judía —dijo en tono peyorativo— tuvo que meter sus narices en ello e involucrarte. Lo malo de los judíos no es que sean judíos, sino la inteligencia que todos tienen, una inteligencia que no sé de dónde les viene. Su inteligencia y su constancia, que da al traste con la paciencia de cualquiera.

»Claro que ella tampoco fue la responsable de todo. El responsable directo fue su padre. Él me traicionó. Intentó sacar la información del convento, el muy cretino. Me juró que tú algún día me despreciarías, que haría todo lo posible porque supieras lo que estaba haciendo. ¡Maldito sea!

»El muy cretino aguantó la tortura sin pestañear, ni tan siquiera gritaba, ¡hijo de su madre! No se desmayó, a pesar de su estado famélico, no perdió la conciencia. Se tragó la llave sin atragantarse y los pedazos de cristal hechos añicos de su vidriera. Antes de morir escupió su venganza mirándome fijamente a los ojos, retándome con aquellas pupilas dilatadas. Estoy convencido de que tomó alguna droga, se sabía vigilado y previno la tortura, el interrogatorio al que iba a ser sometido. De no ser así, le hubiera sido imposible soportar el sufrimiento. Los mártires no existen, el dolor físico, cuando es llevado a unos extremos determinados, es insoportable. Pero él no perdió la conciencia hasta el último instante.

»Cuando inspeccioné mi cuadro, encontré en su envés, escrita de su puño y letra, esa maldita frase que repetía como si de una letanía se tratase por los pasillos del convento, día tras día, durante el último mes de reclusión: *Por sus obras les conoceréis*. Lo decía con voz firme, una voz que, según se sucedían los días, pasó de ser estable y amenazante a convertirse en trémula. El muy cretino no dejó de repetir esa maldita frase que escribía en el envés de cada uno de los cuadros que regaló a los miembros del equipo. Junto a ellas insertó un plano. El plano del Museo e Gallerie Nazionali di Capodimonte, en Nápoles. Donde se exhibe la obra de Cario Saraceni. Esa maldita representación de la caída de Ícaro. Uno de los miembros que residía cerca comprobó que en el museo nunca hubo nada. Su reseña en el envés de los cuadros era una tomadura de pelo, una farsa para despistarme, para reírse desde su tumba de mí.

»El único responsable de lo sucedido fue Salas. Si él hubiera seguido las indicaciones, si no hubiera traicionado a la organización, no habría sucedido nada. Nos habríamos marchado del convento como entramos, sin una sola baja. Pero no, tuvo que alzarse como el salvador del mundo. Su inconsciencia fue la culpable de todas las muertes, su soberbia fue la responsable de todo lo sucedido, absolutamente de todo.

—Nada disculpa una muerte, un asesinato. Absolutamente nada —dije.

—Te equivocas. Cuando con una muerte se pueden evitar centenares, esa muerte está justificada —afirmó tajante, con severidad en su tono de voz.

—¿Con mi esposa hiciste lo mismo? ¿Todo esto es la consecuencia de la ocultación de unas cartas y un experimento? Unas cartas que no contienen más que símbolos sin sentido racional, unas cartas que después de visionar nadie recuerda; dime, ¿qué experimento o investigación desarrollabais relacionada con las cartas del santo tan importante como para costarle la vida a tanta gente, como para que fueras capaz de asesinar a mi esposa? No puedes decirme de qué se trata —dije al ver que no me contestaba y comenzaba a caminar en dirección a una puerta que comunicaba la estancia con otra—, no puedes hacerlo porque tendrías que ejecutar me como a todos los demás, y no te atreves porque soy tu hijo, eso es lo único que me ha mantenido a salvo durante todos estos años, a mí y a mi madre, que no eras capaz de matarnos como al resto, ¿cierto? —le increpé.

Capítulo 75

Él siguió caminando sin mirar hacia atrás, y yo le seguí esperando que respondiera, pero no lo hizo; abrió la puerta y me cedió el paso.

En la habitación estaba Josep.

El zapatero, al verme entrar, se levantó del sillón de piel negra en el que permanecía sentado frente a un computador y fue a mi encuentro dispuesto, según indicaba su expresión de complacencia y sus brazos abiertos, a abrazarme como si nada hubiera sucedido. Levanté la mano derecha en gesto de detención y le dije:

—No se te ocurra tocarme.

Los otros dos hombres que había en la sala, se levantaron de sus sillones, apagaron los procesadores y salieron de la estancia sin pronunciar palabra alguna.

Josep se detuvo. Mi padre, tras indicarle con un gesto que omitiera mi comentario y saliese de la habitación, se aproximó a uno de los computadores y cargó un archivo. Tras hacerlo, dijo:

—Aquí están todas tus respuestas. Juzga por ti mismo. Tienes tiempo para hacerlo con calma. Todo el tiempo del mundo —puntualizó irónico—, y nosotros también disponemos de él.

Me acerqué al aparato y, de pie, leí el primer informe. Este hablaba de las ondas de Schumann, lo que en física se denomina como ondas transversal-magnéticas. Estas ondas vibran en la misma frecuencia en que lo hacen las ondas cerebrales de los humanos, también de los mamíferos. Exactamente en 7.8 Hertz ciclos por segundo. Leí los informes que demostraban cómo estas ondas habían sido utilizadas para interferir por medio de una modulación de las mismas en el funcionamiento de la mente humana. Los daños que la privación de ellas habían causado en individuos concretos y los efectos imprevisibles que podían tener a largo plazo, alteraciones que yo ya conocía. Indirectamente, mis estudios, la tesis que quería desarrollar, estaban relacionados, en parte, con aquello. Cuando estaba a punto de pasar al siguiente informe, mi padre puso la mano sobre el teclado y dijo:

—Antes de que el profesor Schumann llegase a su descubrimiento, nosotros ya llevábamos tiempo en ello. Nuestro proyecto, como ya habrás imaginado, está inmerso en la aplicación de estas frecuencias, por definirlo de alguna forma. Porque en realidad va más allá, pero para que lo comprendas tendremos que ir de manera paulatina con los informes.

—¿Estáis investigando sobre un arma invisible que puede matar a mucha gente y no le das la más mínima importancia? —pregunté.

—Estamos hablando de un lenguaje matemático cuya manifestación física son frecuencias. Un lenguaje divino en el que estas son las conductoras del raciocinio de las personas, de todos los seres vivos. El lenguaje de Dios, con el que hizo la Tierra, y no solo eso, el Universo. Estamos hablando de la música de los planetas, de la posesión de una frecuencia que nos otorga la capacidad de traer la paz al mundo y la

felicidad al ser humano. De una frecuencia que, además, emite mensajes. Mensajes que contienen el lenguaje de Dios, mensajes que no se ven ni se oyen pero que el cerebro interpreta. Sé que es difícil que lo entiendas, pero no imposible.

—Estáis locos. Completamente fuera de la razón —dije aterrado—. Si se varía la frecuencia por la que se rige el hipotálamo de los mamíferos los daños cerebrales, incluso cardiacos, que pueden producirse en las personas son terribles, eso es algo que en los círculos científicos se conoce desde hace años. Es una irresponsabilidad, el hecho de que experimentéis con esto, en pleno siglo XXI, con los estudios que existen al respecto, es una auténtica monstruosidad. Ahora entiendo que vuestra organización esté fuera de la ley, que no pertenezca a ningún gobierno ni estamento, ahora entiendo lo que de ella decía el mentiroso de Josep —dije llevándome las manos a la cabeza.

—Nuestros experimentos van más allá de las ondas Schumann, aquello quedó obsoleto y fue lo que le causó la muerte a las religiosas del convento. Pero antes, he de explicarte con claridad en lo que estamos trabajando, cómo llegué a formar parte de la organización científica y tecnológica a la que pertenezco. De lo contrario, no entenderías nada.

—¿Por qué lo haces? —inquirí—, ¿por qué? Te hubiera bastado con desaparecer de aquí, con no recibarnos. No lo entiendo, no entiendo nada. Eres un ser despreciable, capaz de cometer asesinatos indescriptibles, de justificarlos, de experimentar con algo que se sabe que puede causar daños imprevisibles en las personas y los animales, incluso en la evolución de nuestro planeta y su existencia, y te molestas en contármelo sin saber si cuando salga de aquí voy a dar parte de vuestros terribles experimentos. ¿Por qué lo haces? ¿Es porque me necesitas?

—Eres mi hijo. Pero, aparte de ello, del cariño que siempre te tuve y te tengo, aunque tú no lo creas, aparte del arraigo sanguíneo que nos une, quiero que cuando el epílogo de san Ignacio regrese a tu cerebro, no me odies más de lo que ahora lo haces. Sé que ello sucederá, les ha sucedido a todos los que leyendo parte de las cartas del santo, en las que incluyo el epílogo, no han muerto o han perdido la razón y tú eres uno de ellos, otro soy yo.

—¿Leíste las cartas de san Ignacio? —dije sorprendido—. Las monjas dijeron que tú no lo hiciste, que fuiste la única persona que no lo hizo.

—Fui la única persona que leyó todas, solo que yo debí de ver e interpretar los símbolos de otra forma. Ya sabes, la realidad de cada uno es diferente a la de los demás.

—No entiendo —dije.

—Todos, los siete eclesiásticos que fueron leyendo las cartas del santo fueron viendo uno tras otro lo que estaban capacitados para ver, lo que debían ver en ellas. Cada uno vio una cosa diferente que, evidentemente, debió de impresionarles demasiado, tanto que les enloqueció, aunque tal vez vieron lo mismo que yo vi y a mí no me causó el mismo impacto que a ellos. Como ha sucedido contigo.

—He visto las cartas, las fotografié para Daniel. No pude leer nada que tuviera sentido. Los códigos que en ellas estaban impresos parecían rotar. A cada vistazo cambiaban de forma y lugar en el papel. Leí el epílogo, sentí que entendía su contenido, pero solo he recordado parte de él y fue en un momento inesperado. Incluso es posible que creyera que las deducciones eran parte de esa lectura o producto de ella. Es imposible que tú vieras algo con sentido, creo que esas cartas son un juego de magia, dibujos en tres dimensiones, fáciles de encontrar en cualquier librería.

—Las cartas de san Ignacio de Loyola, las revelaciones que tuvo, como tú bien acabas de decir, contienen mensajes en varias dimensiones, y por ello los códigos rotan ante tus ojos. Son infinitas combinaciones de infinitas aplicaciones que se suceden infinitas veces sin repetirse más que lo preciso, pero de forma que jamás sean idénticas. Tienen miles, millones de mensajes, tantos como puede generar la vida de cada uno de nosotros, cada instante de la misma, cada fracción de ese instante y, a su vez, de cada ser vivo de la Tierra. De los que se han ido como de los que aún no han nacido. Todo lo que cada uno genera durante su existencia. En ellas está absolutamente todo registrado, hasta el vuelo de una insignificante mosca, el movimiento que sus alas producen y la duración del mismo. Incluso los planetas, todos los planetas y todas las constelaciones del universo, y el mismo universo al completo, están recogidos en ellas, en sus códigos. Es la representación del significado del número pi, en un lenguaje que puede ser interpretado por el cerebro. Es como si tuviéramos el número pi completo, descodificado. Si pudiéramos hacerlo, si pudiéramos interpretarlo, veríamos lo mismo que en las cartas de Loyola, y el fin de esas visiones, al igual que los dígitos del pi, sería infinito como lo es el tiempo. Porque el tiempo nunca se acaba, jamás termina, el futuro es infinito. El número pi es el número de la Creación, aunque en realidad no es un número, sino parte del lenguaje matemático que Dios utilizó en la Creación. Un lenguaje que no hemos podido descodificar en su totalidad, aunque nosotros lo tengamos, en parte, descodificado, gracias a las cartas del santo.

»Hemos creado una circunferencia de hechos relativos, previsibles, que aún no han sucedido pero que pueden darse, e incluso de hechos históricos, de acontecimientos pasados. A todos les hemos aplicado variantes matemáticas y el resultado es sorprendente. El círculo de las probabilidades se amplía infinitamente, tanto que con ello es posible demostrar que la realidad no existe y por tanto es posible crearla y destruirla. Cada fracción de segundo tiene múltiples, infinitas variantes que dan la posibilidad de construir ciento, incluso miles de tiempos asentados en un presente nuevo, un pasado y un futuro. Esto se puede hacer cuantas veces se quiera, pero aún no está perfeccionado del todo y, por lo tanto, es demasiado peligroso.

Me miraba con expresión de supremacía, esperando una reacción mía, pero yo permanecía inmerso en sus palabras, en lo que tanto de irreal como de grave tenían cada una de ellas.

—Estáis jugando a ser Dios y nadie puede ser Dios —dijo mientras un escalofrío me recorría.

—Dios nos creó y se fue, nos dejó aquí, abandonados a nuestra suerte. Pero dejé muchas cosas antes de irse, muchas cosas de las cuales podemos servirnos para seguir adelante, para mejorar este mundo. También lo hizo en el Edén. Si no hubiera querido que Eva y Adán comieran del Árbol de la Sabiduría, le hubiera bastado con quitar el árbol de allí, pero no lo hizo —dijo riendo burlón—, por lo tanto el error no fue del hijo, sino del padre, del Creador. Un hambriento que encuentra un pedazo de pan no comete un delito por comérselo, hace lo necesario para seguir viviendo, algo que los Evangelios pregonan en todas sus páginas. En ellos se dice que estamos obligados a no dejarnos morir, y eso es lo que hemos hecho y estamos haciendo —dijo irónico—. La primera vez que tuve acceso a los documentos que hablaban de las cartas de san Ignacio de Loyola como algo real, fue durante mis estudios criptográficos con el padre Fausto, como ya sabes. Fue entonces cuando, llevado por mi curiosidad, solicité permiso a la Santa Sede para inspeccionar aquellos textos que siempre habían sido catalogados de peligrosos e indescifrables, sobre los que se cernían muchas leyendas. Tras presentar el mensaje que había descryptado durante mis estudios con el padre Fausto, y cuando comprobaron que mi fe y dedicación a la doctrina católica eran aceptables, se me concedió lo que pedía. Todos los frailes que me acompañaron murieron, uno tras otro, víctimas de una locura que les enfermó. Pero yo iba inspeccionando las cartas una tras otra y no me sucedía nada, excepto cuando llegué al epílogo. Cuando procedía a la lectura de este, olvidé todo lo que había visto con anterioridad, todo menos una sola cosa. La imagen de un proyecto científico tecnológico. Ese en el que estamos trabajando, en el que llevo trabajando toda mi vida. Un proyecto que cada día está más avanzado y que conducirá, como ya te he dicho, a la paz en el mundo, a la felicidad absoluta, a la perfección. Dejé los hábitos, dije que mi decisión había sido consecuencia de la muerte de los frailes que me acompañaban y del sentimiento de culpabilidad que ella me causaba, y comencé a buscar enlaces científicos extraoficiales, hasta llegar a la organización.

»El primer experimento se desarrolló en el convento, era el mejor lugar para hacerlo. Como del mismo modo se estaban desarrollando otras pruebas en otros lugares del mundo. Las religiosas tenían una confianza extrema en mí, y yo demasiada información. Introduje el aparato que emitía las frecuencias en el convento durante una de mis visitas, cuando realizaba los ejercicios espirituales, en las cocinas. Los síntomas no tardaron en manifestarse. Después me ofrecí para estudiar aquella misteriosa enfermedad. Salas llevaba años trabajando conmigo en la fórmula de puesta en marcha del proyecto a escala menor, pero pensaba que ni yo ni la organización sabíamos que el proyecto podía tener repercusiones nefastas en las personas y se prestó a la investigación sin objeciones. Sin embargo, el muy cabrón, había ido estudiando por su cuenta todos los datos de los que disponía, como más tarde supimos, y los transcribió en ese diario que escondía en un nicho. Era un hijo de

su madre; utilizó la pobreza que reinaba en la casa de Javier, el frutero, para guardar sus mensajes, mensajes que hablaban del proyecto. Un nicho, el muy cabrón los guardaba en un nicho que ni tan siquiera era de él. Lo que demuestra que nunca se fio de mí, de las intenciones de la organización. Incluso tuvo la osadía de insertar mi nombre en aquella copia manuscrita del *Quijote*, aquella que tú me viste descifrar en casa. En sus líneas piratas me calificaba de loco excéntrico y de peligro para la humanidad. El muy cretino daba mi nombre y apellidos y las claves para localizar a la organización de la que él, irónicamente, también era miembro. Nos engañó a todos, lo hizo hasta que intercepté uno de sus correos a través de Josep. Gracias a Josep todo siguió como debería.

—Por eso todos los forenses eran sordos —dije—, para que no percibieran el sonido que podían producir las ondas.

—Los forenses no fueron elegidos por su sordera, sino por sus características personales y familiares: hombres solitarios, introvertidos, con actividades extrañas, me refiero a poco comunes, y, sobre todo, sin ascendientes ni descendientes vivos. Aquellas características, en el caso de ser necesario, nos daban la oportunidad de poder deshacernos de ellos sin que nadie se interesara en exceso por los hechos que rodearan sus muertes, como desgraciadamente tuvo que suceder —le miré con expresión de repulsa y él puntualizó una vez más—. Sí, no pongas esa cara; por desgracia, he dicho por desgracia porque yo nunca quise llegar a donde se llegó. Como te decía, las frecuencias no son perceptibles por el oído, sino por el cerebro. Los sordos también las perciben —dijo volviendo a sonreír con aquel aire de supremacía diabólica.

—Entonces, el aparato que sor Vasallo tenía, el que le regaló Salas, ¿qué era?

—Ese aparato era un emisor de ondas Schumann. Evitaba que las frecuencias que nosotros emitíamos por las noches llegaran a nuestro cerebro. Salas no debió darle aquel aparato a la religiosa, le salvó la vida, y ella también tuvo responsabilidad en lo que ha sucedido, guardó información que no debía haber guardado. Todos los forenses teníamos uno igual —dijo, sacando de uno de los cajones de la mesa una cajita en la que había varios y enseñándomelos.

—¿Cómo descubrió Salas que estabais experimentando con las religiosas, que lo que les sucedía era producto de un aparato que tú habías introducido en las cocinas del convento? —dije mirando los emisores de frecuencias.

—Sabía demasiado del proyecto. Pero nunca jamás pensé que se echaría atrás si el experimento salía mal. Pensé que aun no queriendo probarlo en personas, llegado el momento, haría una excepción a favor de los avances científicos. Siempre estuvo a favor de la investigación, pero cambió sus premisas morales cuando le hablé de cómo había llegado a los comienzos de mi hipótesis, antes de entrar en la organización, y le di la información sobre las cartas del santo. Entonces quiso verlas. Aquello, tengo que confesar, también era de interés para mí. Pensé que si él podía descodificar, si era capaz de leer el epílogo, algo que yo no había conseguido, tal vez en él encontraría

más detalles sobre el proyecto, que en aquellos años no estaba tan avanzado como ahora, solo en fase de comienzo. Pero él sabía más que nosotros. Él había avanzado en ello antes de entrar al convento, antes de que las religiosas enfermaran, y lo había ocultado. Como ves, Salas no era tan humano, tan desinteresado. No le importó participar en la farsa que montamos sobre lo desconocido de la enfermedad que mataba a las religiosas, al contrario, le sirvió para indagar más, para hacerse con mi confianza total y absoluta. Quería ver de dónde habían salido aquellas hipótesis anteriores a las investigaciones de Schumann. Quería saber cómo yo podía tener aquella información antes de que el doctor Schumann diera con ello por pura casualidad durante una de sus clases. Y cuando lo consiguió, cuando tuvo acceso a las cartas del santo y al epílogo, no soltó una sola palabra. Cuando tuvo la información necesaria, decidió boicotear el proyecto. Fue mi mentor, pero me menospreció, era un soberbio, ya te dije que la soberbia le podía, y eso no le permitió ver que mi inteligencia era superior a la suya. Le intercepté todos sus mensajes cifrados, menos esas malditas cartas dirigidas a su amante.

—Pero si las cartas son tan importantes, si contienen lo que afirmas, cómo no las incautaste, tuviste varias oportunidades para hacerlo —dije.

—Ya había sustraído lo que necesitaba, el secreto de las frecuencias, el verdadero secreto de la Creación. Las frecuencias son la vida en sí misma. Sin esas frecuencias la vida no es posible, ¡qué más quería! En mis manos estaba el único poder, el poder más grande sobre la Tierra, un poder que puede cambiar el clima, provocar terremotos, movimientos sísmicos y, lo más importante y menos peligroso para el planeta: cambiar el pensamiento de toda la humanidad, hacer que el hombre actúe como queremos que lo haga. Crear múltiples realidades dentro de una realidad única creada por nosotros. Ahora sabemos que es posible, antes lo intuíamos, lo imaginábamos. Aún no está perfeccionado lo suficiente, pero no tardaremos en hacerlo. Si en aquellos años hubiéramos tenido estos avances, los forenses no habrían muerto, no habría sido necesario, tampoco Salas. Él propició su muerte, la muerte de todos ellos. En el momento en que les hizo partícipes de sus conocimientos, de los propósitos reales de la organización, firmó su sentencia. Todos le ayudaron en sus propósitos, en su empeño por boicotear el proyecto, por darlo a conocer, y con ello se condenaron. Él les condenó. Es una lástima, una verdadera lástima, la irresponsabilidad que algunas personas tienen en sus manos. Como te dije, a tus amigos no les ha sucedido nada gracias a nuestro proyecto, de no existir, de no haberlo tenido tan perfeccionado, hoy estarían muertos.

—Hablas como si fueras Dios —dije en tono de repulsa, con expresión de asco—, no imagino el alcance que puede tener, el poder que podéis tener en vuestras manos, pero si es lo que intuyo debe de ser demasiado peligroso para utilizarlo como lo estáis haciendo.

—Es el proyecto más grande que la humanidad haya imaginado nunca. Es el arpa de Dios —dijo, mostrándome unas imágenes en las que se apreciaba un campo

repleto de antenas gigantescas.

Las antenas metálicas tenían forma de aspas de molinos de viento puestas hacia arriba, en dirección al cielo. Nada más contemplar la fotografía sobre la pantalla del ordenador recordé el número que había visto como un fogonazo en el epílogo de Loyola: 999. Pero rememoré algo más que no había recordado cuando hablé con Daniel de ello, el dibujo que había al lado del número, un dibujo hecho con los tres nueves invertidos, con el número 666, y a su lado un aspa de un molino de viento mirando hacia el cielo. En cada una de sus aspas un número. En el extremo superior el 9 y en el inferior el 6. Si el aspa se colocaba en la posición vertical que suelen tener los molinos de viento, el número era el 9, pero si se ponía en dirección al cielo, horizontal, el número era el 6. Las aspas de los dibujos que miraban hacia el cielo mostraban el 666, y las que miraban hacia abajo el 999.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, pero, a pesar del temor que sentí, no dije nada. Seguí mirando aquel campo de antenas, que emitían frecuencias capaces de cambiar el rumbo de la humanidad tan poderosas como destructivas.

Recordé la frase que desencripté del manuscrito de Salas, el que él hacía a espaldas de mi padre y en el que encriptó el mensaje que yo descodifiqué:

De viento que no de piedra fueron hechos los molinos. Gigantes son, tal como el caballero andante dijo. No fueron los libros que leyó sino el ruido de sus aspas lo que llenó sus horas de dolor y desatino.

Capítulo 76

En ese preciso instante comprendí el mensaje de Salas en su totalidad. Era una señal de alerta que indicaba el peligro que se cernía sobre el experimento. Supe que la leyenda sobre los mensajes cifrados en el *Quijote*, como bien afirmaba Daniel, tenía, como todas las leyendas, parte de verdad. Y pensé que tal vez Cervantes tuvo acceso a las cartas del santo o a su autobiografía y quiso transmitir la misma llamada de atención. Imaginé cómo un hombre en aquel siglo podía ver aquel experimento, un experimento que, para él, para los conocimientos que tendría sobre tecnología, sería difícil de comprender y transmitir. De ser cierta mi hipótesis, Cervantes buscó una analogía cercana para describir lo que había visto, algo que hubiera hecho cualquiera. Entonces comprendí la simbología de sus gigantes, de sus molinos. Eran las antenas que yo estaba contemplando en la pantalla del ordenador, las antenas gigantes con sus aspas metálicas y amenazantes orientadas hacia el cielo. Ciertamente, la similitud más apropiada para hacerlo fueron los molinos de viento, aquellos gigantes que Alonso Quijano día tras día intentaba matar y que finalmente se lo llevaron inmerso en su locura, la misma locura que sufrieron todos los que vieron los textos del santo. El hidalgo caballero de la Mancha murió preso de su demencia, de su desesperación, como les sucedió a los siete eclesiásticos, a las religiosas y, como en aquellos momentos pensé, me sucedería a mí.

Tenía frente a mí toda la información de un proyecto tecnológico que parecía formar parte de una ficción cinematográfica. Un campo de antenas gigantes, como los molinos de Cervantes, que emitían frecuencias mortales. La sola idea de que aquello se pusiera en práctica me aterraba. Entonces él, mi padre, señaló con su dedo índice el nombre del proyecto:

HAARP^[6], o Arpa.

Como bien había manifestado, al proyecto se le llamaba Arpa, pero no era, como él decía, el arpa de Dios, sino del diablo.

Ellos, los que trabajaban en él, habían cambiado la colocación de las antenas, las habían girado hacia arriba y el número de Dios, el 999, se había convertido en el del diablo, el 666. Así estaba escrito en el epílogo de Loyola.

—Es la cítara del diablo, vuestro proyecto es demoníaco —dije—, solo el diablo querría que el ser humano no pensara, dominar la Tierra de esa forma. Dios nos dio libertad, nos dejó elección, pero nunca podremos ser Él. Vuestro proyecto no deja posibilidad de elección, somete. Estáis utilizando el lenguaje divino sin conocerlo, estáis jugando con las leyes de un universo del que no conocéis nada. ¿No entiendes que eso es terrible, de consecuencias inimaginables e imprevisibles?

Se retiró del ordenador y poniéndose frente a mí dijo:

—Jesús iba atravesando la aldea, y un muchacho, que venía corriendo, fue a chocar contra su espalda. Y Jesús, irritado, le gritó: «No continuarás tu camino». Y,

acto seguido, el muchacho cayó muerto. Y algunos que habían visto lo ocurrido dijeron: «¿De dónde es este niño, que cada una de sus palabras se realiza tan pronto?». Y los padres del niño muerto fueron a buscar a José y se quejaron ante él, diciendo: «Con un hijo semejante, no puedes habitar con nosotros en la misma aldea; tienes que enseñarle a bendecir y no a maldecir, porque mata a nuestros hijos». Es el capítulo IV de los evangelios apócrifos de Seudo-Tomás, que recoge las cosas que Jesús hizo siendo niño —concluyó mirándome fijamente—. Como ves el bien y el mal se confunden en demasiadas ocasiones y hasta el hijo de Dios tuvo errores.

—Eso pertenece a los evangelios apócrifos, y estos no tienen ninguna base.

—Querrás decir que no la tienen para la Iglesia católica —asentí con la cabeza—. Solo te he puesto el ejemplo más adaptado a lo que tú dices. Jesús, hijo de Dios, de tu creador, de tu Dios al que invocabas hace unos segundos, su hijo hablaba y mataba, sus palabras se cumplían según eran pronunciadas y no siempre fueron para hacer el bien. Es probable que nuestro proyecto, en principio, cause males como los que ha causado, pero poco a poco será perfecto y solo causará el bien, del mismo modo que las palabras de Jesús lo hicieron. No olvides que es el lenguaje de Dios —dijo irónico—; además, el proyecto es conocido a nivel mundial. Evidentemente, solo en parte y no se han dejado ver los fines reales del mismo. Incluso, si los dijéramos, la gente no lo creería. No lo haría por los mismos motivos que aún no se creen que las cartas de Loyola existan, que el último mensaje de Fátima hable de nuestra cítara y que el Apocalipsis se refiera a ella, a la destrucción del mal. Nuestra cítara, las siete cítaras de Dios, destruirán todo mal sobre la Tierra, crearán un nuevo orden mundial. Tal y como se cita en el Apocalipsis, y como los mayas dejaron escrito en su séptima profecía. Solo nos falta una clave que hallar para que todo funcione a la perfección: la décima.

—¿La décima clave? ¿Cuál es la décima clave? —pregunté.

—La frecuencia exacta para dominar sin producir daños. Para establecer el nuevo orden mundial sin que nadie sepa, sin que nadie sea consciente de ello, sin que se produzcan efectos devastadores que acaben con todo. Nosotros somos los más interesados en que nuestro proyecto no cause la devastación. Necesitamos que la vida en la Tierra perdure. Con él solo se busca la paz, la estabilidad, la felicidad del ser humano...

Capítulo 77

Cuando abrí los ojos, Josep estaba sentado frente a mí, junto a la única ventana que tenía la habitación. Intenté hacer memoria, recordar cómo había llegado hasta aquella cama de hospital y por qué tenía una vía con suero en el brazo. Quise hablar, pero no pude articular palabra alguna. Josep, ajeno a mi estado de conciencia, hojeaba un legajo de recortes de periódico que tenía en una carpeta de fuelle. De vez en cuando sacaba uno, arrastraba las gafas de la punta de su nariz hacia sus ojos y leía el contenido con aparente interés y detenimiento. A veces movía la cabeza de izquierda a derecha frunciendo el ceño, como si lo que leyera no fuese de su agrado. Fue un tiempo inexacto el que permanecí observándole desde la cama, sin poder dar muestras de mi estado de conciencia, hasta que la puerta se abrió y él se giró en dirección a ella. Ambos, la enfermera y Josep, exclamaron al unísono:

—¡Pero qué gran noticia! Si ya hemos recuperado la conciencia.

No podía articular palabra, por ello levanté la mano en dirección al zapatero. Intentaba saber qué hacía él allí, qué hacía yo. Miré a la enfermera con el brazo levantado y señalando con mi dedo índice a Josep. Ella, sonriente, dijo:

—Lo sé, lo sé. No puede hablar aún. En unas horas irá recobrando el habla y seguramente mañana podrá levantarse de la cama y caminar un poquito, pero ha de ser paciente si no quiere recaer. Ya le dirá a su amigo todo lo que necesite; es lógico que quiera hablar con él. El pobre no se ha separado de usted desde que lo ingresaron. Amigos que viajen con uno desde Piamonte a España es algo difícil de encontrar, puede usted estar agradecido y sentirse afortunado por ello —dijo bajando mi mano con delicadeza—. Ahora, vamos a ver cómo tiene usted la tensión y si aún sigue con fiebre...

Había sido ingresado en el hospital hacía un mes, sedado tras ser trasladado de la mansión del compositor Tito Tamayo en Piamonte. Los periódicos nacionales recogían la noticia y los documentos gráficos hablaban por sí solos. En ellos aparecía yo resistiéndome a la autoridad, que intentaba sacarme de la mansión, mientras el concertista miraba con expresión apesadumbrada, junto a su violonchelo, cómo los agentes intentaban tranquilizarme.

Cuando la enfermera salió, Josep fue entregándome uno a uno los recortes de prensa que, momentos antes, extraía de su carpeta. Yo, atónito, iba leyendo los titulares. No podía hablar y él parecía aprovechar mi estado para darme toda aquella información incomprensible para mí sin necesidad de soportar mis preguntas:

—Sé que esto te resultará increíble —dijo sonriendo sin dejar de colocar recortes sobre la cama—. Como ves, tuviste un ataque de confusión, aunque en términos médicos recibe otro nombre diferente. Pero yo prefiero llamarlo así, me resulta más benévolo ese término que el profesional. Es lógico que no recuerdes nada, llevas demasiado tiempo sedado. El doctor me dijo que no te diera información alguna hasta comprobar que tu estado era el idóneo, pero yo creo que es mejor así.

»Debes ser consciente de una vez por todas de tu estado, de tu trastorno mental y no dejar el tratamiento —le miré y levanté la mano indicándole que parase de hablar, pero él ignoró mi señal y, bajando mi mano, continuó hablando—. Debes intentar controlarte, de lo contrario te volverán a sedar. Si lees este artículo tendrás toda la información que necesitas para comprender tu ingreso y tu estado —dijo, entregándome una revista doblada por la mitad y señalando la información—. Voy a salir a la cafetería, aún no he comido nada y son más de las tres de la tarde. El médico dijo que los sedantes dejarían de hacerte efecto más o menos ahora y que no debías estar solo cuando esto sucediera, por eso he preferido esperar a que despertaras. No tardaré en regresar —dijo saliendo de la habitación.

Cuando cerró la puerta tras de sí tomé la revista y leí el artículo:

El gran concertista Tito Tamayo, agredido por un individuo enfermo que creía que él era su progenitor.

El hijo del que fue uno de los forenses españoles más reconocidos y prestigioso criptógrafo en los años cuarenta, Enrique Fonseca, fue detenido en Piamonte en la casa del maestro concertista de chelo Tito Tamayo. Enrique Fonseca hijo sufre una esquizofrenia paranoide que le ha conducido a creer, dado el parecido físico del músico con su progenitor, que Tito Tamayo es su padre...

Josep Olivenza, vecino de Piamonte desde su jubilación, fue quien se puso en contacto con la Embajada de España para proceder a los trámites necesarios para el traslado de Enrique Fonseca a España. Enrique Fonseca residía en el domicilio de Josep Olivenza desde hacía unas semanas, donde estaba pasando un periodo de descanso tras el fallecimiento de su esposa en circunstancias trágicas.

Este caso, aunque no sigue los mismos parámetros, es similar al que hace unos meses se dio con otra española que creyó ser Anastasia, hija del último zar ruso...

Pasé dos semanas más en el hospital, siguiendo el tratamiento que me administraban casi de forma carcelaria. Apenas podía hablar con claridad, casi balbuceaba. Durante esos días, Josep vino a visitarme a diario. En sus estancias iba contándome escenas del pasado. Todos los recuerdos eran anteriores a la muerte de Jana, ninguno posterior a ella.

No recordaba absolutamente nada de lo que él me contaba referente a la permanencia en su casa, en Piamonte. Ni cómo llegué allí. La última imagen que conservaba en mi memoria era mi permanencia en la pensión de la Gran Vía madrileña. Me hablaba de su marcha de Barcelona tras su jubilación como de algo que no debió hacer hasta no estar completamente seguro de que yo me encontraba repuesto.

Cuando recibí el alta médica, Josep me acompañó hasta el domicilio de Jana y mío, el que antes de mi viaje de trabajo a Madrid, como él calificaba mi estancia en la capital, ocupábamos mi esposa y yo. Josep había estado instalado en la casa durante mi permanencia en la clínica.

Cuando llegamos, todo estaba tal y como lo recordaba, todo excepto mi despacho. Antes de dejar que entrase, Josep me avisó de que tal vez no recordase nada de lo que había allí, como no recordaba nada de lo sucedido después de que me comunicasen en el hospital la muerte de mi esposa, y que por ello debía tomarme todo lo que viese con la mayor serenidad posible para no recaer.

Abrió la puerta y se retiró para dejar que pasara.

Había textos por el suelo, sobre la mesa centenares de folios llenos de fórmulas matemáticas. Manuscritos de mi puño y letra en los que a simple vista se podía apreciar que había estado trabajando en la obra de Miguel de Cervantes, el *Quijote*, y *El peregrino* de Ignacio de Loyola. Varios montones de recortes de periódicos en donde se recogían centenares de noticias sobre el compositor Tito Tamayo referentes a sus giras y entrevistas. Tratados matemáticos sobre el número pi. Ejemplares de la Biblia, de la Torá, del Corán, de la *Odisea*, *La metamorfosis* de Ovidio, tratados criptográficos, bibliografía sobre alquimia. Una veintena de estudios sobre Hermes. Estudios y traducciones de las profecías mayas. Un extenso estudio sobre las ondas Schumann, el proyecto estadounidense HAARP y la repercusión de las frecuencias en el organismo humano.

Cerca de la mesa estaba mi violonchelo y, en el suelo, al lado de él, la colección de escarabajos y el cuadro desmontado con el marco roto.

Permanecí más de media hora mirando todo aquello, sin entender absolutamente nada, sin recordar nada de lo que podía significar.

—En apariencia parece ser que estabas desarrollando tu tesis sobre las ondas transversal-magnéticas. Y no sabemos por qué motivo o razón tus estudios comenzaron a encaminarse por unos derroteros muy alejados de la ciencia, más emparentados con sucesos de parapsicología que con la realidad. El especialista afirma que pudo ser consecuencia de la muerte de Jana, del trauma que te causó. Sea como fuere, habías dejado el tratamiento que seguías, el que evitaba tus alucinaciones. No sé si recuerdas que veías el guarismo del pi en las fachadas de las casas que ibais ocupando Jana y tú en los últimos meses —asentí con la cabeza—. Bien, pues antes de que Jana enfermara, ya habías dejado de tomar la medicación y esto pudo ser el desencadenante real. Sin embargo, todo ello te llevó a esto —concluyó sonriendo, al tiempo que me daba una carpeta de fuelle marrón oscuro que yo no recordaba haber visto nunca—. Todos los genios están en cierto modo un poco locos —dijo, poniendo su mano sobre mi hombro derecho mientras yo miraba asombrado las fórmulas matemáticas y los planos que había en los folios que iba sacando—; son increíblemente reveladores y valiosos, unos estudios fantásticos que me he permitido el lujo de enviar a esta organización estadounidense...

Capítulo 78

Tardé varios meses más en reponerme; durante ellos seguí el tratamiento y las visitas al especialista de manera metódica y exhaustiva. No recordé nada nuevo. Mi memoria se paraba en el día en que mi esposa murió, en el hospital.

Josep volvió a su lugar de jubilación, Piamonte. Ambos seguimos manteniendo contacto casi diario hasta que me incorporé a mi nuevo trabajo. Mi vida tomó unos cauces diferentes. Antes de marcharme de España, tal y como mi nuevo trabajo me exigía, intenté ponerme en contacto con la hermana de mi esposa, a la que no había visto desde la muerte de Jana, según Josep, ya que yo no recordaba nada, ni tan siquiera que Jana había sido incinerada, pero no lo conseguí. Reyes, como solía ser habitual, no había dejado huella alguna de sus movimientos. Supe, por Josep, que había contraído matrimonio civil con su pareja de toda la vida, Rosalía. Vendí la casa de mis padres y la de Barcelona a través de una agencia inmobiliaria y me trasladé a vivir fuera de España, como mi nuevo trabajo me exigía. Así estuve dos largos años, colaborando en un nuevo proyecto tecnológico que me absorbía por completo. Hasta un día en que, durante uno de mis viajes a Londres, paseando por Hyde Park, escuché a un hombre que gritaba desaforado las coordenadas que situaban el proyecto HAARP en Alaska. Caminé en dirección al lugar de donde procedían las voces. Un gran número de personas se arremolinaba alrededor del individuo, al que no podía ver la cara, mientras este decía:

—Es el arpa del Diablo. Sus acordes anularán nuestra voluntad. Borrará nuestros recuerdos, nuestros sentimientos, y dejaremos de ser como Dios nos hizo, dejaremos de elegir, para ser sometidos. Cuando encuentren la décima nota, todas sus cuerdas sonarán al tiempo. Sonarán pero no podremos oírlo. El número de Dios habrá sido dominado por el diablo sin que nadie pueda distinguir el bien del mal. El 999 girará en la circunferencia del pi, y se convertirá en el 666. Entonces la Bestia dominará al hombre. Seremos sordos a las palabras de Dios, sordos a la verdad, porque no sabremos qué es la verdad, ni tan siquiera si esta existe. Hay miles de mensajes que hablan de ello, miles de mensajes que han sido transmitidos siglo tras siglo y nadie ha visto. En los textos sagrados, en las obras magnas, están todas las claves. Los genios de las letras, las logias de la verdad, los han dejado a nuestro alcance siglo tras siglo, pero somos ciegos, ciegos a sus parábolas, como lo eran los hombres a los mensajes del Mesías...

Aquella alocución habría sido una más dentro de las muchas que se desarrollaban en aquel momento en ese lugar, discursos que yo estaba acostumbrado a oír y escuchar durante mis paseos por la plaza de la capital londinense. Algunas llamaban mi atención más que otras, pero aquel no solo llamó mi atención por la mención al HAARP, por la crítica y las connotaciones extremas del peligro que el experimento, decía, conllevaba, algo de lo que hacía tiempo se hablaba en foros y artículos de contenido detractor. Foros y artículos que yo conocía. Lo que me hizo buscar al

hombre fueron las dos cifras que pronunció y comparó junto a la frase: «Las logias de la verdad».

Cuando escuché aquellas cifras y la frase, todos los recuerdos volvieron de golpe. Tuve que apoyarme en uno de los árboles que circundaban la plaza, mientras las imágenes se superponían una tras otra a velocidad de vértigo en mi cabeza. La primera fue el epílogo completo de Loyola, en el que pude ver con absoluta claridad cómo se me decía quién era yo, quién era mi padre, y lo que yo haría o estaba predestinado a hacer. También se me decía cómo podía cambiar el curso de mis designios. Entonces, comprendí lo que Salas había perseguido. Entendí que no buscaba venganza, como le hizo creer a mi padre. Salas no pretendía dar a conocer el proyecto y sus peligros, él solo cumplía una misión: hacer que el epílogo de san Ignacio de Loyola llegara hasta mí, que yo lo leyera y entendiera cuál era mi sitio en la historia, en aquella historia que en esos momentos era el presente. Un presente que había sido escrito muchos siglos atrás y al que nada podía cambiar.

Mi destino era llegar hasta allí, hasta donde había llegado en aquel momento, y de la forma en que lo había hecho.

Capítulo 79

Asustado, busqué en mi bolsillo la medicación y tomé una pastilla. Tras unos segundos, ya más tranquilo, sin recuerdos imprecisos y terribles que martillearan mi mente, me aproximé hacia el tumulto que seguía arremolinado alrededor del hombre. Este citaba el Apocalipsis y comparaba el proyecto HAARP con las cítaras de Dios. Cítaras que asociaba a las siete cartas de Loyola:

—Las siete copas son las siete cartas que el santo escribió. Son las cítaras de Dios. El siete es el número del Apocalipsis, pero la frecuencia es la décima, aunque nuestro hipotálamo también necesite una frecuencia siete para vibrar. El diez es el número de los cuernos de la Bestia, el ladrón de la palabra de Dios, el décimo forense...

Fui empujando a la gente hasta situarme cerca de él. Era Daniel. Él pareció presentir o estar esperándome porque agachó la cabeza y desde su púlpito citó una parte del *Quijote*, mirándome fijamente a los ojos:

—*Dichosa buscada y dichoso hallazgo y más si mi amo es tan venturoso que deshaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando a ese hideputa de ese gigante que vuestra merced dice, que si matará si él le encuentra, si ya no fuese fantasma: que contra los fantasmas no tiene mi señor poder alguno...*

—¡Daniel! —exclamé tendiéndole mi mano—, ¡cuánto me alegro de verte, solo Dios sabe cuánto!

Pero él pareció no reconocerme. Sin dejar de mirarme, dijo:

—El sueño de la razón produce monstruos —recogió su caja de *speaker* y tendió la mano a la mujer que estaba sentada bajo sus pies.

Ella llevaba una especie de chilaba, la cabeza y parte del rostro cubiertos con un pañuelo de seda negro. Ambos, sin mirarme ni prestarme la más mínima atención, comenzaron a caminar apresurados y con muestras de nerviosismo.

Les seguí, incluso les llamé por sus nombres, pero ninguno se dio por aludido. Fui tras ellos hasta la entrada del metro. Entonces ella, antes de bajar los escalones, se giró, retiró el pañuelo que cubría su rostro y, tras mirarme fijamente a los ojos, dijo:

—*El séptimo vertió su copa en el aire, y una fuerte voz, procedente del trono, salió del Templo, decía: «¡Se acabó!».* Y hubo relámpagos, voces, truenos y un gran terremoto, cual no hubo desde que existen hombres sobre la faz de la tierra.

Reyes, tras citar parte del Apocalipsis, versículo 16-17, se volvió a cubrir el rostro con el pañuelo y ambos bajaron las escaleras perdiéndose entre el tumulto. Mientras, la lluvia caía sin piedad sobre Londres. Mientras, yo, mudo e impávido, dejaba que mi ropa se empapara.

Regresé días tras día a aquella plaza durante el largo mes que duró mi estancia en la capital británica. Escuché sus palabras en boca de otros *speakers*, las mismas palabras que él repetía subido en su caja. Como si él se las hubiera transmitido directamente, como si las estuviera susurrando en sus oídos al tiempo que los

speakers las gritaban al numeroso público que se arremolinaba junto a ellos. Pero ni Reyes ni Daniel volvieron a Hyde Park.

Jamás volví a verlos.

Capítulo 80

Retomé mi vida y mi trabajo una vez más. Seguí las pautas que el especialista me iba marcando, pero, aun así, muchas veces pensé en dejar el tratamiento y buscar respuestas sin la amnesia que, tal vez, me producían los fármacos. Pensé enfrentarme, una vez más, con aquellos recuerdos que seguían taladrando mi cerebro en pulsos inconstantes y arrítmicos. Pero no tuve valor para comprobar si todo ello formaba parte de mis alucinaciones, o la alucinación era el tipo de vida que llevaba desde que la policía me sacó de la casa del compositor italiano Tito Tamayo.

No lo hice porque, entre otras cosas, yo, en aquellos momentos, formaba parte del personal que trabajaba en el proyecto estadounidense HAARP.

Mi labor se basaba en hallar nuevas frecuencias de transmisión dentro de un proyecto denominado La Décima Clave.

Epílogo

Para construir la trama de esta obra se han utilizado personajes históricos reales. Los datos han sido recogidos de la documentación habida en bibliotecas públicas, archivos oficiales y libros de diferentes historiadores consultados durante el proceso de creación de la obra.

Las referencias sobre Ignacio de Loyola, que figuran en la obra, son enteramente veraces. Lo es, también, la estrecha y personal relación que el jesuita mantuvo con la hermana sor Antonia Estrada, tornera del convento de las Jerónimas de San Matías. Así como el cofre que este le regaló a la religiosa, junto con un sobrescrito de su autoría con reliquias, de las cuales se decía que solo eran comparables a la impresión de las huellas dejadas por Cristo en su Ascensión. Este cofre y su contenido desaparecieron durante los disturbios de la Semana Trágica de 1909 en Barcelona.

Las paridades existentes entre *El peregrino* y los ocho primeros capítulos del *Quijote* de Miguel de Cervantes son del mismo modo veraces, como demuestran los múltiples estudios realizados por eruditos sobre el tema. También la tendencia erasmista del santo y la ocultación de su autobiografía *El peregrino*. El texto fue secuestrado por la Compañía diez años después de su muerte, desde 1565 hasta casi la segunda mitad del siglo xx. La auténtica biografía fue rescrita por el jesuita Pedro de Ribadeneyra bajo el título *La vida de Ignacio de Loyola* y publicada en 1583 en Madrid. Sea como fuere, los estudios existentes sobre la vinculación del *Quijote* y *El peregrino* no son más que la prueba evidente de que entre ambas obras existe una similitud nada casual. Similitud que bien puede esconder, como muchos afirman, un mensaje codificado de ambos autores, tal y como se refleja en la trama ficticia de esta obra.

El proyecto tecnológico HAARP (High Frequency Advanced Auroral Research Project), o programa de Investigación de Aurora Activa de Alta Frecuencia, que envuelve la trama, está igualmente documentado y es completamente veraz. De todo ello doy una explicación lo más escueta y precisa posible ya que la documentación habida sobre ambos puntos es demasiado amplia y, en cualquier caso, debería ser consultada según la necesidad de información de cada lector.

Los primeros orígenes del proyecto tecnológico HAARP surgen durante la primera mitad de los años cincuenta del siglo pasado, cuando Wilhem Reich logró hacer llover y desviar huracanes. Consiguió dirigir y controlar la capa de argón que rodea la Tierra. El proyecto de Reich era de acción limitada, incapaz de afectar a la ionosfera, algo que sí consigue el HAARP. Wilhem Reich comunicó la importancia de sus investigaciones y el resultado de las mismas al presidente Eisenhower, pero fueron desestimadas, aunque, curiosamente, terminó sus días en la cárcel, donde murió en 1956 por desacato al Tribunal Supremo. En 1958 la Casa Blanca ya tenía un asesor presidencial para la modificación del tiempo. El capitán Howard T. Orville. Es

evidente que la información de Reich tuvo que ver en este nombramiento. En los años ochenta, el físico e ingeniero nuclear Thomas E. Bearden trabajó para el departamento de Defensa de EE. UU. como experto en nuevos armamentos. El físico sembró la alarma de que la URSS estaba utilizando técnicas muy sofisticadas para cambiar y modificar a su antojo el clima, así como otros objetivos psicológicos amorales. Esos cambios y efectos sobre las personas y el clima se lograban mediante ondas hertzianas que transmitían energías a gran distancia. Estas ondas, al ser interferidas, creaban un foco de calor en un punto preciso de la atmósfera. Estos trabajos se basaban en los estudios del físico E. T. Whittaker, y fueron publicados en 1903 y 1904, y aunque su importancia era trascendental pasaron desapercibidos hasta los años cincuenta. Las emisiones de las llamadas sondas WP se iniciaron en 1976. En 1985 el clima de EE UU se alteró de forma brusca. Según los estudios del físico e ingeniero nuclear Thomas E. Bearden, estas frecuencias persiguen un objetivo más poderoso, si cabe, que alterar el clima; interferir en los procesos cerebrales de los seres humanos.

* * *

Agradecimientos

Desde que una historia surge en la mente del escritor, hasta que esta llega a ser publicada, transcurre un proceso complicado y desconocido por las personas ajenas al mercado literario. En él intervienen un gran número de trabajadores anónimos que aportan su profesionalidad y buen hacer sin que sus nombres figuren en el resultado final. A todos ellos, sin distinción, mi agradecimiento personal.

También, mi gratitud más sincera, a mi editora, Carmen Fernández de Blas, quien valoró mi trabajo desde que llegó a sus manos y puso en él toda su fe y conocimientos profesionales.

A Olga García de la Rosa, porque sin su trabajo profesional, constante, objetivo, lleno del respeto más profundo y el entusiasmo que todo escritor ansia para su trabajo, esta obra no sería lo que es.





ANTONIA J. CORRALES nació en Madrid, España en 1959.

Profesión: Administración y dirección de empresas. Ha trabajado como correctora; lectora, columnista en periódicos locales, articulista en revistas culturales, entrevistadora en publicaciones científicas, jurado en certámenes literarios y coordinadora radiofónica. Ha sido galardonada con una veintena de premios en certámenes internacionales.

Es autora de: *Epitafio de un asesino* (2005), *La décima clave* (2008), *La levedad del ser* (2012), *As de corazones* (2013), *En un rincón del alma* (2012). Esta última es un *bestseller* internacional de largo recorrido con una permanencia de más de 1300 días en el top 100 de ventas. *Mujeres de agua* es su última publicación y la segunda parte de este *bestseller*; reclamado por miles de lectores.

En un rincón del alma, ha sido *bestseller* con más de 80 000 copias vendidas. Traducida al inglés, griego e italiano. El éxito alcanzado como autora independiente española, quedó reflejado en la segunda edición del libro *TRANSFORMATIONS*.

La literatura de Antonia J. Corrales es calificada y sentida por los lectores como una manera especial de ser, de pensar y de vivir. Sus historias están cargadas de realidad mágica y vivencias cotidianas donde el lector halla parte de él y su vida.

Su labor profesional antes de dedicarse de lleno a la literatura se centró en Administración y dirección de empresas: Jefe sector en multinacional. Jefe de administración en franquicia. Jefe de administración en una sociedad de

profesionales. Gestión de revista profesional: corrección de artículos, tramitación de publicidad y contratación de la misma. Gestión de cursos profesionales: publicidad, matriculación, gestora de alumnos. Contabilidad y gestión con las Administraciones públicas.

NOTAS

[1] Técnica esta desarrollada por los árabes. Buscaban la frecuencia con la que ciertas palabras aparecían en el Corán para así esclarecer la cronología de las palabras del Profeta. La idea en la que se basa es que no todas las letras aparecen con la misma frecuencia en los textos, sino que algunas aparecen más a menudo que otras. Contando los signos del texto que se han cifrado y ordenándolos de mayor a menor frecuencia podemos establecer conjeturas acerca de que letra corresponde a cada signo. Termina con la búsqueda de palabras más frecuentes, como artículos y preposiciones. <<

[2] Maurits Corenlis Escher (1898-1972) se dedicó a la realización de paisajes y retratos hasta que empezó a interesarse por temas menos habituales: el dibujo con engaño, los recubrimientos del plano, el infinito... Una de sus obras representativas es *Orden y caos*. La figura central de la misma es un dodecaedro estrellado, parcialmente encerrado por una burbuja esférica de la que sobresalen las cúspides de las pirámides pentagonales que estrellan el poliedro. <<

[3] Heráclito (c 544-480 a. C.). Filósofo griego. <<

[4] Stiffell Michael (1544). <<

[5] El nombre más importante de Dios es el que lleva las cuatro letras o el tetragrama, que en español son YHVH. En hebreo, Yod-Hed-Vav-Heh. En español el equivalente más apropiado sería YAVEH. Las raíces hebreas de estas letras son HE-Yod-Hed: «el SER». Reflejan la esencia de que Dios es eterno. Este nombre se reduce a veces a YHA, YAHU o YEHO. <<

[6] HAARP: High Frequency Advanced Auroral Research Project. Programa de Investigación de Aurora Activa de Alta Frecuencia. Proyecto estadounidense que quedó al descubierto al producirse de forma involuntaria la primera aurora boreal artificial. <<